Un viaje que cambia la vida. Un amor imparable.

MATT HAIG

EL TREN DE LA MEDIANOCHE



AdN

Matt Haig

EL TREN DE LA MEDIANOCHE

Traducido del inglés
por Teresa Lanero Ladrón de Guevara

AdN

Para Andrea.

«¡Ningún arrepentimiento puede enmendar una oportunidad perdida en la vida!».

Cuento de Navidad

CHARLES DICKENS

Luna de miel

Mientras el taxi acuático surcaba la laguna a toda velocidad, los dos jóvenes recién casados miraban al frente llenos de asombro.

Wilbur le apretó la mano a Maggie y se inclinó hacia ella, ambos sentados al final del barquito. Frente a ellos, el sol rutilante sobre el agua.

—Te quiero, señor Budd —dijo ella; unas palabras tan naturales como respirar.

—Yo también te quiero, señora Budd.

Maggie se rio, con una risa suave, de lo gracioso y oficial que sonaba.

Agarrados de la mano en aquel barco que se zarandeaba hacia el centro de la ciudad, entrelazaron los dedos como raíces enmarañadas. El 9 de agosto de 1974.

Wilbur apartó la vista del paisaje que se extendía frente a ellos para mirar a la persona que conocía desde pequeño.

—Siempre vamos a estar así, ¿verdad? —le preguntó Maggie.

Él sonrió de un modo alentador.

—Pues claro. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

Se besaron mientras la laguna se fundía con el Gran Canal.

—No sé. El tiempo cambia las cosas.

—Pero mira Venecia. Lleva cientos de años sin cambiar. Podríamos estar perfectamente en 1574, en vez de en 1974.

Ella miró hacia la ciudad.

—Sí. Ignoremos el paso del tiempo. Seamos Venecia.

Él la contempló mientras ella levantaba la cámara Pentax, regalo de bodas de su padre, y apuntaba hacia el Palacio Ducal, con su fachada de piedra rosa y blanca y sus intrincados arcos, justo por encima de la laguna, como un delirio febril bizantino.

—Para siempre —añadió Wilbur entre risas.

Ella le pasó la mano por el pelo alborotado, que había alcanzado casi la máxima longitud que tendría nunca.

—Para siempre jamás…

El barco redujo la marcha.

—Ahí está —dijo el barquero mientras señalaba hacia un edificio de terracota, bonito aunque algo destartalado—. El Hotel Proserpina.

Wilbur y Maggie nunca habían estado en el extranjero, y la imagen les pareció exótica y prometedora. Y ninguno de ellos, en ese momento, vio la figura que los observaba desde la orilla, alguien tan parecido al propio Wilbur que habría sido imposible diferenciarlos.

Una hora más tarde estaban sentados a la sombra, en un cómodo silencio, tomando vino en un café junto al Gran Canal y observando cómo cobraba vida la ciudad.

Wilbur llevaba las mismas sandalias, los mismos pantalones acampanados y la misma camisa de manga corta verde con grandes cuellos que se había puesto para viajar en avión, y Maggie lucía un mono naranja. Él le dijo que parecía una estrella de cine y ella le contestó que era un exagerado, aunque sonrió igualmente.

Un *vaporetto* cargado de turistas pasó resoplando por delante de ellos. Maggie comenzó a recordar detalles de la boda.

—Nunca había visto a tu madre tan contenta —dijo—. No mencionó a… —Se quedó callada; no quería echar a perder el momento.

—¿A Dougie? Ya, no lo mencionó. No había visto así a mamá desde que pasó aquello. Creo que la ginebra ayudó. Tu padre también…

—Mírate —dijo Maggie, sonriendo bajo el resplandor del sol.

—¿Qué me pasa?

—Aquí sentado, como un emperador.

—Estoy feliz.

—Como debe ser. Es tu luna de miel.

Wilbur notó que ella lo estudiaba un poco más de cerca.

—¿No estás pensando en la tienda?

Él sacudió la cabeza.

—La verdad es que no —mintió. O mintió a medias—. Ahora mismo no. Solo pensaba en ti. Y es un pensamiento bastante entretenido…

En ese momento, aquella alegría no era extraordinaria. Manaba como un riachuelo entre los dedos abiertos y ambos imaginaban que siempre sería así, que el riachuelo nunca se secaría. Que fluiría sin cesar y jamás tendrían que preocuparse de cuál era su fuente. Que nunca tendrían que esforzarse por recoger sus aguas y beber de ellas, como si la vida fuera una luna de miel eterna.

Tras el vino, dieron un paseo hacia la iglesia de San Giovanni Elemosinario. Maggie, alegre, se puso a cantar un fragmento de su canción favorita, *Bridge Over Troubled Water*, cuando divisaron el puente de Rialto a lo lejos.

Se cruzaron con varias parejas italianas elegantes. Camisas abiertas y vestidos glamurosos. Un músico callejero que tocaba el acordeón. Un anciano norteamericano que fumaba en pipa y hablaba de *jazz* con su compañero.

—Es tan distinto… ¿Verdad? —observó Maggie.

Levantó la vista y miró a su alrededor, para absorber los colores. Terracota y rosa, una pizca de amarillo, las contraventanas azules, todo parecía bañado en miel bajo la luz del sol.

—¿Tan distinto de qué?

—De todo lo que conocemos.

Él se echó a reír. Nunca había sentido tantísima felicidad. Era más feliz de lo que jamás imaginó durante los días aciagos. Paseando junto al canal, contemplando a la mujer a la que adoraba.

Se volvió hacia Maggie, que sonreía de oreja a oreja, llena de vida. Su rostro era tan franco y puro como cuando la conoció. Igual que toda ella. Tan dura como el acero de Sheffield y tan cálida como el sol. Estaba cautivado. Maggie era capaz de hacerle olvidar

temporalmente las heridas del pasado y él esperaba hacer lo mismo por ella. Su intención no había sido enamorarse, ni de ella ni de nadie. El amor era algo peligroso, pero ahora que había sucedido, estaba agradecido. Con ella se sentía completo, como una pregunta que había encontrado su respuesta.

Wilbur detuvo a Maggie para besarla cuando estaban a punto de subir los escalones del puente de Rialto.

—Nos podríamos mudar aquí —dijo él. Luego, unos minutos más tarde, al pasar por delante de un puesto de libros que había en el puente, añadió—: Podría vender la tienda.

Bromeaba. Después de todo, acababan de llegar. Aunque en parte lo decía en serio. Porque conectaba con algo libre y espontáneo en su interior.

—¿A qué nos dedicaríamos? —preguntó Maggie, entregada a la fantasía.

—Tú podrías ser artista… o hacer de guía turística.

—Y tú podrías instalar un puestecito como ese del puente.

Fue entonces cuando Wilbur oyó el susurro. Algo cerca de su oído. Un aliento frío.

«Tienes que quedarte con esto».

El susurro hizo que Wilbur se sacudiera la oreja con la mano.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó Maggie.

—Ah, sí. Sería un mosquito.

Y no le dio más vueltas. A veces los pensamientos sonaban en alto. Solo era eso.

Agarró la mano de Maggie y se la apretó. Se sentía algo mareado y desconcertado por la gente y el calor, pero seguía más feliz que nunca.

Continuaron paseando, pero algo captó de repente la atención de Wilbur. Algo imposible de obviar. Maggie le lanzó una breve mirada de preocupación. Tal vez creía que estaba pensando en su hermano. Pero no. Delante de ellos, bajo el pórtico, junto a un puesto que vendía esculturas de cristal, había una imagen tan insólita que llenó a Wilbur de pavor.

Un hombre, casi imperceptible en el aire. No era transparente, pero tampoco estaba del todo allí. El mismo hombre que los había observado cuando llegaron, solo que esta vez no pasó desapercibido. Un hombre que guardaba un asombroso parecido con Wilbur. Un *doppelgänger*. Las mismas sandalias, los mismos pantalones de campana, la misma camisa verde de manga corta con grandes cuellos. El pelo alborotado y las patillas largas. El mismo porte flaco de un metro ochenta y cinco. El Wilbur de veintinueve años de aquel agosto de 1974. El mismo que tenía el mundo en sus manos.

Ese otro Wilbur pareció darse cuenta de que lo había visto, así que saludó, como la cosa más normal del mundo. Wilbur levantó la mano levemente.

—Wilbur, ¿estás bien? —preguntó Maggie, preocupada.

No quiso alarmarla. Sacudió la cabeza.

—Sí. Es solo que el calor me ha trastocado un poco.

—Vamos, chaval —dijo ella, exagerando su acento del norte de Inglaterra—. Lo que necesitas es una buena iglesia tenebrosa y un poco de Tiziano con el que embobarte.

Él se echó a reír. Pero mientras avanzaba por la rampa, oyó algo más.

Un leve silbido, un traqueteo rítmico.

Casi como si un tren saliera de una estación.

Cincuenta y dos años después…

El hilo

Wilbur Budd murió alrededor de la medianoche, aunque le costaba recordar los detalles.

Había salido al camino de grava que conducía a su casa para despedirse de su profesora de piano.

—Gracias —dijo algo jadeante por el ir y venir dentro de la casa—. Que lo pases bien esta noche en Cambridge.

La profesora de piano abrió la puerta del coche que la esperaba fuera. Tenía cuarenta y tantos años, la mitad que él, pero ya parecía ver la vida con bastante claridad. La mujer sonrió bajo el sol del atardecer mientras el jardinero de Wilbur, montado en el cortacésped, se ocupaba de la hierba que se extendía hasta un bosquecillo silvestre. Un sábado de abril. El cielo era azul; la brisa, suave, y el canto de los pájaros se oía por encima del tráfico lejano. Uno de esos días luminosos y frescos que salpicaban de esperanza la primavera.

—Seguro que sí. Y gracias por la conversación. Recuerda lo que te digo siempre: no intentes correr mientras tocas. Tómate tu tiempo… Despacito y con buena letra. La velocidad vendrá después.

—Sí —dijo Wilbur—. Supongo que sí.

Se sentía un poco aturdido. Con el estómago algo revuelto.

Wilbur levantó un brazo débil, pulsó el mando para abrir la verja y dijo adiós con la mano mientras la profesora se marchaba por el camino rural. Después, recorrió la corta distancia que lo separaba de su casa.

Llevaba dos años recibiendo lecciones de piano, desde que vio un anuncio en el escaparate de una tienda de música. El médico le había hablado de la importancia de aprender cosas nuevas a sus ochenta y tantos años y él esperaba con ganas esa clase semanal.

Una vez dentro, caminó por el suelo de piedra del gran salón hasta el piano.

Volvió a sentirse raro. Esta vez notó una presión en el hombro izquierdo que enseguida remitió. Se sentó al piano y empezó a practicar la pieza sin olvidar que debía tomarse su tiempo.

La música tenía una forma incomparable de abrirse paso a través de las décadas. Una canción, después de todo, era una aguja que tiraba del hilo del tiempo, que cosía momentos dispares para formar una totalidad. Era agridulce. La aguja podía pinchar. Y esa pieza contenía demasiados recuerdos. Aunque su vida era lo que era. Y tuvo la vida que tuvo.

Iba por la mitad de la pieza, intentando tocar un mi bemol con el meñique, cuando sonó el teléfono. La línea fija. Tardó un rato en llegar hasta el aparato. Sus piernas ya no eran las mismas. Nada lo era. Se preparó para la llamada de algún vendedor o para una de esas estafas de voces robóticas. Eran las únicas llamadas que recibía últimamente.

Pero no. No era un robot ni un timo. No tenía nada que ver con publicidad ni con inteligencia artificial.

—Hola, ¿está Wilbur?

Era una voz que llevaba mucho tiempo sin oír. Décadas, en realidad. Sonaba algo más suave. Algo más débil. Pero, sin duda, era ella.

Maggie

—Maggie. Dios, Maggie. ¿Eres tú?

Perdió un poco el equilibrio y se sentó en la silla más cercana. En el otro extremo del salón, sobre la chimenea, había una foto de bodas entre varios trofeos de Empresario Británico del Año: Wilbur y Maggie saliendo de la iglesia.

—Sí, soy yo.

—¿Cómo has conseguido mi número? —Al instante, se arrepintió de la pregunta. Sonaba muy a la defensiva. Que ella tuviera su número y que lo hubiera llamado era lo que más deseaba del mundo, pero la frase le había quedado fatal.

—Me lo diste tú, ¿te acuerdas? Me mandaste un mensaje por Facebook hace seis años.

—Ah. Ah, sí. Claro, fui yo. Claro. Creía que no habías leído ese mensaje.

—Lo leí. No entro mucho en Facebook, pero lo leí. Solo que no sabía qué decir…

Wilbur sintió de nuevo la presión en el hombro. Miró la fotografía de bodas a través del metacrilato distorsionado de uno de sus trofeos. La risa de Maggie y la sonrisa despreocupada de Wilbur. Sobre el papel, su matrimonio había durado veinte años. Aunque, si era sincero, se había terminado mucho antes. No obstante, en aquel momento iba a ser para siempre.

—¿Dónde estás?

—En Sheffield. ¿Y tú? En Bedfordshire, ¿no?

—Sí, en Clophill. Es un pueblecito precioso. —Estuvo a punto de añadir: «Pero estoy muy solo»—. Maggie, qué alegría saber de ti…

Era extraño. Después de tantos años, no sabía cómo hablar con ella. Era como si el paso del tiempo aportara una formalidad propia.

Como si la persona con la que habías dormido a diario se convirtiera en una desconocida tras años de silencio. Como si, salvo durante breves intervalos, la naturaleza de los seres humanos fuera a mantenerse a una distancia imposible a unos de otros.

Volvió a intentarlo.

—Hay cosas que quiero decirte. Que quiero preguntarte, para reparar el daño…

—No seas bobo, Wilbur. Eso es agua pasada…

—Tiene gracia que digas eso. He empezado a tocar el piano. —Bajó la vista hacia sus manos avejentadas. Las venas, como un mapa hacia una ciudad ignota—. Recibo clases todos los sábados. Y he estado tocando *Bridge Over Troubled Water*, que habla de agua pasada, y me he acordado de lo mucho que te gustaba esa canción. Me ha recordado a aquella época.

—Los buenos tiempos.

—Sí. Los buenos tiempos…

—Wilbur. Wilbur.

Ese segundo «Wilbur» contenía cierta dureza. Se dio cuenta de que estaba parloteando sin haber preguntado por ella.

—Lo siento, Maggie. ¿Cómo estás tú? Ha pasado mucho tiempo. Vi en internet que celebraste una exposición en…

—Ah, eso fue hace años —dijo, casi con timidez—. Ya apenas hago nada.

Le preocupó que fuera a contarle que se iba a morir. Esa parecía ser la principal razón por la que las personas de su pasado se ponían en contacto con él: para decirle que iban a morir, ellas o algún conocido.

—Qué tontería.

—¿Tontería el qué?

—Haberte llamado.

—Me alegra saber de ti.

—Bueno, no tenía ninguna razón para llamarte. De hecho, siempre me dije que nunca te llamaría…

—Ah. Vale. Sí.

—No por rencor ni nada de eso. Solo que es un poco triste, ¿no? Sin embargo, hace poco pensé que sería… En fin, que quería oír tu voz. Lo cual puede parecer ridículo.

—No. Para nada. —Entonces Wilbur sonrió—. Mi voz es muy especial.

La risita de Maggie acabó con una inflexión triste.

—Bueno, aún conservas parte de tu acento. Una pizca.

—Una pizca.

—Supongo que podría haberte oído en una de tus charlas de internet. O en alguna entrevista de la tele.

—Uy, mejor que no…

—Solo quería oírte.

Pensó en la vez que se sentó junto a Maggie en un banco del parque mientras ella dibujaba el estanque, hacía una eternidad.

—Pues aquí estoy. Tengo tanto que preguntarte… Quiero saber muchas cosas.

Se produjo un pequeño silencio. Imaginó que Maggie pensaba: «Ojalá siempre hubieras sido así».

Pensó en la cantidad de cosas que no sabía de ella. En todos los misterios que se habían creado tras décadas de separación. ¿Tenía pareja? ¿La había tenido? ¿Era feliz? ¿Había hecho nuevos amigos? ¿Conservaba a alguno de los antiguos? ¿Qué programas de televisión veía? ¿Cómo pasaba los días? ¿Cuál era su calidad de vida? ¿Cómo andaba de salud? ¿Aún caminaba bien? ¿Qué pensaba del estado del mundo? ¿Qué paisaje admiraba desde su ventana? ¿Había probado alguna vez el *matcha*? ¿Cómo se encontraba?

—En realidad no sé si quiero contarte nada —replicó Maggie.

A Wilbur se le nubló la mente.

Miró la foto de bodas durante unos instantes más. La sonrisa de Maggie bajo el sol de aquel agosto al salir de la iglesia de St. Timothy entre una nube de confeti. Tanta felicidad. Sus antiguos amigos enmarcaban la imagen: Charlie, Claudette, Doreen. Ya no eran más que nombres. Personas que ni siquiera sabía si estaban vivas. La fragilidad del pasado.

—Anoche soñé contigo —dijo Maggie—. Con nosotros. En el sueño no pasaba gran cosa, pero era tan real… Era antes de Londres. Estábamos en la casa de Broomhill, hablando, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero éramos felices. Muy felices. Qué tontería. Me pregunto por qué, anoche, fue…

—Ay, Maggie. Yo también sueño con nosotros.

—Nunca me acuerdo de los sueños, pero esta mañana sí. Lo siento. Creo que es mejor que cuelgue. Es demasiado. Solo necesitaba…

—Pero si acabas… —Wilbur se detuvo. No quería que colgara. Era una tortura oírla tan solo unos instantes y que terminara. Pero sabía que ella no le debía nada. Así era la vida. Nadie podía cambiar lo sucedido. Y habían sucedido muchas cosas. Así tenía que ser, sin más.

Sin embargo, no pudo evitarlo.

—Me gustaría volver a hablar contigo. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo ella con voz frágil y envejecida—. Me gustaría.

Un fragmento

Wilbur colgó y se percató de que estaba sin aliento. Como si hubiera corrido una maratón. Pero sintió el repentino impulso de buscar algo. Quería la carta de Maggie. La prueba del tiempo que pasaron como pareja o, mejor dicho, el primer registro de su separación.

Llevaba años sin leerla. Estaba bajo uno de los aleros del desván, detrás de una puerta. Se dirigió hasta allí y se colocó a cuatro patas para llegar mejor al interior del armario, por detrás del caos de facturas, documentos viejos y revistas especializas. Las motas de polvo flotaban alrededor de su cabeza como una galaxia en miniatura.

—¿Qué estás haciendo, Wilbur? —murmuró para sí mismo—. Viejo loco.

Entonces la encontró. O, al menos, una de sus hojas. La última. Trató, sin éxito, de hallar las demás mientras pasaba por alto el hecho de que cada vez se sentía peor. Ahora jadeaba y, al levantarse, la cabeza le dio vueltas. Se recompuso y bajó la escalera con la página amarillenta en las manos.

La última página de la carta de Maggie

[...] Estás siempre en otra parte, incluso cuando te tengo a mi lado.

Para mí es importante no sucumbir a la fantasía. Dudo que llegue a viajar por el mundo. Imagino que me consumirán las crecientes necesidades de atención de mi padre en Sheffield.

En cualquier caso, esto no es fácil.

Sé que me consideras fuerte, pero no lo soy.

Ahora mismo me siento tan frágil como una hoja al viento.

Es como si hubiera aguantado la respiración durante toda esta carta.

Siento que si exhalo, me echaré a llorar y nunca pararé.

Sé que pasaste por muchas cosas cuando eras joven, igual que yo. Pero no podemos quedarnos atrapados en eso toda la vida. No puedo cambiarte. Ni siquiera puedo cambiarme a mí misma.

Es desgarrador. Pero a veces tienes que dejar que se te rompa el corazón para seguir vivo.

Quiero que lo comprendas.

También quiero que comprendas que nuestro amor sigue ahí. ¿Te acuerdas de mi teoría absurda sobre el arte, cuando decía que la gente se hace vieja con el arte, pero que ese arte siempre se mantiene nuevo? Bueno, pues pienso que con el recuerdo pasa lo mismo. No sé cómo explicarlo, pero me gusta creer que seguimos, de algún modo, en el teatro, cuando te acercaste a mí. O en el día de nuestra boda. O en la luna de miel. O mirando las estrellas una noche de borrachera. O felices, mientras pegamos el papel de la pared en Broomhill.

Te quiero,Wilbur.

Pero también te dejo.

No sé dónde se esconde el pasado, pero nos veremos allí.

Un beso,

Maggie

A kilómetros de distancia

Mientras leía esas palabras, un fuerte dolor de cuello se apoderó de Wilbur, un dolor que descendía por el brazo acompañado de presión en el pecho. Cuando terminó de leer la carta, ya era tan intenso que eclipsó todo lo demás, de manera que su entorno parecía hallarse a kilómetros de distancia. Tambaleante, salió a pedir ayuda a Josh, el jardinero, que seguía montado en el cortacésped. Wilbur consiguió llegar al jardín antes de desplomarse, mientras la carta se quedaba tirada sobre las baldosas de la cocina sin que nadie volviera a leerla jamás.

La Estación Wilbur

Wilbur no se despertó en la ambulancia. Tampoco se despertó en el hospital de Bedford. Cuando pasaba un minuto de la medianoche, su corazón latió por última vez.

Estaba muerto.

Y lo interesante de la muerte es que, una vez muerto, no tienes el pensamiento de que lo estás. Al igual que la vida, llega como un hecho evidente por sí mismo.

Eso no quiere decir que no fuera confuso. Ni inquietante.

No cabe duda de que lo era.

Pero, al principio, justo después de morir, había sentido una luz.

En realidad no se trataba de esa luz blanca de la que había oído hablar. No era algo hacia donde dirigirse, sino algo que ya estaba ahí. Tenía más bien un color amarillo claro, como el sol a través de una capa de nubes espesa.

Experimentó una breve sensación de calma.

De armonía.

Quizá eso fuera todo. Quizá siempre iba a ser así. Flotar en luz dorada durante toda la eternidad. Un alma suspendida en un vacío feliz.

Una existencia fuera del tiempo, de la presión y de la preocupación.

Pero entonces empezó a caer sin que hubiera nada por debajo de él, como si pesara cada vez más, hasta que aterrizó dentro de sí mismo. O de algo parecido a él. Algo parecido a un cuerpo. Miró a su alrededor. Ahora estaba en un sitio más oscuro, pero todavía veía bastante bien. A su espalda había un muro de ladrillo rojo y, por debajo, asfalto. Le recordaba un poco a la primera estación que

había visto en su vida, pero en lugar de un cartel que decía «Sheffield» había uno donde se leía «Wilbur».

La forma en que estaba experimentando el momento de la muerte era una especie de estación de tren.

Un andén desierto en mitad de la nada. Sin tren.

—Esto… —dijo con agitación. Pero estaba demasiado estupefacto para terminar la frase. Hasta el hecho de hablar era sorprendente. Su mente reverberaba como si el sonido procediera de unos platillos cósmicos gigantes.

El suelo terminaba un poco más adelante, frente al desnivel donde se encontraban los raíles de acero y las traviesas de madera de las vías.

Vio algo que giraba en el aire.

Un pequeño rectángulo de cartón. Estiró el brazo para agarrarlo. Era un billete con las siguientes palabras impresas:

Solo ida
El Tren de la Medianoche
Hora de salida: 00:01, domingo 19 de abril

—¿Hola?

Pero no había nadie por allí. No había nada que hacer, salvo esperar.

El Tren de la Medianoche

Lo más raro de todo, dado que se trataba de la muerte, era que en los últimos años nunca había respirado tan bien como ahora.

No era —como es lógico— una respiración real. Pero la sensación era la misma. Una especie de recuerdo procedimental del alma. Del mismo modo que sentía el cuerpo. Aunque no. En realidad no sentía el cuerpo. El cuerpo en el que ahora habitaba no dolía ni estaba agarrotado. Parecía como si sus dedos pudieran tocar el piano con facilidad.

Bajó la vista y vio que llevaba puestos pantalones de campana, una camisa de poliéster verde de manga corta y una chaqueta ligera con la solapa ancha. Los dedos de los pies le asomaban de unas sandalias que no se ponía desde los años setenta. No tenía juanetes. Se vio los brazos bronceados y jóvenes.

Se palpó la piel juvenil de la cara. No del todo juvenil —ya que notó una barba incipiente—, pero tersa y casi lisa. Excepto por las largas patillas.

Había energía en su interior. Una energía bastante excepcional. Una especie de llama que había brillado y que se había extinguido a lo largo de los años, pero que en ese momento volvía, lista para ser admirada. Ese era el gran problema de la vida. Te proporcionaba los días, uno tras otro, de manera que sus valiosos milagros se convertían en una norma a la que no se le prestaba atención. Pero ahora volvía a sentirla.

Estaba vivo.

Y a continuación oyó algo en el aire.

Un quejido cada vez más fuerte.

Un traqueteo mecánico. Un sonido rítmico creciente, acompañado de un silbato. Un tren.

Mientras se acercaba, vio unos penachos de humo. Era un tren de vapor. Lo identificó como un expreso de pasajeros con motor de tres cilindros y varios vagones. Lo supo porque de pequeño tuvo ese mismo tren, pero en miniatura. Era su tesoro. El Duque de Gloucester. Parecía exactamente igual, solo que este era más grande y resplandecía con una magnificencia azul oscuro e intenso.

Sin embargo, en lugar de llevar escrito el nombre Duque de Gloucester en la placa identificativa gris junto a la caldera, ponía, con gruesas letras negras:

EL TREN DE LA MEDIANOCHE

Alguien salió del primer vagón.

Una mujer chapada a la antigua, aunque no especialmente vieja.

Iba vestida como de otra época, es posible que de la misma época del tren. Falda larga y ajustada, blusa de estilo clásico y sombrerito *cloche*. Tenía una postura perfecta y la boca pequeña y severa. A Wilbur le pareció conocerla de algo.

—Muy buenas, te estaba esperando —dijo con la voz algo trémula y un acento entrecortado y obsoleto que a Wilbur le resultó familiar, aunque no sabía por qué.

—Disculpe —dijo Wilbur—. Permítame que le pregunte…, ¿quién es usted?

—Podemos tutearnos. Me llamo Agnes y este es el Tren de la Medianoche.

La muerte era también la muerte de la cordura, tenía toda la pinta.

—Perdona —replicó Wilbur exasperado, perplejo, asustado—, espero que no te moleste si te pregunto…, ¿de qué puñetas me estás hablando?

De lo que Agnes hablaba

—Cuando ibas de pequeño a la Librería Bagdale, años antes de que empezaras a trabajar allí, veías a una señora que por entonces regentaba el negocio —explicó Agnes—. Pues bien, esa señora era yo.

—¡Señora Bagdale! —exclamó Wilbur, como si todo encajara.

Doña Agnes Deborah Amaryllis Bagdale, de la Librería Bagdale, en Commercial Street, Sheffield. Cuando ella era joven, antes de que Wilbur conociera la librería, aquel lugar era una gozada por dentro, aunque desde el exterior no parecía más que un local modesto ubicado, eso sí, justo al lado de una panadería. Los transeúntes se paraban a ojear los libros del escaparate e inspiraban el aroma del pan, que poseía el efecto casi mágico de otorgar a las novelas la apariencia de estar en su punto perfecto de cocción.

Era una librería que prosperó por tres razones.

La primera: no tenía competencia; era la única librería en una ciudad de casi quinientas mil personas.

La segunda: era uno de esos negocios donde nadie se sentía intimidado al entrar. Esto se debía, en parte, a una fox terrier de pelo duro llamada Clementine, que siempre se tumbaba en algún rincón de suelo que no estuviera colonizado por pilas de novelas detectivescas.

Y la tercera, la razón principal, era la propietaria, la mismísima señora Bagdale. Aunque era de Norwich, se había trasladado a Sheffield, donde abrió una librería tras la muerte de su marido en las trincheras de Ypres.

Agnes Bagdale amaba los libros y amaba a la gente, y creía que la vida sería mejor si hubiera más personas que leyeran novelas de misterio. Aparte de eso —o tal vez por esa misma razón—, poseía

una habilidad casi sobrenatural para emparejar a cada persona con un libro concreto. Hablaba con un trabajador siderúrgico que no leía desde pequeño y sabía, en cuestión de un minuto, cuál era el libro perfecto para él. Si percibía un brillo nostálgico en sus ojos, le ofrecía *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, por ejemplo. Si mostraba un especial interés por Clementine, le recomendaba *La historia del doctor Dolittle*, de Hugh Lofting.

«Los libros —dijo una vez— son espejos del alma. Por eso, si alcanzas a ver el alma de una persona, sabrás cuál es su espejo».

La librería prosperó. Pero al final la salud de Agnes se deterioró y su hijo Arthur tomó el relevo. Arthur Bagdale era diligente, pero carecía de la buena mano de su madre para vender libros y también de su encanto. Y con el paso de las décadas, la pasión, la atención personalizada y la fox terrier dieron paso a una sensación de simple supervivencia.

Aun así, a Wilbur siempre le había gustado la tienda cuando la visitaba de pequeño, en los años cincuenta, mucho después de que Arthur —el señor Bagdale, como él lo conocía— se hubiera hecho cargo de ella. A Wilbur le encantaba estar allí, aunque el señor Bagdale siempre lo reprendiera por no comprar nada.

En varias ocasiones coincidió allí con ella, con la señora Bagdale, que ya era una anciana que respiraba con dificultad debido a una bronquiectasia y que siempre estaba sentada leyendo a Raymond Chandler o a Patricia Highsmith o cualquier otra novela de detectives enrevesada. A menudo regañaba a su hijo por la gestión de la tienda, por su negativa a seguir sus preceptos para vender libros o, simplemente, para que tratara a Wilbur con amabilidad.

Y ahí estaba ella ahora, delante de él. La mujer amable, aunque temible y puede que inflexible, que de pequeño veía de vez en cuando, como una fotografía envejecida, en el fondo del almacén de la Librería Bagdale.

—Llámame Agnes, te lo ruego.

Wilbur tenía ochenta y un años y también estaba muerto, pero asintió como un colegial a quien acabaran de reñir.

—Perdón. Agnes.

—Me conociste al final de mi vida, pero a quien ves ahora es a mi yo de 1921. ¡En mi mejor momento! —confirmó Agnes—. Cuando era feliz, un año antes de abrir la librería.

—Vale.

Un destello de tristeza cruzó el rostro de la mujer. Una pena demasiado profunda para darle voz. Recobró la compostura con una brusca inhalación y enderezó la espalda. Y entonces se lo contó todo.

La decisión de Agnes

—Soy un fantasma. Pero no un fantasma cualquiera. Estoy aquí para ser tu guía a lo largo de tu vida. De la vida que acabas de vivir.

—Pero…

—Verás, jovencito… Ya sé que has muerto a los ochenta y un años…, pero mírate. Guapo y lozano. —Wilbur se miró de nuevo la piel tersa de las manos—. Supongo que soy tu manual de instrucciones personal. Y el Tren de la Medianoche no es más que el viaje que todo el mundo emprende al final de la vida. No siempre es un tren. Aunque suele ser un medio de transporte. Para tu padre, fue un avión.

Wilbur se quedó pensando en esto. Le resultaba familiar. Hacía poco tiempo había mantenido una conversación con alguien sobre la vida después de la muerte, pero no se acordaba de los detalles. Era raro. Recordaba cosas de hacía décadas —como a Agnes Bagdale—, pero los días previos a su muerte le resultaban confusos. Como si la muerte fuera una niebla que se extendía y que poco a poco se disipaba por detrás de sí misma.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Como ya te he dicho, no soy un fantasma cualquiera. Al aceptar este papel, al decidir ayudarte, me otorgaron conocimiento. En gran parte soy el espíritu de Agnes Bagdale, pero me han bendecido con algunos extras para guiarte. Es lo que pasa cuando atraviesas los muros de la eternidad. Supongo que me puedes considerar el alma de una librera combinada con la realidad del tiempo y del universo. Por eso mismo, sé todo tipo de cosas. Sobre ti, principalmente.

—Pero ¿esto qué es?

—Esto es la muerte. Donde la vida pasa por delante de tus ojos. Así es como sucede. Rápido y despacio. Como la vida misma…

Aunque Wilbur aceptaba la realidad de su muerte, era un poco lento a la hora de asimilar los detalles. Miró a Agnes.

—No. Para. Esto no es real. Es una especie de delirio, un pensamiento tardío…, como un parpadeo cerebral después de morir. Una vez leí algo sobre eso… sobre las ondas cerebrales, que continúan un rato después de haber muerto…

Estaba claro, trató de convencerse, que Agnes era una especie de alucinación mortuoria, y ser irrespetuoso con una alucinación no era ninguna grosería. Aun así, se sintió mal por el tono que había empleado con ella.

Agnes se quitó una pelusilla del hombro y a continuación le dedicó una sonrisa vivaracha.

—Escucha, Wilbur. La realidad es distinta en la muerte. Y uno tarda en acostumbrarse. Dentro del tren, estarás en el mundo de la Muerte. Pero cuando el tren se detenga, viejo amigo, estarás en un tiempo pasado. Como un fantasma. Regresarás a un mundo muy real y muy vivo. Y después, en tu destino final, llegarás a la eternidad.

—¿La eternidad? ¿Te refieres al Cielo?

—Bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De lo celestial que te parezca la idea de volver a ver a la gente.

—¿Quieres decir que podría ver allí a Maggie?

—Cuando ella muera, sí. La verás. Y también verás a otras personas. Gente que conociste en vida. A tu hermano, Dougie, por ejemplo…

Wilbur sacudió la cabeza con incredulidad.

—De hecho —matizó Agnes—, en la eternidad ves a quien quieres ver. Eres libre. Y feliz… O puedes serlo… Toda esa monserga.

—¿Cómo que puedo serlo?

—Sí. La felicidad depende de cómo veas tu vida. Esa es la razón principal de que exista este tren: ayudarte a entender tu vida… para que sepas qué ha sido. Ahora sí, ha llegado tu momento, viejo amigo. Tu billete, por favor.

Wilbur miró a su alrededor. Reparó en que la estación no era una estación al uso. Era solo un andén. Y el andén apenas era más largo que el tren. El suelo pavimentado terminaba en una línea irregular, como el borde de un papel rasgado. Y, más allá: nada.

Aquel sitio parecía suspendido en el cosmos.

No había, en sentido estricto, adónde ir.

De modo que, tras unos segundos de deliberación, Wilbur se acercó a Agnes y le tendió el billete. Y, con cierto recelo, subió a bordo.

El cielo amarillo

Era un espacio anticuado. En lugar de filas de asientos solo había dos bancos mullidos, uno enfrente del otro, tapizados de terciopelo verde intenso. El suelo era de tarima barnizada. Las paredes que rodeaban las ventanillas estaban revestidas de madera oscura.

El tren se puso en marcha. Al principio avanzó sin sobresaltos y Wilbur permaneció de pie, tieso como un palo, mirando por la ventanilla.

El cartel donde ponía «WILBUR» desapareció de su vista.

—Allá vamos. —Agnes sonrió.

Wilbur, vacilante, esperó para ver qué sucedía cuando el tren abandonara el andén y se adentrara en la nada.

Y lo que sucedió fue que se sumergió en una especie de oscuridad turbulenta atravesada por algunas hebras ocasionales de luz, como si fueran hilos de algodón.

Entonces Wilbur se fijó en su reflejo.

Menuda impresión.

Era, de nuevo, un hombre joven. Tenía la cara tersa, salvo por las anchas patillas. El pelo, que le llegaba por los hombros, era castaño en vez de gris y conservaba parte de su antiguo volumen. Tenía buen porte. Su apariencia era la de 1974. Sano con un leve toque bohemio. Nunca le había gustado su aspecto en aquella época, pero se dio cuenta de que no era, ni mucho menos, un hombre feo. Se enderezó un poco más.

—Estoy listo —murmuró mientras el tren vibraba con fuerza durante varios segundos. El movimiento le hizo desplomarse sobre uno de los asientos.

—Tienes la edad en la que estuviste más cerca de tu verdadero yo —dijo Agnes—. Es una de las pequeñas rarezas de los fantasmas

y, en mi opinión, bastante seductora. Llámame sentimental.

Wilbur bajó la vista hacia su camisa de manga corta y sus vaqueros acampanados. Los recordaba de las fotografías.

—Venecia —dijo. Su primer viaje al extranjero—. Tengo la edad que tenía durante mi luna de miel. Veintinueve años.

—Sí. Eso significa que fue entonces cuando eras…, en fin, cuando eras más tú.

Se volvió de nuevo hacia la ventanilla. Era como mirar una especie de cuadro impresionista poco común.

Había un cielo amarillento un tanto extraño. Al fondo, una maraña indescifrable de personas y objetos. Sin embargo, en primer plano, las cosas eran un poco más nítidas.

Edificios que no parecían del todo firmes, algo oscilantes, más parecidos a barcos en el mar que a estructuras sólidas ancladas en tierra.

—Entonces, ¿dónde estamos? ¿Hacia dónde va este tren?

—«Hacia dónde» no, Wilbur —dijo ella con una risita taciturna—. Hacia cuándo.

El verdadero yo

No era de noche, pero tampoco era de día ni algo intermedio.

El cielo —Wilbur se percató de ello enseguida— era como el propio recuerdo. Podía contenerlo todo a la vez.

Un avión de guerra se inclinó en un ángulo peligroso.

—Ese es el avión de tu padre…, el que intentó pilotar a través de fuego enemigo.

Wilbur levantó la vista hacia el viejo Hurricane.

—¿Qué? ¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya te lo he dicho: soy el universo. No es por presumir, pero lo sé todo sobre tu pasado, antes incluso de que fuera tu pasado. Y lo que vemos ahora son recuerdos que tú no llegaste a vivir, pero que están en tu interior, hechos sucedidos antes de que oyeras hablar de ellos, agolpados muy dentro de ti.

El avión explotó en el aire y desapareció. Wilbur lo buscó, pero ya no estaba, y percibió esa ausencia como un dolor reavivado. Había imaginado aquel incidente mil veces; de pequeño pasaba incontables horas mirando las nubes y pensando en aquel suceso, imaginando qué se le habría pasado por la cabeza a su padre en esos últimos momentos. Era una cosa extraña, eso de lamentar la pérdida de alguien a quien no había conocido. El hombre que murió como un héroe meses antes de que él naciera. Ver las ondas de un estanque, pero no la piedra que las provocó. Y más extraño todavía era saber lo rápida que había sido la muerte de su padre en comparación con la cantidad de tiempo que había dedicado a pensar en ella.

Sintió un pánico opresivo en el pecho. Una pena aplastante y opresiva, como si acabara de suceder.

Por instinto, cerró los ojos.

Agnes le habló:

—Hay mucho que asimilar, sin duda. Lo entiendo. Pero tienes que mirar por la ventanilla siempre que sea posible. No quiero ser quisquillosa, pero la vida pasa por delante de tus ojos con el objetivo de que la veas.

Wilbur se obligó a mirar.

Fuera, las cosas se volvían un poco más reales. Empezó a aparecer la forma de una ciudad. Tejados bajos de casas adosadas. Un chapitel lejano. La torre del reloj de un ayuntamiento. Wilbur reparó en que el paisaje ya no se tambaleaba.

Y de repente, con un suspiro y un silbido mecánicos, el tren se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Wilbur con el corazón aún acelerado después de presenciar la muerte de su padre en el cielo.

—Ahora te bajas del tren. Y, cuando vuelvas a oírlo, te montas de nuevo. Es muy sencillo.

Al otro lado de la ventanilla había un muro resquebrajado y una extensión de escombros. Al principio, no vio mucho más.

Agnes sonrió como una madre o un padre temeroso a las puertas de un colegio.

—Adelante, viejo amigo. Tu pasado espera. Pero prométeme una cosa: subirás de nuevo al tren cuando llegue. ¿Me lo prometes?

Wilbur no tenía ninguna razón para no volver al tren. A fin de cuentas, no quería perderse la eternidad.

—Te lo prometo.

Y entonces se dirigió hacia la puerta, en la parte delantera del vagón, listo para apearse.

El viajero en el tiempo

Abrió la puerta del vagón.

Ahora se encontraba en un sitio bastante iluminado.

Sol y hermosas nubes de algodón. Miró a su alrededor y vio los escombros. Hectáreas de polvo y ladrillo. Trozos de pared, como las piezas perdidas de un puzle gigante.

En un muro había un cartel casi intacto. Un anuncio publicitario antiguo. La elaborada ilustración de un cisne sobre una caja de cerillas.

Todo le resultaba lejanamente familiar, pero no fue capaz de ubicarse hasta que divisó la hilera de casas victorianas.

Conocía esa calle. Era Glossop Road, en su ciudad natal: Sheffield.

Había vuelto a la misma calle del norte de Inglaterra donde vivió de pequeño. La calle que bombardearon los alemanes al principio de la guerra y que, años después, aún parecía un páramo arrasado.

—Dios mío —murmuró Wilbur. Nunca había sido capaz de procesar la magnitud de las cosas ni la verdad de las emociones difíciles. Por eso, incluso en ese momento, necesitaba emitir un comedido murmullo para sentirse reconfortado. «Dios mío».

Entonces se oyó un ruido. O, para ser exactos, una sucesión de ruidos. Niños que gritaban. Miró un poco más allá, hacia el fondo de la calle, y los vio.

Niños vestidos con ropa de otra época, de 1945, el año en que él nació. Niños con pantalones cortos grises, calcetines altos, camisas, uno de ellos con una camiseta de tirantes, que gritaban y jugaban al fútbol.

Un poco más lejos había un hombre con un saco de carbón a la espalda.

El pasado. El verdadero pasado, justo allí, delante de sus narices. Tan real como cuando él lo habitó.

Wilbur avanzó entre los escombros. Le sentaba bien andar. Las piernas, las caderas y la espalda, de nuevo jóvenes y flexibles.

Al avanzar por la calle, reconoció a uno de los niños. Al más menudo, obligado a permanecer en la portería a regañadientes. El acostumbrado gesto de mal genio de Dougie. Flaco como un palillo. Las rodillas huesudas. Con la suela de uno de los zapatos descosida. Tendría unos siete años.

—¿Dougie…? Dougie…

Ahora estaba cerca, lo bastante, sin duda, para que su hermano lo viera.

—Dougie. Dougie…, soy yo, Wilbur. ¡Dougie, chaval!

Dougie se tiró de un hilo de la camiseta de tirantes raída. Ni la más mínima respuesta.

«Es que no me ve. Soy un fantasma de verdad».

Esa idea quedó corroborada cuando alguien chutó: pese a que Wilbur se estremeció al ver que el balón trazaba un arco en su dirección, le atravesó el pecho y la espalda sin que él lo notara.

Allí, en la tierra de los vivos, era un mero observador.

Un niño alto pasó a través de él corriendo y se chocó contra Dougie. Dougie salió disparado por los aires y cayó al suelo. Y, como era típico en él, no se lo tomó demasiado bien.

—¡Eh, Bobby! ¡Ten cuidado, idiota!

—Eres un merluzo, chaval.

«Bobby Thomas. Dentro de trece años te detendrán por una serie de robos en Ecclesall Road y te meterán en la cárcel de Leeds».

«Y en cuanto a Dougie…».

Los demás chicos los rodearon entre risas. Dougie se puso de pie e intentó pegar a Bobby, que casi lo duplicaba en tamaño. Dougie lo aporreó con una furia infinita y durante un rato la pelea estuvo más o menos equilibrada.

—Dougie, chaval —suspiró Wilbur—. Siempre fuiste así, ¿verdad?

—Bobby, déjalo en paz —dijo uno de los niños—. Suéltalo, que está ahí su madre.

Y era verdad. Una mujer empujaba un cochecito por la acera.

La madre de Dougie. La madre de Wilbur. Edith.

Llevaba un vestido veraniego de flores, confeccionado por ella misma. Tenía las mejillas sonrosadas y parecía perdida, como en trance. Al ver que Dougie se estaba peleando, se le cambió la cara. De golpe se le endureció la expresión. Soltó el cochecito y se acercó con una determinación inquebrantable.

—Dougie, so gamberro, ¡ven aquí ahora mismo!

En ese momento, Bobby ya había parado, pero Dougie seguía pegándole. Wilbur observó la mueca de Dougie mientras su madre le daba un rápido tirón de orejas para llevárselo.

—Mamá —dijo Wilbur cuando ella pasó a través de él.

Antes de que alcanzara el carrito, el bebé se puso a llorar.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el bebé a quien oía era él mismo.

Muertos que contemplan su pasado

Por extraño que parezca, le resultaba reconfortante oírse llorar. No sabía muy bien por qué. Tal vez porque ser bebé era la fase de la vida más pura desde el punto de vista del optimismo: llorabas cuando te encontrabas mal y esperabas una solución.

—Mamá, suéltame… —dijo Dougie mientras los demás niños retomaban el juego.

Wilbur los siguió por la calle hasta el número 77. Recordaba que la puerta estaba mugrienta y tenía la pintura descascarillada, aunque todavía no había alcanzado ese estado.

—Si estuviera aquí tu padre, te daría para el pelo.

—Papá está muerto, mamá. Hitler se lo cargó.

La mujer le dio un manotazo en la nuca.

—No digas esas cosas en la calle.

—Pero si es verdad…

—Ya sé que es verdad, niño. Y que lo único que nos dejó fue otra puñetera boca que alimentar también es verdad.

Y bajó la vista hacia el pequeño Wilbur como si fuera el problema que le faltaba. Había encontrado una manera de atravesar el duelo: se llamaba resentimiento.

Abrió la puerta. Inclinó el carrito y metió al pequeño Wilbur en casa. Dougie entró detrás, tirándose de nuevo de la camiseta. La puerta se cerró. Wilbur intentó empujarla y descubrió que podía atravesarla.

Había vuelto a la casa donde nació. Al pequeño salón, cuyas paredes empapeladas de color marrón lo hacían aún más diminuto, con ropa puesta a secar en unos tendederos que apenas cabían en la cocina y con una mesa tan grande que resultaba absurda.

En realidad no era una mesa, recordó. Era el refugio antiaéreo de acero que el Gobierno proporcionó a la gente que no tenía jardín y que, en consecuencia, no contaba con refugios exteriores, más grandes y seguros. Cuando era pequeño le gustaba meterse debajo. Le hacía sentirse a salvo, como si el padre que nunca llegó a conocer siguiera cerca.

«Quizá siguiera cerca, después de todo. Quizá los fantasmas fueran solo eso: muertos que contemplan su pasado».

Cayó por fin en la cuenta: había vuelto de verdad. Estar muerto no consistía en salirse del tiempo, sino en salirse de sus reglas habituales.

Entró en el salón.

Dougie estaba enfurruñado en el sillón mientras su madre sacaba del carrito al pequeño Wilbur. Se lo colocó en el hombro mientras Wilbur se acercaba para verlo mejor.

—Hola, yo —dijo.

Entonces se percató de algo. Algo bastante extraordinario. Los ojos del bebé, que vagaban de un lado para otro, de pronto se detuvieron. El bebé lo estaba mirando. Ese pequeño Wilbur vivo, de algún modo, miraba a su yo muerto.

El Fantasma

—¿Hola? ¿Wilbur? Soy yo… tú. —Saludó con la mano a su yo bebé. A continuación se movió un poco. Los ojos del crío lo seguían, no cabía duda—. Soy tu fantasma. Sí. Tú eres yo y yo soy… el Fantasma.

No podía pensar en sí mismo como Wilbur, sino como un fantasma de lo que había sido.

—Antes yo era tú… Mi vida ya ha terminado. Y lo que pasa al final de la vida es que empiezas a viajar por ella.

El Fantasma sonrió de oreja a oreja. Entonces el bebé se echó a llorar.

—Lo siento —dijo el Fantasma para consolarlo—. Lo siento mucho.

Su madre fue a la cocina y vació el bolso. Acto seguido, con mucho cuidado y con las manos temblorosas, colocó minuciosamente las monedas, hasta el último medio penique, hasta el último cuarto de penique, en montones separados para poder contarlas. El Fantasma permaneció detrás de ella y, en vano, le dijo que algún día él le compraría una casa.

—Ay, George —dijo en voz baja, mientras la ternura se apoderaba de ella—. Ojalá estuvieras aquí. Ojalá no me hubieras dejado sola con otra boca que alimentar.

Permaneció así unos instantes, perdida en la emoción, antes de prestarle de nuevo atención a Dougie.

—Escúchame. Vuelvo luego. Estaré aquí a las nueve, cuando termine mi turno en el Queen’s Head. Cuida de Wilbur.

—¿Y si tiene hambre?

—No va a tener hambre.

—¿Y si tengo hambre yo?

—Dougie…, ya has comido.

—¡Puré de patata! A Jimmy Gower le dan pastel de carne y riñones.

Edith suspiró.

—Pues me alegro por Jimmy Gower…

Dos minutos después de que Edith se marchara, el Fantasma observaba a su hermano, que intentaba apañárselas con un bebé llorón.

—Espera aquí, Wilbur —le dijo Dougie al bebé con ternura—. Tengo una cosa que enseñarte.

Y subió la estrecha escalera con gran estruendo. El Fantasma miró hacia atrás. Vio los zapatos de Dougie en la cocina, uno de ellos con la suela colgando, el cuero sucio y cuarteado.

Dougie bajó la escalera al cabo de pocos segundos, suavemente esta vez, con un tren de juguete en las manos, sosteniéndolo por la locomotora y los tres últimos vagones, de manera que los dos vagones centrales quedaban suspendidos en el aire.

—¿Sabes qué es esto?

El Fantasma contempló el desconocimiento de su yo bebé.

—¡Es el Duque de Gloucester! ¡El tren más grande que ha existido nunca! ¡Un expreso de pasajeros con motor de tres cilindros! ¡El primero en el mundo!

El bebé lloriqueó un poco y apretó las manitas con la cara roja. Era probable que fuera un pequeño cólico, pero pasó.

—¡No! —dijo Dougie—. Todo está bien, te lo prometo.

Durante toda su vida, Wilbur había pensado que el tren era algo para lo que su madre había ahorrado, porque, por supuesto, nunca tuvo recuerdo alguno de ese día ni de lo que su hermano le iba a confesar a continuación.

—¡Lo he conseguido en Redgates! Es una juguetería gigante. Vi el tren en el escaparate, porque está de camino al colegio. Y ya sé que robar está mal, pero también está mal que un niño pequeño no

tenga juguetes como todos los demás solo porque Adolf se cargó a su padre en las nubes. Le he dicho a mamá que un chico del colegio había hecho limpieza de juguetes porque se mudaba de casa y no sé si se lo habrá tragado, pero ha dejado que me lo quede.

El Fantasma bajó la vista hacia su joven cara de seis meses, que miraba con los ojos como platos y gorgoteaba amor por Dougie y por el tren.

—¡Estás sonriendo! —dijo Dougie con una dulzura que sorprendió al Fantasma—. ¡Wilbur, eso de ahí es una sonrisa!

El momento terminó con unos fuertes golpes en la puerta. Dougie dejó el tren en el suelo y al bebé en la cuna.

—¡Vuelvo dentro de un momento, Wilbur! ¡Voy a ver quién es!

Y resultó que era el hombre al que Dougie odiaba más en el mundo.

El señor Parkin

El hombre de la puerta era alto y delgado, y lucía un traje elegante y una expresión de severa indiferencia.

El Fantasma lo reconoció al instante.

El señor Parkin, el casero.

Por aquel entonces, era el propietario de todas las casas de Glossop Road y de muchas otras viviendas. Después de la guerra, había subido los alquileres para compensar las pérdidas de las casas que las bombas habían destruido. Para la madre de Wilbur esto constituía una doble injusticia, ya que Hitler no solo había matado a su marido —y, con él, su principal fuente de ingresos—, sino que ahora, desde su tumba, también le subía el alquiler.

Justo entonces el yo bebé de Wilbur empezó a llorar otra vez, un llanto tan fuerte que el Fantasma tardó un rato en oír el silbido estridente pero lejano y el traqueteo mecánico de un tren.

Wilbur oyó el ruido del tren y vio que se acercaba por la calle, por detrás de un señor Parkin ajeno a todo. Unos penachos de humo se elevaban hacia el cielo, tan invisibles para los vivos como patentes para Wilbur. Pero él se quedó allí, contemplando la escena.

—¿Está tu mamá? —preguntó el señor Parkin. Su voz reptaba con suavidad; al menos, así la había percibido siempre el Fantasma. Como una pantera entre la maleza.

—No. Está trabajando.

La cara de Dougie era desafiante. El Fantasma pensó en cómo sería para su hermano la sensación de tener que actuar como protector siendo aún tan pequeño.

—Bueno, pues es viernes. ¿Ha dejado el dinero para mí?

Dougie se encogió de hombros.

—No creo.

El señor Parkin alzó las cejas.

—No crees… Es muy importante, pequeño Douglas, que la gente cumpla con lo prometido… Y me temo que a tu madre eso se le da fatal. No sigas sus pasos. Dios dijo que cuando un hombre se compromete con algo no debe faltar a su palabra. Está escrito en la sagrada Biblia.

—A mí la Biblia no me gusta demasiado —dijo Dougie con su acostumbrada intrepidez—. Solo la historia del arca. Me gusta que Noé salvara a los animales.

—A mí también me gusta la historia del arca. —El señor Parkin sonrió y por un momento pareció casi amable. Desde luego, el Fantasma nunca lo había considerado amable. Siempre fue un casero estricto, sin escrúpulos y malvado, pero es imposible vivir más de ocho décadas sin aprender que la gente siempre ha sido compleja. Y que hay algo interno contrario a la percepción externa—. Me gusta que Noé estuviera a la altura y que llenara el arca a tiempo. Y hablando de hacer las cosas a tiempo, dile a tu madre que soy un hombre generoso, pero que la generosidad tiene un límite. Y que volveré mañana por la mañana… No soy una organización benéfica, díselo.

Y, tras eso, se dio media vuelta y avanzó dos pasos, hasta la casa de al lado, donde también llamó para cobrar otro alquiler.

Dougie cerró la puerta y Wilbur, al ver la cara de preocupación de su hermano (noventa por ciento furia, diez por ciento miedo), tuvo ganas de consolarlo.

—No pasa nada, Dougie.

Sonó falso, incluso para un fantasma.

Entonces se oyó otra voz.

—Caramba, viejo amigo. Sucumbes ante el primer escollo…

Estaba justo allí, a su lado, tan invisible para los vivos como el tren.

—Agnes.

—Me prometiste que volverías al tren en cuanto lo oyeras… —Agnes estaba exasperada—. Deja de remolonear y sube de una

vez.

Wilbur le echó un último vistazo a Dougie y se despidió de él antes de atravesar la pared de ladrillo y subir los escalones metálicos del vagón delantero. Fue entonces cuando se percató de que no había vías como las que había visto en la estación espectral. Sin embargo, cuando el tren se alejó de aquel día, lo hizo con tal suavidad y rectitud, con tal precisión, que todo parecía indicar que las vías seguían ahí.

—Me he visto.

—En eso consiste.

—No, me refiero a que mi versión bebé podía verme… —Sacudió las manos con nerviosismo.

Agnes asintió con indiferencia.

—Bueno, es posible. Los bebés son los mayores misterios del universo y nadie los comprende.

—Entonces, cuando vea a mi yo adulto, ¿me verá él también?

Durante un momento, Agnes se puso seria.

—No. Y en el improbable caso de que te viera, no intentes llamar su atención. No interfieras, Wilbur. Acéptalo. Este es el camino hacia la eternidad, el único camino. Hay reglas. Te subes y te bajas del tren cuando se te diga. Nunca intentes hablar contigo. Y jamás estés ahí cuando te quedes dormido. Una, dos y tres reglas. ¿Lo entiendes?

No lo entendió. Y tampoco entendía por qué su tono era tan intimidante.

—Oye, agradezco que hayas decidido ser mi guía, pero no sé por qué tiene que funcionar de ese modo. Ya estoy muerto. ¿Qué necesidad hay de tanta intransigencia? En la librería, cuando yo era pequeño, eras considerada conmigo. Me hablabas de las historias que debía leer…

Agnes miró a Wilbur como si hubiera pasado por alto lo más importante.

—Una falta de consideración por mi parte sería, precisamente, no ser estricta, Wilbur. Y hablando de esas historias, ¿qué son sino el

resultado de unas reglas que hay que seguir? Hasta mi autor favorito, el gran Raymond Chandler, más conocido por su estilo que por sus tramas, dijo que su estilo era «producto de la disciplina, de una sensibilidad entrenada con esmero». Ahora que lo pienso, eso podría haberlo dicho mi madre. Y lo que pasa con las novelas pasa también con la vida. Incluso, o especialmente, con la muerte. Sin disciplina nunca entenderías tu historia, sin disciplina no aguantarías hasta el final, sin disciplina no conseguirías llegar al destino eterno al final del trayecto. Seguir las reglas es una lata, pero también es la única manera de llegar.

—Pero los escritores cambian cosas. Los escritores corrigen.

Esto confundió a Agnes, que esbozó un pequeño mohín mientras reflexionaba.

—Tengo que admitir que en eso tienes algo de razón. Solo un poco, pero razón al fin y al cabo. El caso es que intento cuidar de ti.

Sonaba raro que alguien cuidara de él. Después de todo, estaba muerto. Aunque tenía que admitir que le gustaba. Le gustaba la forma de ser de Agnes, anticuada y un tanto inflexible. Sus últimos decenios de vida habían sido bastante desorganizados y solitarios. Había flotado sobre la tierra como una semilla de sicomoro. E imaginaba que para recorrer algo tan agreste como la muerte hacía falta que alguien conociera las reglas. Sobre todo si había un viaje de tren de por medio. Sin embargo, aún faltaba una pregunta.

—¿Y si hay cosas en las que me equivoqué?

El rostro de Agnes se suavizó de golpe. Apareció una sonrisa acompañada de una suave carcajada.

—Eso, viejo amigo, significará que has vivido.

Pasa demasiado rápido

Al otro lado de la ventanilla, los fragmentos de su infancia pasaron a toda velocidad:

Un destello de la verja de hierro de su colegio.

Él en la cama, leyendo un libro de la biblioteca: *Las alegres aventuras de Robin Hood*.

La mercería donde pasó horas de pequeño mientras su madre elegía la tela para la ropa y las cortinas.

Él saliendo de la Librería Bagdale con las manos vacías en dirección a la biblioteca.

Se levantó y anduvo por el tren mientras este avanzaba por las vías invisibles. Al final se sentó en uno de los largos bancos paralelos tapizados de terciopelo verde.

Al mirar hacia el exterior, vislumbró el paraguas del señor Parkin en la cocina.

Vio de nuevo a su madre, que se cabreaba con Dougie o que miraba al joven Wilbur como si fuera un problema del que no podía escapar.

Después, algo más alegre.

Una casa con paredes invisibles. No era ninguna de las casas donde había vivido. Pero él estaba de pie, un chico de hombros estrechos, en mitad de un salón abarrotado de niños y adultos, y veía la televisión por primera vez.

—El 2 de junio de 1953 —dijo en voz alta, como si estuviera contestando una pregunta en el concurso de un *pub* en vez de estar solo en un vagón de tren. La coronación de la reina, recordó. La casa de la señora Yelland. El número 40. La primera vecina en toda la calle que tuvo televisor. Aunque lo que de verdad recordaba de ese día era la comida. Fue uno de los pocos días de su infancia en

que las tripas no le sonaron, ni siquiera un poco. Bocadillos de pasta de pescado y pollo de coronación.

Entonces todo desapareció de su vista mientras el tren continuaba por el tiempo.

Eso lo incomodaba. La velocidad del viaje. No es que hubiera tenido muchos momentos realmente buenos durante su niñez, pero ese era uno de ellos y se preguntó por qué no se había parado el tren en él. Quizá no hubiera más paradas hasta su muerte. Quizá eso era todo. Quizá te veías de bebé, te veías en tu muerte y todo pasaba como un rayo entre medias. Quizá solo hubiera un par de sujetalibros a los lados.

Pero… no, sintió que el tren se ralentizaba de nuevo y se vio en la cama leyendo.

Miró por la ventanilla de enfrente.

Un disco de Elvis Presley daba vueltas en el viejo tocadiscos del Milk Bar, donde Dougie lo llevó un sábado.

Entonces eso se desvaneció, se disolvió en la nada junto con todo lo demás y, en un santiamén, el Tren de la Medianoche efectuó otra parada.

Polvo

Se encontraba dentro de la Librería Bagdale.

Estaba bastante oscuro, más de lo que recordaba, y el polvo flotaba en el aire, iluminado por los rayos del sol.

Un chico de unos trece años examinaba con detenimiento una estantería de libros. Era alto, con un aspecto algo adusto, y estaba sacando un ejemplar de *El viejo y el mar*.

El Fantasma se quedó allí y observó a un hombre con cárdigan y gafas de montura gruesa que divisaba al chico y renqueaba hacia él.

—El señor Bagdale —murmuró el Fantasma al tiempo que el hombre atravesaba su fantasmal cuerpo en una especie de misión frenética. El propietario de la tienda no llegaba a los cincuenta años, pero parecía veinte años mayor. Cojeaba y tenía una voz ronca atribuible al humo de la pipa y al whisky.

—¡Tú! —dijo el señor Bagdale.

Pero el joven Wilbur ya estaba en la primera página, perdido en la sencillez de sus frases.

—¡Es a ti!

El Fantasma recordaba aquel día. O, al menos, creía recordarlo. Aunque no fue la única vez que sucedió. Era una especie de patrón.

Wilbur se dio la vuelta.

—Ah. Hola, señor. —En esa época, cualquier hombre adulto con cara de enfado, y había muchos, recibía ese «señor» de manera automática.

—¿Hay alguna posibilidad de que compres ese libro? Ese que estás estropeando… ¿O, como la mayoría de los sábados, vas a ocupar la tienda sin un penique en el bolsillo?

La Librería Bagdale era ahora una propuesta muy diferente de la que regentó doña Agnes Bagdale. El joven Wilbur no llegó a

conocerla antes, pero había oído a la gente hablar de ella. Por ejemplo, su nueva profesora de Lengua, la señorita Graham, le había contado que «antes, cuando entrabas en la librería, podías tropezarte con un perro y aterrizar sobre una gran montaña de novelas de misterio». Ahora todo era un poco más formal y los libros estaban siempre en las estanterías. Había perdido su caos, pero también su clientela.

A diferencia de su madre, a don Arthur Bagdale no le importaban demasiado los libros —ni los lectores ni los autores— y regentaba la librería como si fuera cualquier otro negocio. Un negocio donde no se tenía en cuenta a los lectores, a menos que gastaran dinero. Y, por supuesto, Wilbur no tenía nada que gastar.

—Si no vas a comprar ningún libro, lárgate de aquí, chaval.

Entonces se oyó un chasquido de lengua desde detrás del mostrador. Wilbur se dio la vuelta, al igual que su fantasma, para ver a una mujer vieja y frágil que, allí sentada, leía una novela titulada *El largo adiós*.

—Anda, Arthur, deja en paz al chico —dijo ella.

—Agnes —dijo el Fantasma al darse cuenta de que era ella.

—No te metas, madre. Este negocio ya no es tuyo.

Agnes esbozó una sonrisilla traviesa.

—Eso ya lo sé. Porque en mi negocio había clientes.

El señor Bagdale se sacó la petaca del bolsillo y bebió un trago.

—Bueno, es que este chico no es un cliente. Solo viene a curiosear. Por eso quité las sillas, madre. No queremos que la gente se siente a leer…

—Uf, claro, eso sería terrible —dijo ella, resoplando—. Una librería con lectores.

—Madre, por favor.

—Los libros están ahí para que la gente los lea. Y una buena regla en una librería es la de dejar que la gente se enamore de los libros. Pero como tú no has seguido ninguna de mis reglas…

—Dirijo un negocio, madre, no una biblioteca pública.

—Pensaba que lo que dirigías era una destilería —se quejó ella—, con tanto sorbito a la petaca.

—He arreglado el local. No me hacen falta tus reglas. Antes esto era un caos, madre.

—Era un caos feliz que seguía unas ideas muy estrictas. Las reglas deberían estar para ayudar. Para dejar que las cosas vivan. Tú no tienes reglas, solo un carácter gruñón, Arthur. Necesitas leer más.

Entonces, después de que el señor Bagdale le quitara el libro de las manos y lo colocara de nuevo en la estantería, la mujer miró al joven Wilbur antes de soltar la novela que estaba leyendo. En esos tiempos no usaba sombrero, pero llevaba el pelo blanco corto y elegante, y un chal de punto rojo.

—No le hagas ni caso, viejo amigo.

El Fantasma sonrió. Resultaba raro y reconfortante recordar que Agnes siempre lo había llamado «viejo amigo», incluso cuando tenía doce años. Y entonces —también lo recordaba—, la anciana sacó su monederito y dejó unos chelines sobre el mostrador.

—Toma. Deberías leerlo, es un buen libro…

El señor Bagdale le lanzó una mirada de desprecio.

—¡Madre! ¡No podemos regalar libros!

—No es un regalo… Está pagado. Estoy pagando un libro con mi pensión.

Wilbur se sentía incómodo y un poco avergonzado. Sabía que su hermano no habría dudado un segundo en aceptarlo. Qué demonios, Dougie ya habría salido con el libro escondido bajo la chaqueta.

—No pasa nada. Puedo sacarlo de la biblioteca…

Y Wilbur se marchó a toda prisa hacia la tarde plomiza, mientras su fantasma permanecía ahí y veía que la locomotora del Tren de la Medianoche llegaba al interior de la tienda.

El fantasma de Agnes se asomó. Primero miró a su yo anciano y luego a su hijo, que en ese momento le daba otro trago a la petaca. Era difícil interpretar su expresión y lo que estaría pensando. Pero su sonrisilla apretada parecía reprimir una emoción potente.

—Vamos, Wilbur… Sigamos nuestro camino.

Aceptación

—No queda mucho hasta la siguiente parada —dijo Agnes mientras Wilbur veía pasar los viejos días de colegio.

—¿Tú también viste pasar toda tu vida?

—Sí. Hace ya algún tiempo.

—¿Y cómo fue? ¿Te resultó duro?

Ella sonrió, tragó saliva y contestó:

—Siempre es duro. A ratos. Pero yo lo veo así: un libro contiene una cantidad infinita de emociones, pero cuando lo acabas, lo cierras y lo colocas de nuevo en la estantería… ¿Qué alternativa tenemos sino… aceptar?

—No sé…

—En cualquier caso, viejo amigo, mira. Estamos parando…

A un lado del vagón, Wilbur estaba en la biblioteca; al otro, leía un tebeo con su amigo Charlie. Y entonces todo se desvaneció, como solía pasar cada vez que el tren llegaba a una parada.

—¿Qué es esto?

—Ah, nada importante. Solo la primera vez que la viste…

La primera vez que la vio

Ahí estaba él otra vez.

En Glossop Road.

Al mirar a su alrededor vio que estaba casi casi en el lugar exacto donde el tren se había parado la vez anterior. Solo que ahora se encontraba en plena calzada.

Se fijó en que habían retirado los escombros. En su lugar se alzaba una pequeña hilera de viviendas sociales de ladrillo rojo recién construidas.

Entonces, el Fantasma se volvió y se vio a sí mismo, con el uniforme del colegio desaliñado y los zapatos con agujeros, sentado en la puerta de su casa mientras leía a Hemingway con cara de concentración.

Era algo que hacía con frecuencia, recordó. Es probable que se leyera la biblioteca entera allí mismo. Libros para niños, libros para adultos. Una historia atemporal tras otra. *Los tres mosqueteros, La isla del tesoro, Frankenstein, La luna y seis peniques, El jardín secreto, Rebecca, Moby Dick, La llamada de lo salvaje, Cold Comfort Farm,* los cuentos de Kafka y una extraña y apasionante novela de ciencia ficción titulada *La invención de Morel* que eligió porque el autor era argentino y Wilbur se preguntaba cómo sería la imaginación en un país tan lejano.

Aquellas historias eran su patio de recreo. Eran su liberación. A través de ellas se imaginaba a sí mismo como un hombre rico, un aventurero, un héroe, un villano o, simplemente, alguien muy bien alimentado. Dependiendo del caso, se veía sobreviviendo a la miseria o nadando en la abundancia. Esos relatos le permitían existir más allá de los ladrillos rojos y de la vida limitada de Glossop Road.

El Fantasma se acordaba de todos esos libros. A veces, como ese día, les había echado el ojo antes en la Librería Bagdale; otras veces los descubría directamente en la biblioteca.

—Ay, Wilbur —suspiró el Fantasma.

Wilbur levantó la vista de la página para tomarse un pequeño descanso y pensar en algo. Su mirada apuntó lejos, sobre la acera, y se fijó en el brillo de los cristales rotos de una botella de cerveza. Luego retomó la lectura.

Su profesora de Lengua, la señorita Graham, lo animaba a ver los libros como un medio para conseguir un fin, para tener oportunidades en la vida. Pero Wilbur creía que leer era más que eso. No leía porque quisiera conseguir un buen trabajo. Aunque, por supuestísimo, quería un buen trabajo cuando llegara el momento. Pero no. Leía porque esas historias le ofrecían espacio para crecer más allá del mundo que le había tocado. Lo ayudaban a sentir que las vidas sobre las que leía se entrelazaban con la suya como los hilos de una cuerda en continua expansión. Esas historias lo fortalecían.

Cada vez que hacía calor o simplemente buen tiempo, se sentaba en la calle a leer. No era la más sociable de las criaturas, nunca lo fue, pero siempre había preferido estar en el mundo a apartarse de él.

A veces, si los niños estaban jugando al fútbol en la calle, era objeto de un par de burlas, pero por lo general lo dejaban tranquilo. Todos sabían quién era su hermano. Dougie ya tenía diecinueve años y no le faltaban ganas para darle un puñetazo a cualquiera que se metiera con su familia. Un puñetazo o un mordisco, como si fuera algún tipo de animal.

Wilbur el Fantasma se acercó.

Una vez allí, se quedó de pie un momentito y se acuclilló a su lado sin esfuerzo alguno. De nuevo, tenía la movilidad de cadera de un joven de veintinueve años.

—Este libro te encantaba, ¿eh? —le dijo a su joven yo—. Esta es… ¿Cuál? ¿La segunda o la tercera vez que lo lees?

Como es lógico, no hubo respuesta. La consciencia del joven Wilbur se encontraba en un plano muy diferente al de su forma espectral. Pero al recordar que su yo bebé lo había seguido con la mirada, mantuvo la esperanza y levantó una mano delante de los ojos del joven Wilbur. Y la sacudió.

—Vamos. Mira. ¿Me ves? Ya me viste una vez, chavalín. ¿Me ves ahora?

Pero no. Ni un indicio en aquellos ojos diligentes.

Dos chicas se acercaron por la acera. Iban de uniforme, pero no era el de Willow Park. De la misma edad que Wilbur o un poquito más, estudiaban en la escuela de bachiller De la Salle, en la otra punta de la ciudad. No era nada extraordinario. Glossop Road llegaba hasta el centro y, fuera del horario escolar, solía estar llena de gente joven de todas partes que iban a mirar tiendas o al Milk Bar para escuchar *rock and roll*.

La chica de la derecha era pelirroja con pecas y tenía una expresión que daba a entender seguridad y humor frente a la vida.

La otra chica sostenía una cartera por delante de ella. A diferencia de su amiga, irradiaba tranquilidad. Era la primera vez que Wilbur la veía, la primera vez que se fijaba en su sonrisa y en la inteligencia de sus ojos.

Era Maggie.

Recordaba aquel día. Por eso, supuso, se había parado ahí. A lo largo de su vida hubo días que pasaron volando y en los que nunca volvió a pensar. Y hubo otros tan amados e importantes que contenían en su interior todo lo que vendría después. Días como matrioskas, siempre dentro de un futuro en desarrollo.

Y ahora lo estaba viendo todo una vez más, con gran detalle.

La chica pelirroja —llamada Doreen Taylor, según averiguaría después—, le dio un toque con el codo a su amiga para que se fijara en la divertida estampa que tenían delante: un chico delgaducho y extraño que leía en la calle. Y en esta ocasión Wilbur pudo observar lo que nunca había llegado a ver: el momento en que Maggie Shaw

posó los ojos en él por primera vez. Su expresión parecía una mezcla de diversión, curiosidad y compasión.

Entonces Doreen habló:

—¡Atiza, Maggie! ¡Aquí hay un chico que se cree que la calle es una biblioteca!

—Ni caso a mi amiga —dijo Maggie para fastidiar a Doreen—. No ha leído un libro en su vida.

—Ya se ve. —Wilbur reprimió una leve sonrisa.

Maggie se echó a reír.

Doreen perdió el buen humor.

—Eres boba. —Y, con un codazo, empujó a Maggie hacia la pared.

—¿Y qué lees? —preguntó Maggie mientras ladeaba la cabeza para ver la cubierta.

—*El viejo y el mar*.

—¿De qué va?

—De un pescador viejo con muy mala suerte, porque lleva años sin atrapar un solo pez, pero de repente un día pesca uno que es demasiado grande como para llevarlo en el barco, así que…

—Menudo plomo —interrumpió Doreen.

—Sí, un poco, la verdad —coincidió Maggie—. Yo leí hace poco *Qué verde era mi valle* y me gustó. Los personajes son como la gente pero mejor, porque no tienes que hablar con ellos.

Wilbur la miró y se levantó. Esa chica tenía algo que lo incitaba a ser más alto.

—Sí. No hay mucha gente con la que valga la pena hablar.

Doreen asintió.

—Eso dice mi padre. Él también es desgraciado. —Y a continuación, sin venir a cuento, dijo—: Es capataz en Hawke Street.

—La fábrica siderúrgica —explicó Maggie.

—Sé lo que es.

—¿Tu padre también trabaja allí? —preguntó Doreen—. A lo mejor mi padre es el jefe de tu padre.

—No. Bueno, antes sí. Pero murió en la guerra. Estaba en las fuerzas aéreas. No llegué a conocerlo.

El rostro de Maggie se estremeció un poco, como si una parte del dolor de Wilbur se hubiera escindido al hablar y hubiera salido disparado por los aires. Ella siempre fue incapaz de esconder la emoción de su cara, al igual que un río no oculta las ondas que provoca una piedra al caer. Y el Wilbur de 1958 se sintió fatal por haber hecho que la conversación cayera en picado.

—Lo siento —dijo Doreen. En el fondo no era tan mala—. Qué horror.

—No pasa nada. Ya está. No se puede echar de menos a alguien que no has conocido. —Es posible que esa fuera la mayor mentira que jamás había dicho. Prefirió cambiar de tema—. Me gustaría ser escritor.

No sabía, ni siquiera entonces, si eso era lo que quería ser. Aunque en ese momento sí. En ese momento le habría gustado ser el autor de *Qué verde era mi valle*, quienquiera que fuese ese tipo.

—Nah, ¿en serio? —dijo Doreen—. ¿De verdad te gusta eso? ¿Los escritores no son como lechugas?

—¿Lechugas? —preguntó Maggie.

—Sí, unas cosas húmedas, gordas y aburridas que la gente dice que son muy buenas.

Él les mostró la cubierta del libro y se acordó de algo que le había contado la señorita Graham.

—Ernest Hemingway no es ninguna lechuga. Destrozó submarinos nazis desde su barco con unos explosivos que él tenía.

—A Marilyn no le parecen aburridos los escritores —añadió Maggie—. Está casada con uno.

Doreen inclinó la cabeza.

—Eso es una trola.

—¡Es verdad!

—¿Marilyn Monroe?

—Pues claro. ¿Qué Marilyn va a ser si no?

—Pero si podría casarse con Rock Hudson. O con Marlon Brando… —Abrió mucho los ojos al darse cuenta de sus propias

revelaciones—. ¡Podría casarse con Elvis Presley! ¿Qué hace con un escritor?

El misterio flotó en el aire durante unos instantes.

—Yo qué sé —dijo Maggie—. Es raro. A lo mejor es que le gusta. —Le sonrió a Wilbur y él le devolvió la sonrisa mientras su fantasma comprendía, no como ellos, la magnitud de aquel momento—. En realidad, creo que a mí también me gustaría ser escritora —continuó ella—. Mejor que ser secretaria o ama de casa.

Doreen pareció indignarse.

—¿Eso crees? Pues yo estoy deseando ser ama de casa. Seré católica y tendré veinte hijos.

El Fantasma pensó entonces en la última vez que había visto a Doreen, en el año 1980, más o menos. Acababa de abandonar al vago de su marido y el negocio de *fish and chips* que tenía con él para encontrar por fin el amor y la autoaceptación con una mujer llamada Rosie a la que había conocido durante unas vacaciones en Lyme Regis, cuando miraba unas postales. Al verla ahora, Wilbur percibió su tristeza, un esfuerzo desesperado e impostado por ser algo que la sociedad estuviera dispuesta a aceptar.

Mientras tanto, el joven Wilbur vio a Maggie reír y por un momento se quedó fascinado.

—Diecinueve niños y una niña —añadió Doreen—. Que se llamará Jacqueline. La pequeña Jackie. Ya me imagino sus coletas. De todos modos, yo creía que querías ser pintora.

Maggie se quedó un poco cortada en ese momento.

—Bueno, no…

—Le gusta dibujar —explicó Doreen—. Se le da muy bien. Pinta hasta caballos.

Maggie cambió de tema.

—Íbamos al centro. Vente si quieres. Vamos al Milk Bar.

—Sí —dijo Doreen—. Tienes pinta de necesitar un batido.

Wilbur se lo pensó. A su madre le daría igual. De todos modos, ella ya mismo saldría para su turno de trabajo. Pero no tenía dinero, salvo unas cuantas monedas de un cuarto de penique guardadas en

un bote de mermelada en la planta de arriba, y dudaba que le alcanzaran para un batido.

—No sé —dijo.

Maggie le miró los zapatos. El agujerito de una de las puntas. Él se avergonzó.

—Invitamos nosotras —le dijo, mirándolo a los ojos. Y hubo algo en su forma de mirarlo que lo reconfortó, como si no lo juzgara en absoluto. Y tal vez fuera eso, tal vez fuera la semilla que se plantó en su mente y que años más tarde florecería y se transformaría en el coraje necesario para pedirle salir.

—Sí —dijo él—. Voy con vosotras.

Pero entonces, como tantas otras veces en las que Wilbur había alcanzado la cima de la felicidad, la realidad se la arrebató. Como si tuviera un ángel de la guarda a la inversa que intentaba ponerlo a prueba, que intentaba afligirlo y amargarlo antes de tiempo.

Los cristales rotos

—Uf, no —dijo el Fantasma en voz alta para sí mismo—. Me acuerdo de esto.

Miró y lo vio antes que ellos: el coche que estaba a punto de aparcar a su lado.

No un coche viejo cualquiera.

Un elegante Wolseley negro reluciente que se deslizó por la calzada, tan amenazador como una pantera. El tipo de coche que en el siglo XXI solo se utilizaría para llevar a una novia a su boda. Pero este tenía un letrero azul y blanco que mostraba «POLICÍA» justo encima del parabrisas delantero. Wilbur se levantó, muerto de vergüenza, y echó a andar por la calle.

—Espera —dijo Maggie.

Como Wilbur no sabía bien qué hacer, se detuvo y permaneció allí de pie, delante del coche, frente a los dos policías sentados en la parte delantera.

—¿Vienen a por ti? —susurró Doreen, para quitarle hierro al asunto—. ¿Por leer muermos sobre peces?

—No.

Wilbur ya había visto a su hermano en el asiento de atrás. El policía que iba de copiloto salió del coche. Tenía la cara muy seria y miró directamente a Wilbur.

—Uy —dijo Doreen al tiempo que el policía abría la puerta de atrás para que Dougie saliera. Era el Dougie de 1958. El Dougie en modo rebelde. Pelo engominado hacia atrás, camisa estrecha, pantalones pitillo con calcetines blancos y unos zapatones que él llamaba «pisaescarabajos». El Dougie que empujaba a Wilbur contra la pared cuando discutían y que le robaba la comida cuando su madre no los veía.

Doreen subió la voz a propósito para que todos la oyeran.

—¿Quién es ese elemento?

Wilbur se encogió de hombros. Se apresuró a darles la espalda a las dos chicas, pero no lo bastante rápido como para esquivar la mirada de Dougie.

—Ni idea.

Dougie era avispado cuando quería. Lo oyó. El Fantasma se fijó en su gesto de dolor.

—Vaya, qué detalle, Wilbo.

Doreen se echó a reír. Maggie puso cara de disgusto ante aquella situación tan embarazosa. El joven Wilbur volvió a mirar.

—¿Está tu madre en casa? —le preguntó el agente.

—No lo sé —contestó Wilbur con un suspiro.

—Sí lo sabes —dijo su fantasma—. No le mientas al policía.

Pero claro, eso daba igual. Lo que iba a pasar pasaría y él no podía hacer nada más que observar, que es lo único que hacen los fantasmas.

Wilbur miró a Maggie y deseó transmitirle por telepatía que él no era un mal hermano pequeño que se avergonzaba de su hermano mayor. Que la vida era complicada.

Y, por la forma en que Maggie lo observó, sintió que ella lo entendía. Esa era una de sus virtudes: que podía leer el libro entero de alguien a partir de una sola página.

Dougie, mientras tanto, sonreía de un modo extraño. En ese momento Wilbur no percibió esa sonrisa, pero su fantasma ahora sí. Era un rasgo curioso de su carácter: para Dougie, lo más parecido a la satisfacción era cuando los problemas del interior de su cabeza se alineaban con los problemas que él mismo provocaba en el exterior.

—Eres una caja de sorpresas, chaval —dijo, mirando a Wilbur, que estaba en compañía de las dos chicas, mientras los policías lo llevaban a rastras hasta la puerta del número 77.

—Uy, empieza el espectáculo —dijo Doreen y soltó una risa tonta antes de recibir un codazo de Maggie—. La función matinal.

Wilbur y su fantasma sintieron una vergüenza y un dolor tremendos cuando su madre abrió la puerta. Había estado bebiendo el jerez que conseguía barato en el *pub*: tenía las mejillas rojas y cara de aturdimiento. Eso era una novedad. Por lo general, solo bebía los días libres o después del trabajo, no antes.

—Ay, Dios santo, ¿qué ha hecho?

—Mirad —les dijo Wilbur a las chicas—, será mejor que os vayáis sin mí. Mi madre va a necesitarme.

Doreen soltó una risita.

—Podemos quedarnos. Es muy gracioso.

—Reenie —la reprendió Maggie, llamándola por su diminutivo cariñoso, y tiró del brazo de su amiga para marcharse.

El Fantasma vio que su joven yo las miraba partir hacia los helados, los batidos y la gramola.

Pero de repente, ella se detuvo. Miró atrás.

—Me llamo Maggie, por cierto —dijo—. Maggie Shaw. Y esta es Doreen, pero yo la llamo Reenie. ¿Cómo te llamas tú?

Él seguía ahí, con su uniforme raído.

—Wilbur. Soy… Wilbur.

—De acuerdo, Wilbur.

—Tened cuidado al pasar por allí —añadió él con verdadero interés—. Alguien ha roto una botella y está la calle llena de cristales.

—Ya los veo. Gracias.

—¡Qué caballeroso! —Doreen se echó a reír—. Aunque se avergüence de su hermano.

Maggie soltó una risita mientras bajaban la ligera cuesta, pero luego se dio la vuelta y sonrió.

Al ver a Maggie alejarse, se avergonzó de la idea que la chica debía de haberse llevado sobre su caótica vida. Ella volvió a mirar atrás con una preocupación y una cordialidad más que evidentes. No fue amor a primera vista, sino una especie de amistad profunda e instantánea, un hilo invisible entre ellos al que Wilbur no sabía cómo aferrarse.

—Ya nos veremos, Wilbur.

Entre tanto, el policía, con su seriedad profesional, se sacaba del bolsillo la navaja de Dougie.

—Lo hemos pillado en el centro, señora Budd. Estaba armando jaleo con otros chicos y llevaba esto encima. Solo por portar una de estas, ya se está cometiendo un delito. Así que, si volvemos a pillarlo, podría acabar en el calabozo.

Y el Fantasma fue consciente de lo que venía a continuación. Recordó la discusión familiar de aquella noche. Recordó que su madre no fue a trabajar y que se rascó tanto la piel que se hizo una herida, que lloró, se puso violenta y llamó satán a su hermano con el aparente convencimiento de que lo era. Recordó que Dougie se puso a dar patadas a las paredes y atravesó el cristal de una ventana con el puño. Se recordó a sí mismo tumbado en la cama, intentando evadirse con un libro, pero incapaz de concentrarse en una sola frase. Recordó que Dougie se emborrachó con el jerez de su madre y que más tarde se acercó a él, que seguía tumbado en la cama, y le escupió en la frente.

—Tú no eres mejor que yo, Wilbur…

Pero, para su alivio, no necesitó revivir todo aquello, porque justo entonces oyó el fuerte silbato de un tren de vapor que estaba listo para sacarlo de allí.

El retrato

El Tren de la Medianoche avanzaba a buen ritmo.

Casi alcanzaba su máxima velocidad. Pese a que no había vías propiamente dichas, se oían los mismos ruidos continuos y ascendentes de cualquier tren de vapor: el silbido, el traqueteo mecánico y el fuerte estruendo de las ruedas.

Dentro del vagón, en cambio, todo era bastante refinado. El terciopelo verde y el revestimiento de madera barnizada. Los elegantes carteles de señalización. Incluso un retrato enmarcado entre dos de las ventanillas. Un cuadro al óleo de estilo tradicional. Wilbur se levantó para inspeccionarlo más de cerca.

Al aproximarse, se percató de que se trataba de un chico. El rostro de un adolescente. Su rostro. El mismo rostro que acababa de ver sentado en la puerta de su casa hablando con Maggie. Con una expresión de concentración y de ligera preocupación.

Tardó un par de segundos en darse cuenta de que no era un retrato común. A la vez que el tren avanzaba, el retrato cambiaba. El pelo le crecía despacio y de pronto se acortaba y volvía a crecer. Su cara se ensanchaba y se endurecía levemente.

Envejecía en consonancia con el viaje en el tiempo.

Se sentó enfrente para seguir contemplándolo.

—Está muy conseguido, viejo amigo.

Wilbur se sobresaltó y, al volverse, vio que Agnes estaba sentada a su lado. Ella sonrió.

—Te ha captado muy bien. —Agnes miró por la ventanilla y vio que, de nuevo en la puerta de su casa, el joven Wilbur leía a Oscar Wilde—. Aunque debería puntualizar que no estamos ante un caso de «retrato oculto en desván», más bien es todo lo contrario. Envejeces a medida que envejece el cuadro, que te indica, con

precisión, dónde estás. Perdona, dónde no, cuándo. ¿Cómo se llama ese milagro chapucero del siglo XXI? Navegación por satélite. Bueno, pues considéralo algo parecido… Pero más bonito. Porque eres un tío guapo. O lo eras, en los viejos tiempos. A pesar de que nunca te diste cuenta de ello. Muchas jóvenes soñaban contigo… Sin embargo, tú solo soñabas con una…

El triquitraque de las ruedas se volvió más apremiante y Wilbur se agarró al asiento con una vacua sensación de náusea que solo los muertos pueden experimentar.

—¿Por qué se acelera todo?

—Es la vida la que se acelera. Escucha, Wilbur. Presta atención a lo que hay detrás de la ventanilla, es mejor que no te pierdas demasiadas cosas. Son tus años de juventud.

—Bueno, habrá cosas que me encantará perderme.

—Ah, pero cuanto más huyes de algo, con más ahínco te encuentra.

Wilbur asintió.

—Pero ¿y si es algo a lo que nunca pudiste enfrentarte, algo que te hacía descarrilar cada vez que estaba cerca?

Agnes sonrió con benevolencia.

—El Tren de la Medianoche no tiene raíles. En ningún momento está en movimiento. Ahí reside su genialidad. Va donde necesitas ir, cuandoquiera que sea. El tiempo no es uniforme.

Wilbur comprendió lo que le decía. Había vivido lo suficiente como para saber que el tiempo y la relevancia no se distribuyen de igual manera. Algunas etapas personales estaban relativamente vacías. El equivalente temporal del aire. Y luego te topabas con un día, puede que incluso con un minuto, que pesaba tanto como una década completa. Que lo era todo. Que tenía el poder de cambiar una vida entera.

—El Tren de la Medianoche —continuó Agnes— va a lugares que, juntos, al final, te proporcionarán una valoración verdadera de tu existencia. De ese modo, cuando accedas a la eternidad, te comprenderás por completo. Cuanto más profunda sea esa

comprensión, mejor. De eso se trata. Como dice Kierkegaard: «La vida solo puede entenderse hacia atrás, pero hay que vivirla hacia delante». Y este tren ofrece una solución: la vida revivida hacia delante.

Agnes volvió a sonreír y los ojos le brillaron como una nueva mañana. Una sonrisa amable aderezada con tanta calidez como preocupación. Wilbur reparó en que era una mujer complicada. Tal vez más complicada de lo que había sido en vida. Quizá eso era lo que hacía la muerte. O la eternidad. Complicar a las personas.

Iba a preguntar por la eternidad, para que Agnes le explicara más cosas, pero ella pareció entender la pregunta antes de que la formulara, como si leyera los pensamientos con la misma facilidad que se ven las nubes en el cielo.

—Como ya te he dicho —le explicó—, la eternidad es un concepto variable. Es lo que tú haces de ella. Para aprovecharla al máximo, necesitas conocerte. Y para eso están estas ventanillas. —Por un momento pareció un poco triste, pero de repente esbozó una sonrisa enérgica y profesional—. Así que ahí las tienes. Hasta más ver.

Y fue entonces cuando Agnes desapareció ante sus ojos.

La velocidad de la amistad

Pasaron días, semanas, meses, años.

A veces eran formas borrosas y a veces aparecía algo tan cerca y con tanta precisión que lo reconocía al instante.

Se vio a sí mismo en el salón de su mejor amigo, Charlie Applewood, jugando al dominó delante de un concurso de la tele en blanco y negro.

Charlie le caía muy bien.

Pero como había tratado mucho a Charlie siendo ya adultos, había olvidado al Charlie adolescente. El Charlie con el pelo repeinado y raya en medio, la camisa impoluta de manga corta abrochada hasta arriba y la sonrisa nerviosa.

El Charlie al que acosaban en el colegio, que adoraba los tebeos y las películas de serie b sobre ovnis. El que soñaba con la abducción extraterrestre y tartamudeaba cuando la señorita Graham le pedía que leyera en voz alta. El Charlie para quien escuchar música era una religión. El que lloró cuando murió Buddy Holly. El que siempre parecía seguir con la cabeza el ritmo de una melodía que solo sonaba en su cerebro. El que tenía una mente que viajaba lejos en cualquier dirección. El que más tarde acabaría siendo un genio no reconocido de las matemáticas y la física, un *hippie* de pelo largo, amante de las canciones de Joni Mitchell y de los libros de Ursula K. Le Guin (gracias a la recomendación de Wilbur); luego, fan absoluto de David Bowie; después, marido, y padre de una hija que nacería al cabo de tres décadas. El Charlie que trabajó para él. El que seguiría siendo su mejor amigo hasta que Wilbur lo echara todo a perder.

Recordó la atmósfera extraña que reinaba en casa de Charlie. El silencio más allá del silencio, a pesar de que sus padres estaban allí, todo porque su padre pegaba a su madre a no ser que hubiera algún

amigo de Charlie delante, en cuyo caso guardaban las apariencias. Eso implicaba paz. Y Wilbur no solo era el mejor amigo de Charlie, también era su único amigo de verdad en aquel momento de su vida. Wilbur creía que Charlie era increíble y que el mundo era estúpido al ver lo increíble solo en los charlatanes desenvueltos extrovertidos y en los luchadores duros. Charlie era capaz de decirte la raíz cuadrada de 169 y de explicar la estructura de un átomo, y al mismo tiempo era el tipo de chico que tarareaba música sin darse cuenta. Siempre hablaban mucho, pero siempre sobre cosas. Al conocer a Charlie le quedó claro que los libros, los tebeos, las películas y la música existían fundamentalmente para que la gente tuviera un modo de hablar de las cosas sin hablar de ellas.

Le contó a Wilbur que el libro que le había recomendado, *El conde de Montecristo*, le había hecho sentir que podía sobrevivir a cualquier cosa. Aun así, a Wilbur no le gustaba que se metieran con su amigo. Y, a sus trece años, se metían con él por todo: el tartamudeo, el tarareo, los cómics, los hombros estrechos y el aspecto general de alguien capaz de salir volando con el viento.

Por la ventanilla, el Fantasma vio a su joven yo con la nariz ensangrentada por haber defendido a Charlie en el colegio.

En un abrir y cerrar de ojos, vio que Maggie le decía «hola» al salir de la biblioteca mientras él entraba para estudiar con Charlie. Charlie le dio un codazo y lo miró con sorpresa y complicidad.

Se vio a sí mismo escribiendo un poema después de terminar los deberes.

Y allí estaban de nuevo Wilbur y Charlie, esta vez en la calle, observando a un deshollinador con gorra que, subido a una escalera, desmontaba una chimenea industrial ladrillo a ladrillo.

Un mundo que consideraba desaparecido hacía mucho, justo al otro lado de la ventanilla.

La librería

A veces, los momentos más importantes de una vida son también los más pequeños, consideró el Fantasma.

Y a veces, la gente no es consciente de que esos momentos son importantes hasta que se montan en un tren y echan la vista atrás.

Como cuando consiguió un trabajo de verano en una librería en 1961, durante las vacaciones.

«Se busca librero limpio y disciplinado». Ese fue el cartel que vio en el escaparate de la Librería Bagdale. Así que se presentó allí al día siguiente —ese día— tan limpio y disciplinado como un *collie* en un concurso canino.

Agnes Bagdale había muerto varias semanas antes, de manera que Arthur se vio en la obligación de tomarse más en serio la tienda y de contratar a alguien que le echara una mano. Por supuesto, Wilbur no las tenía todas consigo. Al fin y al cabo, el señor Bagdale lo había regañado en numerosas ocasiones por leer libros sin comprarlos.

Por eso fue una suerte que Arthur Bagdale no estuviera muy bien de la vista en aquella época y que no reconociera a Wilbur. Sobre todo porque Agnes ya no estaba allí para defenderlo.

Así pues, Wilbur tuvo una conversación sobre temas generales con el señor Bagdale, quien hizo gala de sus habituales malas pulgas. Las cosas mejoraron cuando descubrió que el padre de Wilbur había estado en las fuerzas aéreas. El señor Bagdale le dijo que era un escándalo que las viudas de guerra tuvieran que pagar impuestos por la pensión de viudedad.

—Perdí a muchos amigos en la guerra —le dijo a Wilbur—. Buenas personas. Mi mejor amigo estuvo en las fuerzas aéreas y lo mataron en algún lugar cerca de Colonia. Pobre Jonesy.

Se quedó con la mirada ausente un rato, hasta que se sacó una petaca del bolsillo y le dio un trago con los ojos cerrados, como en un gesto de oración profunda.

Acto seguido, se guardó la petaca y le dijo que el trabajo era suyo si se acercaba a un cliente y le vendía un libro.

—Eh… ¿Cómo? ¿Ahora mismo?

El señor Bagdale chascó la lengua y recuperó su mal genio.

—No, muchacho, cuando manden a un hombre a la luna. ¡Pues claro que ahora mismo!

—De acuerdo. Sí. Eh… ¡Cómo no!

Wilbur inspeccionó la tienda y vio a un joven con gafas, pelo repeinado y pinta de cultureta que no era de la ciudad. Se acercó a él y empezaron a charlar del disco de John Coltrane que le acababa de ver en una bolsa que llevaba bajo el brazo. A Wilbur en realidad no le gustaba el *jazz*, pero era capaz de fingir interés de una manera convincente.

El hombre le contó que era trompetista en un cuarteto londinense que actuaba en el club de *jazz* del sótano del Hotel Hallamshire.

—¿Has leído *Principiantes*?

—Pues no.

—Trata sobre el panorama musical de Londres. Sobre la juventud, la vida y el *jazz*. Lo tiene todo.

El hombre leyó la primera página y movió la cabeza arriba y abajo como si oyera música.

—Esto es lo mío, chaval. Este libro es para mí.

El Fantasma sintió tristeza durante unos instantes al recordar aquella primera venta. La alegría de vender libros. La alegría de unir un libro con su lector correspondiente. Como cuando a Charlie lo acosaban en el colegio y Wilbur supo que las palabras temerarias de Alejandro Dumas le otorgarían la fuerza que necesitaba.

Esa era su habilidad. Como un agente de viajes de la imaginación. Y fue una habilidad que conservó durante los años sesenta. La idea de que una novela era una ensoñación muerta que cobraba vida mediante la lectura. La alegría de emparejar *La naranja mecánica,*

La campana de cristal o *El espía que surgió del frío* con gente que los apreciara era un arte que él adoraba.

Mientras tanto, el Wilbur vivo acompañó al hombre a la caja.

—Bueno —le dijo el señor Bagdale poco después, con cierta expresión de sorpresa en la cara—. Mi madre hacía eso. Y nunca he visto a nadie a quien se le diera así de bien… Ella te contrataría. Estoy seguro. Me parece, joven, que el puesto es tuyo.

La gran importancia de las pequeñas cosas

El Fantasma siguió a Wilbur fuera de la librería por las calles moteadas de sol hasta Endcliffe Park.

Vio a su yo de dieciséis años cruzar una calle ruidosa hacia el parque; a su espalda, en los laterales de unos edificios, había unos murales publicitarios de Guinness y Corn Flakes recién pintados con colores chillones. Se dirigía a la casa de Charlie. Caminaba con brío gracias al nuevo trabajo de los sábados que acababa de conseguir.

Un vagabundo de barba greñuda y traje andrajoso estaba sentado en un banco.

—¡Oye, Wilbur! ¡Chaval! ¿Cómo estás?

—¡Hola! Bien, gracias. ¿Y tú?

—No me quejo. El sol brilla ahí arriba. Tampoco se puede pedir más, ¿no te parece?

Veía a Victor muchas veces por la ciudad y siempre hablaba con él. Victor Willows. Había luchado en la guerra dos décadas antes y cuando volvió se encontró sin nada. Habían bombardeado su casa y había perdido a su familia. Hizo sonar la lata de monedas que llevaba consigo.

—Supongo que no tendrás un par de monedillas para un viejo mendigo descarado, ¿verdad?

—Pues mira, Victor —dijo Wilbur con una sonrisa amistosa—, hoy estás de suerte.

Le gustaba darle dinero cuando podía. Y ese era uno de esos días. Rebuscó en los bolsillos y le dio todo lo que llevaba encima, que ascendía a tres chelines.

—Gracias, chaval. No solo por las monedas.

—¿Por qué entonces?

Se dio unos golpecitos debajo del ojo derecho.

—Por ver. La cosa es, Wilbur, que este mundo está lleno de gente que mira, pero que no ve. A mí me miran cien veces al día, pero no hay mucha gente que me vea. Gracias por ver, chaval. No pierdas eso, sigue viendo…

—Lo haré —contestó Wilbur.

—Mentiroso —murmuró su fantasma.

El banco

El Fantasma vio caminar entre los árboles a su joven yo.

Lo siguió al paso que él marcaba. Acababa de llegar a un claro. Y fue entonces cuando reparó en Maggie. Estaba sentada en un banco con vistas al estanque y a una pequeña cascada de rocas y tenía un cuaderno de dibujo en las rodillas.

Prestaba tanta atención a su dibujo que Wilbur decidió dejarla tranquila y pasó de largo. Tras un debate interno entre sus dos facetas, la introvertida y la extrovertida, había ganado la primera. Maggie parecía tan absorta en el proceso que quizá no quisiera que la interrumpieran.

—¿Me ignoras o qué?

A diferencia del propio Wilbur, su fantasma vio la sonrisilla de Maggie al preguntarlo antes de inclinarse sobre el cuaderno.

—No —dijo Wilbur nervioso, deteniéndose—. Para nada. —Se dio la vuelta para mirarla. Era como colocarse frente al sol. Le irradiaba calidez—. Hola, Maggie.

—Ah, ¿entonces no me has reconocido? Y mira que te saludé hace varias semanas en la biblioteca. ¿Tan fácil de olvidar soy?

El Fantasma vio que su ingenuo rostro de dieciséis años adquiría una tonalidad carmesí.

—No eres fácil de olvidar.

Maggie no pudo reprimir una carcajada.

—Te estoy tomando el pelo, no pongas esa cara de susto. Mi sentido del humor es un poco perverso.

—Ah, no. No pasa nada.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Muy bien, la verdad. Acabo de conseguir trabajo. En la librería.

—¡Qué maravilla! —Maggie sonrió con satisfacción.

—Sí. En Bagdale. Es mejor vender libros que trabajar en la fábrica siderúrgica de Hawke Street.

—Ya imagino. —Tapó el cuaderno, avergonzada por su dibujo—. Me gusta dibujar, pero no se me da muy bien.

—Bueno, lo entiendo —dijo Wilbur—. Yo a veces escribo poemas, pero no me gustaría que alguien los leyera.

—Es una pena. ¿De qué tratan tus poemas?

—Ah, pues de muchas cosas. De bobadas: las nubes, los cuervos, la guerra. Escribí uno sobre los Viajeros de la Libertad, ya sabes, los de Estados Unidos.

—Ah, de política.

—A veces. Si te soy sincero, era un poema malísimo.

Ella sonrió con entusiasmo y le hizo a Wilbur un hueco para que se sentara a su lado. Como lo más natural del mundo. Esa era una de las cosas que le gustaban de Maggie: su impulso para hacer que lo raro pareciera normal. Era una forma de cuidar.

Siempre fue ese tipo de persona. Alguien en armonía. Alguien que sabía que la vida era más fácil si cuidabas a la gente. Ella hacía la vida más natural.

Hablaron de distintos temas. Hablaron de la biblioteca y de la Librería Bagdale. Hablaron de las ganas que tenían de ver el mundo. Hablaron de cuánto les gustaba que los asustaran (a ella con las películas de Alfred Hitchcock y las novelas de Shirley Jackson). Hablaron de lo raros que se sentían a veces, tan fuera de sitio dentro de su ciudad.

—Siento como si nadie quisiera que pensemos —dijo ella. Wilbur asintió—. Solo que hagamos, hagamos, hagamos. Sin pensar. Que saquemos buenas notas. Que llevemos ropa elegante. Dios salve a la reina. Y luego, que me ponga a trabajar como secretaria o que sea ama de casa para siempre, mientras los chicos se van a los altos hornos. Yo quiero una vida artística, ¿sabes? Observar, no solo cumplir… No sé. Dicen que estas ideas no corresponden con mi clase.

Wilbur sonrió.

—Pues a mí me gusta tu clase.

Hablaron de un libro que ambos adoraban: *La vuelta al mundo en ochenta días*.

—De pequeña eso era lo que quería ser —dijo ella—. Quería fugarme y marcharme en un barco a Hong Kong como Phileas Fogg.

—Necesitarías un ayudante.

—Tú podrías ser mi ayudante, chaval. Te lo permitiría.

Ambos se rieron.

Hablaron de una amiga de Maggie, Claudette, que llegó a Sheffield cuando era un bebé desde un lugar del Caribe llamado San Vicente. Hablaron de formas de pensar anticuadas.

—Pero yo creo que las cosas van a cambiar —dijo Wilbur—. Creo que la gente joven es diferente. En serio. Somos diferentes. No solo en el corte de pelo. Creo que detrás de eso hay algo más. Creo que el mundo será mejor cuando nos hagamos mayores. Mi profesora de Lengua piensa que se acerca una revolución.

—No sé yo —dijo Maggie—. Me parece que nos gusta creer eso, pero que quizá la revolución solo sea interna. A lo mejor aprendemos a aceptarnos a nosotros mismos. Como, yo qué sé…, los árboles y el agua. Me gusta venir aquí porque todo parece más auténtico. ¿No te da la impresión de que no somos tan distintos de otros animales? —Señaló un pato—. ¿Los patitos serán mejores patos que sus padres? ¿Y si un pato es solo un pato y un ser humano es solo un ser humano y no cambiamos tanto como creemos? Los patos van a seguir graznando y los humanos van a seguir odiando.

—¡Anda! ¡Una cínica!

—No sé, Wilbur. Puede que lo sea. Pero aun así me parece divertido observarlo.

La emoción brotaba como el magma. El Fantasma casi no lo soportaba. Tenía ganas de interrumpir, pero recordó que Agnes le había pedido que no lo hiciera. Además, era poco probable que sirviera de algo, según le había dicho.

Pero era tan tan raro estar allí, mirándose la espalda… Tan adorable, tan terrible, tan inocente, tan todo. Oír esa conversación era como contemplar a alguien que aprende un nuevo lenguaje.

Era el principio de algo, aunque ninguno de los dos lo supiera en ese momento. De hecho, no lo sabrían hasta muchos años después. Pero Wilbur lo reflexionó en ese instante. Imaginó que sus conversaciones a lo largo de los años eran como una planta inmensa que se ramificaba por doquier. Cada conversación era diferente, pero pertenecía a un todo emanado a partir de esa primera semilla plantada en Glossop Road que ahora intentaba brotar de la tierra.

—Somos demasiado jóvenes para ser cínicos.

—Bueno, Wilbur, dieciséis años son muchos para un pato —contestó ella—. Cuac.

Se echaron a reír y durante un rato permanecieron en silencio.

—Háblale —imploró el Fantasma en vano—. Vamos, chaval. No estés nervioso. Pídele salir. Sería lo más fácil del mundo que le pidieras salir.

Por fin, Maggie habló:

—Mi madre siempre decía que yo era una cabeza vieja en un cuerpo joven. Decía que era diferente a los demás. Y creo que en lo de la cabeza vieja tenía razón. Tengo dieciséis años pero parece que voy a cumplir sesenta y cinco. También decía que vivimos la vida al revés. Que para la mayoría de las cosas hace falta tener una cabeza de persona mayor en un cuerpo de persona joven.

—Tu madre parece muy sabia.

Maggie miró con tristeza más allá del agua.

—Sí. Lo era. Murió. Hace dos años. —Cerró los ojos e hizo una leve mueca de dolor, como si se sacara una esquirla de cristal del pie—. Ni siquiera sé de qué murió. Pero algo le dolía. El estómago. Lo intentaron todo. Fue horrible.

—Uf. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Mi padre lo hace lo mejor que puede. Estamos él y yo solos. Trabaja para el Ayuntamiento. En el Servicio de Parques.

De hecho, trabaja aquí mismo. He quedado con él para ir al centro. Vengo mucho a este parque. Me gusta venir aquí a dibujar.

Lo miró con nerviosismo. Pero entonces, en silencio, decidió enseñarle el dibujo. Wilbur lo contempló y no necesitó fingir, ni siquiera durante un segundo. Era un bonito esbozo de lo que había frente a ella: el lago, los árboles, hasta la pequeña cascada.

—Me encanta —dijo él—. Es buenísimo. Me gusta cómo has captado el conjunto completo y te has centrado en los pequeños detalles.

—Como el Tren de la Medianoche —murmuró el Fantasma mientras bajaba la vista a su indumentaria de luna de miel: la camisa de manga corta, las sandalias y los pantalones de campana que usaría años después de aquel encuentro con Maggie.

—Impresionista, pero con puntos focales —continuó Wilbur.

Ella lo miró, deseosa de desviar los halagos.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

El Fantasma se avergonzó mientras Wilbur procuraba sonar afable.

—¿Hablar cómo?

—Tan rimbombante. Con palabras cultas. «Impresionista, pero con puntos focales».

—No es rimbombante usar palabras cultas. Eso dice la señorita Graham, mi profesora de Lengua. Me cae muy bien, es bastante subversiva. Dice que la educación es una herramienta utilizada para afianzar el sistema de clases. Que nos incitan a equiparar la clase alta con la inteligencia para que las clases bajas sigan haciendo los trabajos manuales y no sueñen con algo mejor.

—Muy bien, Karl Marx. ¿Y con qué sueñas tú entonces?

En ese momento no soñaba con nada en absoluto. Era difícil soñar en un instante tan bueno.

—Bueno, quiero ir a Oxford.

—¿A la universidad?

—Sí. Después de los exámenes. Eso quiero hacer. Quiero estudiar Literatura e Historia.

—Te pega ser historiador. Como ese de la tele que habla de Enrique VIII y de Cristóbal Colón.

Wilbur se encogió de hombros.

—Nosotros no tenemos tele. Mi madre se las ve y se las desea para pagar el alquiler. Dougie tiene dinero, pero mi madre se niega a aceptarlo porque no se fía un pelo, ya que siempre tiene más de lo que gana. Así que discuten, él dice que ese dinero es para ella y al final ella acaba gritando o hablando sola. Perdona, no quería contarte todo esto.

Maggie frunció el ceño.

—Vaya, lo siento. Y no quiero ser maleducada, pero si no podéis permitiros una tele, ¿cómo vas a hacer para ir a la Universidad de Oxford? ¿No es carísima?

—No si te dan una beca. —Esta frase la pronunció con grandilocuencia, con la voz de un locutor de radio de la BBC.

—¿No hay que ser un genio para eso?

Wilbur siguió con la voz de la BBC porque a ella parecía hacerle gracia. Y no había nada más mágico en la tierra que hacerla sonreír.

—Bueno, Albert Einstein y yo somos muy amigos…

—Albert Einstein murió hace años —lo corrigió ella entre risas—. A lo mejor le echaste una mano con sus teoremas cuando tenías cinco años…

—Cuatro. Tenía cuatro.

—Bueno, entonces es un honor conocer a un genio en carne y hueso —dijo ella.

—Por eso tengo previsto empezar a fumar en pipa —prosiguió Wilbur—. Todos los genios fuman en pipa, ¿lo sabías?

Ella siguió riendo y él se puso a mecer una pipa invisible y a darle caladas.

Entonces se quedó callado y dejó de hacer payasadas. Algo en la cara de ella lo animó a sincerarse.

—No creo que haga falta ser un genio. Porque yo no lo soy. Solo hay que ser muy trabajador… O eso espero.

Entonces ella lo miró fijamente, y Wilbur sintió algo muy poco habitual: se sintió visto.

—Solo sé una cosa que dijo el viejo Albert —explicó ella—, porque nuestro director no para de repetírnoslo. Pero es una buena frase: «No tengo ningún talento especial. Solo soy apasionadamente curioso». Eso siempre me ha gustado. Apasionadamente curioso.

—Pero eso no se te puede aplicar a ti —dijo él mientras señalaba el dibujo con la cabeza—. Tú sí tienes talento. Un talento real.

—No lo sé. Aunque me gustaría, en fin, vivir de esto algún día. ¿Y por qué quieres ir a Oxford?

Wilbur puso cara pensativa.

—Solo quiero salir de aquí. Prosperar, ya sabes. Quiero escapar.

—¿De Sheffield?

—De todo. Quiero hacer más de lo que se espera de mí. No quiero tener que pasarme las tardes de los viernes escondido detrás del sofá con mi madre porque no tenemos el dinero del alquiler. Ni tener que preocuparme de que Dougie esté por ahí haciendo barbaridades. Quiero ver el mundo.

—Venecia —dijo ella—. Me encantaría ir a Venecia. Parece tan romántico… Como un sueño.

—Ay, Venecia. A mí también me gustaría ir.

—Algún día irás —dijo el fantasma espectador—. Y será la época más feliz de tu vida.

Ella asintió.

—Hay un pintor que se llama Tiziano. El mejor, en mi opinión. Mejor que Miguel Ángel. Y que Leonardo da Vinci. Tan solo he visto sus cuadros en un libro de la biblioteca. Pero solo con mirarlos, ya sientes algo. Algo que no se puede explicar. —Reflexionó durante un momento. Luego continuó—: A ver, señorito universitario, ¿has oído hablar del claroscuro?

—No. ¿Qué es?

—Es una palabra finolis que me enseñó mi profesora de Arte. Nunca he hablado de este término porque no conocía a nadie tan importante como un Genio de Carne y Hueso.

Lo estaba provocando, pero a él le gustaba.

El Fantasma, de pie junto al banco, los miraba como un padre invisible que ve a sus hijos jugar, pero no recordaba los detalles de aquella conversación. Solo el banco, el dibujo y la cara de Maggie. De manera que volver a oírla fue como transportarse a un lugar nuevo.

Era interesante darse cuenta de que hasta tu propio pasado era un territorio nuevo por explorar. Que los recuerdos no eran los acontecimientos reales, al igual que las banderas no eran las naciones que representaban.

Deseó retroceder. Retroceder de verdad. Estar sentado en el banco del parque junto a ella. Le habría pedido salir en ese preciso instante. Habría aprovechado todos los años perdidos.

—Bueno, entonces cuéntame —dijo el otro Wilbur—. ¿Qué es el claroscuro?

—Es el contraste entre la luz y la sombra. Y a los pintores renacentistas se les daba fenomenal. Sobre todo a Tiziano. Por eso, cuando ves uno de sus cuadros, te planteas cómo es posible que… que brille hacia ti. Sin embargo, en realidad lo importante no es la luz, es la sombra.

—Ah, me encanta.

—Eso es lo que dice la señora Bray. La sombra oscura que rodea la cara en segundo plano la hace más… mágica. Y me gusta esa idea. La idea de que a veces necesitas oscuridad para que otras cosas brillen.

El Fantasma vio cómo se miraban. Y Wilbur pareció estar a punto de decir algo. Torció un poco la boca, como un huevo a punto de quebrarse. Pero fuera lo que fuese, no tuvo oportunidad de expresarlo. Porque en ese preciso instante un guarda con gorra y peto verde se acercó en un pequeño furgón.

—Ese es mi padre. Será mejor que te vayas. No se fía de los chicos.

—De acuerdo. —Wilbur se levantó más rápido que un rayo—. Es bueno no fiarse, como regla general.

—Nos vemos.

—Sí. Nos vemos.

Wilbur se marchó y su fantasma se quedó allí, observando los ojos desconfiados del padre de Maggie mientras detenía el furgón en el camino ancho del parque. Alfred. Un hombre con quien un día compartiría pintas de cerveza y conversaciones forzadas. Un hombre al que vería llorar. Pero eso aún estaba por llegar.

Y entonces, con el sonido del tren, llegó la hora de partir.

Un abrir y cerrar de ojos

Por la ventanilla se vio a sí mismo como un chico de diecisiete años, en un Oxford soleado, caminando por el oasis verde inmaculado del patio ajardinado de Balliol College. El día de su examen de acceso.

En un abrir y cerrar de ojos desapareció, el Fantasma volvió a mirar y se vio a sí mismo y a Charlie en el Milk Bar, hablando de la que estaba a punto de convertirse en la novia de Wilbur, Alice Dobson.

Y de repente el paisaje se volvió más árido. Un desierto, de hecho, antes de sumirse en la oscuridad.

Coles Corner

El tren se detuvo y el Fantasma siguió a su yo de dieciocho años por la ciudad. Iba elegantemente vestido, con un traje y una corbata negra comprados con el sueldo que ganaba en la Librería Bagdale. Caminaba con paso ligero y del bolsillo delantero le asomaba el extremo de un sobre.

Era una tarde fría de febrero.

Estaba en el tramo de Glossop Road donde acababan las casas adosadas y comenzaban las tiendas: la frutería, la carnicería, el zapatero, la mercería.

Ahí empezaba el centro de la ciudad.

Por aquella época, parecía un camino hacia la magia. Un camino hacia cualquier cosa. Sobre todo esa noche.

Ese sábado.

Porque tenía una cita.

Wilbur (acompañado del Fantasma) llegó por fin a los grandes almacenes Coles, que ese día estaban cerrados. Pero, según recordaba su fantasma, esa esquina era el punto de encuentro para todos los que tenían una cita en aquella época. Coles Corner.

Y allí estaba ella, Alice Dobson, esperándolo con un elegante vestido verde y una sonrisa bajo un flequillo rubio. Wilbur estaba ansioso por contarle las novedades.

Alice era su novia desde hacía unos dos meses. La vio un día con una amiga en el Milk Bar, durante las Navidades, cuando ambas tomaban un Vimto. Charlie Applewood lo retó a hablar con ella, sobre todo porque era más tímido que Wilbur, porque tendía a tartamudear cuando conocía a alguien y porque le gustaba su amiga.

Wilbur se acercó y le preguntó qué canción le apetecía escuchar, ya que iba hacia la gramola.

Y como ella contestó *The Loco-Motion*, de Little Eva —y eran tres canciones por un chelín—, eligió esa y otras dos más: *Return to Sender*, de Elvis Presley, y *Big Girls Don't Cry*, de Four Seasons. Ninguna de las tres, al pensar en ellas desde el futuro, acertaba con el tono optimista romántico apropiado.

Alice era un año mayor que Wilbur. A ella le gustó que fuera alto y que tuviera unos «ojos misteriosos». Le contó que vivía con sus padres en una casa pareada en Fulwood, la parte más exclusiva de la ciudad. Su padre había hecho fortuna con el comercio de alfombras. Era la pequeña de tres hermanas y ese sábado había salido para ir a bailar *jazz* y *rhythm and blues* en el sótano de un hotel del centro. Wilbur le contó que su hermano también solía ir allí.

—¿Tu hermano es Dougie Budd? Entonces tú tampoco serás trigo limpio. —Pareció tan horrorizada como fascinada.

—Yo no soy mi hermano. Y es cierto que antes estaba un poco loco, pero se va centrando.

En el transcurso de esos dos meses, fueron a comer *fish and chips*, a pasear por el parque y a tomar el té con los padres de ella. Siempre antes de ir a bailar hasta la medianoche en el sótano del Hotel Acorn y concluir con un largo beso de despedida en la puerta de su casa. Ella le dijo que lo notaba nervioso cuando la besaba, le preguntó si había besado a alguna chica antes y él contestó que no.

Ella se rio de él, con cariño, aunque también con algo más. Wilbur no pudo evitar la sensación, en varias ocasiones a lo largo del último mes, de ser mitad novio mitad mascota.

Y ahora esto. Una noche en el cine.

Ella sonrió de manera ambigua.

—Míralo, qué elegante con su traje.

—Bueno, es que estoy ascendiendo en la vida.

—¿Ascendiendo hacia dónde? ¿Hacia las nubes?

—Mira. —Se sacó el sobre del bolsillo—. ¡Me han contestado!

—¿Quiénes?

—Ahora lo verás. ¡Lee la carta!

Mientras se la pasaba, ella miró con desagrado unas palomas que comían un mendrugo de pan que les había tirado un panadero bondadoso. Y, con la misma cara de aprensión, se puso a leer, empezando por el membrete:

—Balliol College, Oxford.

A continuación leyó la carta, pronunciando cada una de las palabras con creciente desilusión:

—«Estimado Wilbur Budd: Tras haber revisado los resultados de sus exámenes de acceso y solicitud de beca, y su comportamiento durante la entrevista, tenemos el placer de ofrecerle una beca universitaria completa para la Licenciatura de Arte e Historia que, sumada a la beca del condado…». —Se detuvo—. ¿Significa que te vas a Oxford?

—Sí, eso es.

Wilbur esperaba con entusiasmo una sonrisa o un abrazo, pero lo que recibió fue un gesto de confusión y dolor.

—Creía que todos te parecieron unos arrogantes. Cuando fuiste a la entrevista, me dijiste que eran una panda de esnobs.

—Sí. Y lo son. Pero quiero ir de todas formas.

—Ah. ¿Y eso no te preocupa? A ver, eres un chaval de Glossop Road.

—Ya lo sé. Exacto. Un chaval de Glossop Road. Se supone que ni siquiera debería ir a la universidad. La señorita Graham dice que si consigo ir a Oxford será un acto revolucionario. Dice que el sistema educativo refuerza el sistema de clases. Por eso, cada vez que entra alguien que proviene de la nada, que no es de ningún lugar, subvierte el sistema. Dice que lo que más temen los poderes de arriba es que exista una clase trabajadora formada. —La señorita Graham era bastante radical. Una auténtica marxista. Y también la única profesora a la que veía por la ciudad, ya que le encantaban las hamburguesas, la Coca-Cola e ir de tiendas. Las contradicciones eran lo que hacía interesantes a las personas—. Y me lo van a pagar

todo. Es una beca doble. Eso implica alojamiento, comida y matrícula. Mi madre no tendrá que pagar un penique. Ni siquiera necesitaré trabajar. Solo estudiar. Estoy encantado.

Ella asintió, pero lo atravesó con la mirada. Su fantasma sintió remordimiento.

—Qué poco tacto, Wilbur —murmuró—. Mírala. Está dolida.

Por supuesto, el Wilbur que tenía delante no oyó nada y se limitó a decir:

—Pensaba que te alegrarías por mí. Llevo diciéndote que quería ir a Oxford desde el día que te conocí.

—Pero no voy a ver a mi Wilburcito.

—Volveré.

—Claro. Entonces, ¿me despido de ti en septiembre y no te veo hasta Navidades?

El Fantasma observó a su joven yo mientras caía en la cuenta de que había más de una interpretación de la noticia.

—Bueno, no. Intentaré volver antes. Y tú puedes venir a Oxford. No queda tan lejos en tren.

—No creo que encaje con esa tropa de estirados con dinero.

—¡Si tú tienes más dinero que yo!

—Pero no soy una estirada. Soy una chica de Sheffield.

—Tu padre está forrado.

—Ahora sí. Ahora que todos los del norte de repente quieren alfombras. Pero no siempre fue así. Y no soy estirada. Soy de Sheffield de toda la vida. Y mi padre también. No creo que me marche de aquí nunca.

—Lo dices como si fuera una traición.

—Ah, no. Haz lo que quieras. Es tu vida.

—Oye, ¿podemos intentar disfrutar del cine?

Y como luego resultó: no, no pudieron.

El Palace

Llegaron al Palace Cinema. El elemento principal de su cita.

Parecía tan grande como el Fantasma lo recordaba de niño. Puede que más.

Un edificio de aspecto robusto con una ornamentación recargada. Una fachada revestida de blanco decorada con columnas, ventanas con montantes de abanico y arcos en las puertas.

De pequeño le parecía como caído del cielo, tan perfecto, tan espléndido, tan resplandeciente. El Fantasma se acordó de la vez que fue a ver *Un americano en París*, cuando tenía unos siete años. Su madre rara vez hacía algo con ellos, pero siempre conseguía ahorrar para llevarlos al cine. La recordó cantando en voz baja *I'll Build a Stairway to Paradise* mientras le caía una lágrima por la mejilla.

Levantó la vista hacia los arcos de la entrada y vio dos carteles.

Uno anunciaba *La gran evasión* y el otro era el de *Los pájaros*. Había leído el relato de *Los pájaros* durante una pausa del trabajo. Era de una de sus escritoras favoritas, Daphne du Maurier, de manera que prefería ver esa película, pero se preguntó si sería demasiado perturbadora para Alice, a quien era obvio que le molestaban las palomas y, posiblemente, los pájaros en general. *La gran evasión* se había estrenado hacía ya varios meses, pero había tenido un éxito enorme y seguiría en cartelera varias semanas más.

—¿Qué quieres ver? —preguntó Alice con un tono de voz al que Wilbur no estaba acostumbrado.

—Cualquiera de las dos me parece bien.

—Elige.

—Se supone que *La gran evasión* es buena —dijo Wilbur con las cejas alzadas.

—Supongo que *La gran evasión* es la que más te pega, sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Crees que quiero evadirme de Sheffield?

—No lo sé. A lo mejor es por la compañía.

—Estoy muy contento con la compañía que tengo —dijo él mientras subían la escalinata que daba a las puertas en forma de arco. E hizo un esfuerzo por creérselo.

El Fantasma recordó haber sentido un destello de rabia. Después de todo, Alice sabía la historia del gánster de su hermano, de su vida familiar y de su padre fallecido. Tenía mucho de lo que escapar. Y claro que deseaba escapar de todo aquello. Era su motivación casi desde que empezó a ir a la escuela.

La multitud se congregaba en el vestíbulo. Hombres de traje y mujeres con elegantes vestidos de día con cinturón o conjuntos a juego de punto. «Es muy diferente del Cineworld de Bedford», pensó el Fantasma con una risita, mientras contemplaba el recuerdo agridulce de aquella noche.

—Siempre me gustó esta alfombra —dijo Wilbur mientras miraba su diseño ajedrezado rojo y negro—. ¿Es de tu padre?

—No, Wilbur. No es de mi padre.

—Había olvidado lo mal que se te daba esto —se burló el Fantasma mientras atravesaba, literalmente, a la muchedumbre.

Al final, se decidieron por *Los pájaros*. Durante un momento inicial de tensión, ella le agarró la mano. Y a Wilbur le gustó esa sensación, la de ser protector.

El Fantasma permaneció junto a ellos de pie, en el pasillo de la sala. Sintió el repentino deseo de ser visto. De nuevo, supo que era improbable, pero también pensó que la fuerte insistencia de Agnes para que no se entrometiera parecía indicar que era posible tal intromisión, una idea que lo tentaba. Y la razón por la que quería que lo vieran era porque sabía que se dirigía hacia los años críticos. Los años en los que la esperanza, la añoranza y la juventud se mezclaron con la culpa y el remordimiento. La época de una tragedia

indecible. No sabía muy bien si quería cambiar algo, pero quería estar presente de verdad. Y, además, Wilbur ya lo había visto cuando era bebé, así que podía volver a ocurrir, estaba seguro. Era una intuición. Más que una intuición. Recordaba haber sentido, en más de una ocasión, que se observaba a sí mismo desde otro lugar, como si fuera un personaje de una novela más que una persona en el mundo. Y también recordó algo más: su luna de miel. Llevaba años sin pensar en ello, pero estaba seguro de haberse visto a sí mismo. Hubo un momento en que vio a alguien calcado a él en el puente de Rialto. Fue un destello fugaz, nada más, y en aquel momento lo dejó pasar. Pero ahora lo veía distinto, como veía distintas todas las cosas, así que lo intentó de nuevo, intentó con todas sus fuerzas hacerse notar.

—Estoy aquí. Mírame. Aquí, en el pasillo. He vivido tu vida completa, sé dónde se torció y cómo podrías evitarlo… Por favor. Óyeme. Mírame. —En un momento dado, Wilbur bostezó, se movió con nerviosismo, desvió un poco la mirada hacia el espacio que ocupaba el Fantasma y pegó un respingo en la butaca. No quedaba claro qué había visto, oído o sentido—. ¿Wilbur? Soy yo…, tú. ¿Me ves? Como cuando eras un bebé y Dougie te enseñó el tren. Estoy aquí… Que sepas que estás con la chica equivocada…

Y mientras tanto, Alice le preguntaba con un susurro si se encontraba bien.

—Sí —contestó Wilbur, también susurrando—. He sentido un escalofrío, nada más…

Volvió a concentrarse en la película sin pensarlo demasiado y, a pesar de que el Fantasma hizo más intentos por llamar su atención, no pareció conseguirlo.

La historia oculta

Durante el intermedio, apareció por el pasillo una acomodadora con una bandeja.

Pelo largo castaño recogido bajo un sombrero sin ala, chaqueta roja y botones dorados. La cara como un libro abierto y una leve sonrisa.

Era ella.

El Fantasma se acordaba muy bien de aquello. Recordaba que Alice levantó la mano y le hizo una seña a Maggie para que se acercara.

Recordaba que la Maggie de diecinueve años se fijó en él y le dijo hola con los ojos. Habían hablado un par de veces más desde aquella tarde en el parque pero, al igual que ahora, el contexto nunca era el propicio para una conversación más profunda.

—Maggie —dijo él. Solo eso. Solo su nombre. Como si fuera algo elemental. Como agua en un desierto.

—Hola, Wilbur. Me alegro de verte. —Profesional. Solo un rápido parpadeo para mostrar que no sentía nada en absoluto al verlo allí con una chica.

—Sí, yo también.

Alice, tal vez reparando en que Wilbur estaba distraído en ese momento, pidió un helado. Un Lyons Maid de vainilla y chocolate. Cuando Maggie se fue, Alice volvió a llamarla para quejarse de que no estaba lo bastante frío y el chocolate se había derretido.

—Mira cómo está. Está deshecho.

El Fantasma recordaba lo incómodo que se sintió en ese momento. Se vio a sí mismo mirando fijamente la moqueta oscura del cine y rezando para que se partiera en dos y se lo tragara la tierra.

Por asombroso que pareciera, Alice no había terminado. Y la incomodidad de Wilbur tampoco.

—¿Dónde te los metes? ¿Debajo del sujetador?

Wilbur levantó la vista de la moqueta y la vergüenza dio paso a un repentino deseo de defender a Maggie.

—Alice, venga ya, está trabajando —dijo Wilbur sin ver qué había de malo en el helado.

—Lo siento mucho —dijo Maggie.

—No pasa nada —dijo Wilbur—. No tiene ninguna importancia.

Alice fulminó a Wilbur con la mirada.

—Ah, eso ya lo sé. Pero quiero que me devuelvan el dinero. Es una cuestión de principios.

Alice presentaba esa extraña contradicción: era capaz de mirar por encima del hombro a la gente y a la vez preguntarse por qué querían ascender en la escala social.

Maggie no dijo nada. Se limitó a devolverle con calma el chelín del bote del dinero que llevaba en la bandeja.

El Fantasma se miró a sí mismo. Vio que sus ojos no se apartaban del rostro de Maggie. Era extraño lo clara que se veía la vida en retrospectiva. Como un puzle que solo puede resolverse hacia atrás.

También se preguntó qué porción de historia sucedía así: no con palabras ni con acciones, sino con miradas, con anhelos no dichos, con transgresiones sutiles.

Qué porción de historia era un «casi algo» después de otro.

Palabras silenciosas

Más tarde, después de la película, Alice fue al baño. El Fantasma vio entonces a Maggie, que despedía al público en la puerta de una manera que le pareció anticuada y maravillosa. Wilbur se acercó a ella para disculparse con toda la delicadeza que fue capaz de mostrar sin sentir que traicionaba a Alice.

—Lo siento, Maggie. Siento lo del helado.

Ella se encogió de hombros y sonrió con un gesto que contenía un pequeño ápice de tristeza.

—No ha sido nada. Espero que hayáis disfrutado de la película. Yo tengo que verla todas las noches. Estoy hasta las narices de los puñeteros pájaros.

—Ya me imagino. Claro. En cualquier caso, espero que no te haya molestado.

Miró a Wilbur como si tuviera menos años de los que tenía.

—Eres un encanto, Wilbur. Pero no te preocupes tanto.

—Lo sé, Maggie, pero yo solo…

Quiso decir algo más y, durante un segundo, le pareció que Maggie también quería. Pero de repente apareció Alice y el momento pasó.

El tren silbó. Y él lo vio, justo en la puerta del cine, a los pies de la escalinata. Se volvió por última vez para mirar a Maggie, que ahora ayudaba a un anciano que cruzaba el vestíbulo, y sintió un amor absoluto, despojado del tiempo y de los numerosos obstáculos de la vida.

—Te echo de menos —dijo el Fantasma. Y las palabras permanecieron allí, como siempre, silenciosas y suspendidas en el aire.

Las cien muertes de Wilbur Budd

Había muchas muertes en la vida.

Las personas, consideraba ahora el Fantasma, morían por etapas. Por eso era especialmente conmovedor verse a sí mismo de joven.

Estaban por llegar la muerte de la juventud y la de los ideales. De la conexión, de la amistad, de los principios, del amor. Y esas muertes, a menudo, no eran más que decisiones. Decisiones que parecían correctas en su época, en su momento. Sin embargo, al llegar al final, a la última de todas las muertes, echabas la vista atrás y reparabas en las versiones perdidas que se habían quedado por el camino.

Echó de menos, justo entonces, a la persona que fue una vez. Y la bondad que existió en su interior, tan natural como el verdor en la hierba.

Unas palabritas

Agnes quiso cruzar unas palabritas con él.

—Has intentado interferir en tu vida antes, en el cine. Este viaje no consiste en eso, viejo amigo. Ni intromisiones, ni trastadas, ni conatos de engaño… Es peligrosísimo. ¿Te enteras?

—Pero, Agnes, ahora lo veo claro: malgasté el amor…, malgasté el tiempo…

—Sí, es verdad que los malgastaste. Más que la mayoría de la gente. Pero no te queda otra. Este tren tiene una ruta y un destino. Como ya te dije, estás aquí para observar.

Y entonces, antes de que le diera tiempo a contestar, Agnes se dirigió hacia la parte delantera del tren y dejó a Wilbur mirando por la ventanilla mientras su joven yo, que también miraba por una ventana, se preguntaba qué le depararía la vida.

La última lección de la señorita Graham

Un poco más tarde, estaba solo en el vagón del tren. O eso creía. Pero entonces oyó una tos de fumador y apartó la vista de la ventanilla para encontrarse con el fantasma de una mujer. No era Agnes, pero sí alguien conocido.

La señorita Graham, que estaba sentada casi al fondo del vagón, reclinada en el asiento de terciopelo verde.

—¡Por Dios! —exclamó él—. ¿Qué hace usted aquí? Creía que estaba solo con Agnes.

La señorita Graham era su profesora favorita. La que le inculcó el amor por los libros. La que lo animó a solicitar plaza en Oxford. Pelo corto negro y jersey de cuello alto igual de negro, un poco más joven de lo que él la recordaba. Estaba fumando, como siempre. Hasta en clase se quedaba cerca de una ventana abierta para fumar.

—No debería estar en este tren —dijo la señorita Graham, que siempre mostró un lado rebelde—. Pero como en la eternidad lo ves todo, me he dado cuenta de que tenías problemillas y he encontrado el modo de llegar hasta aquí.

Wilbur estaba demasiado desconcertado para decir nada relevante, así que se limitó a soltar:

—Me alegro de verla. Entonces, ¿está usted muerta?

—Sip. Enfisema. 1975. —Le dio una larga calada al cigarrillo—. Tenía solo sesenta y cuatro años; seguía en la etapa de «era demasiado joven para morir». Pero ya sabes lo que se dice: lo importante no es el número de años, sino su intensidad. Y tuve una buena vida, ¿sabes? Muchos viajes. Muchas aventuras en todos los continentes. Muchos amantes. Mucha diversión.

—Ya —dijo Wilbur. Por más que tuviera ochenta y un años y estuviera muerto, seguía sintiéndose demasiado joven para conocer

detalles de la vida sexual de la señorita Graham.

—La temporada que pasé enseñando Lengua y Literatura en tu colegio fue, posiblemente, el periodo más convencional de mi vida —aclaró.

—Vaya —dijo Wilbur—. Quién lo diría.

La señorita Graham influyó en él de pequeño porque en aquella época resultaba una persona bastante inusual para el condado de Yorkshire. Era de Londres y había trabajado un año como enfermera voluntaria en España durante la Guerra Civil. Al parecer, allí conoció a George Orwell, quien también luchaba por la causa antifascista. Y entabló una amistad como para llamarlo por su verdadero nombre, Eric.

Observó a Wilbur durante un rato.

—«¿Quién deshace lo hecho?» —dijo, mirando hacia arriba y declamando con solemnidad, como si se dirigiera al gallinero desde un escenario—. *Macbeth*, acto 5, escena 1.

—Es como si hubiera vuelto al colegio.

Ella sonrió.

—¿Te acuerdas de cuando os hacía leer en clase fragmentos sueltos de distintas obras? Siempre se te dio bien analizarlos, Wilbur. En el colegio eras un mirlo blanco. Ni delincuente ni pelota, tenías un interés real por las cosas.

—Los libros eran mi vía de escape.

—Yo estaba orgullosísima de ti, de que triunfaras en la vida a pesar de todo lo que pasó.

—Pensaba que usted lo vería como una traición a mi clase social. Eso de convertirme en un empresario triunfador…

—Bueno, la vida es complicada. Y, oye, incluso en el colegio, donde todo el mundo tenía problemas, estaba claro que tú contabas con menos herramientas…

Eso lo confundió. Estaba claro que él había tenido problemas, pero nunca se dio cuenta de que resultaran tan visibles.

—El éxito es la distancia que recorres desde tu punto de partida. Y tú recorriste mucho. Lo hiciste muy bien. Y, joder, tu delito fue que

eras demasiado bueno en lo que hacías y que montaste librerías. Hiciste lo que se te daba bien.

Wilbur sonrió. La señorita Graham había sido una profesora estricta, pero también había sido capaz de ver su potencial. Por eso, oír que lo felicitaba por el resto de su vida debería haber sido importante. Wilbur siempre sentía una especie de plenitud, de expansión, cuando alguien le decía algo así. Como si él fuera un recipiente vacío, siempre a la espera de validación para llenarse. Sin embargo, quizá porque acababa de ver a Maggie, en ese momento se sentía hueco.

—Señorita Graham…

—Tutéame, por favor. Llámame Linda.

—Linda. —Qué raro se le hacía. Era curioso descubrir que no había lugar, ni dentro ni fuera del tiempo, donde resultara natural llamar por su nombre a los profesores del colegio—. Dices que el éxito no es más que la distancia desde donde uno empieza, pero ¿y si en un punto determinado viajé en dirección contraria? ¿Y si no viví de verdad? ¿Y si encontré a la persona ideal para mí, pero estaba tan asustado que no pude mantener vivo ese amor? ¿Y si fui un cobarde que decepcionó a alguien? ¿Y si quisiera otra oportunidad?

Por fuera de la ventanilla, se vio a sí mismo con Alice, en plena lluvia, de pie debajo de una farola. Ella lo estaba dejando. No por lo de Oxford, sino porque habían detenido a Dougie por robar en la fábrica de alfombras de su padre.

—Creo que por eso decidí venir. —La señorita Graham cambió de postura en el asiento y miró hacia atrás para comprobar que Agnes no estaba cerca—. Bueno, como ya sabes, el objetivo de este sitio es ver transcurrir tu pasado y detenerte dentro de él para observarlo más de cerca. Yo me paré unas setecientas veces, aunque no iba en tren, sino en barco. Era el barco de *El búho y la gatita*. Color verde guisante, precioso. De pequeña me encantaba ese cuento. El medio de transporte siempre parece guardar alguna conexión con la infancia. Es curioso.

—¿Setecientas paradas?

—Sí. Pero conozco a una persona que solo paró tres veces. Depende de quién seas y de la capacidad que tengas para valorar tu vida.

—¿Tendré que revivir…, en fin, los peores días?

La mujer soltó una bocanada de humo hacia el techo del tren y lo observó desaparecer en el aire.

—Yo no soy Agnes. No soy la verdad omnisciente del universo. Ni siquiera soy librera. Solo soy un fantasma que cita *Macbeth*. Pero te diría que sí. Que nos detenemos durante más tiempo en los asuntos que nos forjaron. Como en la vida.

—Ya, entiendo.

—Bueno, Agnes te ha dicho que te montes en el tren y que no la líes. Ya no hay vuelta atrás. Acto 5, escena 5. Bla, bla, bla. Y es un sabio consejo. Porque si la lías, te pierdes la eternidad. Pierdes la oportunidad de volver a ver a Maggie y a todos los demás… Aunque también te digo que a veces la vida es lo más importante. Ver a Maggie durante toda la eternidad como fantasma no es lo mismo que estar junto a ella durante un día en la tierra.

—¿Por qué?

—La calidez, el tacto, la presencia, el aire compartido. Es la misma diferencia que entre la voz y el eco. Oyes el eco de una canción para siempre, pero nunca será igual que escuchar esa canción.

—Ya, pero…

—Y para vivir bien la vida hay que saber cuándo ignorar lo que se espera de ti. Aunque eso implique saltarse las reglas.

De repente, y aparentemente de la nada, apareció Agnes, que los observó con atención mientras se colocaba bien el sombrerito, como si se preparara para intervenir.

—Bueno, ya está bien.

La señorita Graham le dio otra calada a su cigarrillo eterno.

—Pillo la indirecta. —Y exhaló una nube de humo, tras la cual desapareció.

Agnes se sentó en el asiento que ahora estaba vacío, bajó la vista hacia sus rodillas y se alisó una arruga de la falda.

—No debería haber venido. Y tú tienes que hacer caso omiso de sus ideas radicales. Te diré que siempre iba a la tienda a pedirme que encargara más ejemplares de autores comunistas y de aquellos teóricos radicales franceses tan petardos. Siempre le decía que la vida es demasiado frágil para andar deconstruyéndola todo el rato. Las reglas pueden parecer aburridas, pero están en todas las novelas, en todos los cuadros. Mantienen las cosas enteras. Y la señorita Graham, en fin, para ella es fácil desarmarlas…

—Siempre me cayó bien —dijo el Fantasma con un atisbo de valentía en su disconformidad.

Agnes suspiró.

—Bueno, sí. Era encantadora, supongo. Pero piénsalo bien…, ella no optó por convertirse en tu guía de vida, ¿a que no? Pues no. Y yo sí.

—Hay algo que sigo sin comprender: ¿por qué quisiste ayudarme?

—Me acordaba de cómo ibas a la librería. Con esa ansia de libros. Y aun así rechazaste mi ofrecimiento de comprarte uno. Se me quedó grabado. Así que pensé que esta era mi oportunidad. Mi oportunidad para darte una historia. Metafóricamente hablando.

—Vaya, pues gracias.

—Pero vas a tener que ver el vaso medio lleno, porque así, cuando llegues al final del trayecto, todo estará bien. La eternidad es buena. A ver, no es la vida, pero J. M. Barrie tenía razón: la muerte es una aventura enorme. No es como esto. Allí no hay prisas, ni plazos establecidos ni conversaciones fugaces en un tren. Allí no hay lecciones que aprender. Considera que el tren es la pregunta y el destino, la respuesta. Y la respuesta siempre es la sensación que tienes de tu vida al final del viaje. —Sonrió de modo alentador y se dio una palmadita en la rodilla—. Así que… será mejor que nos pongamos manos a la obra, ¿eh, viejo amigo?

Wilbur miró por la ventanilla y se vio a sí mismo caminando por delante de un puesto de *Daily Mirror*. Avistó la primera página:

CASSIUS CLAY, NUEVO CAMPEÓN DE BOXEO.

La noche estaba allí, como también estaba el día. Todo en el mismo cielo. Desdibujados y entremezclados como en un cuadro abstracto.

Un poco más adelante, su madre bajaba por la calle con un paquete de la carnicería y la cara al borde de las lágrimas, pero forzó una sonrisa al ver que Wilbur salía de casa.

«Aquello se acercaba…».

Por la ventanilla, vio que Dougie volvía de la cárcel. Luego vio dos entradas de concierto sobre la mesa que en otros tiempos había sido un refugio antiaéreo.

«Ya estaba muy cerca, muy cerca de la noche que lo cambió todo…».

El tren redujo la velocidad hacia un lugar al que él sabía que no quería volver.

—No quiero parar aquí. Agnes, de verdad, ¡no quiero parar aquí!

Demasiado tarde.

—El tren ya está frenando. Y no irá a ningún sitio hasta que no te bajes.

El tren se detuvo con suavidad, pero Wilbur —o el Fantasma— se sentía más rebelde tras la charla con la señorita Graham.

—Pues vale. Me quedaré aquí, en el vagón. Tengo todo el tiempo del mundo.

Una sensación de profunda incomodidad

Y allí se quedó.

Permaneció en el asiento sin nada que mirar, salvo el retrato de un Wilbur que se había quedado atascado en los dieciocho años. Cuando no tenía ni una sola arruga en la frente.

Pero al cabo de lo que pareció una hora, que en realidad pudo haber sido un segundo o un día, empezó a suceder.

Una sensación de profunda incomodidad.

Wilbur bajó la vista y se percató de que su ropa y sus brazos, morenos y jóvenes, comenzaban a parpadear. Veía el asiento de terciopelo verde donde en realidad tenían que estar sus piernas enfundadas en tela vaquera. Aparecía y desaparecía. Como una bombilla que llevaba encendida demasiado tiempo. Pero eso era lo de menos. Lo importante era esa sensación.

Una profunda claustrofobia.

Un estancamiento.

Cuando intentó levantarse, fue como si llevara una camisa de fuerza de la que no se podía zafar. Su mente se retorcía, se revolvía, pero él seguía firme en el asiento, en un cuerpo que ahora le picaba, se impacientaba, le quemaba. Estaba innegable, indiscutible e increíblemente paralizado.

Agnes se acercó por el pasillo y sacudió la cabeza.

—Ay, mi querido y viejo amigo. En menudo berenjenal te has metido, ¿eh?

—¿Qué… qué está pasando?

—En *El largo adiós*, Raymond Chandler escribe sobre las trampas mortales que nos tendemos nosotros mismos. Su obra maestra, en mi opinión. Hasta la señorita Graham coincidiría conmigo en esto… Pero claro, yo soy la verdad del universo, y además contengo la

esencia de la señora Agnes Deborah Amaryllis Bagdale. Y yo sí que me preocupo por ti. También hay que decir que eres una criatura cuyo cuidado resulta bastante frustrante.

—Por favor, señora Bag… Agnes… intenta ayudarme.

Ella soltó un suspiro de desaprobación.

—La única manera de que te libres de esa sensación, la única manera de romper esta maldición, es levantarte y enfrentarte a lo que sucedió.

—No puedo enfrentarme a eso.

—Es cierto. Nunca pudiste, viejo amigo. Pero no te queda otra. Tienes que salir del tren o te sentirás así para siempre.

—Por favor, detén esta sensación.

—Solo tú puedes hacerlo.

—¿Cómo me levanto y salgo del tren?

Agnes suspiró.

—Asumiendo que se te hace tarde.

27 de julio de 1964

El Fantasma sabía que tenía que hacerlo, que tenía que afrontarlo, y aun así le parecía casi imposible. Cayó en la cuenta de que una cosa era vivir el dolor cuando te sobrevenía y otra muy distinta era bajarte de un tren a sabiendas de que ibas a revivirlo. Pero cerró los ojos y lo hizo. Descendió del tren, volvió a abrirlos, entró en el City Hall y se vio a sí mismo rodeado de gritos, música y caos.

Su forma espectral parecía superpuesta a cuatro o cinco cuerpos vivos y enérgicos a la vez.

La multitud estaba desbocada.

Los Rolling Stones interpretaban una canción de Chuck Berry en el escenario, Mick Jagger, con camisa blanca y pantalones de cuadros, se inclinaba hacia un Brian Jones de flequillo largo que aporreaba la guitarra. El aire estaba impregnado de sudor, humo de cigarrillo e histeria. Y entonces el Fantasma, pese a que sabía hacia dónde iba, lo sintió. Estaba abrumado por el terror que suponía aquello. El terror que suponía esa noche: la del 27 de julio de 1964. El verano antes de su supuesto comienzo en Oxford.

«A lo mejor —murmuró para sí mismo— no sucede todo. A lo mejor es solo el concierto y punto».

Era la primera noche que el City Hall decidía celebrar un concierto sin asientos en la pista principal. La gente se abría paso a empujones y allí estaban Wilbur y Dougie, justo en medio.

Mods, *rockers* y todas las subculturas intermedias.

Dougie ya estaba borracho y se tambaleaba como un árbol en una tormenta. Llevaba unos pantalones de pinzas bastante elegantes y un jersey de cuello alto gris con apariencia de sospechosamente caro. Wilbur iba vestido con una camisa abrochada hasta el cuello. A diferencia de su hermano, parecía un

poco tenso y nervioso. El Fantasma recordó por qué. Se estaba arrepintiendo de haber metido a Dougie allí. Wilbur quería ver a la banda y le había pedido que lo acompañara. Pensó que era una buena idea comprarle la entrada, ya que quería poner más de su parte en la relación con su hermano después de la breve temporada que había pasado en la cárcel. Pero también le pareció una buena oportunidad para contarle que lo habían admitido en Oxford. Sabía que eso no le iba a sentar demasiado bien. Y lo cierto es que no se había equivocado.

Cuando Wilbur le había dado la noticia un rato antes, en el *pub* situado justo enfrente, se había tragado su pinta y, sin mediar palabra, había pedido otra. De una cerveza más fuerte: Worthington. Y a continuación, otra más.

—¿Dougie? ¿Dougie? ¿Por qué no hablas? —le había preguntado Wilbur.

Después, cuando hubo bebido suficiente, a Dougie le había cambiado el humor.

Se había vuelto hacia su hermano pequeño y lo había mirado con una euforia maníaca.

—Bueno, chaval. Ya está. Olvida lo de Oxford —había dicho—. Celebremos la libertad. Vámonos a ese concierto.

Wilbur asintió.

—Sí, me parece bien.

Al fin y al cabo, Dougie acababa de pasar seis semanas en la cárcel —«una auténtica película de terror»— después de que lo condenaran por vender lotes de cuchillos y tenedores robados mientras trabajaba en la fábrica de cubiertos Viners. Durante el último año había tenido varios trabajos: la fábrica de alfombras, la fábrica siderúrgica, la fábrica de gas, la fábrica de golosinas… Incluso había pasado una semana en el Queen's Head, hasta que su madre lo pilló con la mano dentro de la caja registradora. Se había comprado un Vauxhall Cresta de segunda mano. Pocos meses después de empezar a trabajar en Viners, resultó que había estado vendiendo cubiertos a bajo precio por todo Sheffield.

—Esto es todo, chaval —le gritaba ahora Dougie al oído al tiempo que el concierto estaba en pleno apogeo. Sin darse cuenta, derramó la cerveza sobre los zapatos de Wilbur—. El mundo es esto. Esto que ves. No necesitas esa mierda de Oxford. No necesitas ni tu abrigo de lana ni a tu Shakespeare. No te hace falta convertirte en alguien del sur. ¡Mira! ¡Los Rolling Stones!

—Dougie, pero si son de Londres.

—Sí. Pero ahora están aquí, ¿no? Y la próxima semana vuelven Los Beatles. Lo tenemos todo. Aquí mismo.

—¡Dougie! No me voy a Oxford por la escena musical. Me voy para sacarme una carrera.

—He conocido a muchos sureños, Wilbo. No están bien de la cabeza.

El Fantasma recordó que en ese momento pensó que los presos de la Ford Open Prison tal vez no tuvieran mucho que ver con los estudiantes de Balliol College. Pero nunca llegó a formular esa idea en voz alta porque justo entonces alguien le dio un golpecito a Wilbur en el hombro.

Y no era alguien cualquiera.

Maggie.

Estaba allí con dos de sus amigas.

Doreen Taylor, que tenía un aspecto muy distinto ahora que se había convertido en una mujer y había descubierto el delineador de ojos, y Claudette Campbell, una persona a la que Wilbur todavía no conocía, pero sobre la que Maggie le había hablado aquella vez en el parque.

—¡Hola, desconocido! —le gritó ella al oído—. Me han dicho que te largas a la universidad.

—¡Sí! En septiembre.

Dougie se interpuso entre ellos con la cerveza en la mano.

—Todo el puñetero mundo lo sabía menos yo. ¡Se ve que no estamos a su altura!

—Vete a la mierda —le dijo Wilbur mientras lo echaba a un lado con una risa. Luego se volvió hacia Maggie—. ¿Cómo te va?

A Maggie le costaba oírlo. Brian Jones y Keith Richards estaban en todo su esplendor sobre el escenario.

—¿Qué?

—Te preguntaba que cómo te va.

—¿Qué?

—QUE TE PREGUNTABA QUE CÓMO TE VA.

—Ah. Bien. —Sonrió. Se lo pensó—. Más o menos. No puedo quejarme.

—¿Sigues dibujando?

—No mucho.

Maggie se dio cuenta de que a Wilbur se le ensombrecía el rostro.

—Estoy en la universidad.

—¡En la universidad! —dijo intentando parecer despreocupado una vez más—. ¡Qué maravilla! ¿En cuál?

—En la Escuela de Magisterio. En Broomhall. Quiero dar clase a niños pequeños. —Se dio cuenta de que Wilbur no la había oído—. QUIERO DAR CLASE A NIÑOS PEQUEÑOS. —Se señaló a sí misma—. Masoquista.

—¡Es fantástico!

—Mira quién fue a hablar, el señor Oxford.

—Bueno, todavía no hay que hablarme de usted.

Resultaba especial contemplar esa escena. Se le había borrado completamente de la memoria por culpa de los acontecimientos posteriores.

—Todavía trabajo en el Palace. En las sesiones de tarde. En las matinales ya no.

Dougie se acercó de nuevo con más impertinencias.

—¡Vamos, tesoro! El chaval necesita saber si tienes novio. ¡Lo que quiere es echar un polvo!

Los ojos de Maggie brillaron con una mezcla desacostumbrada de enfado y apuro. Y Wilbur sintió la acostumbrada vergüenza por Dougie. Y al mismo tiempo, la vergüenza interna de sentir vergüenza. Y había una capa extra de vergüenza, ya que el

Fantasma también se avergonzó. Tanto por Dougie como por él mismo y por la situación que estaba a punto de estallar.

La canción terminó y dio paso a una ovación enloquecida. Podían hablar mientras afinaban los instrumentos en el escenario.

—Bueno, sí. Sí, estoy con alguien.

Un hombre con camisa y corbata se acercó a ella y la rodeó con el brazo. Wilbur lo reconoció. Habían ido al colegio juntos. Estaba en un curso superior. Tommy Hetherington. Alto. Pelo negro peinado con Brylcreem. Más aspirante a Elvis que a Jagger, pero con un aire más duro y ausente.

—¿Este? —Dougie se mostró indignado—. ¿Un roquerito gilipollas?

Maggie pareció molestarse.

—¡De eso nada! —Y se dirigió a Tommy—: ¡Suéltame!

El Fantasma lo notó. Notó el momento en que todo se torció. El punto en que las cosas viraron hacia el caos. Podría no haber dicho nada. Podría haberse ido sin más. Era una locura verlo, presenciar el momento instintivo: un instante insignificante, un segundo, un par de golpes de batería al principio de una canción.

—¡Ya la has oído, Tommy! —gritó Wilbur por encima de la música con los ojos enloquecidos—. Suéltala o te llevas un sopapo.

El fantasma de Wilbur, al mirar a su joven yo, tan dispuesto a la violencia, se dio cuenta de que no era tan distinto de Dougie. Tenía el mismo interruptor, solo que era más difícil pulsarlo. Entonces Tommy se acercó más a Maggie y le plantó un beso en la mejilla, tras lo que Wilbur le dio un empujón.

Maggie se sumó, le dio un codazo y le echó una mirada tan feroz que Tommy captó el mensaje. Ella dijo algo que ni el Wilbur muerto ni el vivo lograron entender y Tommy comenzó a alejarse. Wilbur se reprimió. Pero entonces Tommy golpeó a Dougie. Suavemente, pero con deliberación. A Dougie se le derramó un poco de cerveza en el jersey.

El Fantasma contempló, con un terror anticipado, cómo Dougie tensaba la cara con el odio de una gárgola y se abalanzaba sobre

Tommy. Fue tan rápido que era probable que le asestara tres puñetazos antes de que Wilbur consiguiera rodearlo con los brazos para intentar detenerlo.

La comodidad del caos

Para cuando Wilbur hubo contenido a su hermano, ya se había desatado el caos.

Tommy seguía en el suelo después de los puñetazos de Dougie. Tenía el tupé revuelto, y la nariz y la mano ensangrentadas. A su lado había un vaso de cristal roto y un charco de cerveza.

—¡Joder! ¡Me cago en ti, Dougie! ¡Déjalo ya! —le gritó Wilbur a su hermano al oído.

—Suéltame, Wilbur. En serio te lo digo. ¡Que me sueltes ya, chaval! ¡Joder!

Los amigos de Tommy se empezaron a congregar alrededor de ellos. Uno le pegó a Wilbur en la mandíbula y este tuvo que soltar a su hermano.

—¡Él no ha sido! —gritó Maggie.

Y mientras empezaban a arremeter contra Dougie, el Fantasma percibió, durante un par de segundos, una especie de sonrisa demoníaca en la cara de su hermano, incluso cuando le arrojaron un vaso de cerveza a la nuca. Una sonrisa que se convirtió casi en carcajada mientras se desplomaba en el suelo.

Y justo en el momento en que Wilbur apartaba a uno de los chicos de encima de su hermano, Dougie se levantó de nuevo, se sacó una navaja del bolsillo y la abrió con un movimiento rápido.

Los ojos de Dougie se convirtieron en los de un defensor enloquecido. Deslizó la mano hacia uno de ellos, el más alto y borracho, y la hoja de la navaja le rasgó la camisa y le arrancó un botón, que salió volando. Se produjo un momento de asombro mientras el chico comprobaba si estaba herido. Y lo estaba: la punta de la navaja le había hecho un corte lo bastante profundo como para sangrar.

Esto —la pelea, el incidente de la navaja— sucedió en cuestión de pocos segundos. Gran parte de la gente de alrededor no se dio cuenta de nada, aunque algunos sí se enteraron. Y fue como si un segundo espectáculo tuviera lugar justo en el centro de la pista.

Dougie miró a Wilbur y señaló con la cabeza la puerta trasera, cerca de la barra, al fondo de la sala.

—¡Corre!

De manera que Wilbur siguió a Dougie, que empuñaba la navaja para abrirse paso entre la gente. El Fantasma sabía dónde iban a acabar, así que recorrió un camino más directo, a través de los cuerpos que bailaban, saltaban y se sacudían, y cruzó la pared del edificio. Hacia la oscuridad de la noche.

La persecución

El Fantasma llegó al exterior, a una de las calles que daba a uno de los laterales de la gran plaza cuadrada. Aunque reinaba la tranquilidad, estaba en pleno centro de Sheffield. Una bolsa de papel marrón pasó, arrastrada por un viento suave. Una paloma miraba con curiosidad una colilla. A través del muro se colaba el golpeteo de la música, pero apenas se veía un alma en las inmediaciones.

Apenas.

El Fantasma se dio cuenta de que estaba justo al lado de un coche de policía. Uno de los nuevos, más pequeños que los anteriores. Moderno para la época.

Para sus ojos del siglo XXI, el coche resultaba casi ridículo, pintoresco, anticuado. Una cáscara de nuez azul y blanca, tan pequeña que los policías del interior, que en ese momento comían unas tartaletas de crema, casi no cabían.

Estaban allí, por supuesto, por el concierto, convencidos de que aquella caterva de hedonistas jóvenes y salvajes armaría jaleo.

Y el jaleo se iba a producir antes de lo esperado.

El Fantasma miró a la izquierda y vio que Dougie y él mismo salían como una exhalación por la puerta de incendios y echaban a correr calle arriba como almas que lleva el diablo, en dirección contraria a la plaza y hacia donde él estaba, con el City Hall, imperial e imponente, cerniéndose a un lado. Dougie, como un demente, aún llevaba la navaja en la mano, incluso cuando pasaron junto al coche de policía.

Alguien que tal vez trabajara en el City Hall los seguía por la acera.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Detengan a ese hombre! ¡Lleva una navaja!

Dougie y Wilbur estaban ya en Holly Lane.

Aunque el Fantasma sabía que esa sería la última vez que vería a su hermano en su viaje, no quiso seguirlos. Se quedó allí de pie, en mitad de la calle.

Y entonces vio lo que nunca llegó a ver la primera vez que vivió esa escena: que Maggie, sola, salía a la calle.

Su rostro adoptó un tono dorado bajo la farola y la fría brisa nocturna le revolvió el pelo sobre la cara. No gritó ni llamó a nadie ni hizo nada en absoluto, solo mirar, con auténtica preocupación, mientras Wilbur desaparecía de su vista.

Se oyó un chirrido de neumáticos al tiempo que el Vauxhall Cresta de Dougie volvía a enfilar la calle para evitar las obras en Holly Lane, que estaba cortada. En los asientos delanteros, Dougie, con la mirada enloquecida, y Wilbur, aterrado.

Uno de los policías ya había salido del coche y aún tenía migas de tartaleta en el bigote. Esa cara siempre estuvo grabada en la memoria de Wilbur: la boca abierta, gritando lo que ahora gritaba, con una mano levantada frente a él.

—¡PARE! ¡PARE AHORA MISMO!

Pero el coche no paró.

El Fantasma también estaba allí de pie, a la espera de que el coche lo atravesara, pero no fue eso lo que sucedió.

Lo que en realidad sucedió fue que, en el momento en que el vehículo lo alcanzó, el fantasma apareció de pronto en el asiento trasero, detrás de Dougie y de él mismo.

El pasado tenía su propia gravedad. No se podía eludir.

—¡No quiero estar aquí! —gritó. Nunca había dicho nada tan convencido—. ¡Agnes! ¡Alguien! ¡Quien sea! ¡No quiero estar aquí!

Pero nadie lo oía. Y mucho menos su joven yo, que miraba fijamente a Dougie mientras este conducía a toda pastilla y con temeridad para alejarse del centro cuesta arriba.

—¡Tienes que parar! ¡Nos persiguen!

—¿Quién?

—¡La poli! ¿Quién va a ser?

—¡Qué coño nos vamos a parar! ¿Estás loco? ¡Nos largamos de aquí cagando leches, chaval!

El coche de policía encendió la sirena. Dougie se lanzó a imitar el sonido.

—¡Menudo ruido! —Se reía como un poseso—. Óyela. Oye la sirena.

El Fantasma recordó lo novedosa que resultaba para el año 1964 la sirena de policía. Incluso en un coche tan antiguo como ese.

—Si te soy sincero, echo de menos la campana. ¿No echas de menos la campana de la policía, Wilbur? ¡Tilín, tilín!

—¡Estás mal de la cabeza! —Wilbur intentó apartar a su hermano del volante, pero este le dio un codazo en la cara. Wilbur, pasmado, se llevó la mano a la nariz.

A toda velocidad en dirección norte, hacia las afueras de la ciudad, pasaron por delante de la catedral y giraron de nuevo hacia el sur y hacia el oeste, por unas calles cada vez más residenciales bordeadas de árboles que se sucedían como un borrón. Llegaron a Ecclesall Road y pasaron como un rayo por delante del centro municipal y de un *pub* llamado Dark Horse, del cual salía en ese momento un vendedor de berberechos con bata blanca y una cesta llena de marisco.

—Frena —suplicó Wilbur.

Dougie lo ignoró.

—La navaja que tengo en los pies. Mira abajo. Junto a los pedales. Lánzala por la ventanilla. ¡Tírala lejos!

—¡Joder! ¡Pero si están justo detrás! Nos van a ver. ¡Dougie, frena ya!

Las cosas se precipitaron.

Había más ajetreo en aquella zona llena de *pubs* que en el centro, donde a esa hora no había negocios abiertos.

El Fantasma vio, cada vez con más terror, que pasaban por delante del gigantesco Midland Bank, que ya había cerrado. Hombres con gorra fumando. Mujeres con el pelo recién moldeado que iban al bingo. Hombres que jugaban al dominó en el cálido

interior de un *pub*. Una pelea a punto de estallar, detenida por la velocidad del coche y la posterior sirena de la policía. Una noche de sábado de 1964 como otra cualquiera.

La policía acortaba la distancia.

Entraron en una glorieta y el coche, al derrapar, chirrió y se inclinó hacia un lado con violencia.

—Van a llegar lejísimos —dijo Dougie con los ojos frenéticos fijos en la calzada. Wilbur se preguntó de qué demonios hablaba—. Mucho más que los Beatles. El público. Ha sido alucinante.

Ese era Dougie. El creador de caos que fingía que las cosas eran normales, incluso cuando se descontrolaban de una manera vertiginosa.

—Has sacado una navaja en medio de toda esa gente… Por Dios, Dougie, ¿qué más da que el grupo que acabamos de ver llegue lejos o no? Para el coche de una vez. No te van a encerrar de nuevo. No has herido a nadie. Bueno, a Tommy. Pero él no te va a denunciar. Venga…, echa el coche a un lado.

—Demasiado tarde. Mira, Wilbur…, óyeme, chaval. Este es el plan. Continuamos por aquí hasta que salgamos del condado. En cuanto lleguemos a Peak District no habrá luz. Ni farolas. Ni coches. Nada. Y lo que haremos… ESCÚCHAME… Lo que haremos será desviarnos de la carretera en mitad de la nada. Seguiremos campo a través todo lo que podamos. Con las luces apagadas. Y luego saldremos cagando leches. Aquello estará negro como boca de lobo… ESCUCHA… Estará oscurísimo, así que podemos parar allí, dejar el coche y volver a la ciudad a pie…

Miraba a Wilbur con los ojos como platos, como si fuera una ocurrencia genial. La desesperación hace que te aferres a la peor idea como si fuera la única.

—Cada segundo que seguimos en este coche nos vamos más a la mierda, Dougie…

—Me estás dejando en la estacada, chaval.

El Fantasma intentó desentrañar el sentido de esa frase. ¿Se refería a Oxford? ¿A que lo dejaba allí con su madre?

—Para el puto coche.

—Sé lo que estás pensando.

—Estoy pensando que pares el puto coche.

—Piensas que eres superior a mí.

—Dougie…

—Que tienes un ladrón duro de mollera como hermano.

—Tú no eres duro de mollera, Dougie, pero no intentas… Joder. Frena.

—Pero lo que sé, lo sé de verdad. La universidad de la vida. Nunca fui un niño, Wilbo. Mamá no entendía nada. Vi lo que pasaba…, lo que había entre ella y Parkin.

—¿El señor Parkin?

—Sí. Cuando coqueteaba con él.

El Fantasma recordaba cómo se tomó esas palabras. Las achacó a la eterna inquina de Dougie hacia su casero.

—Dougie…

—Para ti todo está bien, pero yo tengo que cuidar de ella.

—Ay, Dougie… —El Fantasma empezó a entender de qué iba todo aquello. Dougie se sentía abandonado. Abandonado por todos. Por su padre, que había muerto; por su madre, que tenía la cabeza perdida, y, ahora, por el propio Wilbur.

Todos los errores que Dougie había cometido, hasta el punto de querer enfrentarse al mundo, encontraban una explicación. Demasiadas cosas, demasiado joven. Si sientes que todo está en peligro, todo se convierte en una pelea. Dougie no estaba celoso de Wilbur. O no del todo. Solo quería que estuvieran juntos, porque lo único que conocía, desde que su padre murió, era la sensación de separación.

Quizá, pensó el Fantasma, el mundo estaba lleno de eso, de un caos que pretendía ser orden a toda costa. De violencia que intentaba ser paz. Quizá las malas acciones a veces solo fueran buenos motivos sin un mapa establecido. Y ahora la presión había crecido y se había desbordado, ahora Dougie estaba en ese coche a toda velocidad con el hermano pequeño que una vez cuidó,

emitiendo diez palabras por segundo como si necesitara desahogarse y saltando de un tema a otro sin levantar el pie del acelerador.

—¡Esa sirena suena como un platillo volante! *Plan 9 del espacio exterior*. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a verla, Wilbo? Con tu amigo Charlie. Qué día tan bueno pasamos. Yo acababa de empezar a trabajar en los altos hornos, ¿te acuerdas?

Wilbo. Al oír ese nombre ahora, siendo un fantasma, percibía afecto, incluso cuando las señales de tráfico se veían borrosas por la velocidad.

—Dougie, por favor, céntrate… Esto es peligroso.

—Papá era como tú. Quería abarcar más de lo que podía. Todo el mundo se alistaba al ejército de tierra, pero él prefirió irse con los señoritos. Se supone que debías tener tres años de formación antes de que te dejaran combatir en el aire. ¡Y lo cambiaron a seis meses! ¿Sabías eso? ¡Seis meses de mierda! Todo para morir por Churchill.

—Dougie, cállate ya y para el coche. Yo no quiero morir.

—No vas a morir.

—Pues para el puto coche…

—Los polis van en un Triumph. Esto es un puñetero Vauxhall. No podemos ir más despacio.

El Fantasma estaba petrificado. Cuando era joven tenía miedo de los fantasmas. Le preocupaba encontrarse con su padre en el rellano. Pero qué equivocado estaba. Los muertos no tenían nada de temible. Eran los vivos quienes albergaban terrores ignotos.

—A esa chica le gustabas, chaval —le dijo Dougie mientras Wilbur se palpaba la nariz ensangrentada. Arrastraba las palabras.

—Estás borracho. Estás como una cuba.

—Nunca ves lo que tienes delante. Siempre quieres más. Como le pasaba a papá. Lo tienes todo, Wilbo. Lo tienes todo. Pero no lo ves. La vida siempre te sonríe. Hay gente así. En eso somos distintos tú y yo. Todo te sale bien y no te das cuenta.

«Todo te sale bien».

—Me mato a trabajar, Dougie.

Dougie apartó la mirada de la carretera y miró a su hermano con un amor desesperado. Y el Fantasma deseó retroceder en el tiempo para decirle cuánto lo quería.

Los hilos del tiempo estaban desgastados, pero resistían

Wilbur se encontraba al borde del llanto con los ojos fijos en la carretera. Le costaba reprimir las lágrimas, como si dejar escapar una sola de ellas supusiera el fin del mundo.

Dougie era seis años mayor que él. Tenía veinticinco. Pero para el Fantasma, y puede que para el Wilbur vivo, era como un niño. Daba la impresión de que había que cuidarlo, porque en realidad nadie lo cuidaba. Se parecía a aquel niño pequeño que una vez le dio un tren. Los hilos del tiempo estaban desgastados, pero resistían.

Nunca pasaba nada así sin más: el Fantasma se dio cuenta de eso. Hasta la acción más imprudente era consecuencia de lo sucedido con anterioridad, así como todos los errores garrafales del mundo eran consecuencia de un dolor silencioso y secreto.

—Ay, Dougie —suspiró el Fantasma mientras su yo vivo intentaba de nuevo agarrar el volante y recibía otro codazo.

Eso de tener que morir para conocer por completo a alguien era una tragedia de la vida.

El Fantasma se inclinó hacia delante en el asiento.

—Te quiero, Dougie. Lo siento mucho. Siento que no calmaras los demonios que tenías en la cabeza, fueran los que fueran. Siento que no recibieras la ayuda que necesitabas…

El camino era cada vez más escarpado. Y esa parecía la razón de que al coche de Dougie le costara mantener la delantera. El vehículo de la policía empezaba a adelantarlo por el carril de al lado.

Wilbur lo vio y sintió pánico.

El Fantasma contuvo algo que se parecía mucho a la respiración. Wilbur pasó la pierna por encima de la de Dougie para intentar pisar

el freno. Y fue entonces cuando Dougie lo miró fijamente con una desesperación desmedida.

Se puede sentir mucho en una mínima fracción de segundo.

Wilbur amaba a su hermano. El amor era mayor que el enfado, aunque ese enfado estuviera tan entrelazado con ese amor y brotara tantas veces de él que resultara complicado saber dónde acababa uno y dónde empezaba el otro. De igual modo, al Fantasma le resultaba imposible saber qué cantidad del amor que sentía ahora había sentido entonces y cuánto quedó cubierto por la tragedia del tiempo.

Mientras Wilbur peleaba con el pie para controlar el freno, divisó un conejo que cruzaba la carretera desde Endcliffe Park.

—¡No lo digas! —imploró el Fantasma, en vano, a través de la barrera del tiempo.

Pero, por supuesto, lo dijo.

—¡Dougie! ¡Mira! ¡Cuidado!

El conejo

Siempre deseó no haber reparado en el conejo. Porque tal vez, en esa versión de los acontecimientos, Dougie jamás lo habría visto y habría continuado en línea recta, o Wilbur habría conseguido controlar el freno y aquello habría acabado —probablemente, posiblemente— bien. Aunque no del todo bien. Habría habido consecuencias. Sin lugar a dudas, Dougie había infringido la ley al menos tres veces esa noche: con la pelea, con la navaja y ahora con el coche. Pero una vez más, todo derivaba de que Wilbur le hubiera propuesto salir y le hubiera soltado la noticia de Oxford en el momento menos oportuno: al principio de una noche de fiesta.

Dougie levantó la vista y vio al conejo, que saltaba por el asfalto.

Y ese hombre, tan duro en muchos aspectos, por dentro no era más que un niño tierno que jamás atropellaría a un conejo.

Viró con brusquedad. Una mano pasó por encima de la otra en el volante, una, dos, tres veces seguidas.

Todo sucedió rapidísimo y, a la vez, fuera del tiempo.

Como Wilbur lo había reproducido en su cabeza tantas veces, el suceso se había ralentizado con cada evocación silenciosa, pero en realidad fue solo un momento.

El patinazo, el desvío brusco hacia el arcén, la imagen del árbol justo delante, en mitad de la acera. Las casas adosadas, silentes y ajenas a todo, un poco más allá. La súbita tensión de la concentración, como si el aire se solidificara alrededor de ambos. La terrible vulnerabilidad de ser de carne y hueso, el ruido ensordecedor, el rápido chasquido y el violentísimo latigazo al estamparse contra el tronco.

En la versión vivida, a Wilbur no le dio tiempo a pensar; sin embargo, el Fantasma se dio cuenta de qué lo había salvado. A

diferencia de su hermano, que estaba erguido frente al parabrisas, Wilbur había adoptado una postura extraña para luchar por el control del coche. Ese incómodo *contrapposto* para alcanzar el freno con la pierna disminuía su altura en el asiento, de manera que, al salir despedido contra el salpicadero, se golpeó sobre todo en el brazo y las costillas.

No obstante, también sufrió un fuerte impacto en la cabeza, más fuerte de lo que siempre creyó. Y ahora, al ver cómo había sucedido, el Fantasma enmendó su recuerdo y también lo prolongó, ya que, a diferencia del propio Wilbur, él no había perdido el conocimiento.

Así pues, el Fantasma fue testigo del golpe, de la rotura del parabrisas que propició que el cuerpo de Dougie saliera despedido y que de repente estuviera en la base del sicomoro, cubierto de cristales, retorcido como una marioneta desplomada. El tipo de contorsión que un cuerpo solo adopta cuando ya no queda un ápice de vida en él.

El campo magnético

El Fantasma vio que el coche de policía frenaba con brusquedad y que el agente del bigote se bajaba mientras su compañero pedía ayuda por el rudimentario sistema de radio.

El policía se acuclilló junto a Dougie y le palpó el cuello y la muñeca en busca de pulso. Los vecinos de la zona se acercaban con sigilo desde las casas elevadas en el lado izquierdo de la carretera, frente al parque, para observar la escena.

La tragedia era como un imán. Incluso en ese momento, cuando no había hecho más que empezar. Lo atraía todo hacia su campo.

Y así continuó, a lo largo de la vida de Wilbur.

Incluso cuando creyó alejarse del horror.

Especialmente en esos casos, de hecho. Nunca lo liberaba del todo. Se produjo una horrible quietud dentro del coche antes de que Wilbur emitiera un leve quejido. El Fantasma sintió la necesidad de decir algo con esa boca inaudible, aunque fuera lo más vano del mundo.

—Todo va a ir bien. Todo va a ir bien. Todo va a ir bien…

Los días

—¿Sabes lo que es —le preguntó el Fantasma a Agnes, ya de vuelta en el tren— ver el peor momento de tu vida y ser incapaz de hacer nada para detenerlo?

Agnes estaba sentada a su lado. Se encontraba muy cerca, más que nunca, tanto como para distinguir las puntadas de su dobladillo. Ella miraba el sombrero que tenía entre las manos. El Fantasma pensó que se pondría borde con él y que insistiría, una vez más, en la importancia de no interferir. Pero no lo hizo. Al menos, no en ese momento.

—Lo entiendo —dijo con delicadeza—. Y lo siento.

El Fantasma se quedó callado. Pensó en el señor Bagdale —Arthur, su hijo— y se preguntó por qué había sido de la manera que había sido y qué habría sucedido en la vida de Agnes; supuso entonces que, probablemente, habrían pasado por tantas penurias como él. Ella había aprendido a aceptarlo todo y no había intentado entrometerse en nada. Pero ese era el caso de Agnes.

Una parte de Wilbur sabía que él ya había vivido su vida y que tenía que continuar con el viaje y aceptarlo todo, incluso los fragmentos más despiadados. Pero otra parte más obstinada de él se fraguaba en su interior. Sentía la imperiosa necesidad de abrirse paso por el mundo de los vivos y cambiar el rumbo de las cosas.

El tren continuó. Era como si el paisaje de su vida se hubiera vuelto tan difícil que al motor le costara avanzar. Y parecía detenerse más que nunca.

Allí estaba el día del funeral, donde tuvo que verse a sí mismo como portador del féretro, ayudando a llevar el peso de su hermano

por delante de su madre temblorosa.

El día que su madre se tomó su Valium con un poco de jerez y él disipó sus lágrimas al anunciar que no se iría a la universidad.

El día que tuvo que repetirle a su madre, una y otra vez, que la policía no la esperaba fuera.

Tuvo que ver la forma de su sufrimiento, justo en los momentos en los que mayor era su desesperación. Se vio sentado en un *pub*, bebiéndose un sueldo entero. Se vio volviendo borracho a casa, donde su madre, drogada, arrancaba un anuncio del *Daily Mirror* de un radiocasete Philips que nunca compraría.

—¿Por qué dejaste que pasara, Wilbur?

—¿El qué, mamá?

Edith se miró las rodillas y sacudió la cabeza.

—¿Por qué le pediste que te acompañara? ¿Por qué compraste las entradas?

Sabía que no podía contarle la verdad, decirle que pretendía suavizar el bofetón de Oxford.

—¿Por qué dejaste que siguiera conduciendo? Eso no lo entiendo.

—Ay, mamá. Lo siento. Intenté agarrar el volante. Intenté detenerlo… No sabía lo que iba a pasar… Jamás debí llevarlo al concierto… Al menos nada más salir de la cárcel… Algo iba a pasar… Lo siento, mamá… Es culpa mía.

—Era duro.

—¿Qué era duro?

—Que tu padre hubiera muerto. Tener que dividirlo todo entre vosotros. El amor, el dinero. Y yo no tenía suficiente, ni de lo uno ni de lo otro. En ese momento no. No pude ser una madre para él porque todo era una carga enorme.

—Yo, mamá. Lo que quieres decir es que yo era una carga enorme.

Ella lo miró y la verdad fue tan fuerte que no pudo negarla. Wilbur sintió que la intensidad del momento le adormecía la mente, un vacío progresivo en el que su mundo, ya claustrofóbico, se estrechaba un poco más.

Y mientras el Fantasma observaba su propio dolor, se comprendió a sí mismo como jamás se había comprendido en vida. Vio cuánto lo había condicionado su juventud, cuánto lo había dirigido. El esfuerzo por un éxito que creía necesitar para justificar su existencia. Y el conflicto con un amor que no creía merecer.

Edith se dio la vuelta y miró al vacío. Comenzó a tararear la cancioncilla de *Cantando bajo la lluvia*, una de las películas que fue a ver con sus hijos cuando eran pequeños. Su voz tenía un tono débil y lejano, como si cantara no desde el dolor, sino desde un lugar más allá. Un lugar fuera de todo sentido. Y, mientras el Fantasma la contemplaba, reparó en que la muerte de Dougie había matado también a su madre. Y lo había matado a él, al menos una parte suya. Una parte que nunca volvería realmente.

En el límite

Hospital Middlewood. Un austero centro psiquiátrico en las afueras de Sheffield que más adelante convertirían en apartamentos de lujo.

Su madre pasó seis meses allí. De hecho, ingresó por voluntad propia. De manera que Wilbur no tenía por qué sentir culpa y, sin embargo, en cierto modo, la sentía. La segunda de las visitas del Fantasma fue el día después de la terapia electroconvulsiva que desencadenó un ataque. Se vio a sí mismo allí sentado, intentando no llorar, vacío. Tenía veintiún años; el pelo bastante largo y desaliñado; los ojos sagaces e intensos, como en una búsqueda continua de algo que no estaba allí. Edith lo miraba, mientras él permanecía en una incómoda silla de madera, hasta que por fin habló. Su voz resultó más tierna de lo habitual.

—Chiquitín.

El tren llegó cuando Wilbur cerraba los ojos por el cansancio. Estaba a punto de quedarse dormido cuando la locomotora se deslizó a través de las paredes, tan inmune a la física terrestre como siempre. Agnes estaba allí y, también como siempre, lo instaba a montarse rápido en el tren.

—¡Deprisa! ¡Antes de que se duerma!

Parecía muy apurada.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. No puedes verte dormir.

—Lo sé. Me acuerdo. Pero nunca me has explicado por qué.

—Tu yo vivo podría ver su futuro en sueños. Todo su futuro…

—¿Y?

—Bueno, en ese caso tu eternidad se iría al traste. Puede que no te guste la vida que viviste, pero si la hubieras vivido de cualquier

otra manera, tú, o sea, este fantasma, no sería este fantasma. La eternidad es para siempre. Y nadie quiere renunciar a ella.

Eso era verdad. No quería renunciar a ella. Estaba cansado de ver cuánto había perdido y a cuánta gente. La idea de eternidad —de estar en contacto para siempre con las almas de las personas que más le importaban— resultaba la mar de reconfortante.

Así que se apresuró a montarse en el tren. Y la siguiente parada tuvo lugar apenas seis semanas después.

El Fantasma salió del vagón en plena noche. Estaba en la azotea de uno de los edificios de Park Hill, donde se encontró con que Wilbur, a solas, contemplaba el vacío desde una altura de trece pisos.

Wilbur sabía que, en el fondo, esa noche no saltaría. Solo quería sentirse cerca de la muerte durante un rato. Por eso había llegado hasta aquel lugar, tan alejado del centro, después de tomarse un whisky y seis solitarias pintas de cerveza negra en el Dog and Partridge.

—Tienes que encontrar una forma de vivir —dijo su fantasma, pese a que nadie lo oía, mientras Wilbur contemplaba la ciudad.

Las siluetas oscuras de la catedral y del estadio de fútbol Bramall Lane se distinguían entre las luces dispersas, que parecían constelaciones caídas, un reflejo del cielo nocturno.

Desvió la mirada del Hospital Middlewood y de Ecclesall Road. Había zonas enteras de la ciudad que emanaban una especie de dolor, y Ecclesall Road era sin duda la peor de ellas. Desde la noche en que murió Dougie, la había evitado por completo. A veces se despertaba con pesadillas donde el cadáver de su hermano se plegaba como un acordeón a los pies de un gran sicomoro.

Su ciudad natal estaba llena de advertencias alarmantes; aun así, no podía marcharse de allí. El trabajo en la Librería Bagdale lo mantenía ocupado, pero su vida parecía atascada. Sentía una especie de parálisis del alma.

Planeaban mandar hombres a la luna en un cohete y él no podía comprarse un pasaje para salir de Sheffield.

Era cierto que tenía que permanecer cerca de su madre, pero lo retenía algo más. Una tensa claustrofobia, como si ya no aspirara a nada. Habría renunciado a cualquier sueño con tal de tener a Dougie de vuelta, por eso los sueños habían perdido su poder. Esa noche, en el silencio y la oscuridad, mientras se despejaba de la borrachera al fresco y lo contemplaba todo, se sintió totalmente solo. Una soledad que era física. Se sentía miserable.

Se imaginó a sí mismo en una línea temporal alternativa, estudiando en el soleado patio de Balliol College. Era consciente de que en Oxford llovería tanto como en Sheffield, o casi, pero en su imaginación siempre hacía sol.

—Oye —dijo el Fantasma mientras se acercaba por el suelo de hormigón con sus silenciosas sandalias—. Sé que me oyes. Aunque no me oigas de verdad, noto que estas palabras te llegan. Allí abajo está el Palace Cinema. Y dentro está Maggie. Y tu futuro. Un día te casarás con ella… Y es lo mejor que te pasará jamás. Durante una temporada, os haréis felices el uno al otro. —El Fantasma pensó en lo que acababa de decir. Y también en la vida que le esperaba a su joven yo. De repente, todo se volvió nítido y vio dónde se había equivocado—. No vas a saltar. Pero tienes que escucharme. Esta oscuridad te atrapará. Huirás de ti mismo… Pero podría haber sido distinto… Tú podrías ser distinto…

Nadie oyó esas palabras, pero con el aire frío Wilbur recuperó poco a poco la sobriedad y, por fin, bajó por la escalera de incendios.

Había muchas cosas que no se permitía sentir. Y no terminaba de encontrarle sentido a la vida. Pero al menos no descartaba la posibilidad de que ese sentido existiera y, de hecho, esa noche se fue a casa y empezó a leer un libro largo que contribuiría, aunque despacio, a salvarle la vida.

Las uvas de la ira, de John Steinbeck.

Wilbur no era estadounidense. No era de Oklahoma y nunca tuvo que enfrentarse a las tormentas de polvo del Dust Bowl ni a la Gran

Depresión. Sin embargo, esa historia de resiliencia, pobreza y comunidad era justo la que necesitaba, más que cualquier otra.

Y el hecho de haber elegido ese libro para llevárselo a casa, de entre todos los que había en la librería, le hizo creer en algún tipo de poder superior o de orden cósmico. En ese momento, ningún otro libro le habría calado tanto, pero ese lo hizo. Casi logró que se perdonara a sí mismo.

«No existe el pecado y no existe la virtud. Solo hay lo que la gente hace…».[1]

---

[1] Steinbeck, J. (2019). *Las uvas de la ira*. España: Alianza.

La evaporación de la juventud

El Fantasma contempló en silencio el retrato del tren mientras el rostro se hinchaba y las líneas del entrecejo se acentuaban hasta convertirse en arrugas permanentes. Se miró a los ojos, cuyo brillo se atenuó como una luna lejana al desaparecer tras una nube.

Relojes

El Fantasma estaba en mitad de la Librería Bagdale.

Al principio se preguntó por qué había parado allí el tren.

Al fin y al cabo, solo se vio a sí mismo reponiendo una mesa llena de novelas de Agatha Christie. ¿En qué sentido iba a ayudarlo eso a comprender su vida?

Era viernes. Wilbur seguía trabajando a tiempo parcial. Tres días a la semana. Eso apenas le alcanzaba para cubrir su presupuesto en cerveza, nada más.

Parecía resacoso, observó su fantasma.

Y nervioso, con una expresión constante de tensión.

El señor Bagdale se acercó. Lo miró a través de sus gafas gruesas durante un rato sin mediar palabra.

—¿Han cambiado los relojes, chaval?

—¿Cómo dice?

—Bueno, debes de saber algo que yo no sé, porque a las nueve de la mañana yo estaba aquí y no había ni rastro del joven Budd.

—He llegado un poco tarde, lo siento. Mi madre no ha pasado buena noche. Acaba de volver del hospital.

Las cejas pobladas y revueltas del señor Bagdale se levantaron con recelo.

—Ya sabes lo que dicen: «No estropees una disculpa con una excusa». Unas palabras muy sabias, joven Budd. Muy sabias.

—Sí, señor Bagdale.

El señor Bagdale suspiró.

—Creo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De que nos despidamos. Por supuesto, puedes trabajar toda esta semana hasta el martes que viene, pero nada más. Lo siento.

No soy el Ejército de Salvación. Esto es un negocio. Hasta mi madre se habría cansado ya de ti.

El Fantasma observó el pánico en la cara de Wilbur.

—Se lo compensaré. Trabajaré a la hora del almuerzo. Por favor. Me gusta estar aquí.

—No, no, no te gusta. Déjalo ya, hijo. Todavía sueñas con ir a Oxford. Este es tu premio de consolación. Y lo odias.

—No. Se lo ruego. Necesito este trabajo.

La desesperación hizo que la voz se le tensara al sentir que el peso del fracaso descendía sobre él. No quería defraudar a su madre. No quería trabajar en la fábrica siderúrgica. Sabía que esa era la mejor oportunidad que tenía a su alcance. Sintió un repentino fuego interior, como si su futuro se hubiera incendiado. Se sentía vulnerable, y eso era algo que no se le daba bien.

El señor Bagdale percibió su pánico con claridad.

—Oye, en la fábrica siderúrgica hay mucho trabajo. Y en la fábrica de cubiertos también buscan gente. Hay más trabajo que trabajadores disponibles. ¿Y no has escuchado la radio? El primer ministro está llevando el sector industrial a aguas más calmadas. No vas a tener ningún problema, joven Budd.

Pero entonces entró en la librería un señor mayor. Mayor incluso que el señor Bagdale.

El hombre, vestido de *tweed*, era alto, presentaba una cojera artrítica y caminaba con bastón. Un profesor de Ingeniería jubilado de la Universidad de Sheffield que ahora intentaba dedicarse al arte y la poesía. Se acercó despacio hacia donde estaban Wilbur y el señor Bagdale, que permaneció allí con una curiosidad expectante.

—Muchas gracias por recomendarme el libro aquel —le dijo a Wilbur nada más llegar a su lado.

—No hay de qué, Gerald.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco* —le informó Gerald al señor Bagdale—. Es buenísimo. ¿Lo ha leído?

—No —murmuró el señor Bagdale—. No, ese no lo he leído.

Wilbur sonrió a sabiendas de que el señor Bagdale no le quitaba ojo de encima.

—Bueno, no es exactamente igual, pero tenemos uno nuevo de Truman Capote titulado *A sangre fría* que creo que le agradará…

Se marchó a por un ejemplar. Volvió.

—Es una historia real. Lo estoy leyendo justo ahora.

—¿Me lo recomiendas?

—Sí. Es una historia muy absorbente sobre la injusticia.

—Bueno, hasta ahora nunca has fallado. —Y, a continuación, se dirigió al señor Bagdale—: Es una joya este chico. Sabe mucho de esto.

Mientras se dirigía a la caja, el señor Bagdale puso cara de resignación.

—De acuerdo, de acuerdo. Te doy una última oportunidad. Pero no la pifies. Y a partir de ahora, las nueve en punto son las nueve en punto.

—Gracias, señor Bagdale. Muchas gracias.

—A ver si no me arrepiento.

Wilbur decidió entonces probar suerte.

—Sé que igual me estoy pasando —le dijo al señor Bagdale, avergonzado— y que hoy quizá sea el peor día para preguntárselo, pero escuche… —Wilbur carraspeó—. ¿Cree que podría contratarme a jornada completa? Tengo muchos días libres y eso no me viene nada bien. Estoy dispuesto a entregarme en cuerpo y alma. Se lo digo de verdad. Creo que sería bueno para el negocio que viniera todos los días. Y que esto podría funcionar si usted me diera más responsabilidades… Adoro los libros. Me encanta la gente que adora los libros. Y tengo algunas ideas para este sitio…

—¿Ideas?

Wilbur tragó saliva. Ese era su momento y el corazón se le convirtió en un tambor de samba dentro del pecho.

—Sí. Ahora mismo atendemos a un único tipo de clientes: hombres de mediana edad interesados en novelas de espionaje y ensayos históricos sobre Napoleón y sobre las guerras mundiales. No

se ofenda, señor Bagdale, hombres como usted. Pero esta ciudad está llena de trabajadores, hombres y mujeres de todas las edades, niños y adolescentes, y podríamos proporcionarles libros a todos. Podríamos hacer que la librería funcionara como cuando la regentaba la señora Bagdale. Una librería para todo el mundo. Creo que así aumentarían nuestros ingresos. —Se detuvo y bajó la vista—. Reconozco que últimamente no he sido muy útil en ese sentido.

—Ni que lo digas.

—Pero podría serlo. Se lo prometo. Puedo hacerlo. Si me da esa oportunidad, no le decepcionaré. Quiero…

Sintió que había hablado demasiado. Sobre todo con lo de devolverle a la librería sus viejos días de gloria.

Al señor Bagdale le silbó ligeramente la nariz en lo que pudo haber sido el suspiro más largo de la historia.

—A ver, si te soy sincero, chaval, mis decisiones a la hora de adquirir libros no han sido las mejores. —Entonces adoptó una determinación que cambiaría la vida de Wilbur—. Estarás aquí seis días a la semana. A cargo de la tienda. Si las ventas aumentan en el plazo de un mes, tendrás trabajo a jornada completa y decidirás qué libros vendemos. De lunes a sábado. Puntual, todos los días. Si no, te pondré de patitas en la calle. ¿Te queda claro?

—Sí, señor. Clarísimo. Señor Bagdale, también…

—¿Sí?

—Mi amigo Charlie busca trabajo. Es muy listo y tiene don de gentes. Me preguntaba…

Las cejas del señor Bagdale se juntaron como dos orugas enemistadas. Le lanzó a Wilbur una mirada hastiada. En general era una criatura más turbulenta que su madre.

—Dios mío de mi vida y de mi corazón, ¡no tientes al cielo, chaval!

—No. Claro, señor Bagdale. Perdone, señor.

—Muy bien.

El señor Bagdale soltó un suspiro más corto y malhumorado que el anterior y se alejó.

—No le defraudaré, señor —dijo Wilbur a sus espaldas—. Se lo prometo.

El Fantasma echó un vistazo a la tienda, con sus peculiares mesas llenas de libros que parecían antigüedades. Miró hacia la calle y vio el ajetreo de media mañana en Commercial Street.

Era 1966.

Una pareja de jóvenes salió de una nueva tienda de ropa llamada Gear Box y encendió sendos cigarrillos. Ella llevaba un caftán colorido; él, un traje estrecho estilo mod.

Algunos universitarios. No del todo *hippies*, pero casi.

Un joven sonriente con jersey de cuello alto amarillo y gorro de pescador, con el *Rubber Soul* de los Beatles debajo del brazo, adelantó a una anciana con la cabeza llena de rulos. Un cartel viejo y descolorido anunciaba una conferencia de Malcolm X en la Asociación de Estudiantes Universitarios de Sheffield. Un letrero luminoso en el escaparate de la oficina municipal: «Pisos de Park Hill: ¡Despídase de las letrinas exteriores y de los barrios bajos de antaño con unas viviendas modernas y limpias!».

Un mundo monocromo comenzaba a emanar color.

En realidad, él nunca valoró la emoción y la esperanza de aquellos tiempos. Claro, tenía la excusa del dolor. Pero el Fantasma se preguntó: «¿De verdad hay alguien que, de joven, aprecie la época en la que vive?». ¿Acaso no se dulcifica siempre el almidón con el recuerdo? ¿No consistía en eso la nostalgia?

Se volvió hacia su yo, que seguía junto a la mesa expositora. En ese momento sustituía *Misterio en el Caribe*, de Agatha Christie, por un libro que pronto leería y disfrutaría titulado *Ancho mar de los Sargazos*, de Jean Rhys. Sonreía, con naturalidad, por primera vez en un año.

A veces es necesario estar a punto de perder algo para apreciarlo. Y la decisión del señor Bagdale de despedirlo y, en cuestión de un minuto, volver a admitirlo, fue lo que necesitaba. Ese fue el día en

que algo cambió en su interior. El momento en que tocó fondo y sintió que su ambición se reavivaba.

Fuera, paseaban dos jóvenes: Claudette y Maggie. Claudette estaba inmersa en su parloteo, pero Maggie se volvió hacia la librería. No para fijarse en el escaparate, sino en el interior. Buscaba a alguien. Y entonces lo vio y esbozó una diminuta sonrisa.

—Mírala —susurró el Fantasma—. Date la vuelta. Te está sonriendo.

Wilbur se detuvo. De hecho, se dio la vuelta. Miró a través del Fantasma hacia la calle. Pero era demasiado tarde. Ella ya se había ido.

Y el Fantasma se quedó allí un momento más antes de oír el silbato de un tren.

Por qué son bonitos los atardeceres

«La progresividad de la vida era un problema», pensó el Fantasma.

Si los días se desordenaran, si el lunes tuvieras cuarenta años, el martes tuvieras nueve y el miércoles ochenta y uno, sería más útil. Conocerías la naturaleza fugaz de las cosas, te darías cuenta de cuántas versiones de ti mismo contiene la existencia. Haría que la belleza de la vida quedara perfectamente clara. Igual que el atardecer es tan cautivador porque nos dice que, al final, todos los días se hunden en la noche.

Las posibilidades que contiene la vida

El Fantasma, de pie, observó a su yo, que en ese momento estaba en el suelo de un piso repleto de pufs e incienso.

Charlie Applewood ahora estudiaba Física en la Universidad de Sheffield.

Era domingo por la mañana. Habían tomado ácido y escuchaban a los Doors cuando el papel pintado de la pared comenzó a cambiar.

—La realidad está en continuo movimiento —sentenció Charlie con una profunda concentración.

Llevaba el pelo largo. Mucho más largo que Wilbur. A su madre siempre pareció disgustarle que se lo dejara crecer, por eso no lo hacía. Pero a Charlie le llegaba casi hasta la cintura. Ya no era el muchacho nervioso a quien acosaban. Había dejado el tartamudeo atrás.

—Todo son partículas y las partículas no se están quietas. Se mueven en ondas. La función de onda cuántica.

Wilbur no apartaba la mirada del papel de la pared.

—Es bueno este ácido.

—No es el ácido. Es física. —Vio que Charlie se sacaba un chelín del bolsillo—. Mira esto. Mientras está en el aire, podría caer de un lado o del otro. De modo que es tanto cara como cruz. —Lanzó la moneda, que aterrizó sobre la moqueta morada sucia, junto a una cajetilla de tabaco, con la cabeza de la reina hacia arriba.

—Cara —anunció Wilbur desde su puf.

Charlie miró la moneda con los ojos muy abiertos, extasiado por su reluciente belleza. Le dio una larga calada a su cigarrillo.

—Sí, pero escúchame, Wilbo, en la vida, la moneda siempre está girando en el aire en el presente y siempre ha aterrizado en el

pasado. Como cuando he puesto a los Doors, pero había estado a punto de poner a Jimi Hendrix…

—Ya.

—Somos la moneda que gira, Wilbo.

—Me gusta que ahora me llames Wilbo.

—Se me pegó de Dougie.

Wilbur pensó en su hermano muerto mientras miraba la moneda en el suelo.

A Charlie se le ocurrió otra manera de explicarlo.

—Es como cuando los Beatles cantan *Sergeant Pepper*, que son los Beatles, pero también son Sergeant Pepper. Algo así es lo que quieren decirnos. Que la realidad es una moneda que gira. Contiene muchas cosas.

Charlie se apartó del caos de discos del suelo.

—Lo que necesitas es abrir la mente. Necesitas salir de tu agujerillo de *hobbit*, Wilbo Bolsón… Que haya tragedia en tu vida no significa que toda la vida tenga que ser así. Eres la moneda que gira…

Charlie de repente pareció absorto y después, distante. Perdido en sus pensamientos. Dijo algo que nunca antes había expresado en voz alta, pero que siempre se sobreentendió.

—Mi padre nos pegaba, a mí y a mi madre.

—Lo sé. Lo siento, Charlie.

No parecía triste, ni afectado, ni nada por el estilo. La experiencia psicodélica que estaba viviendo le permitía contarle la verdad a su mejor amigo sin reservas. Y sin un ápice de vacilación.

—Le devolví el golpe. El año pasado. Y no pude parar. Como si el tiempo lo hubiera acumulado todo. Toda la energía, todo el enfado. Seguí pegándole hasta que acabó en el suelo. Por eso nos dejó. Pero mi madre ahora está feliz. Bueno, más o menos. Consiguió trabajo en Cole Brothers. En tienda. Vende maquillaje con las chicas jóvenes. Todas la adoran. Ella dice que es su mamá gallina…

—Me alegro por tu madre. Siempre la he querido.

—Y ella a ti, chaval… Pero a lo que voy: el universo es cambio. Es el estado natural de las cosas. Si aguantas el tiempo suficiente, algo cambia. Todo cambia. Cassius Clay se convierte en Mohamed Alí. Dylan se electrifica. El Wednesday gana la liga. Cambio. La vida es solo eso. Debes tener paciencia. Esperar. Has tenido una mala racha y las cosas están mejorando, Wilbo. Solo tienes que aguantar.

Wilbur miró con cariño a su amigo. Pero el Fantasma solo sintió arrepentimiento. Charlie fue un gran amigo y, como a todos los demás, lo perdió en el camino. Ahora le parecía absurdo. Tendría que haberse esforzado más. No debió dejar que se marchara.

Entonces Wilbur vio a alguien más. Vio al Fantasma, allí de pie. El Fantasma se dio cuenta. Wilbur le sostenía la mirada. Algo que solo recordaba a medias. Algo que achacó a la experiencia alucinógena.

—¿Wilbur? Soy yo…

Wilbur le dio un golpecito a Charlie en el muslo con el dorso de la mano.

—¿Ves eso?

—¿El qué?

—Hay un hombre ahí. Un desconocido. Se parece a mí. Pero tiene el pelo más largo.

—Es una señal del futuro. Ya te lo he dicho. Tienes que dejarte el pelo largo. Pareces Frank Sinatra o uno de esos.

—¿Wilbur? —repitió el Fantasma—. Tienes que ser un buen amigo…

Pero Wilbur no lo oyó. Ni lo vio.

—Vaya —suspiró—. Se ha ido.

La aguja alcanzó el final del disco. Charlie encendió el pequeño televisor en blanco y negro y movió la antena para mejorar la imagen, pero no lo consiguió. Charlie se echó a reír, por nada en particular, y la risa no cesó hasta que llegó el tren.

El Fantasma oyó a Agnes. Su voz fue tan clara como el silbato.

—¡Sube a bordo! No hay tiempo que perder.

Y, en medio de toda aquella confusión, esas palabras resonaron en su interior como el repiqueteo de una campana.

«No hay tiempo que perder».

Y se quedó pensando en ello mientras se dirigía hacia el tren.

Todo ese tiempo. Todo ese desperdicio.

Y se preguntó por qué no lo había hecho mejor, por qué no había vivido el momento, mientras tuvo la oportunidad.

El *doppelgänger*

El Fantasma se sentía frustrado. Pensó en lo que la señorita Graham le había dicho: «Hay que saber cuándo ignorar lo que se espera de ti. Aunque eso implique saltarse las reglas». Y a medida que avanzaba la vida que estaba observando, se daba cuenta de la necesidad de hacer descarrilar el viaje e intentar cambiar las cosas.

Se sentó al lado de Agnes.

—Me puedo ver —dijo con la voz apagada pero tensa.

—¿Qué?

—No solo cuando era un bebé. —Fijó la mirada en el suelo del vagón—. Creo que ha habido veces en que mi yo vivo adulto ha podido verme… Una vez en el cine, durante una cita con Alice. Y en la librería, cuando me pedí a mí mismo que me diera la vuelta para ver a Maggie y lo hice. Y hace un momento, en casa de Charlie, después de tomar ácido…

Agnes asintió y soltó un leve suspiro. Pasaron por delante de Wilbur, que, cansado del trabajo, veía unas imágenes donde Neil Armstrong salía del módulo lunar del Apolo 11 y pisaba la luna.

—En los ochenta y un años que has vivido, ¿has visto alguna vez a tu propio fantasma?

—No lo sé… Tal vez sí. O tal vez no. De todos modos, ¿no dijiste que el pasado no es un recuerdo, sino algo vivo?

Wilbur se miró las sandalias. Lo enviaron, mentalmente, de vuelta a su luna de miel.

—En realidad, una vez pasó una cosa muy rara. Estaba de luna de miel, en Venecia. En general, fue un día muy feliz. Es probable que el día más feliz de mi vida. Pero por un momento sentí que veía a mi *doppelgänger* entre la multitud, en el puente de Rialto. Llevaba una ropa idéntica a la mía. Esta. En ese momento pensé que no era

nada. Imaginé que era una alucinación, nada más. Hacía poco había leído *El doble*, de Dostoievski, porque en esa época leía libros, no solo los vendía, y me dejó tan impresionado que creí haber imaginado que veía a mi doble. Llevaba mucho tiempo sin comer y había bebido vino. En Venecia hacía calor y nunca había estado en el extranjero. Pensé que todo estaba en mi cabeza. Pero ahora creo que me estaba viendo.

Por un momento, Agnes pareció preocupada.

—Bueno, a lo mejor te viste, viejo amigo, o a lo mejor no. Pero en realidad da igual, porque no pasó nada.

Wilbur analizó con interés el gesto vacilante de Agnes.

—Lo dices como si hubiera podido pasar algo. Como si pudiera haber cambiado las cosas de alguna manera.

—Una hipótesis interesante, pero ¿qué diantres habrías querido cambiar? Era tu luna de miel. Te acababas de casar con la mujer que amabas…

El tren aminoró la marcha. Wilbur miró por la ventanilla y de nuevo a Agnes, pero ella ya había desaparecido. Era probable que se hubiera dado cuenta de que Wilbur estaba a punto de preguntarle algo demasiado difícil de responder.

El cementerio

En algún momento de 1969, el Tren de la Medianoche se detuvo en el cementerio.

Resultaba extraño ser un fantasma entre las tumbas.

Pensó en todos esos nombres de las lápidas. ¿Cómo habría sido la experiencia de esas personas? ¿Habrían visto pasar la vida a trompicones como él ahora? ¿Estarían presentes algunas de ellas en ese momento?

Se acercó a Wilbur.

Estaba sentado en un banco mirando una tumba.

DOUGLAS JAMES BUDD
1939-1964
Hijo y hermano amado
DESCANSE EN PAZ

Wilbur estaba algo cambiado. Aunque llevaba el tipo de camisa y de pantalones elegantes que usaba en la Librería Bagdale, ahora tenía el pelo más largo. Un aspecto más relajado. Los dos botones superiores de la camisa desabrochados. A su lado había un libro a medio leer, abierto bocabajo sobre el banco verde de madera.

La sociedad del espectáculo, porque estaba en plena fase de filosofía marxista francesa.

Acababa de salir del trabajo. Estaba rascando una costra de pintura del banco que le molestaba.

El Fantasma se sentó a su lado. Se acordaba de esa noche. Observó su joven rostro para ver el momento en que oyó la voz de ella.

—¿Wilbur? ¿Eres tú?

Wilbur se dio la vuelta y la vio. Se le iluminó la cara. Ella también estaba cambiada. Ahora llevaba el pelo corto con un flequillo espeso, delineador de ojos llamativo y un jersey de cuello alto negro debajo de un vestido rojo de estilo Mary Quant con el bajo y los puños blancos. Sofisticación con un toque bohemio.

Pero lo que más le llamó la atención fue que se la veía muy natural. Tenía una ligereza de la que Wilbur carecía. Una calidez abierta y descifrable. Él sintió que podría pasarse la vida mirando su sonrisa sin aburrirse. Solo verla era como llegar a casa. Y nunca había tenido esa sensación, menos aún en Glossop Road, 77.

La última vez que se vieron su conversación se había quedado a medias. Fue en la librería. Ella había entrado a buscar *Arte e ilusión*, de Gombrich. Entonces le contó que había dejado los estudios de Magisterio y que se había inscrito en la escuela de Bellas Artes de Psalter Lane.

Wilbur la felicitó. Le contó que su sueño de Oxford se había ido al garete, pero que era feliz. No supo bien si lo creyó. Estaba a punto de pedirle su número de teléfono cuando el señor Bagdale, con cara de mosqueo, se acercó a él sacudiendo un papel y diciendo algo de unos pedidos. Así que el momento pasó.

En el cementerio no había nadie —nadie a quien pudieran ver— que los interrumpiera.

—Hola, cara de bola. ¿Cómo estás?

—Maggie. Hola. Qué alegría verte. Estoy bien, gracias.

Ella entrecerró los ojos como si buscara la verdad por debajo de las palabras.

—No interrumpo, ¿o sí?

—No. Solo estaba aquí sentado. Con mi libro. Pero es una lectura pesada.

—No como el cementerio, que es ligerísimo.

—Ja. Exacto.

—Te lo preguntaba porque yo hablo con la tumba de mi madre. Como una loca de remate. Y pensé que igual tú hacías lo mismo con tu hermano. Hablarle.

—No, no. Yo no. Eso lo haces solo tú, Maggie.

Ella se acercó y se sentó a su lado. El Fantasma recordó la magia de aquel instante y lo agradecido que estaba por que Maggie no pudiera oír el aporreo repentino e inoportuno de su corazón. No conocía esa sensación, la extraña fuerza eléctrica de anhelar a alguien que estaba ahí mismo. Hizo todo lo posible por mostrarse natural. Le sonrió, ella le devolvió la sonrisa y permanecieron un rato en un plácido silencio.

—A veces pienso en aquello —dijo por fin ella—. En aquella noche, quiero decir. Siento mucho todo lo que ocurrió.

—No fue culpa tuya. Nada de lo que pasó. Siento haber querido ser tu caballero salvador y haber montado todo ese lío.

Ella lo miró con ternura. Como a un animal herido.

—Creo que el lío ya estaba montado de antes.

Wilbur no dijo nada y se quedaron otro rato callados.

—Mi madre siempre decía que la gente se vuelve loca al pensar que puede cambiar las cosas. A veces las cosas tienen que pasar.

Esas palabras le gustaron tanto como para interiorizarlas.

—Gracias, Maggie.

Ella se dio cuenta de que Wilbur deseaba desviar el tema de Dougie y sonrió.

—Los bancos son lo nuestro, ¿eh? ¿Te acuerdas de aquel día en Endcliffe Park, cuando todavía éramos unos niños, que te acercaste y me pillaste dibujando?

—Era un dibujo estupendo, por cierto.

Ella levantó las cejas.

—¿Te acuerdas del dibujo?

—Me acuerdo del dibujo y de toda la conversación. No de las palabras exactas, pero sí de que fue muy agradable estar allí contigo. Y como durante un par de años no viví muchos momentos agradables, de vez en cuando lo recordaba. Allí sentados en el banco del parque, mirando el estanque. Charlando. ¿No es extraño?

—Sí, Wilbur. Supongo que sí. Pero lo extraño está bien. Siempre y cuando no estés loco.

—Yo no creo que esté loco.

—Pues mira —dijo ella con una sonrisilla—, eso es precisamente lo que diría un loco.

—Supongo que sí. Mejor que te alejes de mí.

—Yo hablo con mi difunta madre en el cementerio, así que tampoco soy quién para juzgarte.

—Sí, la verdad es que eso sí que es rarito.

Ella se rio. Wilbur no sabía si estaban coqueteando. Siempre se le dio mal interpretar las señales.

—¿Qué le dices? A tu madre.

Se puso seria durante un momento.

—Pues de todo. Pienso que, de una manera u otra, al final acabas perdiendo a toda la gente que conoces, pero cuando quieres a alguien, esa persona no se va de verdad. Es obvio que sí, que se va, pero no del todo. Vive en tu mente. La mantienes viva. Lo puedes perder todo, pero el amor no lo pierdes. Perdona. Parezco una chiflada.

—Para nada —dijo él con afecto.

—Tuve la suerte de conocerla bien. Y yo lo veo así: cuando conoces a alguien, sabes qué opinaría de las cosas. Así que puedes hablar con esa persona siempre, porque sabes lo que te diría. Sabes hasta la cara que pondría. A veces incluso discuto con ella. Y se pone de un humor…

—¿De qué discutís? —preguntó Wilbur. Ella se echó a reír—. ¿Qué es tan gracioso?

—La manera en que lo preguntas. Como si te acabara de contar algo normalísimo. No te has reído ni nada.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me gusta. Significa que eres como yo. Mi mayor discusión con la tumba de mi madre fue cuando dejé Magisterio. Pero fue por tu culpa.

Al oír eso, Wilbur notó que el corazón se le desbocaba. Por la preocupación o por los nervios de formar parte de su vida.

—¿Qué? ¿Cómo que por mi culpa?

—¿Te acuerdas de cuando te conté que ya no dibujaba?

—Ajá…

—Pusiste cara de decepción. Fue sin querer, pero la pusiste. Y me quedé dándole vueltas después, en la universidad, y gracias a eso me di cuenta de que no quería ser profesora. Quería dedicarme al arte. Y a dibujar. Y a crear cosas. No solo dibujos. Ahora hago carteles y eso. Me gusta. Tomar una idea de mi cabeza y convertirla en algo real. Estoy haciendo lo que quiero.

—Cuánto me alegro, Maggie. De verdad.

—Creo que el problema de la vida es que hacemos las cosas porque debemos hacerlas. Actuamos para la mirada externa. Yo intento vivir al revés: hacer lo que me hace sentir bien por dentro, aunque no sea lo que debo hacer.

—Parece una buena filosofía.

—Y, en cierto sentido, esto del arte… Fue al hablar contigo cuando lo vi claro. ¿Te acuerdas? En el concierto…

Él asintió. Se estremeció sin querer, muy levemente. Ella reparó en lo que acababa de decir y miró la tumba de Dougie.

—Uy. Perdona. Ya sé que fue ese día cuando pasó. Lo siento.

—No te preocupes, Maggie. Me gusta lo que has dicho antes. Eso del amor. Lo que detesto es que, al perder a alguien cuando eres joven, pasas más tiempo echando de menos a esa persona que el que has vivido con ella.

—Ya.

—Me alegro de que estuvieras allí esa noche.

A Maggie le brillaron los ojos.

—¿Y eso?

—Añade algo más al recuerdo. No sé si tiene sentido, pero me ayuda a apartar la mente de la oscuridad. ¿De qué palabra me hablaste? Un término de arte… Ese sobre la luz y la oscuridad en los cuadros antiguos.

—¿El claroscuro?

—Eso. El claroscuro. —Wilbur respiró hondo para reunir fuerzas—. Pues esa noche tú fuiste justo eso. La única cosa con luz.

El Fantasma vio que, por detrás de ellos, una anciana colocaba unos claveles junto a una tumba. Percibió la velocidad del tiempo. Quizá, allí mismo, su joven yo también la sintió y también deseó que las cosas no se escaparan sin haberlas valorado.

El estornino

Maggie miró la mano de Wilbur y le dio un golpecito alentador.

—Me parece increíble verte ahora. Así, tan bien. Es muy valiente, ¿sabes? A veces vivir parece un acto de valentía.

—Sé lo que quieres decir, pero yo no me siento valiente.

—Bueno, pues imagina que lo eres. ¿Qué harías ahora mismo si no tuvieras miedo?

Wilbur la observó un momento. Entonces, sin pensar, soltó una respuesta sincera:

—Te pediría tu número de teléfono.

Ella se echó hacia atrás y se rio.

Wilbur notó que le subía la vergüenza por el cuerpo y se le instalaba en forma de calor en las mejillas. Siguió adelante.

—Es que a veces está bien hablar con alguien que entiende… Ya sabes… Que entiende lo que es esto. —Señaló la tumba de su hermano.

Maggie le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Claro. Mi padre es quien contesta siempre. ¿Tienes inconveniente en hablar con él?

—Claro que no.

—Él no se fía de los chicos. Bueno, de Edward ya sí. Mi novio. Rompemos cada dos por tres, pero ahora estamos juntos.

El Fantasma observó el esfuerzo de Wilbur por ocultar su inmensa decepción. Puede que Maggie también lo notara.

—Ah, tu chico. ¿Cómo es? ¿A qué se dedica?

—Es arquitecto. Bueno, estudia Arquitectura. Siete años de carrera en la universidad. Quiere construir ciudades en el cielo. Como las nuevas torres de viviendas de Sheffield. Me lleva a los terrenos de Park Hill solo para ver los pisos. Es un buen chico y a mi

madre le gustaría, porque habla bien, fue a un internado de alto copete del sur… Y mi madre, que en paz descanse, era bastante superficial. De hecho, esa ha sido una de las últimas discusiones que he tenido con su tumba. Después de que él y yo rompiéramos.

—¿Por qué rompisteis? —preguntó Wilbur con toda la inexpresividad que pudo.

Maggie se movió, nerviosa, y bajó la mirada al suelo.

—Me gustaría decir que hizo algo mal, pero la verdad es que no. A ver, miró a Claudette un par de veces, pero Claudette es muy guapa y eso no se puede evitar. —El Fantasma se fijó en que Wilbur no contestaba, pero recordó que le dieron ganas de decirle que ella sí que era guapa y que jamás pensara lo contrario—. Y a veces le habla a la gente por encima del hombro sin darse cuenta. —Puso cara de culpabilidad—. No tendría que haber dicho esto último. Es solo mi inseguridad por no saber mucho sobre Le Corbusier. Es buena gente, en serio. Me cuida.

Wilbur asintió despacio, su respuesta se quedó en el aire y no llegó a pronunciarla. Ella pareció un poco decepcionada en ese momento, como si esperara algún tipo de reacción por su parte.

—¿Y qué hay de tu mundo, Wilbur? ¿Qué me cuentas?

—No sé. Soy un profesional hecho y derecho. Desde hace poco soy gerente en la librería, ahora que el señor Bagdale está menos activo.

—¡Anda! ¡Eso es estupendo, Wilbur!

—Si vienes, te recomendaré algo solo para ti. —Se sonrojó al darse cuenta de que quizá había sonado demasiado presuntuoso—. O algo para tu padre.

—Él apenas sabe leer. Dejó el colegio a los catorce años. La lista era mi madre.

—Ah, bueno, pero tenemos libros del Dr. Seuss.

Ella se echó a reír y contestó:

—No tiene gracia.

—No es broma. Es un hombre muy inteligente. A fin de cuentas, es doctor. *Huevos verdes con jamón* es una obra maestra surrealista.

Maggie se estiró un poco para coger el bolígrafo que Wilbur llevaba en el bolsillo de la camisa. El Fantasma observó la sonrisa de su joven yo mientras ella sacaba del bolso un folleto que decía: «Día de reforma educativa y solidaridad internacional contra la matanza en Vietnam. Escuela de Bellas Artes de Sheffield. 15 de octubre de 1969».

Escribió su número de teléfono.

—Y deberías venir a la manifestación.

—Ese día trabajo. Tengo que pagar el alquiler de mi madre, que va con bastante retraso. Y debo ir a trabajar. Estoy trabajando mucho. Soy un tostón. Pero igual puedo acercarme después.

Ella le sonrió. Parecía preocupada por él. Por algo que había visto en su cara. O al menos así lo interpretó el Fantasma.

Al cabo de un momento, ella dijo:

—¿Alguna vez te sientes libre? Libre como ese estornino de allí… ¿Lo ves? Aquel que está en la rama.

Wilbur miró al pájaro, que analizaba la escena desde lo alto de un haya.

—¿Libre? No sé. —Se quedó pensando—. Creo que a veces siento que los lugares atrapan. Sobre todo Sheffield.

—Es por las colinas.

—Siete. Como en Roma.

A Maggie se le iluminaron los ojos.

—Sin embargo, puedes sentirte libre en cualquier parte, creo yo.

—No lo sé —dijo Wilbur—. No sé si alguna vez me siento libre. No sé si estamos hechos para sentirnos libres. ¿Y tú?

—«No sé si alguna vez me siento libre» —se burló el Fantasma—. Uf, tiene que ser durísimo estar ahí sentado, vivito y coleando, en un banco junto al ser humano más encantador del mundo. ¡La libertad es eso, pedazo de idiota! ¡Eres un cínico! ¡Deja de leer a esos filósofos franceses y despierta, chaval! ¡No hay mayor libertad que esa!

Maggie se quedó un rato mirándolo.

—Yo me siento libre cuando dibujo. Llega un momento en el que estás tan absorta que dejas de pensar en ello de manera consciente. Solo dibujas.

La anciana que había llevado flores pasó por su lado. Los miró con amabilidad y una sutil picardía.

—Buenas noches, chicos.

—Buenas noches.

Cuando se hubo marchado, Maggie dijo:

—Ha pensado que somos pareja.

—Bueno, la realidad es percepción. Eso es lo que dice mi amigo Charlie cuando se mete ácido… Ahora trabaja en la librería. Intento enderezarlo. Le he buscado trabajo, lleva la contabilidad.

—Ya te estás enrollando —dijo el Fantasma—. Siempre te enrollabas cuando estabas nervioso. A ella le importa un comino que Charlie sea tu contable. Quiere que muevas ficha porque no es feliz con Edward y la trata fatal, eso es así. Él intenta controlarla y ella quiere terminar con él, se muere por salir de ahí, te lo está insinuando y tú te quedas como un pasmarote sin hacer nada. ¡Dile lo que piensas de ella!

Wilbur se dio la vuelta como si buscara a alguien.

—¿Estás bien, Wilbur? —Maggie se dio cuenta de que Wilbur parecía distraído.

—Sí, perdona. Siento que me estoy volviendo loco. Me ha parecido oír algo.

—¿Qué has oído?

—Que alguien hablaba. Nada. No es nada.

—Dios mío —susurró el Fantasma.

Wilbur apartó la idea de su mente. Puede que no oyera las palabras del Fantasma, pero algo pareció haber calado en él.

—Cuando estoy contigo —dijo.

El desconcierto de Maggie aumentó.

—¿Qué?

—Esa es la respuesta a tu pregunta. Me siento libre cuando estoy contigo. Y no me malinterpretes, sé que tienes novio. Pero necesito

decírtelo. Me siento libre contigo. Aquí sentados en el banco, hablando. Es lo más libre que me he sentido nunca.

Maggie lo miró. Al principio no pasó nada. Pero entonces ella sonrió y fue como si una puerta se abriera.

Se inclinó hacia él y lo besó. Un besito, nada más, pero en los labios.

—Oh —dijo él. Solo eso. «Oh».

—Perdona —se disculpó Maggie.

—No, perdóname tú.

Y en ese momento el Fantasma percibió el pitido del tren. Se puso de pie, pero no se marchó de allí hasta que oyó a Agnes detrás de él, tan severa como el viento invernal.

—Móntate en el tren ahora mismo, Wilbur Budd.

Completamente revuelto

Agnes parecía preocupada. Se daba golpecitos en la pierna con los dedos. El tren tardó un rato en reanudar la marcha y, cuando lo hizo, ella suspiró y se reclinó en el asiento con evidente alivio.

—¿Tienes idea de lo que acaba de pasar, viejo amigo? —A pesar del habitual «viejo amigo», su tono sonaba seco y ansioso.

El Fantasma se sentó en el asiento de terciopelo verde del primer vagón, delante de su retrato.

—Nada. No me ha oído.

—Algo le ha llegado. Y ella te ha besado años antes de lo que en realidad te besó.

Agnes miró por la ventanilla. Pasaron por delante de la manifestación, frente a la escuela de Bellas Artes, con los alumnos sentados fuera, en el suelo de hormigón. Pasaron por delante de Wilbur, que corría desde el trabajo hacia esa misma manifestación.

El tren empezó a sacudirse y a traquetear como una lata en un terremoto.

—Agárrate, Wilbur. Agárrate.

—¿Qué pasa?

—Podríamos descarrilar… Has creado una diferencia en la línea temporal.

—¿Y qué pasa si descarrilamos?

—Pues que desapareces. Todo el Tren de la Medianoche desaparece. No consigues la eternidad. Porque tú no eres el fantasma de un Wilbur Budd cualquiera, sino el del Wilbur Budd concreto que vivió esta vida y que se casó con Maggie Shaw en la iglesia de St. Timothy en 1974. El Wilbur que pidió un préstamo de gran importe al Yorkshire Bank para montar otra librería, que después llevaría a la apertura de más librerías. El que cambió el

nombre de la Librería Bagdale por Libros Budd después de que Charlie lo convenciera de que a IBM y a Bob Dylan les habían funcionado los nombres cortos. El que ganó cinco veces el Premio de Iniciativa Empresarial de Yorkshire… Al que invitaron como asesor en tres gobiernos distintos del Reino Unido… El que apareció en un reportaje del *Sunday Times* y fue propietario de seis casas en tres países… No hay otros caminos. No hay otras líneas. No hay posibilidad de que alcances otra vida diferente, porque eres el fantasma de esta vida concreta. ¿Entiendes? Te diriges hacia la eternidad. Tu eternidad. No hacia una versión alternativa de ti. De manera que, si algo cambia, la pierdes.

Wilbur estaba agotado.

Pero en ese momento el tren se detuvo, titubeante y trémulo.

—Ajá —dijo Agnes para sí misma—. Ha habido alguna interferencia, un tambaleo, ligeras diferencias, pero parece que hemos recuperado el rumbo. Ni lo que dijiste ni el beso han cambiado la dirección del viaje en esencia, viejo amigo.

—Quizá sí. Quizá las cosas vayan mejor ahora.

—Bueno, solo se han producido algunas fluctuaciones menores. Tarareaste una canción diferente de vuelta a casa. Pero Maggie siguió con Edward porque se sentía culpable y su vida estaba absorbida por las exigencias de la facultad y del trabajo en el cine. Y tú también mantuviste un rumbo similar debido a la enfermedad mental de tu madre, con un episodio prolongado de agorafobia incluido, a que estabas tan ocupado como siempre y a que en esa época eras tímido por naturaleza. En definitiva, la dirección del viaje sigue siendo la misma. Eso es bueno. Y mira por la ventanilla: Nochevieja de 1969. Cuando Maggie se quedó atrapada en una tormenta de nieve al volver de casa de Edward y llamó a tu puerta porque necesitaba cobijo. «Como María y José», dijo ella. En televisión repetían el programa especial de Elvis, *Comeback Special*. Y mira, ahí estás tú, sentado con tu madre mientras el señor Presley canta *All Shook Up*, donde dice que se siente completamente revuelto. Pero por suerte las cosas no se revolvieron de manera

especial, ya que precisamente así fue como pasaste la Nochevieja, ¿verdad? Hasta llevabas esa misma ropa de punto tan cuestionable…

—Sí —contestó Wilbur mientras recordaba lo cariñosa que había sido Maggie con su madre y cómo le había seguido la corriente a todas sus locuras durante dos horas hasta que dejó de nevar. Y mientras, recordaba la añoranza que sintió cuando se marchó—. Pero ¿por qué has dicho que eso es bueno? Mi vida podría haber tomado una dirección mejor.

Agnes torció el gesto, como si Wilbur fuera un libro demasiado esotérico y ella no fuera su público objetivo.

—Wilbur, eres desesperante. Esto ha sido un aviso. Piénsalo bien. Si hubieras cambiado de rumbo, tu eternidad no existiría. Desaparecerías. Nunca conseguirías la eternidad ni tendrías oportunidad de volver a ver a Maggie.

Wilbur la miró. No sabía por qué, pero Agnes se preocupaba por él. Tanto como cuando él iba a la librería de pequeño sin un penique en el bolsillo. Le gustaba que lo cuidara, aunque también lo incomodaba. Y ahora necesitaba saber algo, porque a él también le importaba Agnes.

—Agnes, dime una cosa, por favor… Si cambiara el rumbo, si yo desapareciera y el Tren de la Medianoche se esfumara… ¿Qué pasaría contigo? Con el fantasma de Agnes Bagdale, quiero decir. ¿También desaparecerías?

—Sí y no. Una vez que estás en la eternidad puedes estar en todas partes al mismo tiempo. Yo seguiría en la eternidad… Pero no en el tren, porque el tren descarrilaría y desaparecería, ya que la vida que pasaría por delante de tus ojos dejaría de ser la vida que viviste. Y el Wilbur del pasado entraría en una vida distinta que podría ser peor que la que viviste.

—Ya —dijo Wilbur, contento de saber que Agnes estaría a salvo.

—Que esto te sirva de advertencia.

En verdad, Wilbur no estaba del todo satisfecho. Sentía que tenía que haber algún fallo en la lógica de esa mujer. Una manera de alcanzar la vida eterna y, a la vez, de conseguir amar a Maggie de

una forma distinta. Pero Agnes era librera y ahora, encima, también era un universo, con lo que resultaba dificilísimo discutir con ella.

—De acuerdo, Agnes. Lo entiendo.

Y, durante un rato corto, de verdad creyó entenderlo.

Trapezoide

Al otro lado de la ventanilla del tren, Wilbur se acercó a contestar el teléfono. El Fantasma vio su sonrisa y se percató de que era Maggie quien llamaba. Recordó la escena. Ella le contaba que había roto con Edward el mes anterior. Edward se había burlado de ella cuando fueron a casa de sus padres y se habían peleado. Y ella se había dado cuenta de que nunca lo había querido.

Wilbur se había armado de valor para pedirle una cita y ella había aceptado. El Fantasma, en esta nueva parada, siguió a Wilbur, que se dirigía al Palace Cinema para recoger a Maggie.

Ella se había cambiado de ropa en la parte trasera del cine y llevaba una boina, cuello alto y una sonrisa un tanto incómoda.

La cita no se desarrolló como él pretendía.

Esa noche, Maggie estaba distante. Una cordialidad defensiva que quedó patente más tarde, cuando fueron a tomar algo al *pub* Stone House y ella le dio la noticia. Dos días después de que él le pidiera salir, ella había recibido una oferta increíble. Se mudaba a Londres. Había conseguido un trabajo que su tutor le había recomendado solicitar, un puesto en una empresa de diseño llamada Trapezoide.

—No puedo rechazarlo. Son los mejores del país…

De manera que la cita no llegó a nada. Se quedaron en un limbo. No hubo beso bajo la lluvia. Él no la llevó a bailar a la discoteca Penny Farthing como tenía planeado. A Wilbur le costó hasta el último átomo de sus fuerzas no decirle lo que sentía por ella. No decirle que la necesitaba en su vida. Era difícil luchar por una relación que todavía no existía.

Lo más cerca que estuvo fue durante la despedida.

—Te echaré de menos.

—Sí. Yo a ti también.

Y el abrazo duró un poco más de lo que dictaban los cánones. A continuación, se miraron en silencio durante unos segundos y ambos vieron evaporarse en la noche todas las posibilidades que podrían haber compartido.

Diecinueve meses

Charlie en el pub *después del trabajo hablándole a Wilbur sobre el final de los Beatles… Wilbur en su bici dando un rodeo innecesario hacia la derecha para evitar pasar por Ecclesall Road… Instalando una sección infantil con expositores del Dr. Seuss y* Un mago de Terramar*… Trabajando, trabajando, trabajando… A lo lejos, en el horizonte, una Copa del Mundo en México…, un satélite en China…, un ciclón en Pakistán… Entonces, en primer plano, Edith se toma las pastillas acompañadas de un té con leche y un trozo de bizcocho… Wilbur solo en el banco del cementerio…, trabajando en la trastienda con Charlie…, tumbado en la cama, despierto y alerta, oyendo el camión del lechero en la calle vacía por la mañana…, la librería llena de gente un sábado…, pasando por delante de la cascada de Endcliffe Park… Wilbur recibiendo una llamada de Maggie en la que le cuenta que no es feliz en Londres y que vuelve a casa…, una cosa se precipita y se disuelve en otra…, una vida entera de puntos suspensivos…, cada llegada con su propia partida…*

Vino blanco tibio

El Fantasma estaba de pie en el vestíbulo del flamante teatro Crucible de Sheffield.

Había mucha gente vestida con trajes marrones y caftanes. Era el vino de bienvenida de la inauguración. Vio que su yo vivo, con chaqueta y camisa malva y un reciente bigotito bajo la nariz, hablaba con un señor del *Yorkshire Post* corpulento y con la cara colorada.

—A pesar de ese bigote tan terrorífico —dijo el Fantasma a nadie en particular—, iba hecho un pincel.

Entonces recordó de qué se trataba. Había llegado justo en el momento en que Wilbur se daba cuenta de que Maggie estaba en la sala.

El Fantasma vio que su rostro vivo se iluminaba al verla como una ventana cuando recibe un rayo de sol. Aunque intentaba por todos los medios que no se le notara, se le iban los ojos detrás de ella. Y enseguida se quedó mirándola sin disimulo, con la esperanza de que ella también lo viera. Pensó en *Anna Karénina* y en la confirmación del amor que Levin siente por Kitty cuando la ve en el hielo.

Para Wilbur, ver a Maggie era un alivio, como si a una parte de él le hubiera faltado la respiración durante el último año.

Pero ese alivio que sintió al verla fue también el terrible momento en que se dio cuenta de que la amaba. Tampoco es que hubiera pensado en ella día y noche. Wilbur se había entregado al trabajo y la librería iba viento en popa. Pero incluso cuando el trabajo se había convertido en una especie de analgésico, ella nunca se le había ido del todo de la cabeza. Cada vez que se sentaba junto a la tumba de Dougie, pensaba en ella. Cada vez que quería contarle a alguien el dolor que sentía dentro, pensaba en ella. Siempre deseó que a

Maggie le fuera bien, que fuera feliz, pero nunca actuó movido por esa esperanza. Daba por hecho que no necesitaba que él complicara su nueva vida en Londres.

Por eso había sido una sorpresa que ella lo llamara para decirle que volvía a casa. Le contó que había conseguido trabajo en el Crucible como diseñadora y le preguntó si pensaba ir a la inauguración.

Wilbur intentaba prestar atención a lo que le decía el periodista, pero había perdido el hilo. Solo miraba a Maggie, que llevaba un vestido de pana burdeos y charlaba con soltura con un grupo de gente desconocida para él.

—Pero ha sido un gran error, ¿no cree? —le preguntó el hombre del *Yorkshire Post*.

—Perdone —se disculpó Wilbur—. ¿Qué ha sido un gran error?

—¡La conversión de nuestra moneda al sistema métrico decimal! Dentro de un año volveremos a las libras, los chelines y los peniques, fíjese bien en lo que digo. Llevar una tienda tiene que ser un auténtico follón ahora mismo…

Los ojos de Wilbur se cruzaron con los de Maggie, que estaba al otro lado de la sala.

—Ah, en nuestro caso no ha sido para tanto. Oiga, Terry, lo siento en el alma, pero acabo de ver a una vieja amiga…

Se abrió paso entre la multitud hasta alcanzarla.

—Hola, cara de bola —dijo ella, apartándose con educación de la gente con la que conversaba.

Wilbur reconoció a Claudette.

—¡Hola, Wilbur! —dijo ella al tiempo que levantaba los ojos hacia Maggie con una sonrisa nerviosa, como si él hubiera sido el feliz asunto de una conversación previa que no había presenciado.

—¡Ah, hola, Claudette! Espero que estés bien.

Claudette no lo oyó. Wilbur se volvió hacia Maggie. Sintió un pequeño chute de adrenalina.

—Así que ahora trabajas aquí.

Ella asintió.

—Como diseñadora gráfica del teatro. Claudette es empleada del teatro y, como sabía que yo no estaba contenta en Londres, me consiguió trabajo con antelación. —Le enseñó el programa de *El jardín de los cerezos*, de Chéjov, la obra que iban a ver.

Él se fijó en el nombre «Maggie Shaw» que aparecía en letra pequeñita bajo el cerezo geométrico y asombrosamente simple de la cubierta. Sintió un arranque de orgullo por ella, aunque lo que más feliz le hacía era que hubiera vuelto a la ciudad.

—Qué maravilla, Maggie.

—Debes de ser dignatario —le dijo con una sonrisa—, porque esta recepción es para, y cito textualmente: «Los máximos dignatarios y periodistas de Yorkshire e Inglaterra», y periodista no eres.

—Nunca he sabido qué es un dignatario.

Ella le lanzó una sonrisa descarada.

—Hablando en plata, es gente a la que se le ha subido el ego a la cabeza.

Él se echó a reír.

—Ah, pues en ese caso, claro que soy un dignatario. —Los ojos de ambos se fundieron en una sola mirada—. ¿Qué pasó en Londres exactamente? —preguntó después de darle un sorbo a su vino blanco tibio—. No quise husmear demasiado por teléfono…

—Husmea, husmea.

—Eso hago. Husmear es lo mío, Maggie.

—El trabajo estaba bien. Pero me sentía…, no sé, cada vez más perdida.

—¿Qué quieres decir?

—Pues verás, había treinta personas allí y yo era la única del norte, además de que solo éramos tres mujeres. Y Trevor Jacobs, el chico que dirige Trapezoide, me robaba las ideas porque no podía acostarse conmigo.

Dijo eso último sin un ápice de emoción en la voz, con el tono plano y neutral de la verdad.

—Vaya. Lo siento.

—No te preocupes. Siempre he sentido que podía contarte mis cosas, Wilbur. Sé que los secretos están a salvo contigo.

—Soy un guardador de secretos.

Ella sonrió. Lo miró con toda su atención.

—Bueno, ¿y tú qué?

Wilbur le contó que el señor Bagdale se estaba muriendo y que, casi literalmente, le había entregado las llaves de la tienda. Le contó que había ayudado a su madre a comprar su primera casa y que tenía un pequeño jardín. Le contó que él vivía allí con ella y que tenía un coche para ir a trabajar.

Se sintió incómodo. Le dio la impresión de estar haciendo el resumen de una vida a la que le faltaba algo. Y ese algo tal vez fuera ella. Entonces le pidió que le contara más cosas sobre Londres.

—Ah, pues no sé. Hay una especie de estrechez de miras en la modernidad londinense —explicó mientras cogía un palito de queso y piña de una bandeja que pasó por delante de ellos—. Se creen cosmopolitas porque hablan de Camboya y Vietnam, se drogan con Pink Floyd y llevan camisas de estilo mexicano, pero en cuanto rascas un poco te das cuenta de que utilizan sus… sus significantes cosmopolitas… para excluir a la gente tanto como para acogerla. Tienen más prejuicios que el trabajador siderúrgico medio que bebe pintas en el Frog and Parrot de Division Street… Aunque, claro, esto no es más que una justificación mía —dijo, y se puso seria por un momento—. A lo mejor solo buscamos encajar en cualquier lugar que nos acoja. Y supongo, Wilbur, que lo triste del ser humano es que, para encajar, alguien tiene que quedar excluido. Y creo que en este caso fui yo.

—No concibo que nadie quiera excluirte —dijo Wilbur.

Su Fantasma suspiró.

—Uf… Echo de menos esos pensamientos.

Los ojos de Maggie brillaron como con un secreto compartido.

—Gracias, Wilbur. Te lo agradezco de verdad.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también. De hecho, fue bastante sorprendente.

—Ah, ¿sí? —dijo Wilbur con una seguridad jocosa—. Pues a mí me parece perfectamente comprensible, porque soy magnético. Mírame. —Puso cara de tipo duro—. ¡Ya quisiera Robert Redford!

—A lo mejor lo que pasa es que eres un corderito perdido y he vuelto a buscarte como la pastora Bo Peep.

—Oye. Que ahora llevo bigote. Soy duro de pelar. El otro día me pillé el dedo con la grapadora y ni siquiera lloré.

Maggie se echó a reír, pero su risa duró poco. Adoptó un gesto de contemplación serena en medio del alboroto de la sala.

—Siempre pensé que si volvía lo viviría como una derrota, pero no es así… Siento que es lo más natural del mundo. A ver, mira este sitio. Mira a esta gente. Mírate a ti. —Sus ojos añadieron el subtexto y el corazón de Wilbur hizo el resto—. A veces lo que necesitas no está tan lejos de donde empezaste.

El coraje que implica amar

Se sentaron juntos en el teatro. Y más tarde fueron a tomar otra copa.

—Bésame, Wilbur —le dijo ella en una calle tranquila—. Bésame.

Él la besó y sintió el alivio de ese beso, como si ella fuera el aire que necesitaba respirar. Esa noche la deseó más de lo que había deseado a nadie.

El tren llegó y, a pesar de la resistencia indolente del Fantasma para marcharse, sonrió al subir los escalones metálicos y abrir la portezuela azul para entrar a bordo. Comprendió que había momentos que no solo se valoraban en retrospectiva, sino que en su momento los había vivido con verdadero amor. Y esa noche era uno de ellos.

Por la ventanilla del tren, atisbó un destello fugaz de la silueta de ambos tras el brillo de unas cortinas.

Pasaron la noche juntos en el dormitorio de Wilbur, en la casa que le había comprado a su madre. Recordó la necesidad de no hacer ruido sumada a la inocencia y la excitación.

Recordó que pasaron la noche desnudos bajo las sábanas, uno sobre el otro, entre susurros y risas, euforia y secretos. El choque torpe de los brazos y las piernas, los tirones mutuos para quitarse la ropa. Besos de una intensidad infinita. Cuerpos fundidos en pensamientos y pensamientos fundidos en cuerpos. Amigos que se vuelven algo más íntimo.

La fusión de los mundos. El olor a piel y a moqueta nueva. La repentina quietud y el silencio cuando creyeron haber oído a su madre.

Recordó la sensación de la voz cálida de Maggie en su oído cuando pronunció su nombre. Recordó el cigarrillo compartido en la

ventana envueltos en sábanas. Recordó la cabeza de Maggie en su hombro al quedarse dormida. Recordó la felicidad de sentir la marea lenta y suave de su respiración. Lo echaba de menos. La echaba de menos. La echaba muchísimo de menos. Echaba de menos las aventuras que vivieron y las que no llegaron a terminar.

Observó que el tiempo pasó volando cuando empezaron a salir juntos.

Fueron a *pubs*, a restaurantes y al cine, donde ella ya no trabajaba, a ver *El exorcista*. Pasearon alrededor de estanques con patos y por la galería de arte local.

Él la hacía reír. Se le había olvidado eso, pero al mirar por la ventanilla lo veía sin cesar. Lo que sí recordaba era lo cerca que eso le hacía sentirse de ella.

A veces su risa era tan cariñosa como cabía esperar, aunque otras veces le hacía sentirse un poco bobo. Wilbur le dijo una vez que era el tipo de risa que te da cuando un perro roba un zapato y se lo lleva a otro sitio. Pero a él le gustaba.

Se convirtieron en su propia isla en la tormenta. Y Wilbur se consideraba afortunado por estar con ella. Maggie era cálida como junio, dura como el acero y divertida como un demonio.

Los vio charlando en *pubs* mientras tomaban cerveza y ginebra. Vio que Maggie iba a buscarlo a la tienda antes de cerrar. Los vio charlando de paseo por el centro una noche, cuando decidieron dar una vuelta por el paso subterráneo de hormigón, que aún parecía un elemento del futuro.

Hablaban y hablaban, como si en realidad una relación no fuera más que una conversación que nunca quiere terminar. Ella le enseñaba cosas, recordó. Sobre la naturaleza. Se sabía el nombre de todos los árboles, plantas y flores, y decía sus nombres como si fueran viejos amigos.

Pasearon por Endcliffe Park y ella lo señalaba todo, desde el haya llorona hasta el espino y el cotoneaster.

Por aquel entonces ya había comprendido lo que de verdad era el amor.

Era sentido.

Era un estado de ánimo en el que otra persona era más importante que él mismo, aunque ambos estuvieran lejos durante todo el día, aunque él trabajara a destajo para que la Librería Bagdale tuviera éxito. Era ambicioso, quería que fuera la mejor librería del norte de Inglaterra, pero en ese momento su ambición se hallaba al mismo nivel que su amor. Sin saber cómo, nunca estaba solo. Estaba con ella incluso cuando no estaba con ella.

También fue duro para él. Su instinto tendía a la independencia, pero a los veintimuchos años, sin esperarlo, había sido lo bastante valiente como para amar de verdad. Para que el centro del mundo estuviera fuera de su cuerpo. Para que su satisfacción dependiera de otra persona. Ese era el reto, pero también la belleza del asunto. El amor había vuelto el mundo real y le había ayudado a pasar de los conflictos internos a las preocupaciones externas.

Con ella, Wilbur se sentía más lento. Su mente siempre había ido a mil por hora desde que Dougie murió, como una frase sin puntuación. Maggie le había dado las comas y los puntos. Y tal vez esa era la razón por la que el tren pareció ir más despacio durante ese rato, mientras él lo volvía a ver todo.

El joven yo que ahora contemplaba sentía algo real, algo peligroso y bello. Una especie de cambio en la gravedad, una fuerte atracción hacia la órbita de Maggie. Y el hecho de que ella sintiera lo mismo le otorgaba cierta responsabilidad, porque si él era su mundo, tenía que garantizar que fuera un buen mundo. Por eso trabajaba con más tesón en la tienda. Quería que se sintiera orgullosa.

En esencia, eran personas distintas, pero funcionaba.

Maggie podía flotar por la vida y ser feliz en la dirección donde la llevara el viento, y aterrizar de un modo u otro donde necesitara estar. Wilbur necesitaba un objetivo continuo, una luz hacia la que dirigirse, la sensación de estar trabajando por un futuro compartido, a sabiendas de que, en caso contrario, se perdería en la oscuridad.

Se vio a sí mismo despertándose sobresaltado.

El Fantasma de repente lo recordó. Le vino a la cabeza de golpe. Ese día acababa de tener una pesadilla relacionada con Dougie y el accidente. Su cuerpo contra el árbol. El árbol se convertía en una especie de monstruo. Todo oscuro y chamuscado, como de carbón, con unas ramas que se estiraban hacia él y que lo envolvían como enredaderas y le cortaban la respiración. Había tenido esa misma pesadilla muchas veces antes, pero esa era la primera vez que le sucedía con Maggie.

Ella le puso la mano en el pecho.

El Fantasma no oía las palabras a través de la ventanilla del tren, pero recordaba la conversación.

—Estoy bien —dijo él.

Ella lo estudió en la penumbra de la habitación con los ojos de una artista observadora.

—No tienes que estar siempre bien. —Ella notaba el latido de su corazón—. ¿Has soñado con Dougie?

—No —mintió él—. No recuerdo qué he soñado.

Con el tiempo, las pesadillas cesaron y Wilbur empezó a sentirse más valiente que nunca. Y mediante esa valentía perdió el miedo a entregarse a ella. La distracción de ese nuevo sentimiento parecía que jamás acabaría: la velocidad de su amor giraba con el entusiasmo de ver que la librería iba viento en popa, como si todo formara parte de la misma fuerza ascendente. Ambas cosas le proporcionaban la autoestima que siempre le había faltado sin que una empañara a la otra. No era capaz de bajar por Ecclesall Road ni de pasar por delante del sicomoro, y la herida seguía allí, pero estaba lo bastante ocupado como para no presionarla. Había transformado el amor de ambos en una manta y se había acurrucado debajo. Y así, durante un breve lapso de tiempo, desde 1972 hasta 1974 más o menos, pareció que Wilbur aprendía por fin a vivir.

El jardín del amor

El tren dejó al Fantasma en un *pub*.

El Black Swan.

Un local acogedor con chimenea.

Hombres recién salidos de la fábrica sentados en las mesas, fumando cigarrillos, jugando al dominó y hablando de caballos, de fútbol y del frío.

Entonces se vio a sí mismo.

Hablaba con un hombre de pelo ralo y entrecano, con las patillas pobladas y unos ojos que parecían apuntar en direcciones distintas. Un hombre que tenía pinta de tejón triste. El padre de Maggie, Alfred. Aún llevaba puesto el uniforme verde tras su jornada laboral en Endcliffe Park recogiendo basura y arreglando parterres.

Bebían Guinness y comían cortezas de cerdo. Alfred analizaba a Wilbur, que en ese momento le daba un sorbo a su pinta como si estuviera en un examen. A decir verdad, así fue como Wilbur se sintió durante buena parte de la noche, como si lo evaluaran de manera rigurosa. No porque Alfred le hiciera muchas preguntas. De hecho, no tenía gran cosa que decir. Medía sus palabras como si perdiera dinero al pronunciarlas. Pero el Fantasma estaba allí sin nada que hacer y observó —y recordó— que Wilbur poco a poco se fue ganando la amistad del hombre.

—Maggie tiene mucho talento —dijo Wilbur—. Dibuja fenomenal.

—Me temo que en eso no ha salido a mí —dijo Alfred mientras se metía una corteza de cerdo en la boca.

—¿No tiene usted mucha vena artística? —preguntó Wilbur animadamente. Demasiado animadamente, según pensó él mismo nada más hablar.

El hombre sacudió la cabeza.

—No.

El silencio se abrió camino entre ellos. En la mesa de al lado, un hombre soltó de un golpe una ficha de dominó en señal de victoria. El fantasma pensó en su madre que, en la otra punta de la ciudad, estaría sirviendo pintas en el Queen's Head. Recordó que no había querido quedar allí con el padre de Maggie y que había elegido ese otro *pub*. Señal de que en realidad no se había convertido en un hombre hecho y derecho, pensó el Fantasma. Señal de que seguía bajo la sombra de Dougie y de que aún se avergonzaba, no exactamente de su madre, pero sí de girar en torno a ella.

El Fantasma analizó su rostro vivo mientras le hablaba a Alfred, sin que este le hubiera preguntado, de su trabajo, de las crecientes ventas de libros de arte en la tienda y de la ampliación de la sección de ilustrados. Una conversación animada que enmascaraba una ligera crispación en la boca de Wilbur. El tenso intercambio de miradas con Alfred. La incomodidad consigo mismo. Sí. Todo eso estaba ahí. Incluso en sus años felices. La sensación de no ser suficiente, de no ser capaz de soportar lo que de verdad sucedía en su interior.

—Nunca estuviste bien del todo —dijo el Fantasma para sus adentros—. ¿A que no? Imaginabas que sí, que estabas bien, con Maggie, pero había algo dentro de ti. Un dolor y una carencia.

El Fantasma volvió a comprender que tal vez no había sabido cómo vivir. Siempre pensó que para tener éxito en la vida solo había que seguir girando. Como una semilla de sicomoro al viento. Y que cuanto más rápido giraras, más lejos llegarías. Que, siempre y cuando continuaras ganando velocidad, dejarías atrás la escasez, dejarías atrás el pasado, dejarías atrás las pesadillas. Sin embargo, ahora, al contemplar a su joven yo, veía lo mucho que se había esforzado por evitar lo que la parte más sensible de su corazón sentía en realidad. ¿Tan imposible era dejar de avanzar durante un momento y sentarse, sin más, con su dolor, su vergüenza y su aflicción? Enfrentarse a ellos cara a cara. No habría sido imposible

—por ejemplo— aferrarse a Sheffield y a su vida en común allí. O incluso haber cambiado de lugar, pero no de sentimientos.

—La madre de Maggie —dijo por fin Alfred, después de que el monólogo de Wilbur cesara. Sus palabras llegaron casi como un suspiro—. A ella sí le gustaba el arte y todo eso. A mí no.

Wilbur no supo bien qué decir. Sabía que pisaba terreno delicado.

—Me habría encantado conocerla. Por cómo habla Maggie de ella, sé que era una persona muy especial.

Alfred le lanzó una mirada inquisitiva.

—Sí. Sí que era especial. —Su cara se suavizó con compasión y tristeza—. Maggie me contó que tú perdiste a tu padre y a tu hermano. Lo siento, hijo. Eso es mucho peso para un chaval. Es duro cuando es gente tan cercana.

Wilbur asintió.

—En realidad, no llegué a conocer a mi padre. Murió en la guerra.

Una pausa deliberada. Una rascada de patillas.

—Lo siento, muchacho.

—Y mi hermano era un poco problemático, no le voy a engañar, señor Shaw. Nuestro padre era su héroe y a Dougie le sentó fatal que muriera tan joven.

Hubo otro silencio, aunque esta vez más natural.

—La jardinería —dijo por fin Alfred—. Eso es lo que a mí me ayuda. Cuidar de algo. Aunque sean cosas sencillas.

—Ya.

—Cuidar de cosas, muchacho. Ese es mi consejo. De cualquier cosa que se te ponga por delante.

—Claro. Sí. Buen consejo. Como la tienda. Me lo estoy tomando muy en serio. Tal vez amplíe el negocio. Lo estamos haciendo muy bien. El mes pasado facturamos el doble que en febrero.

El Fantasma puso cara de resignación.

—Ay, Wilbur. Me extraña que no llevaras la cuenta de resultados para enseñársela. Cuánta carencia. Y cuánta torpeza la tuya. No quiere que le demuestres que vas a ser rico. Quiere le demuestres que eres bueno… Quiere que seas una persona de verdad.

Alfred lo escrutó un poco más.

—¿La quieres?

Y Wilbur esta vez pudo contestar con sinceridad.

—Más que a nada en el mundo.

Alfred asintió. Lo creyó.

Se produjo una pausa prolongada. Largas miradas a los vasos. Y a continuación:

—Escucha, Wilbur, muchacho. Creo que Maggie va muy en serio contigo. Y a ella se le da bien ver las cosas, así que algo habrá visto en ti.

El Fantasma percibió la sonrisa del joven Wilbur mientras absorbía la calidez de esa aceptación.

—Eres un buen chico, Wilbur. Pero no des las cosas por sentadas. El amor es un jardín. Tienes que mantenerlo.

—Sí —dijo Wilbur, tratando de aparentar que lo entendía, en vez de entenderlo realmente.

—Tendrías que haberle hecho caso —dijo el Fantasma sin que nadie lo oyera en aquella sala llena de humo, mientras Alfred le ofrecía a Wilbur su última corteza de cerdo.

El paisaje de la vida

El Tren de la Medianoche pasó por delante de los mejores tiempos que Wilbur había vivido.

Wilbur y Maggie en un banco, a las puertas del teatro, aprovechando la pausa del almuerzo para estar juntos… Wilbur trabajando hasta tarde en la trastienda de la librería después de que Charlie se marchara…

Maggie diseñando un anuncio para la tienda. Un remolino de libros en rústica volando por el cielo…

Wilbur y Maggie en la casa nueva de Broomhill pintando las paredes del baño de verde aguacate…

Una cita doble con Claudette y Charlie en la mesa de un bar *cabaret*…

Maggie dando una conferencia en su antigua escuela de Bellas Artes y Wilbur en la última fila apoyándola.

—Tenía tiempo para ella —se dijo el Fantasma al fijarse en su propia sonrisa—. Tenía tiempo para la vida.

La feliz pareja un domingo en la bahía de Robin Hood, mirando el mar y comiendo *fish and chips*…

Maggie subida a una escalera, que Charlie y Wilbur sujetaban, para pintar el letrero de la tienda, ya que, según ella, necesitaba una modernización urgente.

¿Fue siempre consciente de lo mucho que trabajó Maggie en esa primera etapa, a pesar de tener su propio trabajo? El Fantasma se preguntó si alguna vez entendió que el aspecto de la tienda había sido fundamental para su éxito.

Se vio a sí mismo en una joyería. Leslie Thomas, diamantes de primera calidad. Wilbur inclinado sobre una vitrina de cristal mientras elegía un anillo… Y después, con la rodilla hincada en el

suelo pidiéndole matrimonio a Maggie en el mismo banco donde una vez se sentaron de adolescentes. Y desde el tren fantasmal no pudo oírlo, pero recordó cómo sonó: «Sí. Ay, Wilbur, sí…».

Flor

Quería que fuera más despacio. No entonces, sino ahora, al volver la vista atrás. Quería que esos días pasaran como siglos. No, quería que no pasaran. Quería que el tren se detuviera en algún punto de ese trozo de vida para quedarse allí. Quería vivir dentro de un instante de esa vida con ella para siempre, arrancarlo como una flor y guardarlo dentro de un libro, permanecer en esa página hasta el final de los tiempos.

Confeti

Salió del tren para observarse a sí mismo en uno de los escasos momentos de relax en la librería.

Ojeaba una guía de viaje de Venecia en la trastienda y pensaba en su luna de miel cuando Charlie entró con un ejemplar de la revista *Bookseller* en las manos.

El Fantasma recordó que entre sus páginas, junto a un reportaje sobre Graham Greene, aparecía una pequeña entrevista que le habían hecho por teléfono. El artículo explicaba que la Librería Bagdale había cuadruplicado las ventas en un año gracias a Wilbur. Varias decisiones clave —como permitir que la gente se sentara a leer, exponer libros nuevos y radicales, pagar más a los empleados y ofrecerles comisiones, así como el repaso estético de Maggie— habían obrado maravillas.

Charlie arrojó emocionado la revista sobre el escritorio.

—¡Mira, Wilbur! —exclamó con orgullo—. ¡Eres famoso! ¡Eres el Ziggy Stardust de los libros!

El Fantasma miró a Charlie. Aún tenía el pelo largo, pero ahora llevaba camisa de manga corta y corbata. Reparó en su suerte al tener un amigo como él, realmente feliz de verlo triunfar.

Y el tren paró allí mismo, en la trastienda, antes de que al Fantasma le diera tiempo de presenciar su respuesta.

—Esta ha sido una de las paradas más rápidas —afirmó Agnes—. Más rápida que un rayo. Aunque no tanto como la siguiente.

—¿Va a ser así a partir de ahora?

—Ah, no. No siempre. Es solo que, en fin, el Tren de la Medianoche se detiene solo el tiempo imprescindible, y a veces la felicidad tiene menos cosas que enseñarnos…

Así pues, el tren frenó en la que posiblemente fuera su parada más feliz. Una calle llena de casas pareadas de piedra frente a la pequeña capilla de la iglesia de St. Timothy, en las afueras de la ciudad.

Permaneció allí algo así como un minuto, no mucho más que si hubiera visto la escena desde la ventanilla del tren. Pero en el exterior parecía más real. Tal vez por eso había parado el tren. Para que de verdad sintiera la realidad del momento que durante tanto tiempo solo había visto en una fotografía.

Se vio a sí mismo y a Maggie saliendo de la iglesia hacia el sol deslumbrante de agosto. Todos los invitados estaban alineados en el césped junto al caminito. Lanzaban confeti con entusiasmo, sobre todo Charlie y Claudette.

—¡La pareja feliz! —exclamó Claudette con euforia.

—¡Vivan los Budd! —gritó Charlie, algo achispado en previsión de su posterior discurso como padrino en el Queen's Head.

Entonces Claudette añadió, con aire shakespeariano:

—¡Podría compararos a un día de verano!

Maggie se echó a reír, algo avergonzada, pero con los ojos brillantes, mientras vislumbraba a su padre, Alfred, que aplaudía con orgullo. Y Wilbur sonreía a los invitados al tiempo que el fotógrafo —Jim, el propietario del Queen's Head, que tenía el *pub* decorado con sus propias fotos— se agachaba para conseguir un mejor ángulo.

—Menudo día —suspiró el Fantasma con una sonrisa, perdido en el recuerdo, mientras Maggie se daba la vuelta para lanzar el ramo y que Doreen lo atrapara.

—¡Cielos! ¡Lo tengo! ¡Ya solo me falta toparme con Paul Newman!

Más risas. Salvo en los ojos de Doreen.

El Fantasma divisó a su madre, que lo contemplaba todo con una sonrisa. Ese día no habló mucho con ella, recordó; no quería que dijera algo inapropiado, como tantas otras veces. Pero al verla ahora, parecía poco probable que fuera a meter la pata.

—Ay, mamá. Lo siento. Ojalá me hubiera esforzado más…

Y se estremeció al oír el rítmico traqueteo del tren a sus espaldas.

—No —dijo cuando paró allí mismo, sobre la hierba de la iglesia—. No, Agnes, es demasiado pronto. ¿No me puedo quedar?

—No te preocupes —contestó ella—. La siguiente parada es tu luna de miel.

De manera que volvió a montarse en el tren y distinguió algunos destellos rápidos del resto del día. Charlie drogándose en los baños del Queen's Head para calmarse después del discurso… Doreen abrazando a Maggie y llorando en su hombro… Claudette y Charlie bailando como posesos una canción que el Fantasma no oía y que había quedado relegada al olvido mucho tiempo atrás… Su madre hablando con Alfred mientras cortaba una quiche…

El problema era este:

Todo lo que antes iba lento en la vida ahora pasaba rapidísimo. Pero, aunque el tiempo se hubiera acortado, la intensidad había aumentado. De manera que, si vivir la vida normal era como beber agua a sorbitos, experimentarla como un destello desde la ventanilla del tren era como tragarse un whisky tras otro.

Estaba ebrio y destrozado por aquel torbellino borroso.

—Ojalá transcurrieran más despacio —murmuró el Fantasma cuando Agnes reapareció a su lado—. Lo bueno siempre va tan rápido… Y ya mismo llegamos a lo otro.

—No se trata de que sea bueno o malo, viejo amigo. Eso lo sabes perfectamente. Tu memoria te dicta qué es representativo, para que al final del trayecto puedas decir: «Así era yo». En esas partes es donde te paras. Ahí es donde están las estaciones. Juntas establecen el mapa de quién eres.

Y entonces, por supuesto, se vio a sí mismo en el aeropuerto, con la misma ropa que llevaba como Fantasma. Las mismas sandalias, los pantalones de campana, la camisa de manga corta. El pelo descuidado y las patillas largas. Wilbur miraba el panel de salidas a la espera de que apareciera la hora de embarque para Venecia. Maggie, a su lado, llevaba puesto el mono naranja y parecía feliz, entusiasmada, llena de vida. Se cogían de la mano.

Y por fin el tren empezó a ralentizarse.

No se veía nada por la ventanilla.

—Venecia —murmuró Agnes para sí misma—. La ciudad humana, como Patricia Highsmith la denominó en *El talento de Mr. Ripley*. «Las calles eran sus venas y la gente que iba y venía constantemente era la sangre».[2]

—¿Estuviste alguna vez en Venecia? —preguntó el Fantasma.

Ella sacudió la cabeza.

—No, la verdad es que no. Nunca fui. No me gustaba viajar. Quién necesita viajar cuando tienes las novelas de misterio, ¿no? Ahora escúchame, viejo amigo. Aquí, más que en ningún otro sitio, es importante que no hables con tu joven yo. Me dijiste que fue en tu luna de miel cuando te viste. Como ya sabes, que la última vez no pasara nada no significa que siempre sea así. Y si tu pasado cambia, no habrá vida después de la muerte, ni fantasma tuyo, ni eternidad. No remolonees cuando oigas el silbato del tren. ¿Lo has entendido?

«No lo he entendido, no —estuvo a punto de decir—. Lo único que entiendo es que quiero que las versiones vivas mía y de Maggie sean felices».

Pero Wilbur miró a Agnes y se preguntó si necesitaba siquiera responder.

Al final decidió que el silencio era mejor que mentir.

---

[2] Highsmith P. (1981). *El talento de Mr. Ripley.* España: Editorial Anagrama.

Hotel Proserpina

El Tren de la Medianoche acababa de llegar junto al Gran Canal de Venecia.

El Fantasma miró a su alrededor.

Vio góndolas en el agua y turistas y palomas en la tierra.

Un taxi acuático se acercó a la orilla.

A su espalda, había un hotel destartalado con la fachada de terracota. Sobre su puerta, un cartel azul y blanco pintado a mano con una elegante caligrafía anunciaba: «HOTEL PROSERPINA».

Así que ahí estaba él.

El viernes 9 de agosto de 1974.

Volvió la vista hacia el canal. Por supuesto, la pareja que estaba en la parte de atrás del taxi acuático eran Maggie y él. Ese era el día en que más fiel a sí mismo había sido, por eso su aspecto era exacto al que tenía como fantasma. Y ni siquiera su primera experiencia de viaje aéreo había mermado su sonrisa. Su expresión mostraba puro asombro y curiosidad. No era para menos.

Maggie también puso cara de asombro al bajar del taxi acuático con la pesada cámara Pentax colgada del cuello.

Para ambos, era lo más lejos de casa que habían estado jamás. Wilbur ni siquiera había ido a Londres. Llegar a Venecia era como llegar a otro planeta.

—Madre mía, esto es increíble —dijo Maggie.

Wilbur coincidió:

—Es mejor aún que en el folleto.

El Fantasma los siguió mientras pasaban bajo las lámparas de araña del estrecho vestíbulo del Proserpina, por delante de los cuadros antiguos y las estanterías de libros, y se maravillaban ante un jarrón repleto de rosas blancas.

Maggie le lanzó una mirada a Wilbur. La mirada decía: «Me gusta este sitio».

«Ay —pensó el Fantasma mientras se observaba a sí mismo apretándole la mano a Maggie. Un pensamiento que era lo más próximo a un suspiro—. Te echo de menos, Maggie».

Al verlos, la recepcionista se apresuró a salir de detrás del mostrador con una sonrisa entusiasta.

—*Benvenuti! Ciao!* ¡Hola! ¿Son el señor y la señora Budd?

El señor y la señora Budd.

—Eso es —contestó Maggie—. ¡Desde el sábado pasado!

—Ah. ¡Enhorabuena! Me llamo Gabriella. Encantada. ¿Y es la primera vez que vienen a Venecia?

—Sí, la primera vez —dijeron los dos al unísono.

—La primera vez que voy a algún sitio —añadió el Fantasma.

Gabriella sonrió.

—¿Hay alguna cosa especial que quieran hacer? ¿El Palacio Ducal? ¿San Marcos? ¿Una góndola? ¿Museos?

—Ah, sí, todo —dijo Wilbur—. Maggie, mi esposa, ha elaborado un itinerario.

Gabriella miró la cámara con admiración. Maggie le explicó que era un regalo de bodas de su padre.

—Junto con el salero y el pimentero. No te olvides del salero y el pimentero. —Wilbur se dirigió a Gabriella—: De todas maneras, cualquier recomendación nos vendrá bien.

—Sí, de hecho —dijo Maggie—, no tenemos ningún sitio para cenar esta noche. ¿Nos podría recomendar algo?

Gabriella asintió con el interés de alguien comprometido con su trabajo.

—Si, por supuesto. Hay un sitio pequeñito pero adorable que solemos recomendar que se llama La Zucca. Tienen comida muy rica.

—Suena perfecto.

Por entonces, en 1974, Wilbur y Maggie solo habían probado la comida italiana cuando iban al restaurante Mama’s del centro de

Sheffield. Y solo pizza y espaguetis. En lo referente al mundo, aún eran unos novatos.

Era muy extraño el pasado. Lo cercano que resultaba y, al mismo tiempo, lo distante. Lo familiar era exótico y lo exótico era familiar. Y lo más difícil de recordar de lo antiguo era la sensación de novedad.

—Les reservaré una mesa —dijo Gabriella—. Esta noche a las ocho.

Y mientras se acercaban al mostrador para que Gabriella efectuara el registro en el hotel, Wilbur echó un rápido vistazo atrás. Tal vez para mirar de nuevo las flores. O tal vez porque percibió al Fantasma.

Al mismo Fantasma que lo miraba desde detrás, no con nostalgia, sino con una sensación de enfado emergente.

—No te dabas ni cuenta de lo que tenías —dijo.

Pero Wilbur no oyó nada y se volvió de nuevo hacia el mostrador de recepción sin la más mínima vacilación.

Tiempo

Ver aquel derroche de felicidad resultaba doloroso desde el futuro. Pero el Fantasma intentó por todos los medios sentirse agradecido por haber conocido la felicidad.

Era un resplandeciente día de agosto.

Se estaba viendo a sí mismo con Maggie en la terraza del Caffè D'Angelo, frente a un grupo de góndolas atracadas, mientras degustaban el mejor vino que habían probado jamás. A su alrededor se oía un parloteo indistinguible, suavizado y unificado por el sonido de John Denver, que cantaba un tema *country* por la radio de la cafetería.

El fantasma echaba de menos todo lo que veía y oía en ese momento.

Echaba de menos beber, echaba de menos el picor del sol en la piel, la agradable sensación de oír una canción amada.

Maggie se reclinó en la silla. Levantó la cara hacia el sol.

—Esto es vida.

Se observó a sí mismo mientras veía navegar un *vaporetto* lleno de turistas y escuchaba a Maggie, que en ese momento le hablaba del arte veneciano. Ella le dio un codazo y señaló algo en la guía de viaje. Hablaron un poco más antes de que ella retomara su lectura y él dejara de prestar atención a la actividad del Gran Canal para contemplarla. Parecía completamente cautivado.

—¿Por qué no te quedaste así? —preguntó su fantasma. Aunque en realidad sabía la respuesta.

Los oyó charlar. Apenas recordaba la conversación. Hablaron de todo. De la boda. De cuándo le pediría matrimonio Charlie a Claudette. De cuánto se parecía alguien que pasaba por delante de ellos al capitán Hawkeye, de la serie *M*A*S*H*, y cayeron en la

cuenta de que en ese momento la estarían emitiendo en la BBC. Hablaron de otra persona que se parecía a Björn Borg. De que el padre de Maggie tenía problemas de espondilosis. Hablaron el uno del otro. Hablaron de cómo se reclinaba Wilbur en la silla, como un emperador, cuando tomaba un poco de vino y de que Maggie analizaba a todo el mundo como una detective. Se rieron, hablaron de todo y de nada. La conversación fluía con total naturalidad bajo el sol. Se fijaban el uno en el otro con la devoción de dos astrónomos que cartografían nuevos planetas. Estaba claro, para cualquiera que los viera, que estaban felizmente enamorados. A Maggie y a Wilbur les parecía que ese amor era indestructible, que estaba tan bien arraigado y tan extendido a su alrededor como un foso contra los ejércitos del tiempo.

Cuando se terminaron el vino, se levantaron y pasearon agarrados de la mano. Eran más viejos que nunca y se sentían más jóvenes que siempre.

Sin duda, tenían alma de niños.

Maggie se puso a cantar, bajito y con una seriedad fingida, la canción *Bridge Over Troubled Water*. El Fantasma sintió que la niebla se disipaba. Empezó a recordar detalles del día en que murió. Sentado al piano, había tocado la primera parte de esa melodía. Primero con su profesora, luego él solo. Volvió a tener esa sensación. La música como un hilo de tiempo que cose momentos a lo largo de las décadas.

El Fantasma intentó recordar qué le pasaba a Wilbur en ese instante de su luna de miel.

Por fin, le vino a la cabeza.

¡Claro! Maggie quería ir a la iglesia de San Giovanni Elemosinario, donde estaba el retablo de Tiziano. La iglesia se encontraba justo al otro lado del puente y el plan era visitarla, volver luego al hotel y prepararse para la cena.

El Fantasma los siguió.

Había mucha gente.

Se cruzaron con varias parejas italianas elegantes. Camisas abiertas y vestidos glamurosos. Un músico callejero que tocaba el acordeón. Un anciano norteamericano que fumaba en pipa y hablaba de *jazz* con su compañero.

Se apartaron de la calle principal y caminaron por uno de los canales más pequeños.

—Es tan distinto… ¿Verdad? —observó Maggie.

Levantó la vista y miró a su alrededor, para absorber los colores. Terracota y rosa, una pizca de amarillo, las contraventanas azules, todo parecía bañado en miel bajo la luz del sol.

—¿Tan distinto de qué?

—De todo lo que conocemos.

La cima de la vida

El Fantasma los oyó hablar de *bellinis*.

Se plantearon visitar en algún momento del viaje el local donde habían inventado dichos cócteles: el Harry's Bar.

—No sé si voy lo bastante elegante —dijo Wilbur mientras se miraba las sandalias y los pantalones de campana.

—A lo mejor deberíamos probar algo un poquito más ordinario.

—No sé si en Venecia habrá algo ordinario. Todo esto es un *bellini* en sí mismo, un gran melocotón espumoso.

—Es como el libro que me regalaste de aquel autor italiano…

—*¿Las ciudades invisibles?*

Maggie asintió.

Habían traducido *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, ese mismo año al inglés. Resultaba un libro difícil de vender, debido a que no tenía historia ni apenas personajes, ni casi nada de lo que uno espera encontrar en una novela. Sin embargo, era uno de los libros favoritos de Wilbur.

—Sí —dijo Maggie—. Cuando lo leí, pensé: «Si está escribiendo sobre Venecia, ¿por qué no escribe sobre Venecia? ¿Por qué escribe todas esas figuraciones de Venecia?». Pero es que esto es así, ¿verdad? Como un centenar de sueños en uno.

Wilbur la miró.

Con ojos llenos de amor puro y sin distracciones.

El Fantasma supo que esa era la cima de la montaña de su vida. La mayor felicidad que había sentido jamás. Simplemente mientras paseaba junto al canal y miraba a la mujer a quien adoraba.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

La sonrisa de Wilbur pareció captar y agradecer ese momento como si contuviera un sabor que deseaba paladear.

—Mi madre siempre quiso venir a Venecia con mi padre —dijo Maggie al cabo de un momento—. Desde que vio esa película donde aparece Katharine Hepburn. Nunca viajó al extranjero. En toda su vida lo más lejos que estuvo fue en Blackpool.

—Bueno, pues el año que viene tendremos que volver y traer a tu padre. Ahora tenemos dinero.

—No tanto, después de la boda.

—Bueno, pero para entonces lo tendremos.

—Él no es tan romántico. Pero quizá…, bueno, sí. Le gustaría. Quizá.

—¡Eso no va a pasar jamás! —dijo el Fantasma, sin que nadie lo oyera, por detrás de ellos—. Crees que sí, pero no. Porque… ¿Cómo es eso que dicen? «La vida se interpone».

Wilbur detuvo a Maggie para besarla cuando estaban a punto de subir los escalones del puente de Rialto.

—Nos podríamos mudar aquí —dijo él. Luego, unos minutos más tarde, al pasar por delante de un puesto de libros que había en el puente, añadió—: Podría vender la tienda.

Bromeaba. Aun así, el Fantasma se dio cuenta de que por entonces tenía una pizca de espontaneidad. De entusiasmo, de esperanza y de ganas de convertir el amor de ambos en una aventura. Por entonces estaba abierto a todo. Por entonces —incluso después de toda la tristeza atravesada— aún quería sentir. Al menos en parte.

Era obvio que su boda y su luna de miel habían llegado en un momento interesante de la vida. Sí, había trabajado con ahínco. Se había entregado a todas las oportunidades del negocio. Había hablado con todos los clientes y los representantes de ventas como si fueran las personas más importantes del mundo. Él mismo había colocado las novedades semanales en las estanterías antes de que la tienda abriera. Se había surtido de los libros que sus clientes necesitaban, aunque todavía no lo supieran, y que luego siempre

disfrutaban. Una decisión lo había guiado hacia donde estaba ahora: colocarse al frente de una floreciente Librería Bagdale que un día se convertiría en una próspera cadena de librerías con el nombre de Libros Budd.

Pero eso era el futuro, solo uno de muchos. En ese momento no había nada escrito en piedra. Sí, claro, a la vuelta del viaje tenía una cita en el Yorkshire Bank. Y sí, en esa reunión recibiría una oferta del director, un tipo regordete llamado Geoffrey Baxter. El préstamo que necesitaba para montar una segunda tienda sería una realidad si así lo quería.

Wilbur estaba ahora entre dos aguas, pero le gustaba esa sensación. La sensación de tener posibilidades abiertas. Y en ese momento, con el suficiente vino encima y con Venecia en su interior para sentirse lo bastante bohemio, lo atraía la idea de una vida más aventurera.

—¿A qué nos dedicaríamos? —preguntó Maggie, entregada a la fantasía.

—Tú podrías ser artista… o hacer de guía turística.

—Y tú podrías instalar un puestecito como ese del puente.

Fue entonces cuando Wilbur oyó el susurro. Algo cerca de su oído. Un aliento frío.

«Tienes que quedarte con esto».

El susurro hizo que Wilbur se sacudiera la oreja con la mano.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó Maggie.

—Ah, sí. Sería un mosquito.

El Fantasma siguió hablando mientras caminaban, haciendo caso omiso de la advertencia de Agnes.

—Tienes que quedarte con esta sensación, Wilbur. ¿Me oyes? Porque poco después de que vuelvas a casa, todo se va a ir a la mierda. Volverás a tener miedo. De la escasez, pese a que ahora posees un negocio boyante. De tus pesadillas, que regresarán. De querer a Maggie con todo tu corazón. Pero necesitas hacerlo. Porque ella es lo mejor que te pasará jamás…

El Fantasma ahora andaba por delante de ellos. Se detuvo frente a una tiendecita del puente que vendía esculturas de cristal.

Sabía que ese era el lugar exacto. Sabía que ahí era donde lo había visto o, mejor dicho, donde se había visto.

El Fantasma se quedó allí, observando a Wilbur. Sin decir nada. Solo observando.

Y, por supuesto, sucedió.

Wilbur vio a su fantasma, que llevaba exactamente la misma ropa que él, con el mismo pelo y las mismas patillas. El Fantasma le sonrió y saludó con la mano. Y Wilbur, estupefacto, también lo miró a él.

Fue entonces cuando el Fantasma oyó el conocido silbato y el traqueteo del Tren de la Medianoche. Se dio la vuelta y vio que se paraba y lo esperaba al otro lado del puente, junto al Gran Canal.

Agnes se asomó desde el primer vagón con cara de preocupación.

—Vamos, viejo amigo. No hay tiempo para remolonear.

Pero el Fantasma permaneció allí y se dio cuenta de algo: no iba a hacerle caso a Agnes. No iba a montarse en el tren. De hecho, tenía algo parecido a un plan.

El puente de Rialto y la función de onda cuántica

El Fantasma retrocedió por donde había venido.

Agnes, no obstante, lo siguió.

—No puedes hacer esto, viejo amigo.

—No voy a montarme en el tren. No puedes obligarme a subir. Todo lo que pasó en mi vida después de este momento fue un error. Después de este día. Esto fue lo más cerca que estuve jamás del Cielo. Así que es aquí donde quiero pasar la eternidad.

En ese momento, el Fantasma adelantó a Wilbur y a Maggie, que cruzaban el pórtico central del puente justo antes de bajar hacia la iglesia que querían visitar. Maggie, a mitad de camino, inclinó la cabeza y la apoyó un instante sobre el hombro de su flamante marido. Le lanzó una rápida mirada de preocupación.

—Parece que te ha dado un vahído —observó Maggie—. Como si hubieras visto un fantasma.

—Quizá lo haya visto.

El pasado no era inmutable. La vida no era inmutable. Ni tampoco la muerte, pensó el Fantasma. Él podía cambiar cosas.

La muerte estaba más allá del tiempo, de modo que el pasado que una vez quedó inalterado también podía alterarse.

Nunca se le dio bien la física, y menos la física cuántica, pero la muerte lo estaba ayudando a entenderla. Ahora veía la realidad de las cosas de un modo diverso. Comprendía lo que Charlie le dijo cuando estaba colocado con LSD: que la vida era una especie de moneda que giraba en el aire.

La muerte podía cambiarla y no cambiarla al mismo tiempo.

La función de onda cuántica significaba que todo era eterna e infinitamente variable. La muerte hacía que las cosas se tambalearan un poco. Hacía que las diferentes posibilidades se acumularan unas

encima de otras. La señorita Graham había intentado explicárselo. A veces tienes que romper las reglas para vivir.

Agnes acababa de alcanzarlo. Lo escudriñó con los ojos muy abiertos bajo su sombrerito *cloche*.

—Ay, cariño, viejo amigo. Escucha. Estás en el final de tu vida y en el principio de tu muerte. La vida te pasa por delante de los ojos. Te detienes donde debes detenerte. En escenas que, en conjunto, ofrecen una representación completa de tu vida. Pero entonces, cuando llega el momento, te subes al Tren de la Medianoche y continúas el camino. No te quedas ahí. Porque, como te dije, no puedes estar presente cuando tu yo vivo se quede dormido. Te montas en el tren y esperas a que llegue la eternidad.

—¿Qué pasa?

Agnes pareció confundida, de manera que Wilbur se explicó:

—Me refiero a qué pasa si estoy allí y él se duerme.

—El tren viene también a por él. En potencia…, las cosas son imprevisibles…

—¿Se convierte en fantasma?

Agnes no quería responder, pero tenía que hacerlo. Mentir iba en contra de sus principios.

—No. En un sentido convencional, no. Él estaría ahí, pero a través de sus sueños, no mediante la muerte. De manera que, aunque al final del viaje tú podrías desaparecer en la nada, él… —vaciló, a sabiendas de que aquello parecía un incentivo—, él podría despertarse sin más. Igual que se despierta alguien que sueña. Todo esto en potencia… Aunque en realidad, viejo amigo, no queda del todo claro. La verdad es que no sé a ciencia cierta qué pasaría. Esto que te digo es probable, pero no seguro.

—Y el sueño que ve entonces es su futuro, ¿no?

Ella asintió a regañadientes.

El Fantasma sonrió. Estaba tan nervioso que casi se sentía vivo.

Agnes sacudió la cabeza.

—Exacto. ¿Y cómo puede vivir una persona si sabe su futuro?

—Mira, yo tenía un amigo, Charlie.

—Conozco a Charlie, viejo amigo.

—Bueno, pues Charlie, cuando estaba colocado, siempre hablaba del tiempo. De que en realidad el pasado no existe nunca. De que siempre permite la posibilidad del cambio. Como un libro que no dejas de corregir. Él sabía mucho de física cuántica. La función de onda. La realidad siempre era modificable, incluso cuando sentías que ya la habías vivido. El pasado y el futuro podrían interferir entre sí.

Agnes suspiró.

—Sé cómo funciona. Como te dije, me concedieron el conocimiento del universo cuando elegí ayudarte.

—Es que creo que eso es lo que está pasando. Creo que estoy operando un cambio. Pero, para que de verdad funcione…, necesito quedarme hasta que se duerma. Necesito guiarlo hasta el tren y explicarle lo que he aprendido al morir. Y que el tren le muestre el futuro.

—Todo es muy imprevisible, viejo amigo. Vas a tirar por la borda tu eternidad y nunca sabrás si ese sacrificio mereció la pena. Yo en tu lugar no me la jugaría.

El Fantasma volvió la vista atrás para mirar entre la multitud, pero no vio a Maggie ni se vio a sí mismo. No quería acercarse al tren. Notaba que tanto el tren como Agnes ejercían menos poder sobre él a medida que se alejaba de su magnetismo espectral.

Por fin divisó a Wilbur y a Maggie, que desaparecían al doblar una esquina de camino a la iglesia.

—Mira, Agnes, no voy a volver a ese tren.

Una pareja que caminaba mirando un mapa gigante atravesó al fantasma de Wilbur.

—¿Cómo puede tener sentido la vida si se conoce el futuro? —preguntó Agnes. Ella conocía la respuesta, porque lo sabía todo, pero la librera que llevaba dentro necesitaba asegurarse de que él elegía bien.

—Es que de eso se trata, de que ya no sería la misma vida. Es el efecto del observador. Otra cosa de la que Charlie me habló. En

el momento en que presencias algo, eso que estás observando cambia…

—Ay, Dios mío…

—Por eso, si el futuro es conocido, se convierte en conocimiento, y entonces las cosas cambian.

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío —repitió Agnes, sacudiendo la cabeza—. Ya te he explicado las reglas. Ya te he hablado de su importancia. No es tan difícil: te montas en el tren, no interfieres y no te ves a ti mismo dormido. Una, dos y tres. No hay más.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero esas reglas dependen de una cosa: de que yo prefiera existir para siempre en la eternidad en lugar de darme a mí mismo una oportunidad en la vida. Y es imposible saber todo lo que tienes por delante porque, en cuanto lo sabes, cambia. Él, o sea, yo, Wilbur, no viviría sabiendo todo lo que va a suceder. Porque en el momento en que sabes lo que viene a continuación, lo detienes. Es como lo que dijiste cuando Wilbur y Maggie estaban en el cementerio. Cuando el tren estuvo a punto de descarrilar. Su vida tomaría una dirección completamente distinta si él lo supiera todo. De manera que al poco tiempo ya no sabría nada de su futuro. Mi pasado dejaría de ser su futuro.

Agnes lo miró con ojos sagaces e inquisitivos.

—Exacto. —En ese momento la atravesó un señor que llevaba un ejemplar del *Corriere della Sera* doblado debajo del brazo con el rostro preocupado de Richard Nixon en primera plana—. Y tú ya no estarás.

Wilbur echó a correr hacia el Hotel Proserpina.

—¡No se sabe si sobrevivirá a todo esto! —gritó Agnes por detrás—. No se sabe si se despertará. ¡No se sabe nada!

Wilbur siguió corriendo entre la gente mientras trataba de ignorar a Agnes, que gritaba desde el puente.

—¡Estás loco, viejo amigo! ¡Estás poniendo a tu joven yo en una situación de imprevisibilidad extrema! ¡Que lo sepas!

«Como la vida —pensó él—. Como la vida».

Tiziano

A Maggie siempre le había encantado el arte. Siempre se inspiraba en los grandes artistas vivos, pero sentía una especial debilidad por el Renacimiento. A los trece años encontró en la biblioteca un libro titulado *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos*.

Con ese libro se enteró de que Leonardo da Vinci había diseñado paracaídas y trajes de buzo, de que Miguel Ángel jamás se bañó y de que Caravaggio mató a un hombre por un partido de tenis. En sus páginas aparecía una reproducción del cuadro *Baco y Ariadna*, de Tiziano, cuyos colores y composición la fascinaron hasta el punto de cortarle la respiración y ponerle la piel de gallina. Su padre le había dicho que el arte era para señoritos, pero a ella le gustaba lo que sentía al mirar las obras de arte y siempre quería más. Más de esa sensación.

—Estar de pie delante de los cuadros antiguos me calma —le explicaba ahora a Wilbur, ya a punto de entrar en la iglesia medieval—. Por eso iba con tanta frecuencia a la National Gallery cuando estaba en Londres y me sentía mal. Es lo más parecido a un viaje en el tiempo.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, estás frente a un Leonardo de, no sé, pongamos 1498, y el cuadro es igual que entonces, ahí radica su poder. Sus emociones y sus sentimientos siguen frescos, no se han apagado. Es 1498 delante de tus narices. El mundo envejece alrededor del arte, pero el arte sigue tan poderoso y tan vivo como siempre… No sé si tiene sentido lo que digo…

El Fantasma estaba justo detrás de ellos cuando entraron en la iglesia. Encontraron el cuadro de San Giovanni y lo contemplaron.

—Es un poquito escalofriante —dijo Wilbur.

Maggie levantó una ceja.

—¿Qué tiene de escalofriante?

—Es un cuadro oscuro, está en una iglesia vacía y tenebrosa y lo pintó un señor que murió hace cuatrocientos años.

—De peste.

—¿Qué?

—Tiziano. El pobrecillo murió de peste. Y su hijo murió después.

—Peor me lo pones.

—Había mucha peste en esa época. En Venecia.

Ella sonrió, reconfortada por la fascinación.

Wilbur se apartó del hombre calvo y santo del cuadro. Miró a su alrededor, como si hubiera alguien más, pero no vio a nadie. Pensó en la alucinación que había sufrido un rato antes por culpa del calor en el puente de Rialto. El *doppelgänger*. El susurro en su oído. El sonido de un tren.

Había leído los relatos de Daphne du Maurier y de Thomas Mann ambientados en Venecia y sabía que era una ciudad capaz de conjurar la oscuridad. Una ciudad de laberintos.

Sí, se dijo, tienen que haber sido alucinaciones. Pero en cualquier caso, al *doppelgänger* ya lo conocía de antes, ahora que lo pensaba. Recordó haberlo visto durante el viaje de ácido con Charlie en su apartamento. Recordó haber oído voces también entonces. No en Venecia, sino en Sheffield. Y, hasta donde él sabía, Daphne du Maurier nunca había escrito un relato ambientado en Sheffield.

Miró su reloj.

—Mags, creo que deberíamos volver al hotel…

—Vale, amor. ¿Estás bien?

—Es mejor no tener que correr luego para ir a cenar.

—Claro. Tienes razón.

Se sentía mal por apartarla de su pintor favorito, pero al mismo tiempo quería salir de la iglesia y que le diera la luz porque cada vez se encontraba peor.

De manera que los recién casados salieron de la iglesia y el Fantasma los siguió. Recorrieron un camino diferente para volver al hotel, a través del laberinto de calles, puentecitos y callejones aún más estrechos.

Maggie leyó en voz alta el nombre de una calle escrito en una placa.

—Calle… dei… Stagneri… o de la Fava.

—Menudo nombre largo.

—Para una calle tan estrecha.

Se cogieron de la mano.

El Fantasma los observaba desde detrás. Cuánto echaba de menos aquello. Poder cogerle la mano. Por aquel entonces apenas se paraba a pensarlo.

Llegaron a una pequeña librería con una mesa llena de libros de bolsillo en italiano que casi bloqueaba el paso. Un joven, más o menos de su edad, estaba dentro de la tienda, tras el mostrador de caja, y leía con despreocupación una revista.

Wilbur chascó la lengua al pasar por delante.

—Poco negocio va a conseguir haciendo el vago de esa manera, ¿no te parece?

—A lo mejor no quiere hacer negocio.

Continuaron en silencio hasta que Wilbur se detuvo, con bastante teatralidad, para anunciar algo.

—Voy a hacerlo.

Maggie lo miró con curiosidad.

—¿Hacer qué?

—Voy a aceptar el préstamo que me ha ofrecido Geoffrey Baxter.

—¿Quién es Geoffrey Baxter?

—El director del Yorkshire Bank. He quedado con él el martes de la semana que viene. Es un buen tipo. Tiene cabeza. Voy a aceptar el préstamo. Para la segunda tienda. Me ha ofrecido mucho dinero. Voy a aceptarlo, Maggie. En cuanto volvamos, lo llamo y le digo que sí.

Sonrió de oreja a oreja. Era una sonrisa auténtica con un deje de incertidumbre.

Durante unos instantes, el rostro de Maggie permaneció impasible.

—Es un proyecto ambicioso.

—Es una gran oportunidad. De las que solo se dan una vez en la vida, en realidad.

—Sí, lo es. Lo es. —Ella parecía repetirlo para creérselo—. Si es lo que de verdad quieres hacer…

Él percibió su preocupación.

—¿Qué pasa?

—A ver, hace un momento hablabas de mudarnos a Venecia.

—Era broma, Maggie. Castillos en el aire.

—Ya lo sé. Ya lo sé, amor. Es solo que… no me gustaría que eso interfiriera entre nosotros.

—No va a interferir.

El Fantasma suspiró.

—Eres un idiota y un mentiroso, Wilbur.

—En todo caso —continuó Wilbur—, será lo contrario. Ahora mismo trabajo muchas horas en la librería. Si acepto esta oferta, tendremos recursos financieros.

—Recursos financieros —repitió el Fantasma—. Qué frase tan romántica para una luna de miel.

Wilbur miró a su alrededor como si hubiera oído esa burla. Luego se volvió de nuevo hacia Maggie.

—Tendremos la posibilidad de crecer, de contratar más personal… Será una operación que beneficiará a las dos tiendas… Estableceremos un patrón y las tiendas funcionarán solas… Con los mismos principios… Libros para todos… Sección infantil… Más ficción que ensayo… Paredes blancas y grandes lámparas… Asientos para que la gente se siente a leer… Puedo darles instrucciones detalladas a los gerentes… Y al final yo acabaré trabajando menos…

El Fantasma se quedó desconcertado durante un rato. «¿De verdad creía eso?».

—Mira, Maggie, la mayor parte de mi vida he sido pobre. Me pasé toda la infancia siendo pobre. Tenía agujeros en los zapatos, pasaba hambre y veía a mi madre contar moneditas en la mesa de la cocina para pagarle el alquiler al señor Parkin. Si me meto en esto, nunca tendremos que preocuparnos de eso.

El Fantasma estaba desesperado.

—Por Dios, Wilbur. Diriges la librería más próspera del país. Estás pagando una casa propia. Ya no hay nada parecido a un señor Parkin.

Wilbur miró hacia donde se encontraba el Fantasma y entrecerró un poco los ojos. ¿Lo había oído? Era difícil saberlo.

—Bueno —dijo Maggie con un tono dubitativo que Wilbur prefirió no captar—, si crees que es lo correcto, tienes que hacerlo.

Volvieron al hotel para prepararse. Por detrás de ellos había un fantasma y, por delante, un futuro a punto de cambiar.

La canción que ella tarareaba

Maggie se estaba bañando. Disponían de media hora antes de salir hacia el restaurante. Wilbur no se había cambiado de ropa. Estaba tumbado en la cama, con las sandalias puestas, con los mismos pantalones de campana y la misma camisa que el Fantasma. De repente se sintió muy cansado. Tenía los ojos secos del avión y notaba los efectos del vino que habían tomado antes.

Agarró la guía de viaje. *The Companion Guide to Venice*.

La sección de clubes de *jazz*. Había muy pocos, pero eran sitios populares donde la gente se reunía, y uno de ellos estaba cerca del restaurante al que iban esa noche.

A Maggie le gustaba el *jazz* más que a él, por eso pensó que la sorprendería si la llevaba allí más tarde, después de la cena. Y luego, de vuelta al hotel, pasarían por la plaza de San Marcos.

Oyó que Maggie tarareaba en la bañera. Somnoliento, trató de identificar la canción, mientras sonreía para sí mismo sin pensar ya en el *doppelgänger* fantasmal que había visto un rato antes. El mismo que ahora lo observaba mientras se quedaba dormido vestido sobre la cama.

El hermano de la muerte

Un millar de escritores han observado, más de un millar de veces, que la muerte y el sueño están íntimamente relacionados. «Morir, dormir; dormir, tal vez soñar» fue como lo describió Shakespeare. Pero la frase en la que estaba pensando el Fantasma pertenecía a la novela que lo encontró cuando más falta le hacía, *Las uvas de la ira*: «La muerte era una amiga y el sueño era el hermano de la muerte».[3]

Y así era como se sentía en ese momento. Como un hermano para sí mismo.

Se sentía como su propio protector. Y era una sensación reconfortante, dado que había perdido al hermano mayor que lo protegía. Pero ahora era consciente de lo que estaba haciendo: se estaba protegiendo a sí mismo. Sacrificaba un yo para salvar al otro.

Porque el sueño era donde el mundo de los fantasmas y el de los vivos se encontraban.

A decir verdad, él no era diferente al Wilbur que yacía dormido sobre la cama. Él era Wilbur, siempre había sido Wilbur.

Se preguntó qué pasaría cuando Wilbur se durmiera. Y siguió imaginando hasta que fue demasiado tarde para parar.

---

[3] Steinbeck, J. (2019). *Las uvas de la ira*. España: Alianza.

El Soñador

Lo que pasó es que las cosas empezaron a desaparecer a su alrededor y que lo hicieron con bastante rapidez. El armario, la lámpara de la mesilla de noche, la propia mesilla de noche. Luego, la alfombra, las paredes, la puerta, la maleta abierta, la ropa, la ventana, las vistas, la cámara, la cama. La oscuridad lo sustituyó todo. Todo excepto al propio Wilbur. Él seguía tumbado, justo delante del Fantasma, flotando en el espacio.

Pensó en lo que Agnes había dicho: «No se sabe nada».

Y entonces las cosas cambiaron de verdad.

Poco a poco, el mundo que los rodeaba empezó a configurarse de nuevo. En vez de un papel de pared de rayas, ahora había un largo muro de ladrillo rojo. En vez de alfombra, había asfalto. En vez de estar en una cama, el Wilbur durmiente se encontraba tumbado en un banco.

—Así que aquí volvemos —susurró su fantasma con indecisión, al tiempo que se preguntaba qué pasaría a continuación. Divisó el cartel que vio la primera vez, ese que decía «WILBUR».

El Wilbur soñador abrió los ojos. Miró a su fantasma.

—Tú —dijo. No estaba asustado. Aceptaba las cosas como nunca las habría aceptado si hubiera estado despierto.

—Yo —dijo el Fantasma, mirando a su alrededor con nerviosismo mientras se preguntaba cuándo llegaría el tren.

—¿Estoy soñando?

Era una pregunta difícil de contestar, sobre todo cuando el Fantasma estaba preocupado por lo que acababa de hacer. Decidió decir lo que creyó que era la verdad. La respuesta en sí misma era una moneda que giraba.

—Más o menos. Sigues siendo Wilbur Budd. Sigues dormido en la cama del hotel de Venecia. Pero quiero enseñarte algo. O al menos voy a intentarlo. Si viene el tren.

Wilbur no parecía escucharlo. Se sentó.

—Eres exactamente igual que yo. Incluso en la ropa.

—Sí —respondió mientras bajaba la vista hacia las vías que se perdían en el oscuro vacío que se extendía frente a él—. He vivido tu vida entera y ahora soy tu fantasma. O, técnicamente, el fantasma de Wilbur.

—¿El fantasma de Wilbur?

El Fantasma examinó el entorno. La estación parecía bastante sólida y previsible. Entonces, cuando volvió a mirar a su compañero idéntico, se le ocurrió una idea.

—Si yo soy el Fantasma, ¿podemos llamarte a ti el Soñador?

—Hum, vale. Pero lo importante ahora… ¿Dónde estoy? ¿Dónde está Maggie? ¿Qué puñetas está pasando? Esto se parece a la estación de tren de Sheffield.

—Pero no lo es. Mira el cartel. Esta estación es para ti.

—¿Yo también estoy muerto?

—No. Estás dormido.

El Soñador empezó a oír algo. Un ruido.

—¿Qué narices es eso?

El resoplido corriente de un motor. Pero entonces se produjo un chirrido y un traqueteo. Tan fuerte que le dolían los oídos. Y todos los demás sonidos —el silbido y el bramido del vapor, el silbato agudo— parecieron también más fuertes. Era como si todo el tren estuviera fuera de control, como si pudiera desintegrarse en cualquier momento.

—Levántate, Soñador. Tenemos que coger un tren. Y no creo que vaya a parar.

—¿Qué? ¿Cómo vamos a subir a un tren en movimiento?

—No lo sé. Pero habrá que hacerlo.

El Soñador se levantó al tiempo que el Fantasma divisaba la parte delantera de la locomotora. El tren llegó, tambaleante por las vías,

erguido a duras penas, y continuó a gran velocidad incluso después de alcanzar el andén. El Fantasma vio que Agnes se asomaba desde el primer vagón.

—¿Qué pasa? —le gritó a Agnes.

—¡Lo imprevisible! —chilló ella mientras pasaba por delante—. ¡Te lo dije! ¡Rápido! Tenéis que subir al tren u os quedaréis ahí plantados…

No oyó lo que dijo después, pues se encontraba ya demasiado lejos y las ruedas metálicas rechinaban con fuerza contra las vías.

El Wilbur de 1974 —el Soñador— se quedó mirando el expreso de pasajeros de tres cilindros azul y negro con un asombro estático.

—Es como el que tenía de pequeño —dijo con una voz apenas audible por encima de aquel estruendo.

Pero el Fantasma ya había echado a correr y tiraba de él.

—El Duque de Gloucester —añadió el Soñador mientras recordaba el tren que Dougie le dio de niño.

—¡Rápido! —gritó el Fantasma—. Salta al primer escalón y agárrate al pasamanos.

Ambos aceleraron. El Fantasma saltó primero. Alcanzó el escalón. Se agarró con una mano, le tendió la otra al Soñador y tiró de su peso, equivalente al suyo propio, hasta que consiguió subirlo. Abrir la puerta metálica supuso un nuevo esfuerzo, pero entre los dos lo lograron y entraron por fin. El Fantasma sintió alivio al ver que el tren tenía el mismo aspecto de siempre.

—No es el Duque de Gloucester —le dijo al Soñador—. Es el Tren de la Medianoche.

Agnes apareció por la puerta del fondo del vagón mientras el tren empezaba a estabilizarse.

—Bueno, me da a mí que sois dos tíos con suerte. Antes el tren casi no ha soportado tanta imprevisibilidad, pero ahora que estáis a bordo y que la transición ha terminado, parece que las cosas podrían suavizarse.

—Eso está bien —dijo el Fantasma—. Significa que cuando el viaje acabe, es probable que te despiertes.

El Soñador no lo escuchaba. Estaba asimilando la presencia de Agnes, esa mujer joven pero anticuada, vestida con su falda larga de tubo, su blusa de estilo clásico y su sombrerito *cloche* que estaba a medio recomponerse después de un trayecto ajetreado. El Fantasma se preguntó si el Soñador ataría cabos.

—La conozco… Esos ojos… Un momento… ¿Señora Bagdale? ¡La adorable señora Bagdale!

—La señora doña Agnes Deborah Amaryllis Bagdale a tu servicio —dijo ella con cierta reticencia—. O el fantasma de dicha señora. Entonces estaba muy distinta, claro. —Lo miró con empatía e hizo un gesto para que los dos Wilbur se sentaran.

—¡Sí!

—Mira, viejo amigo, o joven amigo, o comoquiera que deba llamarte —le dijo Agnes al Soñador—. Me gustaría que supieras que absolutamente nada de esto ha sido idea mía, ni siquiera me parece aconsejable. Y aunque espero que te despiertes al final, no puedo prometértelo. Pero allá vamos…

—No pasa nada. —El Soñador sonrió—. No se preocupe. Es un sueño. Estoy soñando. Estoy dormido en una cama del Hotel Proserpina de Venecia.

Agnes ladeó la cabeza.

—El cincuenta por ciento de lo que dices es correcto. Estás soñando, pero lo que vas a ver no es un sueño. Es tu futuro.

—Intenté explicárselo —dijo el Fantasma.

Agnes levantó las cejas.

—Pues igual tienes que explicárselo un poquito mejor.

El Fantasma trató de pensar en cómo resultar más convincente. Se volvió hacia su yo durmiente.

—Piensa en las veces que te has sentido observado… Como aquella vez en el cine, cuando salías con Alice y notaste un escalofrío repentino… Era yo, que estaba a tu lado. Y acuérdate de hoy, en Venecia, en el puente de Rialto, cuando te susurré al oído y tú te sacudiste como si hubiera un mosquito, y luego me viste…, me viste en el puente…, vestido igual que ahora, vestido igual que tú…

Fue entonces cuando le asaltó la duda, cuando el Soñador entendió que aquel sueño no era solo eso.

—Yo… Eso solo era un…

—Y en el cementerio. Cuando besaste a Maggie, hace años. Al oír mi voz pensaste que te estabas volviendo loco.

El Soñador infló las mejillas y expulsó el aire despacio.

—Eso es —aclaró Agnes—. Ya se lo cree. Bueno, supongo que esto es lo que el tren estaba esperando. —Y señaló por la ventanilla mientras Venecia aparecía al otro lado por arte de magia—. Muy bien, parece que el espectáculo vuelve a encarrilarse.

Espejismo

Permanecieron en el asiento alargado de terciopelo verde mientras el tren avanzaba un poco a trompicones, cosa que a partir de entonces sucedería de vez en cuando.

—No estaremos fuera de peligro del todo hasta que esto acabe —dijo Agnes con un ápice de rencor hacia el Fantasma—. Porque este tren estaba hecho para un solo Wilbur. Te pediría que no interfirieras más, a ver si conseguimos salir de esta.

El Fantasma asintió, avergonzado.

La Venecia que se veía desde la ventanilla, como todo lo que había pasado al otro lado de los cristales del tren, era un paisaje de la mente y del recuerdo. Un *collage* psicológico. De manera que el restaurante donde estaban cenando esa noche —La Zucca— se encontraba justo al lado de la plaza de San Marcos, que a su vez estaba justo al lado del comedor del hotel.

—Somos Maggie y yo —dijo el Soñador, lleno de confusión—. Estamos en dos sitios a la vez: en el restaurante y en el hotel.

Observó el restaurante, un sitio pequeño y encantador, situado en un edificio de piedra caliza que hacía esquina entre un callejón y un canal.

—Mira —dijo el Fantasma—. Mira y recuerda bien lo que Maggie está comiendo. Los *bigoli in salsa*. Son como unos espaguetis muy gordos. Fíjate en lo que lleva puesto: el vestido largo azul… ¿Y lo ves? Allí, en la mesa de al lado, hay un señor calvo con una mancha de nacimiento en la cabeza…

Su compañero durmiente estaba confuso.

—¿Qué?

—Confía en mí —dijo el Fantasma—. Por si te despiertas.

En nada de tiempo, Venecia pasó. Ya estaban de vuelta en Sheffield. El Fantasma vio que su otro yo absorbía las imágenes y miraba fijamente su futuro.

—Esto va rapidísimo —dijo el Soñador, fascinado.

—Es lo que tiene la vida cuando no somos muy cuidadosos.

El Fantasma suspiró. Ahí estaba el quid de la cuestión. Había utilizado el trabajo para acelerar su existencia, para suavizar los bordes dentados de la vida y convertirlos en un contorno borroso.

Y eso era algo que se le daba bien. Le daba sentido a él mismo, le gustaba. Pero trabajar —hasta el límite que él lo había llevado— era también un modo de vivir sin vivir. Un modo de trasladar las emociones a algo menos personal, a algo con menos riesgos. Al convertir la Librería Bagdale en Libros Budd, había intentado reinventarse. Había intentado convertirse a sí mismo en negocio. En dinero. En un cartel encima de una tienda. Trascenderse en vez de limitarse a ser el hombre que era. Atravesar el tiempo deprisa, sin peso ni sustancia, a la máxima velocidad.

En última instancia, hasta el amor resultaba endeble contra el deseo de evitar el dolor. Porque ¿qué era el amor sino otra puerta hacia él? Mejor mantener cerradas esas puertas. Mejor continuar en el tren del trabajo. Mejor aspirar a la salida a bolsa en vez de a la felicidad. Hasta que, por supuesto, mueres y te das cuenta del error que has cometido. Hasta que te das cuenta de que la mayor parte del daño se produjo porque las cosas se salieron de madre, porque se descontrolaron.

—Trabajábamos demasiado —dijo el Fantasma mientras observaba a Wilbur, que analizaba el libro de cuentas, bien entrada la noche, con Maggie dormida a su lado.

—¿Qué tiene de malo trabajar mucho? —preguntó el Soñador—. Vimos lo mal que lo pasó mamá. Vimos que Dougie robaba para conseguir dinero. ¿Qué hay de malo en ganarse la vida de forma honrada?

—Nada. A ojos de la sociedad, nada. Pero hay muchas formas de traicionarse a uno mismo en vida. Algunas son obvias, como robar,

pelearse y que te atrape la policía, y otras son más sutiles. Hay traiciones que se parecen muchísimo al éxito. Y te aseguro que nosotros nos traicionamos, ya lo verás. Está claro que hay parejas donde ambas personas no encajan… Pero ese no fue nuestro caso con Maggie. Maggie era perfecta.

—Lo es. Eso ya lo sé.

—Queríamos a Maggie como nadie ha querido jamás y, sin embargo, nos alejamos de ella. Al final no la mirarás a los ojos. Y no porque te hayas desenamorado de ella, sino porque…

—¿Por qué?

—Porque el amor te ralentiza. Y lo que tendrías que haber hecho es precisamente eso, ralentizarte.

El Fantasma suspiró como si todo estuviera clarísimo. Mirar alrededor era la mejor manera de reducir la velocidad. Vivir plenamente: esa era la mejor forma de morir. Y él había fracasado en ambos aspectos. Pero ahora haría que las cosas mejoraran. Iba a darle una oportunidad a su yo joven y soñador.

La idea de tener suficiente

Estaban mirando dentro de la Librería Bagdale. La primera, la original. Vieron que Wilbur contestaba al teléfono con una botella de champán en la mano.

El Fantasma señaló.

—¿Sabes qué es eso?

—¿Que conseguí el préstamo?

—Exacto. Más dinero del que jamás soñamos. Suficiente como para dos librerías más.

—Pero ese dinero no era mío. Era para ampliar el negocio.

—Sí. Y para ganar más dinero. Y para abrir librerías. Y luego para pedir más dinero al banco. Y para abrir más librerías. Y para ganar más dinero para abrir más librerías.

El Soñador se sintió un poco dolido.

—¡Y para crear cambios positivos! Para contratar gente. Para que el número de lectores aumentara mediante la apertura de librerías. De librerías como esa.

Ahora pasaban frente a la flamante librería de Mánchester. Blanca y reluciente, con amplios escaparates. Ya con el nombre de Libros Budd. Contemplaron el interior durante la inauguración, mientras Maggie observaba a Wilbur, que en ese momento pronunciaba un discurso.

—Guau. La librería parece fantástica.

—Sí. Lo era. Y llegarán más. Estamos en 1975. En 1982 tendrás veinte librerías. En 1990, alrededor de un centenar. Llegarás a las doscientas tres.

—¿Doscientas tres? Eso son… son casi tantas como los supermercados Woolworths.

—Serás rico. Serás famoso. Te darán premios. Y todo lo habrás ganado con tu trabajo. Te convertirás en un experto en objetivos. Establecerás unos objetivos y, cuando los alcances, establecerás otros. Te asustará la idea de tener suficiente. Y dejarán de importarte los libros y los lectores.

El Fantasma observó en ese instante a su yo soñador con más atención. Se fijó en que las comisuras de sus labios se elevaban con un nerviosismo y un orgullo nauseabundos. Seguía sin entender nada.

—Puede que te estés equivocando —dijo el Soñador—. Se te olvida lo que se siente al ganar dinero después de no haberlo tenido.

El Fantasma suspiró.

—No creo que esto tenga que ver con el dinero. Vamos. El tren va a parar. Deja que te lo enseñe.

El tren se detuvo y descendieron hasta una tranquila calle residencial de las afueras de Sheffield.

—Esta es nuestra casa —dijo el Soñador—. Nuestra casa nueva. Watson Road, 38. ¡El tren ha parado justo enfrente de nuestra casa!

Se volvió y vio que el tren había desaparecido.

—¿Qué puñetas…?

—Sígueme, anda —le ordenó el Fantasma mientras atravesaba el muro y la ventana delantera de la casa con la misma facilidad con la que pasaría entre unas cortinas abiertas. Su socio soñador miró alrededor y vio a un chico que acababa de terminar el reparto de periódicos y llevaba un saco vacío. El chico se aproximó y, justo cuando el Soñador iba a decirle «Oye, mira por dónde vas», el muchacho lo atravesó sin percatarse de nada.

—Estoy en Venecia, no en Broomhill… Esto no está pasando… —murmuró el Soñador.

Y se quedó allí de pie durante un rato, mucho más tiempo del que permitiría un sueño, hasta que decidió seguir al Fantasma hasta el interior de la casa.

Un buen asado dominical

—Acabo de atravesar un muro de ladrillo de veinticinco centímetros de grosor sin pestañear.

El Fantasma asintió. Él y su joven aprendiz se encontraban en el salón mientras Wilbur, Maggie y Edith degustaban un asado dominical acompañado de pudin de Yorkshire con todas sus guarniciones.

—Eso sucede porque no estamos aquí físicamente y esto es el mundo físico —explicó el Fantasma—. En otras palabras, estamos aquí espiritualmente. Tú a través de tu ser durmiente y yo a través de mi ser…, ¿cómo decirlo? A través de mi ser muerto.

—Me cago en la leche.

—Comprensible.

—Qué cosa más rara —murmuró el Soñador con los ojos tan abiertos que le costaba recordar que antes, en el pasado, estaba dormido—. ¿Nos ven?

—Lo más probable es que no. Aunque es posible, resulta poco probable. Mientras no queramos ser vistos, lo normal es que no nos vean. Tú tampoco me viste muchas veces. Ni siquiera cuando intentaba captar tu atención.

El Soñador le lanzó al Fantasma una mirada esperanzada.

—Mamá parece feliz.

—Sí, lo estaba. Mentalmente estaba mucho mejor. Bueno, va a estar feliz un rato, ya verás luego.

—Ay, no, por Dios. ¿Tengo que verlo?

—Sí. Sí, tienes que verlo. No puedes irte a ningún sitio hasta que venga el tren.

—Pero no creo que yo…

—Chiss… Calla, vamos a prestar atención.

—De acuerdo.

De manera que prestó atención. Y miró a Maggie a la cara, con indecisión.

Edith masticaba la comida concentrada en algo.

—Estas zanahorias están muy buenas, Maggie. Un sabor riquísimo. ¿Cuál es el truco?

Maggie sonrió, con educación y cariño. «Qué guapa», pensaron los dos Wilbur invisibles.

—En realidad las zanahorias las ha preparado Wilbur.

Edith pareció algo decepcionada con el resultado de sus pesquisas.

—Una pizca de nuez moscada antes de asarlas —dijo el Wilbur real del comedor.

El Fantasma observó con interés.

—Había olvidado que durante una época yo ayudaba en la cocina.

—¿De verdad? Pero si a ti… a nosotros nos encanta cocinar. Es relajante.

El Fantasma esbozó una sonrisa irónica.

—El problema es que también dejé de relajarme…

Wilbur miró a su madre durante unos instantes, a la espera del momento adecuado.

—Mamá, te hemos invitado para contarte algo.

Los ojos de la mujer se iluminaron con interés.

—¿Hay un pequeñín en camino?

Wilbur sonrió.

—No, no… Ese tema no nos corre ninguna prisa.

Maggie levantó las cejas.

—Ah, bueno es saberlo.

Wilbur le lanzó una mirada de «ahora no».

—Nos trasladamos a Londres.

Hubo una pausa tan abrupta que su madre dejó de masticar.

—¿A Londres? —Como si hubiera dicho Neptuno.

El Soñador miró al Fantasma, tan preocupado como un niño perdido.

—¿A Londres? ¿En serio? ¿Y a Maggie le pareció buena idea?

—Intentó aceptarlo. Pero no. En realidad, no le gustó. A lo mejor le habría parecido bien si de verdad hubiéramos reconocido el sacrificio que estaba haciendo…

Edith no se lo tomó tan bien.

—Pero si estáis asentados en Sheffield… La librería está en Sheffield.

—Ahora tenemos más librerías. En Mánchester. En Edimburgo. Y vamos a abrir una en Leeds y dos más en Londres. Y otras que están por venir. El banco nos apoya. Pido un préstamo, lo pago con intereses en doce meses y me conceden otro. He contratado al mejor equipo de personas y trabajo sin descanso.

El movimiento afirmativo de Maggie con la cabeza vino acompañado de un suspiro.

—La cosa va cada vez mejor —prosiguió Wilbur—, pero necesitamos instalarnos en Londres. Allí es donde se cuece todo. Nos perjudicaría quedarnos aquí.

Maggie levantó un poco las cejas, pero el único Wilbur que lo vio fue el Wilbur muerto.

Su madre parecía sobrepasada.

—¿Y Maggie? ¿Qué pasa con su trabajo en el Crucible? A ella le encanta trabajar allí…

—Se presentarán otras oportunidades en Londres —dijo Maggie en un tono algo plano—. Ya he trabajado antes allí y siempre pasan cosas interesantes. A los del teatro les da pena que me vaya, pero lo entienden.

Su madre parecía perdida.

—Bueno, pues si eso te hace feliz…

—El asunto no es ese, mamá.

En ese momento, Maggie se vio obligada a expresar una parte de su monólogo interior.

—¿Cuál es el asunto entonces, Wilbur? ¿Por qué no puede ser la felicidad?

—Maggie…

—Eso es —intervino Edith—. La chica tiene razón.

—Son los negocios. Tengo una oportunidad real de crear algo único. De cambiar para siempre las principales arterias comerciales británicas.

Su madre chascó la lengua. Eso fue lo que hizo estallar a Wilbur.

—Venga, mamá, suéltalo de una vez.

—Hay cosas más importantes que el trabajo, eso es todo.

El Soñador solo se miraba a sí mismo, a su yo de apenas dos años después, pero ya percibía un cambio.

—¿Por qué parezco tan enfadado?

—Sí, mamá, y también hay cosas más importantes que ir a Oxford y que todo lo que siempre he querido hacer…

Maggie, desde el otro lado de la mesa, se estiró para agarrarle el brazo.

—Wilbur —dijo con dureza—, por favor te lo pido… —Se volvió hacia su suegra—. Lo siento, Edith.

—Ah, no. No lo sientas, cariño. Sé cuándo soy una carga.

Wilbur temblaba ahora con una furia casi incontenible.

—Mamá, ¿puedo hacer lo que es bueno para mí por una vez en mi vida? Por Dios, mamá, que tengo treinta y un años. Ya no soy un niño. Soy capaz de tomar mis decisiones solito.

Su madre se quedó inmóvil, con gesto estoico, reprimiendo un mar de emociones.

—Sí, sí, eres capaz de tomar tus decisiones. Claro. Pero Dougie tenía toda la razón al decir que siempre huías de nosotros.

—¿Por qué tienes que meter a Dougie en esto? Joder, mamá.

Maggie, en medio de ambos, se limitó a mirar el salero y el pimentero y a suplicar:

—Wilbur, por favor, no te pases. Tu madre está dolida.

—Ah —dijo Edith—. Ya lo entiendo. Él prefiere estar en todas las calles principales de Inglaterra antes que pasar por Ecclesall Road.

—Edith, creo que eso es demasiado…

—¿Demasiado? Pues claro que es demasiado. Está a tres kilómetros de aquí y no es capaz de pasar por allí en coche, ni para

echar un vistazo siquiera. Pero la calle sigue ahí, igualita que en el 64.

Wilbur miró el reloj de la pared, de cuya circunferencia partían unos rayos puntiagudos diseñados para que pareciera una estrella en explosión rodeada del amarillo, el naranja y el marrón del papel pintado de rayas. Su madre no llevaba allí más de quince minutos y ya parecía una vida entera.

—¿Tenemos que hablar de Dougie justo ahora?

Edith suspiró.

—No, no. No tenemos que hablar de él nunca. ¿Te parece bien?

—Mamá —dijo Wilbur con la mandíbula tensa—, tienes que pasar página.

—Ah, claro, pasar página. Pasar página. Así es como funciona ahora el mundo, pasando página. Como el Ayuntamiento. Podrían haber reconstruido la ciudad después de la destrucción de Hitler, pero no, ¿para qué?; la llenaron de idioteces de hormigón y de pasos subterráneos espantosos. Pero Londres no es mejor, muchacho. Ahí está la cuna de todo. Con todas esas torres de pisos horribles.

—Mamá, no me traslado por la arquitectura.

—No, eso ya lo sé. En fin, la cosa tiene gracia.

Maggie intentó ser una voz neutral en medio de la tensión.

—¿Qué tiene gracia?

—Bueno, cariño, cuando he venido me sentía un poco incómoda por la noticia que quería daros.

Wilbur levantó las cejas.

—¿Qué noticia?

Su yo soñador recién casado también sintió curiosidad.

—¿Qué noticia?

El Fantasma asintió.

—Ah, sí. Espera a oír eso…

La noticia de Edith

—Que al menos no estaré tan sola cuando os vayáis.

—Ay, Dios —dijo Maggie, con una expectación calmada, mientras cortaba una patata asada demasiado hecha.

—Sí, mamá —añadió Wilbur, aún agitado y lleno de tensión—. ¿A qué te refieres? Vamos, desembucha.

—Bueno, han pasado treinta años desde que murió tu padre. Es mucho tiempo. Y creo que ya le he guardado suficiente respeto como para dejar de esconderme y no avergonzarme de tener un compañero.

El Wilbur que estaba dormido en 1974 y el que estaba despierto en 1976 dijeron lo mismo:

—¿Qué compañero?

—Un señor. Un hombre muy bueno al cual conozco desde hace mucho.

Maggie puso cara de asombro.

—Oh, Edith, eres una caja de sorpresas. ¿Lo conocemos?

—Sí. Bueno, Wilbur lo conoce. O eso cree él. Y estoy segura de que tendrá algo que decir al respecto.

—¿Quién es, mamá?

—Cecil.

—¿Cecil? No conozco a ningún Cecil. ¿Quién puñetas es Cecil?

Y entonces lo soltó:

—Sí lo conoces. Cecil Parkin.

El Fantasma contempló la confusión compartida de los otros Wilbur. Tanto el soñador como el vivo estaban igual de furiosos.

—¿El señor Parkin? ¿Nuestro casero? Pero si es un hombre horrible —espetó el Wilbur vivo—. Siempre nos decías que era un hombre horrible.

—¡El puto Parkin! Dougie tenía razón —dijo el Soñador.

—¿Tú crees? —se preguntó el Fantasma.

—No es un hombre horrible —continuó Edith—. A ver, al principio no me gustaba mucho. Lo juzgué demasiado a la ligera. Él hacía su trabajo. Pero en realidad siempre fue un caballero. De vez en cuando me perdonaba el alquiler.

—Como para no perdonártelo.

—No. No era nada de eso. Es bueno. Me cuida y me lleva por ahí. Y es espléndido.

—Sí, bueno, es espléndido gracias a la subida de los alquileres de todo Glossop Road. Qué menos que ser espléndido contigo. Dougie lo tenía bien calado.

—Ah, ahora sí viene a cuento hablar de Dougie, ¿no, Wilbur?

—Pues sí, ¿por qué no iba a hablar de él?

—Parkin pagó el funeral de Dougie. ¿Lo sabías? Y también hizo una donación al hospital después del incendio.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Ah, un interrogatorio. ¡Cuánto interés para alguien que se muda a trescientos kilómetros del condado!

—¿Cuánto, mamá?

—Me gusta desde hace muchos años, pero no quería que confundieras las cosas. Me ha pedido matrimonio…

—Mamá, menuda ridiculez. Estás haciendo el ridículo.

Maggie miró a Wilbur con intensidad.

—Wilbur, no le hables así a tu madre. ¿Podemos ser civilizados y tener la comida del domingo en paz?

—Muy buena idea —dijo el Fantasma—. Aunque todos la van a ignorar. Yo era idiota y tenía un mal genio…

—Y he aceptado —terminó Edith.

La noticia impregnó el ambiente. Wilbur apretaba tanto los dientes que le temblaba la mandíbula.

—No te preocupes, Maggie. No quiero incordiar más. Creo que es mejor que me vaya.

—Joder, mamá.

—Lo siento, mamá —dijo el Fantasma mientras notaba algo parecido a lágrimas en los ojos.

El Soñador permaneció a su lado sin saber qué decir.

Maggie le dio un golpecito a Wilbur por debajo de la mesa.

—Bueno, si eso te hace feliz, a nosotros también, ¿verdad, Wilbur? ¿Wilbur? ¡Wilbur!

Pero Wilbur ya se estaba levantando. Lanzó la servilleta a la mesa, junto a las zanahorias, y salió del comedor como alma que lleva el diablo.

—Lo siento —dijo Maggie—. Últimamente trabaja demasiado.

Edith suspiró.

—No pasa nada, cariño. No es culpa tuya… Tendría que haberlo hecho más feliz desde el principio.

Y justo en ese momento los observadores invisibles oyeron el débil sonido rítmico del tren, listo para transportarlos más adelante en el tiempo.

No todas las paradas son un accidente

—Una vez en la radio hablaron de una encuesta —dijo el Fantasma, otra vez en el tren— sobre los arrepentimientos más habituales en el momento de la muerte. Uno de ellos era el de haber trabajado demasiado. Y los otros tenían que ver con la valentía. La valentía de ser uno mismo, de expresar las emociones… Todos parecen estar relacionados con dejar atrás el miedo. He vivido una vida en movimiento perpetuo. Me quedé atrapado para siempre en ese coche. Siempre acelerando. Necesitaba darme cuenta de que no todas las paradas son un accidente.

Al Soñador le gustó eso y lo repitió:

—No todas las paradas son un accidente. Sí.

Se quedaron callados durante unos instantes de reflexión.

El Fantasma suspiró y, al cabo de un rato, dijo:

—Echo mucho de menos a Dougie.

—Sí. Yo también.

El peso de los muertos

Poco después, Agnes llegó al vagón con un libro en la mano: *El sueño eterno*, de Raymond Chandler. Uno de sus favoritos. El tren vibró y ella se cayó de una manera un poco absurda sobre el asiento, sujetándose el sombrerito con la mano libre, al lado del Fantasma y enfrente del Soñador.

—Sin duda, el viaje es más movidito desde que se rompieron las reglas —dijo Agnes, mirando al Fantasma.

—Lo siento, Agnes —se disculpó el Fantasma—. La culpa es mía.

—Como ya te dije antes de que montaras tu minirrebelión, ahora nos encontramos en un mundo de incertidumbre completamente nuevo.

—Sí, y entiendo que… —El Soñador por fin empezaba a asumir la situación—. Al final me despertaré, ¿no?

—Sí —dijo el Fantasma—. Esperemos que sí.

Agnes chascó la lengua en señal de desaprobación.

—Ha sacrificado la eternidad por una posibilidad que tal vez no exista.

El Soñador pareció asustado de verdad.

—A ver —lo tranquilizó Agnes—, el tren sigue en la vía, así que tampoco te preocupes en exceso.

—La cosa es —intervino el Fantasma— que he vivido toda nuestra vida sin llegar a despertarme. Ahora tú vas a tener la oportunidad de hacerlo.

Agnes suspiró.

—El chico tiene razón en eso. Supongo.

Se puso a leer su libro. Y el Fantasma se acordó de cuando él lo leyó de joven, antes de que la sabiduría de Chandler pudiera calar de verdad en su interior.

Pensó en lo que Chandler escribió sobre la muerte y sobre los corazones rotos. Y miró al Soñador… con el deseo de que él mantuviera esa ligereza.

Lejos

Al otro lado de la ventanilla, la vida no vivida de ambos continuó a toda velocidad. Wilbur en la oficina trabajando. En un aeropuerto, mirando un panel. En un hotel de Edimburgo, ignorando las vistas del castillo mientras garabateaba planes de negocio en un papel.

El Soñador trató de no pensar demasiado en su posible muerte al final del viaje y se concentró en lo que veía.

—No entiendo… —dijo el Soñador—. ¿Por qué me veo solo todo el tiempo?

Agnes leía su libro.

—Ah, creo que esa es una pregunta para tu fantasma. Al fin y al cabo, él ya ha vivido todo esto.

El Fantasma reflexionó.

—Porque el trabajo te aparta de todo. Ahora que lo pienso, supongo que esa es la clave. Mira, allí estamos en Edimburgo, en la primera sucursal escocesa. Y allí en un Concorde, de camino a Nueva York…

Pasaron días. Semanas. Meses. Años. Cada vez más rápido. Breves destellos de Maggie, aunque los intervalos más largos eran en despachos y hoteles. Ni rastro de su madre, ni de Alfred ni de ningún amigo, excepto de Charlie, aunque siempre en la oficina. Ninguna otra visita al cementerio. Ninguna lectura, salvo informes comerciales y periódicos. El paisaje más soso y repetitivo del viaje pasaba ahora por delante del cristal. Luego, la imagen de Wilbur al teléfono, llorando, mientras oía que acababan de trasladar a su madre al hospital con urgencia.

El tren aminoró la marcha.

Las vistas se convirtieron en oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó el Soñador.

—El futuro —dijo Agnes—. El pasado. Ambos a la vez.
El Fantasma asintió con tristeza.
—Y me temo que irá a peor.

A la manera de ella

Estaban en el funeral de Edith. No había mucha gente.

Wilbur, en el púlpito, daba un discurso redactado con prisas en el tren que había tomado en King's Cross mientras Maggie hacía una lista de cosas que quería hacer para ayudar a su padre durante el tiempo que estuvieran en Sheffield.

Maggie, Alfred, Charlie, Claudette. Unos cuantos parroquianos del *pub* con la cara roja. Jim, el propietario, con un traje que tenía desde el día de la coronación de la reina. Y, por supuesto, el señor Parkin. Estaba sentado solo, al otro lado del pasillo, en el banco delantero opuesto al de Wilbur, Maggie y Alfred. Wilbur había pasado por delante de él cuando se dirigía al púlpito sin ni siquiera mirar en su dirección. Ahora era un anciano encorvado con el pelo blanco e iba vestido con un traje negro, nuevo y elegante. Llevaba el habitual paraguas largo que usaba a modo de bastón.

El Fantasma y el Soñador se encontraban al fondo de la iglesia, contemplando a su yo de treinta y cuatro años mientras daba el discurso. Si alguien los hubiera visto, no solo se habría fijado en que iban vestidos exactamente igual, también habría pensado que su indumentaria no era la más adecuada para el funeral de una madre. Ese hipotético espectador también habría percibido lo diferentes que eran sus expresiones, por mucho que tuvieran el rostro idéntico. El Soñador estaba perplejo, pero el Fantasma entrecerraba los ojos como si el remordimiento fuera un cristal afilado clavado en su corazón.

—Murió de aneurisma tres años después de que nos trasladáramos a Londres —dijo el Fantasma.

—Pobre mamá. —El Soñador parecía desolado.

Entonces se callaron para oír al Wilbur de la parte delantera de la iglesia.

—Mi madre tuvo una vida llena de retos… —dijo, mirando sus anotaciones. Tomó aire para recomponerse. Llevaba sin mantener una verdadera conversación con ella desde aquella fatídica comida dominical—. Sufrió más de lo que la mayoría de la gente es capaz de soportar, ya que perdió a su marido y a un hijo —continuó, dirigiéndose al público congregado en la iglesia—. Era fuerte. Pero cuando tenía la posibilidad de disfrutar de la vida, la disfrutaba de lleno. Le encantaba trabajar en el *pub*. Y siempre nos llevaba al cine, hasta en los peores tiempos, a mi hermano y a mí. Al Palace Cinema…, que también era donde iban mis padres de novios.

Miró a Maggie, que estaba sentada en el primer banco, y le dirigió una sonrisa.

—Los musicales. Esa era su pasión. *South Pacific, Navidades blancas, Sonrisas y lágrimas, Un americano en París*. Los de Gene Kelly eran su debilidad. Aunque le gustaban de todo tipo… Su himno no oficial era la canción de *Cantando bajo la lluvia*…

—Ese discurso —comentó el Fantasma mientras el Soñador sollozaba a su lado— es terrible. Terrible. ¿No te parece malo? A estas alturas ya estaba acostumbradísimo a hablar en público. Es probable que hablara más en presentaciones, salas de juntas y librerías abarrotadas que en conversaciones normales. Pero una cosa era hablar de previsiones de beneficios netos y otra muy distinta hablar de cosas reales. De cosas emocionales. Mírame. Míranos.

El Soñador se secó los ojos y se permitió asentir con una sonrisa.

—Sí. Se nos da de pena.

Para Wilbur, el desafío era el siguiente: ¿cómo se resume la vida de alguien a quien has querido, pero que a la vez era una persona complicada? ¿Cómo le rindes tributo cuando le has causado dolor y apenas la has visto desde aquella discusión sobre el señor Parkin y cuando has fingido una intoxicación alimentaria para no asistir a su boda? ¿Cómo? Sobre todo cuando Cecil Parkin estaba justo allí, en primera fila. ¿Por qué no iba a estar? Al fin y al cabo, era su viudo.

¿Cómo te pones allí delante sin desear haber sido más indulgente con ella, por mucho que a veces fuera una pesadilla de mujer?

El Fantasma suspiró.

—¿Cómo no veía que en el fondo de todo había una… una… mujer sensible que se había tenido que enfrentar a más cosas que la mayoría de la gente? Claro que lo veía. Pero no estaba preparado para liberar todo ese dolor en una iglesia.

El Soñador apenas escuchaba. A fin de cuentas, era la primera vez que estaba en el funeral de su madre. Volvió a sollozar.

—Es atroz —continuó el Fantasma—. Me limité a enumerar musicales que le gustaban. Algunas de sus cosas favoritas. Una referencia a Julie Andrews. Hasta me equivoqué al citar el título de una de las canciones de Irving Berlin. Mira, eso viene ahora…

Y ahí estaba. Atendieron mientras a Wilbur se le quebraba la voz.

—Su canción favorita era *White Christmas*, de Irving Berlin. Otra de sus canciones era *The Song is Over, but the Music Lingers On*.

El Fantasma miró a Maggie. Por la inclinación de su cabeza, supo lo que estaba pensando, incluso desde el fondo de la iglesia. Y se dio cuenta de todo, puede que incluso más que el Soñador. De la complejidad del asunto. Del amor y la empatía que Maggie sentía por Wilbur, y también de la tristeza y las frustraciones, no solo las concernientes a ese día en la iglesia. Frustraciones por un matrimonio que se moría como mueren las cosas que no se cuidan. Ella estaba sentada al lado de Alfred. Alfred le agarraba la mano. A él le costaba que su hija viviera lejos y lo manifestaba sobre todo mediante la gratitud cuando ella volvía.

Una fila más atrás estaba Charlie, vestido con un traje marrón y con el pelo aún largo. Jugueteaba con la hoja del programa y asentía con la cabeza para animar en silencio a Wilbur, que empezaba a tartamudear. A su lado, Claudette llevaba un conjunto negro de falda y chaqueta. El Fantasma le vio parte de la cara. Ella también miraba con una sonrisa de comprensión cálida y triste. Eran buena gente. Los echaba de menos. Había disfrutado trabajando con Charlie durante los años setenta y ochenta; además, Maggie y él, en

ese punto de su desgastada relación, aún quedaban con ellos la mayoría de los fines de semana. Charlie y Claudette habían acudido desde Londres en otro tren solo para eso, para acompañar a Wilbur.

Mientras tanto, Wilbur terminaba su discurso:

—Y estoy seguro de que la canción de mi madre resonará en vuestros oídos durante mucho tiempo.

Antes de bajar del púlpito cruzó la mirada con el señor Parkin, pero enseguida apartó la vista. Ni el más mínimo gesto de reconocimiento. Nada de nada. Después volvió a su sitio, donde Maggie lo estaba esperando.

El futuro no es real

El velatorio tuvo lugar en la trastienda del Queen's Head. Una camarera había preparado unos sándwiches de huevo y berros, y ofrecieron un servicio de barra libre.

El Fantasma y el Soñador no hablaron, sino que se quedaron por allí, flotando entre las conversaciones.

Claudette explicaba por encima las tradiciones funerarias en el Caribe, en particular en San Vicente.

—El velatorio, o algo parecido a un velatorio, se celebra un día antes que el funeral. Hay comida, como aquí; aunque no es el mismo tipo de comida, claro. Las oraciones y las anécdotas pueden durar toda la noche. También hay cánticos espontáneos.

—Uy —dijo Wilbur—. Pues menos mal que no tengo que cantar.

Maggie asintió e hizo lo posible por unirse a la broma.

—Desde luego.

Claudette se echó a reír.

—¡Le habrá enseñado Charlie!

Charlie abrió la boca para hacerse el ofendido mientras cogía un sándwich.

—Vale, cantar por Bowie no es fácil, pero hay que intentarlo, ¿o no?

Wilbur le dio la razón.

—Sobre todo sus últimos discos. Me encantan. *Heroes* es ideal para cantar en la ducha. Y la culpa es de Charlie.

El Fantasma sonrió al oír eso. Se acordó de que Charlie aprovechaba las pausas del almuerzo para ir a una tienda de discos ubicada en Pimlico, cerca de las oficinas londinenses de lo que ahora era Libros Budd, para comprar los álbumes de Bowie el mismo día que salían a la venta. Charlie tenía un tocadiscos en su despacho y

hacía las cuentas mientras oía música. Decía que las matemáticas de la música y las de la contabilidad iban de la mano. Y eso parecía. Charlie era brillante y se basaba en las pérdidas y ganancias acumuladas durante años para elaborar predicciones cada vez más acertadas.

Maggie se apartó del grupo para ir a ver a su padre, que esperaba en la barra mientras examinaba a Wilbur con una mezcla de compasión y decepción.

—Qué interesante —le dijo en ese momento Wilbur a Claudette—. Lo del velatorio antes del funeral.

El Fantasma se preguntó si le parecería una gestión del tiempo más eficiente.

—Sí. En el Caribe todo suele ser una celebración. —Se rio—. Y en San Vicente eso lleva implícita mucha música espiritual. La música lo conecta todo. La vida entera.

Charlie se tragó el resto del sándwich con un poco de cerveza.

—Y hablando de cosas conectadas, Wilbo, ¿no fue en este *pub* donde tu madre y tu padre se conocieron?

—Sí, aquí fue. Hace ya mucho…

—Es bonito, ¿no? Que el pasado se conecte de este modo…

—Sí, supongo que sí, ahora que lo pienso… Cuesta imaginarlo, ya que a mi padre solo lo conozco por lo que me han contado de él y por un par de fotos viejas.

—Estoy leyendo un libro que trata sobre el tiempo —dijo Charlie—. Lo encontré en el mercadillo de Farringdon Road. Es de un filósofo keniata llamado John Mbiti.

Wilbur sonrió, consciente de que su amigo contable, físico y filósofo estaba a punto de soltarle una de sus largas teorías sobre la naturaleza de la realidad, como si siguieran repantingados sobre un puf en su apartamento.

—Esta idea de que el tiempo es algo lineal que llega en unidades establecidas que nosotros «pasamos» es muy occidental… En muchas comunidades tradicionales africanas no existe la idea abstracta del futuro. No existe el futuro en absoluto…

—¿No existe el futuro? ¿Y eso cómo va?

—Bueno, el tiempo está compuesto de acontecimientos. Estaciones. Ceremonias. Funerales. Y como nada ha sucedido en el futuro, el futuro no existe. Cuando llega, se convierte en *sasa*, que en suajili significa 'presente'. Y luego pasa a ser *zamani*, o sea, 'pasado'. Y eso es lo que nos espera. Porque algún día seremos pasado, pero no futuro. No hay futuro. El tiempo va hacia atrás. Y siempre se pliega sobre sí mismo. Lo cual concuerda con mucho de lo que sabemos sobre física. Así que, en resumidas cuentas, lo que se extiende por delante de nosotros es el pasado, no el futuro.

Claudette puso los ojos en blanco con una sonrisa.

—Ya empieza…

—De manera que todo está conectado. Que tu madre y tu padre se conocieran aquí es mucho más real que cualquier acontecimiento del futuro, porque ha sucedido. Cuando pensamos en el futuro pensamos en nosotros fuera de la vida. Es como lo que dijo Einstein de que el tiempo es un modo de pensar, no una condición en la que vivir. Lo que extraje del libro es la necesidad de centrarnos en lo real, porque así es como construimos el tiempo. No pensando siempre en esa nada abstracta que denominamos futuro.

A su manera, con una profunda amabilidad, Charlie le estaba ofreciendo a Wilbur un consejo. Tal vez Wilbur no se había dado cuenta, pero el Fantasma sí.

La realidad es que Wilbur no lo escuchaba. Estaba mirando al otro lado de la sala, al señor Parkin, que, tras una breve conversación con Jim, el propietario del *pub*, se había quedado solo con su plato de comida y el paraguas colgado del brazo. Por fin, soltó el plato y se dirigió hacia la puerta.

Maggie se acercó deprisa a Wilbur.

—¿No deberías hablar con él?

—No. No considero que haya nada que decir.

A Maggie se le cambió el humor. Se dirigió hacia el señor Parkin con decisión.

—¿Está usted bien? —le preguntó al llegar a la puerta trasera—. ¿Seguro que no quiere quedarse?

—No —dijo él sin un ápice de rencor—. Creo que me voy. Pero gracias por pensar en mí.

—A Edith le gustaría que se quedara. A todos nos gustaría.

Eso pareció tensar el rostro del señor Parkin —de Cecil—, como si de repente reprimiera una emoción inesperada. Miró a Wilbur.

—No estoy tan seguro de eso, pero gracias por tu amabilidad. Te lo agradezco de corazón.

Y, acto seguido, salió.

El Fantasma lo siguió y le hizo un gesto al Soñador para que lo acompañara.

—Me lo encontré —le explicó el Fantasma al Soñador mientras atravesaban el muro del *pub*—. Me lo encontré un día antes, en la calle, y fui desagradable con él.

—Bien.

—No. No. Bien no. Eso no era asunto nuestro. Pensáramos lo que pensáramos, mamá lo quería.

—Se prostituía con él.

—No. Eso es algo que te montaste en tu cabeza. A mamá le gustaba desde hacía mucho tiempo y no empezaron a salir, al menos de manera oficial, hasta años después de que él dejara de ser su casero.

—Pero Dougie…

—Exacto. No podíamos conservar a Dougie vivo, pero su odio sí podíamos conservarlo. Y eso es lo que hicimos. Pero ¿sirvió de algo? No, ni a Dougie, ni a mamá, ni a nosotros.

—No me gusta nada ese señor.

El señor Parkin atravesó el aparcamiento mojado por la llovizna dudando si abrir el paraguas, pero decidió no hacerlo.

—Y está bien que no te guste —dijo el Fantasma—. Yo no sé si me gusta. Pero mamá era importante para él y él era importante para mamá.

Vieron que Cecil se enjugaba los ojos con un pañuelo de camino a su coche. El Fantasma apretó los puños con una emoción extraña. Desde el otro lado del aparcamiento, gritó «Lo siento» tan fuerte como pudo, lo cual, para la mayoría de los oídos, solo fue un silencio profundo.

—Tendría que haber hecho un esfuerzo contigo. Tendría que haberos visto juntos a mamá y a ti. Tendría que haber asistido a la boda. Lo siento… También siento no haber hablado con mi madre al final. Y… gracias por hacerla feliz. Según parece, la hiciste feliz estos últimos años, al menos eso dijeron en el *pub*. Y para ella no siempre fue fácil ser feliz. Así que… te lo agradezco.

Por supuesto, el señor Parkin no oyó una sola palabra de esto. Se quedó allí, buscando las llaves con torpeza, hasta que abrió la puerta del coche y se marchó.

Por la ventanilla

Vieron que Wilbur, en su dormitorio de Londres, soltaba la novela que estaba leyendo. Se acercaba a Maggie y la besaba. Ella le devolvía el beso y, por un instante, todo era como siempre debió ser.

Un poco más adelante, Wilbur vestía un traje gris y estaba en Newcastle, en una cabina telefónica junto al río. El Fantasma vio que tenía los ojos muy abiertos, al igual que la boca, mientras sostenía el auricular e introducía otra moneda. El Fantasma recordó la noticia. Una noticia que lo pilló por sorpresa. A Maggie no le bajaba la regla y había ido a la farmacia a comprar uno de esos test nuevos y caros. No le dijo nada hasta haber acudido a la clínica para que le hicieran otra prueba, justo ese día. Y ya era oficial. Ya podían empezar a pensar nombres para el bebé.

—Ay, Maggie, estoy contentísimo —dijo Wilbur. Y era verdad. Sin embargo, por extraño que pareciera y como las imágenes al otro lado de la ventanilla dejaron claro, durante las siguientes semanas aceptó cualquier pretexto para no estar en casa.

La muerte de John Lennon

Cuando el tren efectuó la siguiente parada, Wilbur estaba en un hotel en Manhattan.

El Waldorf Astoria, según el albornoz bordado. Los rascacielos resplandecían tras la ventana como una galaxia constituida únicamente por cuadrados y rectángulos.

Sentado a los pies de la cama, Wilbur tenía un aspecto muy diferente al de su yo de la luna de miel. Los últimos rastros de aquella lozanía juvenil y aquel optimismo bohemio se habían esfumado. Llevaba el pelo más corto. Sin patillas. Tenía la cara un poco flácida en la zona de las mejillas y los ojos cansados por el *jet lag*. Sobre sus rodillas descansaba la conferencia mecanografiada que intentaba memorizar para pronunciarla al día siguiente ante un montón de miembros de la industria editorial norteamericana.

Allí también estaban el Fantasma y su adormecido yo recién casado, que ahora lo observaban.

—Mírame. ¿Cuántos años tengo aquí?

—Treinta y cinco.

—Estoy en Nueva York. En el hotel más lujoso que he visto jamás. Guau.

—Uf, no —suspiró el Fantasma—. Ya sé lo que es esto. No quiero verlo.

—¿Por qué?

—Es que… Ay, Dios.

Wilbur había encendido la tele y la miraba fijamente. Las noticias de la noche en la CBS con Walter Cronkite, como anunciaba el título de la cabecera en una tipografía gruesa y redondeada de principios de los ochenta.

Cronkite, con pelo cano, traje negro y rostro sombrío, apareció delante de una fotografía enorme de John Lennon en un plató que por lo demás era beis.

—Buenas noches —dijo con un tono muy grave—. Hoy, la muerte de un hombre que cantaba y tocaba la guitarra ha eclipsado las noticias de Polonia, Irán y Washington. El ex-Beatle John Lennon, a sus cuarenta años, recibió un disparo anoche, en la puerta de su lujoso apartamento neoyorkino, que le provocó la muerte…

El Soñador miraba la pantalla boquiabierto.

—¡Madre mía! Lennon. Qué horror, joder. Y encima en Nueva York.

—Creo que no es por eso por lo que estamos aquí.

El Fantasma señaló el teléfono. Comenzó a sonar con unos quejidos largos y graves. Contemplaron a su otro yo, que se acercó a contestar a regañadientes con grandes zancadas.

—¿Diga?

Un silencio. La operadora del hotel le dijo que se trataba de una llamada internacional. Y entonces apareció ella, Maggie, al otro lado de la línea. Hasta el Soñador oía sus jadeos.

—¿Maggie? Maggie, ¿qué pasa? Ahí debe de ser de madrugada. ¿Por qué lloras? ¿Por las noticias? Han atrapado al hombre que ha disparado… No hay peligro…

—*¡No! No tiene que ver con las noticias…* —Maggie gritó tan fuerte y estaba tan alterada que su voz se oyó débilmente en la habitación.

—¿Qué ha pasado?

Ahora no se la entendía. Ni siquiera el Wilbur que tenía el teléfono en la oreja supo lo que decía.

—Maggie, cariño. Lo siento, no te oigo… ¿Has dicho algo de sangre? ¿Estás sangrando? No entiendo lo que dices…

Mientras Maggie hablaba, Wilbur se sentó en la cama. Apoyó el peso de la cabeza en la mano.

—Oh, no. Ay, Maggie…

El Soñador contemplaba la escena con nerviosismo.

—¿Qué pasa?

—*No sé qué hacer, Wilbur… Creo que lo hemos perdido…*

El Fantasma apenas prestaba atención. Percibió el vértigo del momento, el preciso instante en que un futuro se cerraba y comenzaba otro.

—¿Qué pasa? —repitió el Soñador con verdadera preocupación.

—Maggie perdió el bebé —dijo el Fantasma. El Soñador puso cara de estupefacción—. ¿Dónde estaba yo cuando ella me necesitaba?

—¿Estás diciendo que fue por mi culpa? Joder. ¿Fue por mi culpa?

—No. Lo que digo es que lleva una hora sola, limpiándose la sangre, limpiando la sangre del suelo del baño, mientras yo estoy aquí, a más de seis mil kilómetros, en una habitación de hotel con moqueta de lujo y albornoces bordados, preparando una conferencia que no necesito dar…

—Pero yo qué iba a saber. ¿Cómo iba a saberlo?

El Fantasma sacudió la cabeza, como si no hubiera entendido lo más importante.

—No era más que un viaje de negocios absurdo. Ni siquiera hacía falta que viniera. Yo qué sé. Si hubiera sido un caso aislado, sería una idiotez fustigarme, pero el caso es que me resultaba más fácil estar fuera que quedarme en casa. Libros Budd no tenía librerías en Estados Unidos. Sí, pensaba que con el tiempo me expandiría allí también, pero no viajé por eso. Viajé porque me llenaba de orgullo que me lo pidieran. La Convención Norteamericana de la Industria Editorial de 1980. Todos los gastos pagados. Maggie nunca me pidió que no fuera, jamás me lo habría pedido, pero llevaba semanas sin pasar una sola tarde con ella. Puede que meses. No tenía nada en contra de que me marchara a Nueva York…, pero no era solo eso. Había más. Era algo completamente inútil. Y yo lo sabía. Sabía que prefería que me quedara con ella. Como si ella supiera lo que iba a pasar… Pero yo pude elegir, pude elegir y, ya me ves, ahí estoy, metiendo la pata hasta el fondo…

Mientras tanto, Wilbur intentaba razonar con Maggie, pero eso solo servía para empeorar las cosas.

—Escucha, Maggie, sí, ya lo sé. Lo sé. Me acuerdo de lo que dijimos sobre el mural del elefante… —Wilbur se echó a llorar—. Lo siento, Maggie. Ojalá estuviera allí contigo… —Un silencio largo y reflexivo. Después dijo—: No puedo volver hasta el jueves… Me he comprometido… La conferencia es mañana… No puedo faltar… A mí también me gustaría abrazarte… Te quiero…

Los dos observadores invisibles permanecieron en silencio. Uno de ellos miraba su futuro; el otro, su pasado.

El amor era lo doloroso, el trabajo era lo contrario. Era una adicción. Había perdido de vista a Maggie. Ella estaba allí, pero en la periferia. La vida era más llevadera de ese modo.

El Fantasma suspiró.

—Fui un idiota. Ahora me doy cuenta. Tú también podrías serlo…

—No quiero serlo.

—Bien —contestó el Fantasma—. Supongo que por ahí se empieza… En ese momento no fuiste sincero con ella. No sabías si querías tener hijos. No tenías ni idea. Estabas asustado. Fuiste incapaz de decir lo correcto. Daban igual las palabras que usaras, nunca iban a sonar bien porque no sentías la pérdida que sentía ella.

—Pero eso no es cierto —dijo el Soñador, rascándose las patillas.

—Estamos en 1980.

—Quiero tener niños.

—Ahora sí. Mientras duermes en esa cama durante tu luna de miel en Venecia. Pero las cosas cambian. Tú cambias. Y el tiempo que pasas fuera y la cantidad de veces que llegas tarde a casa se vuelve cada vez más inverosímil… —El Fantasma se quedó pensando—. Puede que tengas razón, Soñador. Puede que, en el fondo, yo todavía quisiera tener hijos. Pero me daba pánico ser padre. Porque, a ver, no tenía ningún referente. Solo había visto que mamá hacía malabares con el dinero, que Dougie y yo nos peleábamos y que Dougie se metía en líos y se mataba. O sea, que no era el mejor candidato para traer hijos al mundo. Y, como te decía, tampoco quería cuidar de más gente.

El Fantasma se paseó por la habitación durante un rato más mientras intentaba entender su pasado.

—Y en parte me alegro de que no llegara a tenerlos. —Se detuvo y vio por la ventana los taxis amarillos que iban y venían por Park Avenue—. Me refiero a mi vida. A la vida que yo viví. Que la persona en la que me convertí no los tuviera. Porque no creo que yo hubiera estado mucho más presente de lo que estuvo papá. Y al menos él tenía la excusa de estar muerto.

Mientras tanto, el Wilbur de 1980 se despedía.

—Sí, yo también te quiero.

Y se acercó al mueble que había junto al televisor para agarrar una licorera y servirse un whisky.

Miró el libro que tenía junto a la cama. Uno que había comprado en el aeropuerto. Uno que nunca leyó. Cambió de canal y puso un concurso, *El precio justo*. Se sentó en el borde de la cama e intentó concentrarse en la pantalla, como si no hubiera nada más en el mundo que tres concursantes empeñados en averiguar el precio de un frigorífico y de unos sillones reclinables.

Se bebió el whisky de un trago.

—Creo que esa noche me agarré una buena cogorza —dijo el Fantasma—. Si no recuerdo mal, fui a la conferencia con resaca. La presentación incluía el pase de unas diapositivas y me equivoqué en todo. Recuerdo que comí un perrito caliente en Central Park mientras observaba a un padre con su hijo y casi se me saltaron las lágrimas, como si ese yo mío, más verdadero y más profundo, que se sentía como Maggie, siguiera allí. Yo qué sé. Pero intenté seguir adelante con mis cosas. Así que, cuando por fin volví a casa, no le conté a Maggie nada de lo que había sentido. Y esa distancia permaneció allí, incluso mientras cenábamos juntos. La mesa de la cocina se convirtió en el océano Atlántico.

El Soñador vio las ventanillas doradas del Tren de la Medianoche a lo lejos, elevándose por el cielo. Una cenefa de sombra y luz que se dirigía hacia ellos desafiando la física como solo lo hacen las cosas muertas.

—Creo —dijo en voz baja— que es hora de irnos.

Y apoyó la mano en el hombro del Fantasma, como si él fuera el más anciano de los dos, como si el Fantasma en ese momento fuera quien más lecciones tenía que aprender.

Una vez en la vida

Londres. Tres años después.

El destello de un restaurante italiano en el barrio de Pimlico. La pizzería Italian Stallion. Decoración blanca y roja. Olía a ajo, sonaba Lionel Richie y se notaba que había dinero fresco. El local estaba lleno de hombres trajeados, de mujeres con el pelo cardado y de conversaciones mezcladas con alcohol.

Y allí estaban el Fantasma y el Soñador, con sus pantalones de campana y sus sandalias. El Soñador miraba con incredulidad a Charlie Applewood, que estaba sentado frente a Wilbur mientras comían.

—Guau. Cómo ha cambiado Charlie…

Y sí que había cambiado. Calva incipiente, camisa blanca. Parecía un poco quemado por el sol y ahora llevaba gafas. Tenía treinta y ocho años.

—Chiss, calla… —El Fantasma señaló hacia la mesa de Wilbur y Charlie—. Creo que tienes que oír esto.

Así que el Soñador prestó atención. Al principio, nada resultó desconcertante. Los dos amigos de toda la vida charlaron sobre las recientes vacaciones de Charlie y Claudette en la Costa Brava. Y luego sobre las posibilidades del Sheffield Wednesday esa temporada.

Charlie le recomendó a Wilbur una serie de televisión que les encantaba a Claudette y a él llamada *Cagney & Lacey*, y una novela «fabulosísima» de Alice Walker titulada *El color púrpura*. A lo cual, Wilbur contestó que ya no tenía tiempo para leer ni para ver la televisión.

—¡Wilbur Budd no tiene tiempo para leer! —exclamó el Soñador—. Nunca pensé que oiría semejante cosa.

—¿Y para la música? —añadió Charlie—. Bowie está ahora de gira, The Serious Moonlight se llama. La más grande de todas las que ha hecho. Sé que se ha vuelto un poco comercial, pero nosotros también. Y, joder, sigue siendo David Bowie… Por eso me preguntaba si te gustaría ponerte tus mejores galas para ir al Wembley Arena conmigo.

—Lo siento, Charlie. No puedo. Ahora mismo no tengo tiempo.

—¡Tenía tiempo! —se lamentó el Fantasma—. ¡Tenía todo el tiempo del mundo!

Durante un rato, Charlie y Wilbur comieron sus respectivas pizzas en silencio.

—De acuerdo, mis prioridades estaban mal, pero no me considero una mala persona —dijo el Soñador, levantando la barbilla en un ligero gesto desafiante—. Creo que soy bastante normal.

—Sí. Pero no hay nada más normal que perderse a uno mismo.

—Ya lo sé. Vale, nos costó superar lo de Dougie… Y la muerte de mamá lo reavivó todo… También había un poco de culpa de clase obrera… Y es probable que yo fuera más ambicioso de lo necesario… Pero hablas como si yo fuera Scrooge.

—No. Somos el resultado normal del tiempo que vivimos. Pero eso no significa que no estuviéramos perdidísimos. Supongo que teníamos más en común con *Tiempos difíciles* que con *Cuento de Navidad*, si seguimos con Dickens. Con aquel industrial insensible que dejó de ver a las personas como personas…

El Soñador había leído *Tiempos difíciles* hacía mucho menos tiempo que el Fantasma. Recordaba el momento en que Thomas Gradgrind se daba cuenta de que nunca había aprendido la «sabiduría del corazón». «El terreno que piso ha dejado de ser sólido bajo mis pies. En un instante han cedido el único apoyo en que me sostenía y la fuerza de lo que me parecía y aún me parece incuestionable».

Ni por asomo quería ser Gradgrind.

—Pero nosotros no somos así, ¿verdad? A mí me preocupa la gente. No los veo como números. No solo me importa ganar, ganar y

ganar… ¿A que no? ¿A que no somos así?

—Bueno, eran los años ochenta. A nadie le habría llamado la atención. Pero chiss… Mira esto.

Charlie, con cuidado, le dio un pellizco al pan de ajo. Perecía triste por su amigo.

—Ya sabes lo que dicen: «Mucho trabajo y poco reposo convierten a Jack en un soso».

—Bueno, es una época de mucho ajetreo. En el último trimestre hemos abierto ocho librerías. A eso hay que sumarle los inventarios y los quebraderos de cabeza de los proveedores. Y hay más competencia que nunca en el sector minorista… Ya me conoces: necesito estar al pie del cañón.

—Borges dijo algo de que el tiempo nos arrastra como el agua… —añadió Charlie—. Lo he estado leyendo un poco. Es como leer a un científico en el país de las maravillas. Me lo recomendaste en la época de la universidad y por fin le he metido mano. Siempre sabías qué me convenía leer. En cualquier caso, recuerda: eres como el agua.

Wilbur sonrió con afecto a su amigo.

—Siempre me ha gustado tu manera de filosofar, Charlie… Y tienes razón, debería leer más.

—Es que me parece una lástima, solo eso. Antes te pasabas la vida diciéndome que leyera cosas y ahora que diriges la cadena de librerías más famosa del país no tienes tiempo para leer… Es un poco el mundo al revés.

—Bueno, es solo una fase de la vida. Cuando cumpla cincuenta me retiraré. Maggie y yo nos iremos a recorrer el mundo. India, Sudamérica, el Sudeste Asiático, vete tú a saber. Tal vez escriba un libro. Maggie se dedicará al arte. Pero ya está. Esta vida de trabajo habrá acabado. Ese es el plan… Me parece un trato bastante bueno. Trabajar ahora como un loco. Construir algo positivo que los clientes valoren. Y más adelante tirarme a la bartola y jubilarme más de diez años antes que el resto de la gente.

Charlie asintió.

—Sí, eso he oído. Maggie le habló de eso a Claudette en la fiesta…

En ese momento el Fantasma se acercó a su yo durmiente para ofrecerle algo más de contexto:

—El cuarenta cumpleaños de Claudette. Celebró una fiesta en su casa de Clapham a la que asistieron muchos de sus amigos de Sheffield. Maggie estuvo, pero yo no. Como siempre, estaba muy ocupado.

—La cosa es, Wilbo, que no tendrás cincuenta años hasta 1995. Falta mucho. Para entonces, a lo mejor te puedes teletransportar a la India.

—Bueno, está bien pensar por adelantado.

Se produjo un silencio incómodo, tras el cual Wilbur fue directo al grano:

—Oye, Charlie, hemos pasado por una buena racha, pero a partir de ahora voy a necesitar reestructurar la parte financiera…

Charlie pareció confuso. El ambiente cambió.

—¿Reestructurar la parte financiera?

—Me han recomendado a un asesor muy bueno. Un tío muy serio. Estadounidense.

La idea comenzó a calar.

—Creía que tu asesor era yo.

—Y lo eres. Y has sido fundamental para nuestro crecimiento. Pero estamos comenzando una nueva fase… Quedó atrás la época de música y canturreos en el despacho de contabilidad.

A Charlie se le tensó la mandíbula.

—¿Qué? ¿Me he equivocado alguna vez en algo? Si quieres dejo de poner música, pero nunca habías tenido ningún problema.

Wilbur pellizcó su propio pan de ajo sin pensar.

—En un plazo de dos años habremos duplicado nuestras operaciones. Estamos aumentando el ritmo y necesitamos a alguien con un enfoque más «macro».

Charlie soltó el cuchillo y el tenedor y se quedó mirando a su viejo amigo.

—A ver si lo entiendo, Wilbur. Cuando me dijiste que me invitabas a comer pensé que algo pasaba, porque ¿cuándo fue la última vez que comimos juntos? ¿En los setenta? Pero resulta que esta es nuestra Última Cena, ¿es eso?

—No, no es eso, Charlie.

—Me he dejado la piel por ti. ¿Qué he hecho mal? Joder, Wilbo, ¿cuándo me he equivocado? Mis previsiones han sido acertadas todos los trimestres. He ayudado a reducir costes. He contribuido a superar la recesión y ahora estamos en condiciones de crecer más y más. Nos encontramos en un momento de apogeo. Se nota hasta en este sitio. Crecimiento y más crecimiento. Y las cosas serán incluso…

—No es porque hayas hecho algo mal, Charlie… Oye, puede que hasta te venga bien. Siempre has sido mucho más que un contable. Eres un pensador. Un científico. Un filósofo…

Charlie sacudió la cabeza y apretó los labios.

—Podríamos habernos quedado en Yorkshire, ¿sabes? Yo tenía trabajo en la universidad. Y ya habríamos terminado de pagar una casa allí. ¿Crees que habríamos elegido venir al sur e hipotecarnos hasta las cejas? A Claudette ni siquiera le gusta vivir aquí. Nunca le ha gustado…

Wilbur levantó las cejas y miró su pizza.

—Bueno, pues entonces podría ser bueno para vosotros. Tendréis libertad para volver al norte.

Charlie hizo una mueca.

—Con el debido respeto, Wilbo, eres la hostia. He dedicado diez años de mi vida a esto. A ti. Porque soy tu amigo y porque creía en ti, incluso cuando nadie lo hacía. Incluso cuando estabas hundido en la mierda. Después de lo de Dougie.

—No hace falta que saques el tema de Dougie —murmuró Wilbur.

—Pero esa es la clave, ¿no? Nunca has dejado de correr. Siempre has tratado de poner la máxima distancia entre la persona que eres ahora y la que eras entonces…

—Charlie, por favor.

—Mira, nunca he pedido mucho. Nunca he presionado para cobrar más. He estado contigo desde el principio.

—Te di trabajo. Te hice un favor. Te dejaba que pusieras tus discos…

—Dime el nombre de otro empleado que haya trabajado tantas horas extra sin remunerar como yo.

—Nunca te pedí que las hicieras.

—Tampoco me lo impediste. Joder, Wilbur. Ahora podría estar enseñando Física en cualquier sitio.

—Todavía puedes.

—No me habías dicho ni media palabra. Y de repente me vienes con esto. —Charlie inspiró hondo y volvió a hundirse—. Puedo trabajar con más ímpetu. Puedo ser como tú. Sin vacaciones, sin libros, sin televisión, sin fiestas…, pero necesito este trabajo, Wilbo. Tenemos una hipoteca… Y a Sophie…

Por debajo del pelo largo, el Soñador fruncía el ceño con cara de concentración mientras se esforzaba por encontrar su redención. Por encontrar una justificación para lo que estaba viendo.

—Supongo que era una cuestión de negocios… Se dice que es mejor no trabajar con amigos y familiares.

—No —se opuso el Fantasma con firmeza—. Charlie era, sin lugar a dudas, el empleado más leal que tuviste jamás.

—Entonces, ¿por qué lo despido?

—No lo sé. Me dijeron que había gente mejor por ahí. Yo quería lo mejor. Pero no me di cuenta de que ya lo tenía.

Sonó Talking Heads. *Once in a Lifetime*.

—Lo siento —le dijo Wilbur a Charlie—. No es nada personal. De verdad que no.

Charlie asintió. Acto seguido, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Ese es precisamente tu problema.

Mirar sin ver

Mientras intentaba parar un taxi, un vagabundo se acercó a Wilbur para pedirle algo de dinero. Wilbur estaba tan absorto en su tarea que lo ignoró por completo. El hombre le dio entonces un golpecito en el brazo y Wilbur lo apartó con brusquedad y le puso mala cara.

—Aparta.

El Soñador, avergonzado, se miró las sandalias.

—Este mundo está lleno de gente que mira, pero que no ve —dijo el Fantasma.

—Recuerdo esas palabras, aunque no quién las dijo.

—Fue Victor. Victor Willows. Ya sabes, el vagabundo aquel de Sheffield que lo perdió todo en la guerra. Aquel con el que charlábamos de vez en cuando.

—Ah, sí. Me acuerdo de él.

El Fantasma asintió.

—Es una pena que él no se acuerde —añadió el Fantasma mientras el otro Wilbur se subía al taxi y le pedía al conductor que lo llevara a las oficinas de Libros Budd en Haymarket.

Y los dos espectros permanecieron allí, en la calzada, mientras el taxi los atravesaba.

—De acuerdo —dijo el Soñador—. Ahora lo veo.

Un pensamiento al mirar por la ventanilla

Lo absolutamente irritante de estar muerto es que consigues poner todas tus prioridades en orden justo cuando es demasiado tarde para hacer algo con ellas.

Máxima velocidad

El Soñador estaba mudo de asombro.

—¿Y seguiste adelante? ¿No redujiste la velocidad de tu vida… ni siquiera después de eso?

—En todo caso, la aumenté. Confundí estar hasta arriba de cafeína y de adrenalina con estar vivo. Confundí la adicción con la determinación. No había término medio. Me volví codicioso. La vieja idea de ganar, ganar y ganar. Adoptamos la estrategia de la absorción… Descuentos agresivos… Teníamos problemas con los libreros locales porque nos instalábamos junto a sus negocios y nos llevábamos a sus clientes. Sentía una especie de calma cuando los competidores cerraban sus puertas, y nunca me planteé lo que significaba eso para la vida de la gente. Quería un mundo sin competencia, sin variedad. Que solo hubiera Libros Budd, que mi nombre estuviera por todas partes. Perdí por completo el sentido de lo que hacía, y el negocio se alejó al máximo de la idea original de Agnes Bagdale. A veces, yo era Thomas Gradgrind y Ebenezer Scrooge al mismo tiempo… Pero acababa de nacer una nueva era. Y no había castigos para la avaricia. Solo recompensas.

Algo le llamó la atención al otro lado de la ventanilla: Wilbur, trajeado y repeinado hacia atrás, sobre el escenario de los Premios a la Excelencia Empresaria en el Metropolitan Hotel de Park Lane, en Londres, se olvidaba de mencionar a Maggie en su discurso, mientras ella, sentada a la mesa junto a su silla vacía, trataba de no preocuparse por el bulto que se acababa de descubrir.

Vive como vivirían los muertos si tuvieran la oportunidad

Mientras el tren continuaba por su vía, el hombre que estaba muerto le hablaba de sí mismo al hombre que solo estaba dormido.

—Tiene gracia —le dijo—. Se tarda un momento en morir, pero para aprender a vivir hace falta una vida entera. Y se me ocurre, aunque demasiado tarde, que tal vez haya vivido de una manera completamente errónea por ser por dentro como era.

—¿Me estás diciendo entonces que mi futuro es una pérdida de tiempo?

El Fantasma sacudió la cabeza de modo suplicante.

—Tú sigues vivo. Solo estás dormido. Para ti no es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para vivir como vivirían los muertos si tuvieran la oportunidad. Pero, para eso, necesitas ver lo que pasó… Lo que os pasó a ti y a Maggie.

Habitaciones vacías

El tren se detuvo delante de una mansión, tan imponente que intimidaba, situada en Sumner Place, en el barrio de South Kensington, una soleada tarde de agosto.

La vivienda quedaba algo apartada de la calle tras un amplio jardín delantero que contaba con un enlosado impecable y tres laureles plantados en grandes maceteros cuadrados.

Era una casa impresionante.

El Soñador la miró boquiabierto.

—¿Eso es nuestro?

—Ajá. Sí, señor. Seis dormitorios. Cinco de ellos absolutamente innecesarios.

Wilbur, vestido de traje, subió los escalones de la entrada con aire cansado. Hablaba por un antiguo (nuevo) móvil Motorola con una pequeña antena en la parte de arriba.

—Buah —dijo el recién casado durmiente de 1974—. ¡Un teléfono portátil!

—Sí —decía Wilbur en ese momento—, necesitamos los informes de previsión financiera para el martes… Sí… De acuerdo… Adiós, Sheila.

El Soñador miró al Fantasma.

—¿Quién es Sheila?

—Mi secretaria personal.

Siguieron al Wilbur de cuarenta y nueve años hasta el interior de la casa. Un amplio recibidor conducía a un espacioso salón con grandes ventanas en voladizo, un sofá amplio y opulento y cuadros en las paredes, incluido el cartel que Maggie diseñó para el estreno de *El jardín de los cerezos* en el Crucible de Sheffield.

Y allí estaba la mismísima Maggie, en el sofá. Tan guapa como siempre. Era tan ella misma que al contemplarla uno solo podía sentir que volvía a casa. Pero se había alzado una barrera. Y Wilbur experimentaba cierto sentimiento de culpa al mirarla. Como cuando alguien mira una herida infligida por él mismo.

El Fantasma se fijó en que Maggie llevaba una camiseta blanca de la exposición de Kandinsky que había tenido lugar en la Hayward Gallery, donde había colaborado en un catálogo realizando un pequeño trabajo de diseño.

El Fantasma pensó en ella como nunca lo había hecho en vida, al menos durante aquella época. Deseaba estar conectado, calmado, concentrado solo en ella, en vez de con la cabeza perdida en gráficos económicos digitales.

—Ay, Maggie, lo siento. Te eché de menos —dijo el Fantasma.

Eso fue lo que le vino a la cabeza. No por lo poco que supo de ella tras el divorcio, sino por lo que le pasó antes, durante aquellos años. Por todo lo que se perdió.

Sabía lo básico. Sabía que ella lo había pasado mal, muy mal, desde que se marchó de Sheffield. Llevaba sin trabajar a tiempo completo desde que se trasladaron a Londres, hacía casi dos décadas. Al principio decía que disfrutaba de la libertad que le proporcionaba ser autónoma, pero él dudaba de que eso siguiera siendo cierto. Eso fue antes del paulatino distanciamiento de sus amigos del norte, antes del aborto, antes de que Claudette se enfadara con ella cuando Charlie fue despedido, antes de que intentaran una vez más tener un hijo y antes —no mucho después— de darse cuenta de que solo quería un bebé para llegar a un marido que no se dejaba alcanzar. Antes de tragarse sus sueños, bocado a bocado, con la suficiente sensación de culpa como para no quejarse.

Durante una temporada disfrutó elaborando gráficos para Libros Budd, pero Wilbur y la empresa decidieron adoptar un rumbo más comercial.

—Tu estilo es demasiado sutil, demasiado brillante —recordó haberle dicho.

Cuando lo que en realidad quería era que su trabajo se mantuviera al margen de ella, al margen de todas las personas que le importaban. Trataba a todo el mundo con condescendencia, pero sobre todo a ella. Disfrazaba cada rechazo como un cumplido.

Poco a poco, mediante una serie de pasos apenas perceptibles, ella renunció a la idea de tener un propósito en la vida. Es decir, mientras permanecía a la sombra de la vida laboral de Wilbur, mientras sus intereses pasaban desapercibidos y quedaban desatendidos, se entregó a un papel que siempre parecía secundario. No para Wilbur, pero sí para la persona en la que ella creyó que se convertiría. Lamentaba haber perdido a esa persona, igual que lamentaba la pérdida de su matrimonio. Porque la cosa era que, a pesar de todo, amaba al hombre con el que se casó. Siempre lo había amado. Al igual que Wilbur siempre la había amado a ella.

El Fantasma se volvió hacia el Soñador y vio que miraba a esa Maggie del futuro con gesto sombrío. Un gesto de preocupación y confusión.

Suspiró.

—No la valorábamos, ¿verdad?

—No. No valorábamos nada.

Señaló un dibujo enmarcado que estaba colgado en la pared. La ilustración del quiosco de música de los Jardines de Kensington rodeado de flores.

—Cuando abandonamos la idea de tener hijos, ella se iba al parque a dibujar. Como en los viejos tiempos. Lo hacía con mucha frecuencia, creo. No lo sé. Pero recuerdo haber visto dibujos suyos por toda la casa.

Maggie tenía una novela al lado, pero, con la mirada perdida, veía la tele, *Expediente X*, donde un físico ayudaba a Mulder y Scully a dar con un asesino en serie. Pese al esplendor del salón, el ambiente que reinaba era de tristeza. Una soledad londinense.

Cuando Wilbur entró, ella levantó la vista. Pero el Wilbur de cuarenta y nueve años no se dio cuenta. Se fue directo a la cocina y se sirvió una copa de vino tinto. Un minuto más tarde, volvió al gran

salón, se quitó los zapatos, se desplomó en un sillón junto al sofá y apretó los dedos de los pies contra la lujosa alfombra. Solo entonces reparó en Maggie. Y se dio cuenta de que estaba decaída, aunque no tenía idea de por qué. La miró como se mira una nube misteriosa sin saber si va a llover.

A esas alturas de la vida, Wilbur era bastante diferente a Maggie, al menos en un aspecto: no se le daba muy bien interpretar a la gente. Mientras que ella aún era capaz de leer el libro de una persona a partir de una sola página, él no se enteraba del argumento ni aunque le dieran el libro entero.

—¿Estás bien? —preguntó confuso.

Se produjo un silencio. En la pantalla, Scully estaba frustrada con Mulder mientras este conducía. Maggie sacó el mando a distancia de entre dos cojines y apagó el televisor. Eso confundió aún más a Wilbur.

—¿Maggie?

—Lo van a demoler —dijo con voz algo lejana.

Eso no aminoró su confusión.

—¿Qué van a demoler?

—El Palace Cinema.

—¿El de Sheffield? —Wilbur lo dijo como si se tratara de un planeta exterior e irrelevante.

Ella suspiró.

—Sí. Me ha llamado mi padre. Ya sabes, para preguntarme cómo me ha ido en el médico.

Wilbur adoptó una expresión de culpa. La culpa se le daba mal. Intentaba mantenerla oculta. El problema era que resultaba pegajosa. Se pegaba a las demás culpas. Y él tenía unas cuantas.

—¿El médico? Ay, claro. Se me había olvidado que era hoy. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo estás?

—No te preocupes. Han salido los resultados y es benigno. Estoy bien.

Él sonrió.

—Seguro que te has quitado un peso de encima.

Ella también sonrió, pero era una sonrisa de tristeza.

—Es raro. Sí, estoy bien. Pero durante un mes he pensado que tenía cáncer. El médico dijo que tenía muy mala pinta y que debía prepararme para lo peor.

—Eso no me lo contaste. Lo de que tenía mala pinta.

—Ay, Wilbur, sí te lo conté. Te lo conté ese mismo día, pero tú tenías un montón de cosas en la cabeza. Y desde entonces apenas ha habido oportunidad. Quise hablar contigo hace dos noches, antes de que te marcharas a toda prisa a esa fiesta del Centro. No sé si te acuerdas, la noche que íbamos a salir por nuestro aniversario y tuve que anular la reserva del restaurante.

Él suspiró. Guardaba el vago recuerdo de una conversación médica que no tuvo tiempo de atender.

—Lo siento. Pero te dije que iríamos a cenar en otra ocasión.

Maggie suspiró también. O puede que solo fuera una exhalación lenta, un reajuste emocional.

—El médico me dejó preocupada. Y eso me ha hecho pensar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

A eso no respondió. Todavía no. Tan solo se quedó mirando la chimenea apagada. Los barrotes de la rejilla vacía como si fuera una cárcel en miniatura.

—Mi padre me ha dicho que van a demoler el cine para construir un centro comercial en Union Street…

—Ah, sí. Eso sí lo sabía.

—Es como si el capitalismo fuera una bomba, ¿verdad? Un día crea ciudades y al día siguiente las hace estallar muy despacio…

Él sonrió. Se preguntó si estaría deprimida, y esa idea lo inquietó. Para apartar ese pensamiento de su cabeza, trató de adoptar una ligereza que resultó incómoda en el ambiente.

—Me gusta que mantengas tu faceta política. Como si siguiéramos en 1968. Como si fuéramos a una manifestación en la escuela de Bellas Artes con flores en el pelo.

—No te pongas condescendiente conmigo, Wilbur —dijo ella en voz baja—. No puedo evitar mantener el norte.

—¿Mantener el norte? ¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé. Estoy cansada, nada más. Exageraciones mías.

—Sí, ya lo veo.

El observador que veía todo esto desde un sueño estaba confuso.

—¿Por qué nos comportamos así?

El Fantasma soltó un suspiro, uno de esos de tristeza y derrota que solo los muertos pueden emitir.

—Pues mira, Soñador, porque ella tenía razón. Tenía razón. El norte lo había perdido yo.

Algo cambió

—Pues a mí me parece bastante emocionante. Lo de los planes para el centro comercial. Es bueno para la ciudad. De hecho, es allí donde se va a ubicar la segunda tienda de Sheffield…

Maggie sonrió con una expresión lejana.

—¿No es extraño que echen abajo el cine y que en su lugar haya una sucursal de Libros Budd?

Wilbur empezaba a darse cuenta, poco a poco, de que estaba metido en un berenjenal.

Dejó de pensar en la oferta pública de venta que estaba preparando y se centró en su mujer.

—Siento haber estado tan ocupado últimamente.

—¿Últimamente? Llevas ocupado desde los años setenta.

—Bueno sí, es verdad. No calculé que me llevaría tanto tiempo.

El Soñador percibió el modo en que Maggie miraba a su marido. Como si quisiera ver en él más de lo que había.

—Algo cambió en ti cuando murió tu madre —dijo Maggie—. Tendría que haberme dado cuenta, pero no lo vi. Obviamente, el origen de todo fue la muerte de Dougie y el hecho de no haber conocido a tu padre, pero creo que aún había esperanza de que lo superaras. Incluso dentro de tu ambición. Pero cuando murió tu madre, la luz se apagó. Antes de eso me gustaba que te centraras en el trabajo, porque, cuando me decías que todo era por nosotros, yo te creía. Cuando me decías que querías construir un futuro mejor para los dos. Que nos jubilaríamos jóvenes. Y que viajaríamos por el mundo.

—Eso todavía puede pasar.

—Mi padre tiene párkinson.

—Ay, Dios. Pobre Alfred —dijo el Soñador.

Sin embargo, el Wilbur del salón no dijo nada.

—Me enteré hace un mes, pero nunca era buen momento para contártelo. Quiero estar cerca de él. Quiero irme a Sheffield. Quiero volver.

El Fantasma le pidió a su yo más joven y durmiente que se fijara bien:

—Mira ahora. Mira cuál fue nuestra primera reacción. Nada relacionado con Alfred. Ni con Maggie. Mira.

En efecto, no tenía que ver con ninguno de los dos.

—Yo no puedo volver, Mags. No puedo. Necesito estar en Londres para supervisar la OPV. La empresa se va a hacer pública. Vamos a salir a bolsa. Después de eso, podré pasar a un segundo plano, pero ahora mismo tengo que estar en Londres… No hay otra opción.

Maggie lo miró mientras las lágrimas le empañaban los ojos.

—Sí que hay otra opción. Tenemos casi cincuenta años. Siempre dijiste que te jubilarías a los cincuenta.

—Bueno, estoy casi a punto. Solo tengo que asegurarme de que todo se haga como es debido, y si la salida a bolsa va bien…

—Antes no hablabas así.

Wilbur miró a su alrededor, al lujoso salón.

—Mira lo que hemos logrado. Mira todo esto.

—Este no era mi sueño, Wilbur.

—Es una vida cómoda. Un sueño.

Maggie se echó a reír con amargura.

—¿El sueño de quién? Yo no he trabajado para conseguirlo. Sabes que yo nunca quise esto. Pasarme todo el día vagando por la casa, de un lado a otro, rodeada de un lujo que me hace sentir culpable, sin nada que hacer aparte de ir los martes a Newham a echar una mano en la asociación benéfica… Nada más. No tengo ningún contacto con mis antiguos amigos. Llevo años sin ver a Doreen y solo he quedado una vez con Rosie. Claudette no me dirige la palabra por lo de Charlie. Y por aquí todas las mujeres son esposas de millonarios.

—Tú también eres la esposa de un millonario. Eso no te define.

Ella lo miró mientras le caía una lágrima.

—Para ser esposa hay que tener un marido. Alguien que no quiera evitarte. Alguien, no sé, que te advierta de que hay cristales rotos.

—¿Cristales rotos? ¿De qué hablas?

El Fantasma y el Soñador sabían de qué hablaba. Pero al Wilbur de mediana edad que estaba en el salón le costó averiguarlo.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos de pequeños? Cuando pasé con Doreen por Glossop Road.

—Cuando negué que tenía un hermano —dijo Wilbur, lleno de desprecio por sí mismo.

—No. No es ahí donde quería llegar. Me refería a cuando me avisaste de que había unos cristales rotos en la calle. Pensé que era lo más romántico del mundo. Que un chico pensara en mí de ese modo.

—No me acuerdo. Pero, Maggie, todavía lo eres todo.

Ella sacudió la cabeza con rotundidad. Contuvo las lágrimas.

—No. Solo soy una mujer que se pasa la vida cocinando macarrones con queso para una sola persona. Me limito a sentarme aquí a leer y a intentar no volverme loca.

—Haces un montón de cosas: tus cuadros, la asociación benéfica, el club de lectura…

—¿El club de lectura?

De todas las cosas estúpidas y condescendientes que Wilbur estaba diciendo, de lo que más se arrepintió fue de la mención al club de lectura. Ella lo detestaba. Y se lo había dicho. Quería dejarlo, pero era demasiado educada para marcharse.

—¿Alguna vez sientes que esta vida no es la nuestra?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que el plan no era este. No nos casamos para esto. Para no pasar tiempo juntos. Siento que hay una versión real de nosotros en otra parte… Dos personas satisfechas con el mundo que tienen y que no necesitan la luna y las estrellas. Dos personas que son felices, al menos una parte del tiempo. Dejamos a esa pareja en

algún lugar. Pero ya no somos nosotros. Hubo un tiempo en que no necesitábamos lujos. Solo necesitábamos un banco donde sentarnos.

—Maggie, la vida es esto. Son cosas de… de la mediana edad. Ya no somos adolescentes.

—¿Y por qué éramos mucho más sabios de niños que ahora? ¿Por qué no pudimos mantener una parte de eso? Si de verdad pensara que eres feliz, lo asumiría. Pero no eres feliz, en el fondo no lo eres. Siempre estás en tensión, siempre estás en otra parte. ¿Y si nos morimos así? ¿Y si te caes redondo de repente? —Tenía mucho guardado. Y no se iba a detener—. Me da igual que no te hayas acordado de lo del médico o que te olvidaras de nuestro aniversario…

—Por favor…

—…, pero siento que no encajo. No encajo en mi lugar de origen, porque ahora tengo dinero, y no encajo aquí, porque no soy una persona «de dinero». Todos se ríen de mi acento, todos piensan que el arte es solo algo que se compra, no que se hace, todos piensan que Thatcher fue la mejor primera ministra desde Churchill, no dejan de preguntarme por qué no tenemos hijos, como si esa fuera mi única función, como si la vida solo fuera un plan prediseñado y yo no lo hubiera seguido, y me preguntan si no me parece peligroso trabajar con pacientes que tienen sida… Y encima no les gusta el puñetero bizcocho de frutas chapucero que preparo. —Se le quebró la voz al decir eso último—. Nunca me aceptarán. No es mi mundo, nunca lo fue. Nada de esto es real. Nos miran por encima del hombro, a los dos. Por mucho dinero que ganes, nunca formaremos parte de ellos. Ni siquiera tú. Tú tampoco. Todo esto viene del esfuerzo y a ellos eso les parece algo feo, y yo no juego al *lacrosse* y lo único que sé decir en latín es *carpe diem*, lo cual resulta irónico, porque no he *carpe* un solo *diem* en mi vida y ahora tengo casi cincuenta años, achaques de salud y problemas de cadera. Dejé un trabajo que me gustaba y una ciudad que me encantaba. Fue

porque lo elegí, es cierto, pero lo elegí por ti. Y me quedé aquí, en el… en el sidecar de tu ambición…

—Maggie.

—Y ahora me odio más todavía por ser una consentida y una quejica.

—Maggie.

Ella tomó aire. Se quedó mirando la foto de portada de la revista *Marie Claire* que estaba sobre la mesa de centro.

—Pero quizá nuestra vida estaba destinada a ser una vida improvisada y puede que a los dos se nos dé mal improvisar.

—He estado muy ocupado.

Ella suspiró. No estaba enfadada. Solo cansada.

—¿Cuándo va a parar esto, Wilbur? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que ya no llevas los zapatos rotos?

—Maggie.

—Suena estúpido, pero a veces me gustaría ser yo el mercado de valores para que me prestaras un poco de atención.

—Maggie —repetía su nombre una y otra vez, como si no tuviera nada más—. Maggie.

Ella se secó una lágrima. Lo miró con gesto decidido.

—No te culpo. Ambos estábamos atrapados de diferentes maneras. Ambos queríamos orden en el caos. Pero creo que tenemos que asumir el punto en el que estamos. Si nos hubiéramos centrado en nosotros, solo en los dos, habríamos aguantado todo lo demás, las presiones laborales, las presiones sociales, las presiones familiares. Habríamos improvisado. Habríamos inventado la manera de hacerlo. Pero ya no somos eso. Llevamos muchísimo tiempo sin serlo. Así que me voy a Sheffield. Y tú puedes venir conmigo. O no. Solo te digo lo que hay. Lo que tengo que hacer.

Wilbur pareció dolido y seguía sin ser capaz de comprender.

—¿Hay otra persona?

Ella se estremeció al oír la pregunta. Se quedó mirando un cojín con demasiadas borlas.

—No, Wilbur.

—Lo que dice es verdad —dijo el Fantasma—. Dentro de dos años tendrá una relación breve en Sheffield con un escultor llamado David. No será feliz, pero tampoco echará de menos nuestra desatención. Esa historia terminará y vivirá sola, igual que tú. Ella será más feliz así que tú. Pero deseará que hubiera sido diferente. Seguirá echando de menos al tú de antes. Al que siempre quiso.

Maggie se apretó las manos con fuerza. Se quedó un buen rato mirando a su marido, como si lo buscara.

—No hay nadie más. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que ni siquiera hay un nosotros.

Y, como el Fantasma le acababa de explicar a su compañero durmiente, dos días más tarde, se hizo realidad.

Maggie escribió una carta y tomó un tren hacia el norte, con más maletas de las que podía cargar, para nunca volver. Wilbur hizo todo lo posible para que se quedara, excepto ofrecer una razón real. Y sus dos yoes, tanto el dormido como el muerto, se situaron detrás de él mientras leía la carta.

Querido Wilbur:

Creo que es mejor decir esto por escrito. El silencio ayuda a comprender las palabras. Es algo que siempre he valorado. Por eso, cuando tenía una semana horrible en Trapezoide me iba sola a la National Gallery, para contemplar *La Virgen de las rocas en silencio*. Era una forma de asimilar cosas.

Así que lo único que te pido es que te lleves esta carta a un lugar silencioso y la asimiles. No pretendo ser dramática. En sentido estricto, te estoy dejando, pero no creo que eso recoja la situación en su totalidad.

Me da la impresión de que yo soy la única que lucha por esta relación. Aunque, si te soy sincera, me quedan muy pocas ganas de luchar. Te quiero. Te he querido, de un modo u otro, desde que te conocí. Aunque al principio no me diera cuenta.

Cuando me marché a Londres, te eché de menos. Nunca pude imaginarme con nadie más. Soy -creo- una persona que se siente bastante a gusto sola, por lo general tan a gusto como con la gente. Tú eras alguien con quien podía estar sin dejar de ser yo. Estar contigo me permitía ser una versión más auténtica de mí misma.

Hubo años en los que el equilibrio estuvo bien. A ver, yo no era perfecta. Pero trabajaba mucho en el Crucible y tú trabajabas mucho en la librería y nos apoyábamos el uno al otro. Sentía que seguías ahí, como si el objetivo del trabajo no fuera el trabajo, sino un futuro compartido. Aún éramos lo bastante jóvenes como para imaginar que el tiempo que teníamos por delante duraría para siempre.

Pero las cosas cambiaron de rumbo y empecé a verte cada vez menos, siempre por culpa del trabajo. Y durante esa época me decías, y puede que también te lo dijeras a ti mismo, que al ampliar el negocio estabas generando una vida de menos trabajo. Que tendríamos más tiempo para estar juntos. Cuando éramos jóvenes nos encantaba *La vuelta al mundo en ochenta días*. Un libro absurdo, lleno de cosas obsoletas, pero también con una idea maravillosa de la aventura. Pensaba que ambos podríamos ser Phileas Fogg en la vida. Pero cada vez me sentía más como tu ayudante. Y nadie quiere ser el ayudante.

Me importas. Siempre amaré al hombre con quien me casé. Pero ahora lo echo de menos. Quiero sentarme en un banco con él a pasar el rato, como solíamos hacer.

Antes navegábamos en la misma dirección. Daba igual que miráramos un estanque, que viéramos una película o que contempláramos un cuadro en una iglesia veneciana. Por eso era fácil imaginar que ambos estábamos orientados hacia el mismo futuro.

Querías triunfar, pero eras amable y te preocupabas por la gente. Por mi padre. Incluso por personas desconocidas. Qué duro resulta escribir ese verbo en pasado. Creo que todavía te preocupas por la gente. Creo que todavía eres una buena persona, pero se te ha olvidado cómo se comportan las buenas personas porque te has distanciado de nuestro mundo. No sé qué ha pasado y he intentado encontrarte, pero te he perdido.

No puedo seguir siendo esa esposa corporativa que acude a actos empresariales, esa esposa a la que todo el mundo ignora, incluido mi marido. Decidí dejar atrás muchas facetas de mi vida para tener una vida común. Y ahora, con cincuenta años, estoy prácticamente sola. Por eso, mientras todavía me quede vida y salud, voy a volver a Sheffield. Echo de menos a mi mejor amigo y me echo de menos a mí.

Creo que, en resumidas cuentas, solo quiero viajar por el mundo, ver algunos cuadros y hacer el bien en la medida de lo posible. Habría preferido hacer todo eso contigo, pero me doy cuenta de que no va a pasar jamás.

Hay muchísimos maridos malos por ahí. Tú nunca has sido infiel. Nunca has sido violento ni terrible. Pero no eres el hombre del que me enamoré y eso me rompe el corazón.

Quiero que quede bien claro que no me marcho para alejarme de ti. Me marcho porque quedarme contigo hace que eche de menos todavía más a ese hombre.

Creo que no debería ser yo quien tomara la decisión, porque no es lo que siento. Siento que te elegí y que sigo eligiéndote, pero a lo largo de las décadas tú has dejado de elegirme a mí.

Estás siempre en otra parte, incluso cuando te tengo a mi lado.

Para mí es importante no sucumbir a la fantasía. Dudo que llegue a viajar por el mundo. Imagino que me consumirán las crecientes necesidades de atención de mi padre en Sheffield.

En cualquier caso, esto no es fácil.

Sé que me consideras fuerte, pero no lo soy.

Ahora mismo me siento tan frágil como una hoja al viento.

Es como si hubiera aguantado la respiración durante toda esta carta.

Siento que si exhalo, me echaré a llorar y nunca pararé.

Sé que pasaste por muchas cosas cuando eras joven, igual que yo. Pero no podemos quedarnos atrapados en eso toda la vida. No puedo cambiarte. Ni siquiera puedo cambiarme a mí misma.

Es desgarrador. Pero a veces tienes que dejar que se te rompa el corazón para seguir vivo.

Quiero que lo comprendas.

También quiero que comprendas que nuestro amor sigue ahí. ¿Te acuerdas de mi teoría absurda sobre el arte, cuando decía que la gente se hace vieja con

el arte, pero que ese arte siempre se mantiene nuevo? Bueno, pues pienso que con el recuerdo pasa lo mismo. No sé cómo explicarlo, pero me gusta creer que seguimos, de algún modo, en el teatro, cuando te acercaste a mí.

O en el día de nuestra boda. O en la luna de miel. O mirando las estrellas una noche de borrachera.

O felices, mientras pegamos el papel de la pared en Broomhill.

Te quiero, Wilbur.

Pero también te dejo.

No sé dónde se esconde el pasado, pero nos veremos allí.

Un beso,
Maggie

La luz en la ventana

El Fantasma miró al Soñador mientras el tren continuaba la marcha.

—Desde que te conocí he actuado como si llevara las riendas, como si tuviera las respuestas…, cuando en realidad solo hay una pregunta después de otra. Es una paradoja.

El Soñador pareció dudar.

—¿Qué estás diciendo?

—Supongo que quería que vieras lo que hay más adelante para que tuvieras la oportunidad de implicarte más en las preguntas. —Miró hacia el exterior, donde Wilbur contemplaba una pizarra llena de previsiones para el siguiente trimestre—. Siempre números. Siempre mirando números…

Tal vez todos los negocios sean una gran estrategia de afrontamiento, pensó el Fantasma para sus adentros. Si conviertes el dinero en un propósito, el desorden y el miedo desaparecen. Pero eso no es vivir.

—Intenta vivir la vida como…

El Soñador sonrió con tristeza.

—¿Como si no se pudiera medir?

—¡Exacto!

Llegaron a otra calle londinense sumida en la oscuridad. Aunque no tan fastuosa como la anterior, era bonita y estaba bordeada de árboles. Una hilera de casas de ladrillo rojo, en Clapham. En el umbral de una de ellas, vieron a Wilbur, borracho y con un traje algo desaliñado.

Por fin se abrió la puerta y apareció una Claudette confusa de cincuenta años. Mientras se abrochaba la bata y contenía un bostezo, lo miró con los ojos muy abiertos. Llevaba más de una década sin ver a Wilbur.

—Hola, Claudette.

—Uy, Wilbur, ¿qué haces aquí?

—No estaba seguro de que siguierais viviendo en esta casa. Pasaba por el barrio y he decidido probar.

—¿Qué ha pasado?

—Había un evento por aquí. En Clapham. Acepté ir; estaba por la zona, y como había un *pub* agradable cerca, después del tercer o cuarto whisky, o puede que el séptimo, pensé que me apetecía ver a algún amigo. Y entonces me he acordado del mejor amigo que he tenido jamás: Charlie Applewood.

—Wilbur, es más de medianoche.

Se tambaleó una pizca mientras consideraba eso último.

—Ya. Pero si te lo planteas en términos mundiales, Claudette, en realidad es prácticamente de día en todas partes. Son… —contó con los dedos— las nueve de la mañana en Sídney… y las cuatro de la tarde en San Francisco.

—Pero esto no es San Francisco. Es el sur de Londres.

Se quedó pensando.

—Charlie soñaba con ir a San Francisco. ¿Ha estado ya allí?

El Soñador apenas daba crédito a lo que veía.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué los molesto? Duele verlo.

Claudette suspiró.

—Nuestra hija está dormida. Mañana tiene colegio. Tiene el sueño muy ligero. Creo que es mejor que te vayas a casa.

Wilbur sonrió con melancolía.

—¿Cómo se llamaba…?

—Sophie. Pero, por favor, Wilbur, creo que te vendría mejor irte a casa. No sé si Charlie…

—Sophie es un nombre precioso.

Entonces apareció Charlie con un pantalón de pijama y una camiseta descolorida de Bowie.

—¿Wilbur? Joder. ¿Qué haces aquí?

—Maggie me ha dejado. Y no tenía a nadie con quien hablar.

Pareció la noticia menos sorprendente que Charlie hubiera oído jamás.

—Lo siento, Wilbur.

—Me preguntaba si podría… —Se quedó callado un momento, como si la frase supusiera un gran esfuerzo—. Me preguntaba si podría pasar a charlar.

Charlie y Claudette se miraron. El lenguaje sutil de la gente que de verdad está unida.

—De acuerdo —dijo Charlie—. Pero no podemos hacer ruido.

Wilbur vio que se encendía una luz en la planta de arriba. Se dio cuenta de que había despertado a su hija y se odió por ello, recordó el Fantasma. También pareció recuperar la suficiente sobriedad como para reparar en lo ridículo que resultaba estar allí.

—No. Perdonad. No pretendía despertaros. Me alegro de veros. Yo también debería acostarme. Mañana vuelo a Dublín…, estamos montando una tienda allí.

Charlie no supo qué hacer con esa información.

—Muy bien.

Wilbur echó a andar hacia la calzada.

Charlie, preocupado, salió a la acera.

—Colega, vas a estar bien, ¿verdad?

Wilbur se detuvo.

—¿Al final fuiste?

—¿Qué?

Señaló su camiseta.

—Al concierto. David Bowie. La última vez que te vi me dijiste que querías ir.

Charlie, en zapatillas y en plena acera, lo miró con absoluta perplejidad.

—Eso fue hace casi trece años.

—Lo sé. Pero ¿fuiste?

—Sí, sí que fui. Con uno del trabajo. Encontré un trabajo nuevo enseguida, después de que, ya sabes…

—Siento mucho todo aquello.

—Es agua pasada.

El Fantasma suspiró y dijo para sí mismo:

—Agua pasada. Siempre es agua pasada…, menuda cantidad de agua pasada.

Wilbur, amarillo debajo de la farola, miró con tristeza a su viejo amigo.

—¿Fue un buen concierto? —preguntó.

Charlie asintió.

—Buenísimo. Uno de los mejores… Oye, Wilbur, ¿vas a estar bien?

—¡Pues claro! Estaré fenomenal. Los negocios van viento en popa.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No. Estaré bien, estaré bien…

—Oye, llámame si necesitas algo.

—Gracias. Ya nos veremos, Charlie.

Y Charlie se quedó en la acera mirando a su viejo amigo, que se alejaba en la noche, con una mezcla de confusión y compasión.

—Sí. Puede que sí. Ya nos veremos.

Y Charlie volvió dentro. Los dos observadores se fijaron en que le acariciaba el brazo a Claudette.

—Madre mía, qué situación tan extraña.

Lo que pasa con el amor

Estaban de vuelta en el tren.

Las vistas del exterior aumentaron de velocidad. Un borrón de oficinas, discursos, vueltas en la cama y sentimientos hacia una presencia que no estaba allí.

—Lo que pasa con el amor —dijo el Fantasma— es que puede parecer tan eterno que nos creemos que estará ahí siempre. Como una formación rocosa. O como el cielo. Pero el amor es como cualquier otra cosa humana: se marchita si no recibe atención. Ya nos lo dijo Alfred. Eso de que era un jardín…

Esto último incomodó al Wilbur más joven, vivo y soñador del tren.

—Ay, cállate —dijo, mirando por la ventanilla hacia su futuro yo, que lloraba hasta quedarse dormido—. Te lo pido, por una vez, cállate… Dijiste que no tenías todas las respuestas. Da la impresión de que has destrozado tu vida y, sin embargo, te comportas como una especie de Próspero fantasmal que lo sabe todo.

El Fantasma, a su lado en el asiento de terciopelo, se encogió de hombros.

—Solo intento ayudarte.

—Sí, vale, pero no siempre necesito la explicación. Algunas veces soy capaz de entender las cosas solito. Es que te pones un poco…, ¿cómo decirte?, engreído.

—Estoy muerto. Es imposible no mostrarse engreído cuando estás muerto. Estar muerto es una cosa superengreída, porque después de morir sabes más. Y yo sé más.

—Otra vez igual.

—Oye, ya sé que no tengo todas las respuestas. Solo sé en qué me equivoqué. Y no quiero que tú te equivoques. Estoy aquí para

ayudarte. Soy un fantasma. Y tú no. Tú solo estás dormido y luego te vas a despertar. Yo no. Tú eres inocencia y yo soy experiencia. Y hago todo esto por ti. Así que, ya sabes, un poquito de gratitud tampoco estaría de más.

Entonces vieron a Wilbur, que trabajaba de noche en su despacho. Tenía los ojos cargados, estaba a punto de quedarse dormido, pero seguía junto al escritorio. No quería irse a casa.

—De acuerdo —dijo el Soñador—. Lo siento. Es que no me gusta. No me gusta verlo. No me gusta ver nuestro final. La quiero y pensaba que iba a quererla siempre.

El Fantasma dio una palmada.

—Si es que de eso se trata, Soñador. Yo todavía la quería, pero se convirtió en un tipo de amor inútil. Un amor que estaba tan separado de la realidad como el mercado de valores lo está de la gente. El problema es que yo era un timorato. No voy a decir que seamos timoratos los dos, porque tú no tienes por qué serlo. Tú tienes el futuro por delante. Has de pensar en lo que ella decía en su carta: «A veces tienes que dejar que se te rompa el corazón para seguir vivo». No se refería solo a ella. Hablaba de nosotros. Tienes que aceptar lo que pasó con Dougie. Tienes que aceptar que no fuiste el hermano perfecto ni el hijo perfecto, pero que hiciste lo que pudiste con lo que había. Tienes que aceptar el dolor en tu interior. Y, sí, las cosas podrían haber sido distintas. Sí, te retuvieron. Podrías haber ido a la universidad, podrías haber hecho X, Y y Z, pero mientras intentabas demostrar tu valía, te olvidaste de ser tú mismo. Maggie tenía razón: te perdiste a ti.

Por debajo de las greñas, los ojos del Soñador retomaron su habitual estado de profunda confusión.

—¿De qué tenías miedo?

—De perderla. Había perdido a todas las personas a quienes amaba. Y, después de mamá, pensé que también la perdería a ella. Y lo contrario del amor… no es el odio. Porque el odio sigue siendo una emoción. Lo contrario del amor es la ambición sin sentido. Las abstracciones de la física y las matemáticas. El mundo empresarial

donde todo se puede cuantificar. Yo estaba enganchado a eso. A la falsa sensación de importancia que obtienes al situarte en la parte más alta de una escalera. Dicen que el poder es afrodisiaco, pero para mí era una anestesia. Casi podía dejar de ser un humano sensible y vulnerable.

El Soñador sacudió la cabeza y miró por la ventanilla a Wilbur, que se encontraba en una reunión de junta directiva.

—No. Tiene que haber algo más.

—Tal vez. Siempre tuvimos la idea de que nuestra vida real iba por delante de nosotros. De que cumpliríamos cincuenta años y lo dejaría…

—Pero ahí era 1995. Tenías cincuenta años y no lo dejaste.

—Lo sé, lo sé. Las promesas que haces de joven son las más fáciles de romper.

Y fuera, pasando como destellos, había más evidencias: Wilbur adentrándose en los cincuenta y tantos, en los sesenta años, en un nuevo milenio, y todavía allí, en el despacho, recogiendo premios, apareciendo en la televisión, acudiendo a distintos actos, metiéndose en la cama solo, tomando jarabe para la tos solo para poder dormir.

Una y otra vez, una y otra vez.

Agnes entró en el vagón. Se sentó entre ellos, se recolocó el sombrero y se dirigió principalmente al Wilbur que estaba soñando, más que al que estaba muerto.

—Te habrás dado cuenta de que, a medida que el viaje avanza, se vuelve más rápido… Los días pasan a toda prisa, parpadean como la luz del sol a través de las hojas…

Las imágenes que se veían eran cada vez menos variadas. Solo Wilbur en el trabajo. Los lugares cambiaban, pero él siempre estaba trabajando. Siempre al teléfono. Siempre con el mismo ceño fruncido. Las líneas de expresión del Wilbur del retrato se acentuaron.

El tren redujo la velocidad.

Salieron para ver a Wilbur en el escritorio de su casa. No había nada terrible que presenciar. Pero tampoco nada feliz ni interesante.

Solo un hombre mayor intentando instalar un ordenador nuevo y despotricando.

Un poco más tarde, se acercó a su viejo tocadiscos y puso *Imagination*, un álbum de Gladys Knight and the Pips que a Maggie le encantaba. Se puso a dar vueltas, consciente de pronto de todo el espacio vacío.

—Me acuerdo de eso —dijo el Fantasma—. Al día siguiente le diré a la junta directiva que quiero dimitir.

Una vez más en el tren, el Soñador se reclinó en el asiento de terciopelo y miró por la ventanilla con desolación.

—No quiero terminar así. No quiero ser desgraciado. No quiero todo ese dolor.

El Fantasma suspiró.

—Una vida sin dolor no entra en el menú, muchacho. Una vida que evita el dolor se convierte en una vida determinada por el dolor. Dolor y arrepentimiento. Y tú ya has sobrevivido al dolor. Sobreviviste a la muerte de Dougie… Sobrevivirás a todo lo que la vida te ponga por delante. Solo tienes que conseguir abandonar esa actitud de refugio antiaéreo, muchacho.

Ahora atravesaban la década de 2010.

Wilbur, en teoría, estaba jubilado, pero aún asesoraba y daba charlas. Pasaron por delante de un gran salón de actos en Canary Wharf donde él, ya anciano, se encontraba sobre el escenario, delante de un cartel que decía: Gulliver Research – Inspiración para el éxito – Conferencia de primavera.

Lo vieron haciéndose un análisis de sangre.

Lo vieron caminando alrededor de su futura casa de Bedforshire con un agente inmobiliario.

Lo vieron cambiando de programa en Netflix una y otra vez con cara de mal humor.

—Da igual la cantidad de conocimiento que obtenga en retrospectiva —dijo el Fantasma con cansancio—, porque no me queda futuro con el que jugar. Soy un hombre muerto. Pero tú… tú

eres joven y eres un soñador. Y lo que pasa con los soñadores es que luego se despiertan.

No todo lo que pasó durante esas dos últimas décadas fue opresivo y lúgubre. También disfrutó de paseos por el campo. Se hizo amigo de los vecinos. Mantuvo conversaciones con el dueño del Hare, en Clophill.

Incluso, a la edad de sesenta y ocho años, adoptó un *beagle* juguetón y problemático —Ringo— que le ofreció un hombre muy amable, llamado Dylan, del refugio de animales de Bedford.

Pero no tuvo contacto alguno con nadie de su etapa laboral. Las personas cercanas, como Charlie, habían sido despedidas o estaban muertas.

De vez en cuando contrataba los servicios de un chófer desconcertado que lo llevaba a Bedford para comer a solas en un restaurante italiano. Luego descubrió un restaurante mexicano y también empezó a frecuentarlo. Seguía solo, aunque ahora comiera enchiladas. Le gustaban las enchiladas y se preguntaba si Maggie las habría probado.

Se sentaba allí y miraba la página de Facebook de Maggie. Pero ella nunca había publicado nada.

Teoría de Cuerdas

El Tren de la Medianoche se detuvo en una calle de Bedford.

Wilbur estaba en el exterior de una tienda de música. El local tenía un cartel descolorido decorado con una clave de sol y un pentagrama; el nombre, Teoría de Cuerdas, estaba escrito con un color distinto en cada letra.

Wilbur miraba una tarjeta pegada con masilla adhesiva en el escaparate. Decía:

¡CLASES DE PIANO!
Una forma de aprender piano sin esfuerzo
Todas las edades, todos los estilos
Clases en mi casa (Bancroft Avenue, Bedford)
o en un radio de 15 kilómetros
Contacto: Nora Seed
Teléfono: 07780039251
Instagram: noraseedpiano

—Iba hacia el coche —explicó el Fantasma—. El conductor estaba aparcado varias calles más allá… Elegí el camino más largo para ver lo espantosa que habían dejado la pequeña sucursal de Libros Budd y entonces pasé por delante…

—¿Clases de piano? —dijo el Soñador con ese tono tan juvenil y positivo en la voz.

—Sí. El médico me dijo que aprender a tocar un instrumento podía mantener a raya la demencia.

Salió un hombre de la tienda. Llevaba una camiseta de Fleetwood Mac. Sesenta y pocos años. Barriguita. Sonrisa traviesa. Había reconocido a Wilbur.

—Hola, caballero. Usted es Wilbur Budd, ¿verdad?

—Eh… Sí, sí.

—Me ha parecido reconocerle. Hace tiempo lo vi en el programa *Dragon's Den* y he pensado: esa cara me suena.

—Ah, sí. Salí en un episodio.

—Soy Neil. Esta es mi tienda. No es Libros Budd, pero vamos tirando. Por cierto, la sucursal de Bedford de Libros Budd en High Street era nuestro local antes de que su empresa lo comprara. Nos subieron el alquiler y tuvimos que venirnos aquí. Estamos un poco apartados, pero los alquileres son mejores.

—Vaya, lo siento.

—No es culpa suya —dijo Neil con despreocupación—. El mundo es así.

—Sí. —Wilbur señaló la tarjeta—. ¿Conoce a esta persona?

—¿A Nora? Ah, sí. Antes trabajaba aquí… Es estupenda. Sobre todo ahora. Tuvo problemas, pero parece que le ha dado un buen giro a su vida.

Wilbur sacó el teléfono para hacer una foto de la tarjeta.

—Entonces creo que le daré una oportunidad… Pero primero necesitaré un piano.

Neil se echó a reír.

—¡Para eso estoy yo aquí! —Acompañó a Wilbur dentro, no sin antes advertirle que tuviera cuidado con el escalón.

—Charlamos durante un buen rato. —El Fantasma suspiró, todavía en la acera con su yo recién casado y soñador—. Neil se percató de que me sentía solo. Me habló de Bob Dylan. Me decidí por un bonito piano de media cola eléctrico, porque me explicó que era más fácil aprender con él.

—¿Y tenía razón? —preguntó el Soñador.

—¿Cómo que si tenía razón?

—¿Te sentías solo?

—Sí. Esa era la sensación fundamental. Siempre presente, como un suave oleaje. Supongo que por eso me apunté a clases de piano. Quería tener alguien con quien hablar.

No era una desesperación total

—Echaba de menos a la gente —explicó el Fantasma mientras veían pasar los dos últimos años—. No solo a Maggie, también a Dougie, a Charlie, incluso a mi madre. Echaba de menos Sheffield. Echaba de menos un cine que ya ni siquiera existía.

El perro de Wilbur murió. El cuello y las manos, sobre todo, se le pusieron rígidos, de manera que su progreso al piano se ralentizó. Caminaba más despacio. Maldecía al ver las noticias.

Pero no era una persona totalmente desgraciada. Había encontrado una amabilidad perdida durante su carrera profesional. Donaba dinero a las asociaciones para gente sin techo, porque se acordaba de Victor, el anciano con el que charlaba en Sheffield. Durante las cálidas tardes de verano, se sentaba en el jardín y contemplaba la dorada luz del sol tamizada entre las hojas del sicomoro.

—No era una felicidad absoluta —explicó el Fantasma—, pero al menos no era una desesperación total. Y tenía al jardinero y a la profesora de piano para charlar los sábados.

Entonces el tren se detuvo otra vez.

—Vaya —dijo el Fantasma con terror cuando se dio cuenta de dónde estaban… o de cuándo.

Nora Seed

Wilbur estaba recibiendo una clase de piano debajo de la foto de bodas situada sobre la repisa de la chimenea.

Él y su profesora estaban de espaldas mientras Wilbur trataba de tocar la primera parte de *Bridge Over Troubled Water* con unos dedos rígidos que se iban soltando un poco a medida que se movían por las teclas. A pesar de que era la versión «fácil» de la canción —bueno, estaba en el *Libro de canciones para piano de Simon and Garfunkel nivel principiante*—, no resultaba sencillo.

Una vez hubo acabado, su profesora de piano, Nora, dio una palmada.

—Ha estado muy bien —mintió, casi de manera convincente, mientras se colocaba un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Yo no creo que esté tan bien —dijo él. Tenía ochenta y un años, y carraspeaba un poco.

—Venga ya, Wilbur, ha estado mucho mejor que la semana pasada. ¡Has practicado!

—Sí. Un poco. Tengo mucho tiempo. Pero aún me veo muy torpe. Me cuesta seguir el ritmo con todos esos bemoles.

—Lo entiendo. Ya he visto que has tenido algunos… problemillas con eso.

—Ya te digo. Con ese puñetero acorde. Para llegar al mi bemol…

—Pero, Wilbur, recuerda que esto no es una carrera. Ve con calma. Acostúmbrate poco a poco. Respíralo. Tómate tu tiempo.

Wilbur soltó una risita al oírlo. Una de esas risas próximas a las lágrimas.

—Siempre he tenido el mismo problema. Mi mujer decía que me asustaba la quietud. Incluso ahora que soy viejo y que el cerebro y los dedos me llevan la contraria, tiendo a correr.

Nora lo miró con cierta vacilación.

—Dijiste que a tu mujer le gustaba esta canción.

—Le encantaba. Puede que fuera su favorita. —Sintió que hacía falta una explicación más extensa—. Aunque hable en pasado, ella sigue viva. Solo que no he vuelto a verla desde…, bueno, desde el siglo pasado.

Nora le sonrió como si tuviera algo que decir, quizá algo un poco indiscreto, pero se lo pensó dos veces.

—A mí también me gusta. Es más, me encanta. Hace tiempo estuve en un grupo donde tocábamos muchas versiones y yo siempre elegía esta canción.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo os llamabais?

—Los Laberintos.

—Buen nombre. ¿Tuvisteis éxito? —Lamentó decir eso. Era una pregunta estúpida. Si el grupo hubiera tenido éxito, ¿por qué diantres iba a estar enseñándole piano a un señor de ochenta y un años que en realidad se sentía solo? Estaría de gira por Asia o algo por el estilo.

—En otra vida sí. Pero no en esta.

—Ah. Ya.

Nora tocó la pieza para él.

Como siempre, Wilbur se quedó asombrado con su facilidad para tocar. Cantó la primera estrofa mientras sus dedos se movían por el teclado.

Se acordó de cuando Maggie cantó esa canción, años atrás, durante su luna de miel en Venecia. Entonces, de repente y en silencio, por primera vez en décadas, se echó a llorar.

—Lo siento —dijo mientras se secaba los ojos con la manga. Se levantó y se dirigió hacia la cocina abierta situada al otro lado del salón—. Qué vergüenza.

Nora se levantó también. Un tanto confusa, pero decidida a no hacerle sentir peor.

—No seas bobo, Wilbur. De vergüenza nada. Es bueno llorar cuando tenemos ganas.

Wilbur miró una botella de vino tinto que había sacado para esa noche.

—¿Te importa que me tome un vino?

—Para nada. Es sábado. Está totalmente permitido.

Empezó a forcejear con el sacacorchos, así que Nora se acercó a ayudarlo mientras él buscaba las copas en el armario.

—¿Quieres una? —le preguntó.

—Vale. Hoy no conduzco. Joe, mi hermano, viene a recogerme. Esta noche toca en Cambridge, en el Corn Exchange. Su grupo es buenísimo.

Nora sirvió vino en dos copas y él no dijo nada acerca del tensiómetro que había dejado por allí esa mañana. Tampoco mencionó que se había sentido bastante indispuesto. Se sentaron en la mesa grande del salón.

—Es que… —empezó a decir Wilbur— llevamos mucho tiempo separados. Perdona. No quería agobiarte con esta historia.

Nora sacudió la cabeza.

—No te disculpes, por favor. Ese es el peligro de la música, que remueve todo tipo de cosas.

—Sí que es verdad. Y también…, yo qué sé. Que soy un ridículo.

—No eres ningún ridículo, Wilbur. Eres un ejemplo de superación.

—Pero me gustaría haber hecho feliz a la persona a quien amaba.

Hubo un rato de silencio. Nora frunció el ceño. Parecía debatirse entre decir o no algo.

—A propósito de eso, no sé qué creerás tú, pero es probable que exista una vida en la que los dos estéis juntos… —Tomó aire—. Espero que no pienses que soy una insensible al decirte esto, pero hoy es un día muy emotivo también para mí.

—Entiendo. ¿Y eso?

—Bueno. Hace justo siete años cometí una estupidez.

—Me cuesta imaginarlo. Se te ve muy cabal.

Nora esbozó una sonrisa amarga.

—La vida se me hizo muy cuesta arriba. Depresión circunstancial, la llaman. No clínica. Una de esas del tipo: los árboles no me dejan

ver el bosque. —Se rio con pesimismo—. Solo fue una especie de cúmulo de… «circunstancias», digamos

Wilbur le dio un sorbo al vino.

—Ah, sí. Circunstancias.

—Me sentía una fracasada. Como si hubiera tomado un montón de malas decisiones. Le fallé a la gente. Culpa. Remordimiento. Y una noche pensé que no podía más e intenté quitarme la vida. Y estuve muy cerca, ya sabes… Muy cerca de conseguirlo.

Wilbur estaba afectado de verdad.

—No tenía ni idea.

—No pasa nada. Al final fue algo bueno. Cuando estaba al borde de la muerte…, tuve una experiencia que me hizo ver las cosas de otra manera. —Respiró hondo—. Me di cuenta de que, en algún lugar, yo era todo lo que no había sido. Y entendí que si pretendes ser alguien que no eres, acabas fracasando. Así que tenía que ser yo. La única manera de aprender es vivir, tan simple como eso.

—«La única manera de aprender es vivir» —repitió Wilbur casi en un susurro.

El Soñador miró al Fantasma como si hubiera resuelto un acertijo.

—Ese era nuestro problema —dijo el Fantasma mientras miraba la cara del Wilbur recién casado, tan semejante a la suya—. Tu problema. Intentar ser alguien que en realidad no eras.

El Fantasma se percató de que debía sentirse triste. Después de todo, había vivido una vida sin ser capaz de apreciarla. Había perdido amor y amistad por el camino, aunque habría sido mucho peor no haber conocido ninguna de esas cosas. La vida constaba de momentos, tanto como de décadas. Y en su vida había algunos momentos excepcionales. Sí, sentía que había desperdiciado muchísimas cosas, pero no tenía sentido huir de esa tristeza. Huir de la tristeza siempre había sido su problema. Así era como había empequeñecido una vida mientras fingía expandirla. Así era como se había convertido en un fracaso disfrazado de éxito. De manera que sí, el Fantasma ahora estaba triste. Pero en una ocasión besó a

Maggie bajo una luna veneciana. Y el simple hecho de saber eso ya estaba a la altura de la eternidad.

Observó a su yo de ochenta y un años, que miraba por la ventana.

El jardinero, Josh, acababa de llegar y estaba sacando algunas herramientas. Wilbur sintió un dolor agudo en el pecho y se estremeció ligeramente.

—¿Estás bien? —le preguntó Nora. Tenía cara de auténtica preocupación. La más auténtica que había visto en décadas.

—Sí. —Sonrió para aliviar su inquietud—. Y escucha, Nora, estoy muy orgulloso de ti. De que ya sepas que la vida no es una carrera que hay que ganar. —Volvió a mirar a Josh, que arrancaba hierbas de un arriate—. Yo defraudé a Maggie. La desatendí.

Nora le agarró la mano por encima de la mesa.

—Pero no seas duro contigo. No sabes si habría sido mejor otra cosa.

—Eso es cierto. Y tienes razón: no hay una vida perfecta. Pero tú estás en el centro de ti misma. Yo siento que viví en los confines de mí. Podría haber estado más cerca. Era el hombre más afortunado del mundo, solo que no era capaz de verlo…

Nora sonrió con amabilidad.

—Bueno, quizá en algún lugar Maggie vivió un millón de vidas felices. Contigo. Sin ti. Y tú también. Esas otras vidas también son reales. Todas están sucediendo a la vez. ¿Y quién sabe qué hay después de esto? ¿Quién sabe qué oportunidades se nos presentarán?

Wilbur sonrió suave pero sinceramente.

—Gracias, Nora.

Un coche aparcó fuera. Al cabo de un minuto, sonó el timbre.

Nora se echó a reír mientras miraba el piano.

—Lo siento. La de hoy no ha sido una gran clase.

—No estoy de acuerdo —repuso Wilbur—. Sí que lo ha sido.

Por un breve instante, el Wilbur que había muerto permaneció al lado del que estaba soñando. El Fantasma examinó a su joven yo.

—Te lo ruego, sé un poco más valiente de lo que fui yo. Atrévete a vivir la vida tal y como es. Atrévete a amar plenamente.

El Soñador asintió. Miró su foto de boda, más arriba de aquel piano tan futurista y ridículo.

—Lo haré. Te lo prometo.

Y esperaron al Tren de la Medianoche, pero no llegó.

Aún les quedaba un poco más por ver.

Espacio infinito

Observaron a Wilbur, que permaneció en el camino de acceso a la casa. Bueno, quien observaba era el Fantasma, mientras Wilbur le decía adiós a Nora con la mano. Su compañero soñador, por otra parte, miraba con los ojos como platos a Josh, que cortaba la hierba a lo lejos montado en el cortacésped.

—Madre mía, este sitio es gigante.

—Sí que lo es. El jardín entero mide dos hectáreas, incluido el césped, el camino de acceso, el bosque, la pista de tenis…

—¿La pista de tenis? Pero si no tienes a nadie con quien jugar…

—Lo sé. Exacto.

—¿Y vives aquí? ¿Qué pasa con Londres?

—Me cansé de Londres.

—«Cuando un hombre se cansa de Londres, está cansado de la vida».

—No samuel-johnsonees, Soñador —espetó, tan enfadado como un viejo muerto con su joven yo—. Cuando un hombre se cansa de Londres, se cansa de Londres. Londres tampoco fue una respuesta para nosotros. El sitio da igual. Lo importante es la razón que te lleva a ese sitio. Mi razón para estar en Londres eran el trabajo y la ambición. Ambas cosas se convirtieron en una droga que aliviaba el dolor… Más tarde, cuando Maggie me dejó, el propio Londres se convirtió en un lugar de dolor, así que volví a huir.

Los observadores invisibles dirigieron ahora su atención a Nora, que abría la puerta del Vauxhall Corsa de su hermano, aparcado en el camino de grava, en la parte trasera de la mansión. Vieron que Joe Seed y su compañero, Ewan, desde el interior del coche, miraban el enorme jardín con expresión de asombro.

El Wilbur viejo y vivo había salido para despedirse, por supuesto, y saludó con un leve gesto a Joe, sentado en el asiento del conductor.

—Pásalo bien hoy en Cambridge —le dijo a Nora.

Nora sonrió bajo la luz del atardecer.

—Seguro que sí. Y gracias por la conversación. Recuerda lo que te digo siempre: no intentes correr mientras tocas. Tómate tu tiempo… Despacito y con buena letra. La velocidad vendrá después.

—Sí —dijo Wilbur—. Supongo que sí.

«Despacito y con buena letra», pensó el Fantasma. Ojalá hubiera vivido de esa manera. Ojalá hubiera sido capaz de vivir con el entendimiento que le había proporcionado la muerte. Ahora daría la eternidad por estar un año, un mes o un solo día vivo y con ese conocimiento. Por frenar esa prisa perpetua. Por ponerse en contacto con aquellos a quienes amaba. Por arreglar las cosas. Por no tener miedo de caer en el dolor de la emoción.

El Fantasma supuso que lo que estaba haciendo era una especie de intervención. Le había mostrado al Soñador un posible camino para despertarse y cambiar. Había sido como un libro que se deja en la estantería. Y ese otro Wilbur, el vivo, todavía podía demostrar que era tan sabio como Nora Seed.

—Ha sido un placer hablar contigo hoy. Me ha servido mucho.

—Lo mismo digo —contestó Wilbur—. Lo mismo digo… —Sabía que estaba repitiéndose, pero no podía evitarlo.

—Gracias por no pensar que estaba loca.

—¡Lo mismo digo!

El Fantasma lo señaló. La bruma del recuerdo se había evaporado. Ya lo recordaba todo.

—Ahora empecé a sentirme muy mal. ¿Ves?

—Pues no. Se nos da bien fingir.

—Hasta el sábado que viene —dijo Nora, que obviamente no se había dado cuenta de que algo iba mal.

—Sí. Hasta entonces.

Nora se sentó en el estrecho asiento trasero del coche con palpable felicidad.

—Parece una mujer encantadora —dijo el Soñador.

El Fantasma suspiró y asintió.

—Se comprende a sí misma. Con cuarenta y dos años. Mientras que yo, con el doble de edad y la ayuda de mi propia muerte, solo he llegado hasta aquí.

Vieron que Wilbur se sacaba el mando a distancia del bolsillo y abría la verja. Cuando el coche se alejó, recorrió la corta distancia que lo separaba de la casa y ellos lo siguieron. Se detuvo una vez y se dio la vuelta.

—¿Nos ve?

—No. Tal vez nos sienta. Pero no nos ve. —Y entonces lo recordó—. Todavía.

El conocimiento inexplicado

Aunque Wilbur cerró la puerta antes de que ellos llegaran a la casa, atravesaron la pared y recorrieron el suelo de piedra del salón hasta llegar al piano, donde Wilbur se había sentado para tocar la versión fácil de *Bridge Over Troubled Water*.

Wilbur se afanaba por alcanzar el mi bemol con el meñique cuando el teléfono sonó, como estaba previsto.

—Ah, sí —dijo el Fantasma—. Me acuerdo de esto. Allá vamos.

Observaron a su yo del siglo XXI mientras contestaba el teléfono. Vieron que su gesto pasaba de la frustración a la confusión y luego a la conmoción.

—Maggie. Dios, Maggie. ¿Eres tú?

Los dos testigos invisibles siguieron a Wilbur, que agarró el teléfono portátil y fue a sentarse a la zona del salón, la de la foto de bodas y los trofeos.

—¿Cómo has conseguido mi número?… Ah. Ah, sí. Claro, fui yo. Claro. Creía que no habías leído ese mensaje… ¿Dónde estás?… Sí, en Clophill. Es un pueblecito precioso… Maggie, qué alegría saber de ti… Hay cosas que quiero decirte. Que quiero preguntarte, para reparar el daño…

El Soñador parecía aún más confuso que antes.

—¿Por qué hablamos así? Es como si ni siquiera la conociera…

—Llevamos casi treinta años sin hablar con ella. Eso equivale a toda tu vida hasta 1974. Estamos en 2026 y llevas sin hablar con ella desde los noventa. Es mucho tiempo. Y el tiempo convierte las casas en museos, a los amantes en desconocidos y las canciones en tristeza.

—¿Qué…?

—Chiss… Creo que estamos a punto de presenciar nuestra propia muerte.

Wilbur se miraba las manos, viejas y erosionadas por el tiempo, mientras le contaba a Maggie que había empezado a estudiar piano.

—Recibo clases todos los sábados. Y he estado tocando *Bridge Over Troubled Water*, que habla de agua pasada, y me he acordado de lo mucho que te gustaba esa canción. Me ha recordado a aquella época… Sí. Los buenos tiempos… Lo siento, Maggie. ¿Cómo estás tú? Ha pasado mucho tiempo. Vi en internet que celebraste una exposición en… ¿Tontería el qué?… Me alegra saber de ti.

El Soñador se inclinó hacia el teléfono para tratar de oír a Maggie.

—¿Por qué ha llamado?

—Porque tuvo un sueño. Soñó que estaba con nosotros y que éramos felices. Entonces sintió la necesidad de llamarnos. Como si supiera que estábamos a punto de morir.

El Soñador siguió la mirada de su viejo yo, que estaba posada en la foto de boda.

Maggie y Wilbur saliendo de la iglesia de St. Timothy entre una nube de confeti. Charlie, Claudette y Doreen también en la imagen. Wilbur sonriendo y mirando a Maggie, que estaba exultante.

—Me gustaría volver a hablar contigo. ¿Te parece bien?

El Fantasma y el Soñador se miraron con la misma expresión de dolor. Después de colgar, Wilbur fue a buscar la carta de Maggie y bajó de nuevo para leer la única página que había encontrado. La última. Masculló para sí mismo una parte:

—«No sé dónde se esconde el pasado, pero nos veremos allí».

Ese fue el momento en que su dolor se volvió visible, por no decir audible.

Torció el gesto y se llevó la mano al cuello.

—Oh, no. Esto pinta mal —dijo el Soñador.

—Sí, Soñador. Casi seguro que aquí se acaba todo.

El anciano se puso pálido y sudoroso mientras salía para intentar atraer la atención de Josh, el jardinero.

—Querías sentirte lo bastante poderoso para que nadie te hiciera daño —dijo el Fantasma; a Wilbur, a sí mismo y también al mundo—. Pero esto no lo pudiste detener…

Pareció que Wilbur lo había oído, pero era difícil estar seguro, ya que se encontraba demasiado preocupado por el dolor y la presión que sentía en el cuello y el hombro.

—Ah, sí, Dios santo —dijo el Fantasma—. Ahora me acuerdo. En este momento fue cuando nos vi. A nosotros, aquí de pie.

Entonces se fijaron en que Josh daba la vuelta con el cortacésped y divisaba a Wilbur, que estaba en el suelo.

Se bajó de un salto y echó a correr como una flecha, por encima de un parterre, para agacharse junto a él.

—¿Wilbur? ¿Wilbur? ¿Señor Budd? ¿Me oye?

Le comprobó el pulso. Seguía ahí. Llamó a una ambulancia. La ambulancia llegó. El Fantasma y el Soñador entraron en el vehículo de camino al caos de la sala de Urgencias del hospital de Bedford.

El Wilbur soñador estaba especialmente afectado por los acontecimientos de esa noche; miraba el electrocardiógrafo y oía a los médicos y enfermeras murmurar cosas sobre despolarización auricular y ondas T por encima del cuerpo inconsciente. Y se sintió aún peor cuando las señales que enviaba el corazón de Wilbur a través de los electrodos comenzaron a titubear y a fluctuar como locas en una especie de *crescendo* final antes de caer en una quietud ominosa, justo en el instante en que el reloj marcaba un minuto después de la medianoche.

La última salida

Había dos puertas al fondo del primer vagón.

El Fantasma se agarró a la manija de una de ellas, mientras que el Soñador se aferró a la otra. Agnes, de pie entre ambos, se recolocó el sombrero y se tiró de las mangas, como si necesitara enfrentarse a aquel momento con un mínimo sentido de la elegancia y el decoro.

—Tienes que irte tú primero —le dijo al Fantasma, haciendo un esfuerzo por ocultar sus emociones—. Tienes que desaparecer para que él pueda despertarse sin ti.

—¿Y qué pasará después, cuando yo me vaya?

—Bueno, como ya te he dicho otras veces, todo es imprevisible. Ese era el riesgo. No lo sabemos con seguridad.

El Fantasma se volvió hacia el Soñador.

—Oye, lo siento. Verás, si algo sale mal… He jugado con tu futuro. Pero si te…, o sea, cuando te despiertes, te ruego que recuerdes todo esto. Y que vivas según lo que has aprendido. Y, por favor, haz feliz a Maggie.

El Soñador se tragó el miedo y asintió. Si le daban la oportunidad, sabía lo que tenía que hacer. También sabía que había recibido, en potencia, un gran don. El don de poder vivir la vida con la perspectiva de alguien muerto.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

—No hay de qué —dijo el Fantasma, a la espera de que llegara el momento.

Tenía los nervios a flor de piel. Una cosa era morir con la idea agnóstica de que tal vez hubiera algo más y otra bien distinta era ser consciente de que había algo más y decidir renunciar a ello. Sintió el

extraño pesar de saber que se marchaba y que el hilo del tiempo estaba a punto de partirse.

Agnes se sorbió la nariz. Una lágrima se formó peligrosamente en sus ojos. Esbozó una sonrisilla triste.

—Siempre lo supe. Desde que rechazaste el libro gratis en la librería, siempre supe que tenías criterio propio.

—Para bien o para mal. Aunque esta vez espero que sea para lo primero… ¿Y tú… vas a estar bien?

—Ah, sí. Tengo bastante claro que estaré a salvo en la eternidad, descuida. Una parte de mí ha estado allí todo este tiempo.

El Fantasma forzó una sonrisa.

—Estupendo. ¡Así me considerarás lerdo por siempre!

—Ah, ya lo creo. —Se quedó con la mirada perdida en la distancia, como si viera su propio pasado vivo y todas las penas que allí yacían, como si regresara una emoción que había permanecido enterrada durante mucho tiempo. Pero volvió a la realidad y, con una inhalación, enderezó la postura. Se recolocó de nuevo el sombrero en la cabeza y le dio un pequeño abrazo al Fantasma. Un abrazo cálido, para los estándares fantasmales. Y dejó que se marchara.

El Fantasma abrió la puerta. Nada lo esperaba fuera. Nada en absoluto. Una oscuridad sin parangón. Sin sombras, sin siluetas, sin líneas ni gradaciones. Nada de nada. Ni dolor ni felicidad, ni esperanza ni memoria. Un lugar sin sentido del futuro, del pasado o del presente. Un lugar sin sentido de nada. Un lugar sin lugar.

Justo antes de dar el paso, miró atrás. Su retrato era ahora un simple cuadrado en blanco.

Entonces el Fantasma tomó aire y se adentró en el vacío con algo cercano a una sonrisa en la cara.

Hubo un momento de quietud, una vez se hubo ido, pero enseguida el Tren de la Medianoche empezó a moverse. Comenzó a sacudirse y a vibrar con una violencia extrema.

—Oh, no —dijo Agnes mientras se chocaba contra la pared del vagón revestida de madera—. Será mejor que te agarres con todas

tus fuerzas.

Agarrados

El tren rebotaba sobre una especie de terreno abrupto. Además, de vez en cuando se sacudía y se zarandeaba. Tras uno de esos zarandeos, el vagón en el que viajaban se partió en dos y la parte más grande salió despedida por la oscuridad.

Agnes y el Soñador permanecieron allí, agarrados a una barra metálica. Al cabo de un segundo, Agnes se cayó e instintivamente trató de aferrarse a algo, pero su lado de la barra de sujeción se desprendió del revestimiento de madera. El tren se inclinó unos cuarenta y cinco grados, y ella se precipitó hacia la puerta, que se abría y se cerraba. El Wilbur soñador consiguió atraparla a tiempo agarrándola del antebrazo mientras el tren avanzaba a toda velocidad y silbaba a lo largo del escabroso camino.

—¡Te tengo! —dijo él mientras sostenía a Agnes con una mano y se sujetaba con la otra a la barra de latón, que empezaba a torcerse también por su lado.

—¡Tienes que soltar! —gritó Agnes por encima del ruido.

—Pero…

—¡Estoy bien! Recuerda: si no sueltas, no tendrás ninguna posibilidad. El tren intenta salvarte…, ¡te quiere a ti! ¡De quien quiere deshacerse es de mí! No tiene poder para otra cosa.

La mano de Agnes se deslizó despacio entre los dedos del Soñador, que a su alrededor oía el ruido del tren al combarse y partirse.

—¡Suéltame, Wilbur! ¡Estoy a salvo! Algún día te veré en la eternidad. Pero tienes que vivir. No permitas que todo esto haya sido en vano. ¡TIENES QUE VIVIR! —Lo miró con gesto suplicante.

—¡Buena suerte! —dijo él—. ¡Y adiós!

—*Au revoir*, joven amigo.

Tras soltarle la mano, la vio caer y, de manera deliberada, rodar hasta la puerta. Él se agarró fuerte a lo que quedaba de la barra de sujeción, en la parte alta del vagón, y los restos del tren aceleraron y aceleraron con un pitido cada vez más estridente.

—¡Aguanta! —se dijo a sí mismo sin pensar en nada más que en la sonrisa de Maggie—. ¡Aguanta!

Y justo en el momento en que un tornillo salió volando y la barra terminó de desprenderse y de combarse por el peso, el vacío empezó a iluminarse. A lo lejos, el cielo rompió a arder y adoptó matices amarillos y azules. Cada vez más claros. El brillo le hizo cerrar los ojos con fuerza. Y entonces, en el preciso instante en que la luz comenzó a suavizarse, se dio cuenta de que estaba totalmente inmóvil y tumbado sobre algo blando.

Tuvo una leve sensación de confusión. La confusión, según parecía, propia del despertar.

El milagro

Wilbur abrió los ojos. Estaba tumbado en la cama de la habitación del hotel en Venecia. Llevaba las sandalias, los pantalones de campana y la camisa de verano. Tenía los ojos secos del avión y notaba los efectos del vino que habían tomado antes junto al Gran Canal. Percibió un ligero amargor en la boca.

Se dio cuenta de que la guía de viaje se le había caído del pecho y estaba sobre las sábanas. *The Companion Guide to Venice*.

A pesar del mal sabor de boca y de la sequedad en los ojos, se sentía con la cabeza más despejada. Como si se hubiera quitado un peso de encima. Con la mente renovada.

Maggie seguía en el baño. Oyó que chapoteaba en el agua. Oyó que tarareaba. Sintió que habían pasado siglos desde que oyó por última vez su voz, aunque debía de hacer pocos minutos que cerró los ojos.

—¿Maggie?

—¿Sí?

—Solo quería decirte que te quiero.

—Bueno, ¡eso espero! En caso contrario, tendría que pedir que me devolvieran el dinero del vestido de novia.

—Y siempre te querré. Voy a valorarte siempre.

—Ah…, vale…, me alegra saberlo —dijo ella desde la bañera con una risita.

Él miró su reloj. Eran las siete y veinticinco. Se había quedado dormido a y veinte. Lo sabía porque recordaba haber pensado que todavía contaban con media hora antes de partir hacia el restaurante La Zucca, que estaba a solo diez minutos a pie.

Cinco minutos. Parecía absurdo haber caído en un sueño tan profundo, tan largo y tan intenso en tan solo cinco minutos. A

menos que no hubiera sido un sueño. A menos que de verdad hubiera viajado en el tiempo y hubiera vuelto exactamente donde empezó. A menos que el Tren de la Medianoche hubiera sido real.

Con la intención de espabilarse un poco, se acercó a la ventana. Miró las góndolas atracadas y los edificios estrechos de diferentes tonos rosados; el suave sol vespertino aumentaba su belleza.

Fue entonces cuando Maggie salió del baño.

Wilbur se dio la vuelta y vio que, en ropa interior, elegía su atuendo para esa noche. No podía apartar los ojos de ella. Al cabo de un par de minutos, sacó una gran bolsa blanca de papel de la maleta.

—Es el vestido de Coles. El que compré ayer. Claudette me ayudó a elegirlo. Aún no lo has visto, ¿verdad?

—No, no lo he visto.

Sin embargo, según comprobó enseguida, sí que lo había visto. Era el vestido largo azul que llevaba cuando el Tren de la Medianoche pasó por delante de La Zucca.

—¿Qué tal me queda?

Wilbur estaba consternado. Aunque no era una sensación terrible, sino más bien una especie de alivio.

—Es como un milagro.

Ella sonrió, pero al momento pareció preocuparse.

—¿Estás bien, Wilbur? Pareces un poco aturdido.

—Estoy bien. Estaba en la cama y me he quedado traspuesto un momentito. Pero ya me he recuperado.

Él se cambió de ropa con rapidez y se puso los pantalones de cuadros y una camisa de grandes cuellos que de pronto le resultaron un poco anticuados.

Se dirigieron al restaurante entre grupos felices de turistas y vecinos.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Maggie con una risita mientras se esforzaba por seguirle el paso—. No creo que lleguemos tarde.

—Perdona, Maggie…, es que tengo muchas ganas de ver el restaurante.

Cuando ya estaban cerca, le pidió a Maggie que se adelantara un poco y doblara la esquina. Necesitaba comprobar algo en voz alta para confirmar que no se estaba volviendo loco.

—¿Lo ves? —le preguntó.

—S-sí.

—¿Es de piedra caliza?

—Diría que sí.

—¿Con una enredadera que trepa por el muro? ¿Tiene un letrero de madera y está situado al fondo del callejón que desemboca en un pequeño canal?

—Eh…, sí. ¿Cómo lo sabes?

—La guía de viaje lo describe muy bien —mintió, a sabiendas de que esa descripción no estaba en la guía.

El arte de creer

Entraron en el local.

Había ruido, hacía calor y olía a ajo.

Se oía una suave ópera de fondo. Un viejo ventilador zumbaba en el mostrador de recepción. Un *maître* sonriente, con bigote y vestido con camisa negra los recibió.

—*Buonasera*.

—*Buonasera* —respondió Wilbur, sonriendo con recelo—. Tenemos una reserva a las ocho. A nombre de Wilbur Budd.

El hombre lo comprobó en el gran libro encuadernado en piel y sacudió la cabeza. Pero al momento:

—Ah, sí. Aquí está.

Y los guio a lo largo del restaurante poco iluminado unos cuantos metros.

—Me gusta este sitio —le dijo Maggie a Wilbur con un leve asentimiento de cabeza cuando se sentaron en una mesa junto a la ventana.

Él coincidió:

—¿No es increíble?

La carta era extensa. Unos ochenta platos en total.

—¿Qué son los *bigoli*? —le preguntó Maggie al camarero cuando este volvió para tomar nota. A Wilbur se le paró el corazón durante un segundo.

—Son como espaguetis…, pero más gordos.

—Tienen buena pinta. Voy a probarlos.

Wilbur estaba asimilando esa información cuando se volvió hacia la mesa de al lado y vio al señor calvo que su fantasma le había indicado, el de la mancha de nacimiento en la cabeza. Él ya había visto esa escena exacta. Ese mismo restaurante y su decoración. Era

mucho más que un *déjà vu*. Pero esas señales y pistas, cada vez más numerosas, solo lo confirmaban. Era imposible. Pero hay veces que tienes que confiar en tus sensaciones por encima de la lógica, porque la lógica no tiene nada que añadir al argumento, salvo incomprensión.

De este modo, mientras degustaban la comida y bebían el delicioso vino italiano, decidió creer.

Los buenos tiempos

Wilbur dejó en la mesa la copa de vino. Necesitaba aclarar algo.

—Olvida lo que dije antes —le pidió a Maggie.

—¿Sobre qué?

—Sobre la reunión con el director del banco.

—¿Lo del préstamo?

—Sí.

—¿Por qué?

—No me voy a molestar en ir. No necesitamos tanta presión. No necesitamos expandirnos. Tenemos una librería estupenda. Y no hace falta cambiarle el nombre. Agnes, la señora Bagdale, la propietaria original, fue algo parecido a una leyenda e hizo las cosas de otra manera. Ella plantó una semilla y creo que merece que la recordemos. Regentó la librería durante más de treinta años y jamás abrió una sucursal. A lo mejor sabía lo que hacía. Lo único que quiero es dirigir una librería que sea buena de verdad, hacer que siga así y pasarlo bien. Hacerlo como lo hizo ella.

Maggie estaba tan sorprendida que soltó los cubiertos.

—Pero antes fuiste categórico. Dijiste que era una oportunidad única en la vida.

—Lo sé, lo sé…

—¿Es porque me has visto preocupada? ¿O porque te he preguntado si ese proyecto nos alejaría al uno del otro?

—No. No es por nada que hayas dicho. En absoluto. Pero lo cierto es que nos separaría. Nos alejaría al uno del otro, Maggie.

—Pero si antes dijiste que…

—Sé lo que dije. Pero me estaba engañando. Verás, yo no quiero más que esto.

—¿Más que qué?

—Más que nosotros. Más que nuestra vida.

—Wilbur…

—Mira, estamos de luna de miel en Venecia. Estamos en el extranjero. La librería va bien y podría continuar así. Tenemos que encontrar un equilibrio. No sueño con tener tiendas por todas partes. Y sé que tú tampoco. Si acepto esa oferta, te pasarás años sentada en un sofá en una casa carísima y espléndida en la calle Sumner Place de South Kensington, Londres, serás profundamente infeliz y querrás abandonarme. Y con toda la razón. Porque para entonces yo ya me habré abandonado a mí mismo.

—¡Qué imaginación tienes, Wilbur! ¡South Kensington, nada menos! No tenemos ni idea de que fuera a ser así.

—Yo sí. Y no lo quiero.

Los ojos de Maggie brillaron con una sonrisa y un recuerdo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Que no has cambiado.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te conocí en Glossop Road. ¿Te acuerdas? Cuando me dijiste que tuviera cuidado con los cristales. Sigues siendo ese niño. Y eso es bueno. No quiero perderlo.

Los ojos de Wilbur se iluminaron.

—No. Aquí me tienes.

La miró. Pensó en la persona que Maggie había sido y en la que iba a ser. La amaba por completo, todo el tiempo. En los desafíos que ya conocían y en los líos, las penas y las alegrías desconocidas que estaban por venir. Y reparó en lo que siempre debió saber: que todo giraba en torno a ella, que ella era la razón principal.

—Sí —contestó ella—. Veo a ese niño.

Después de cenar, volvieron al hotel dando un rodeo por el laberinto de calles y callejones, girando por donde no era para llegar a plazas diminutas.

—Echo de menos a Dougie —dijo él—. Lo echo de menos todos los días. —Lo expresó en voz alta, no para incomodar a Maggie, sino

para demostrarle a ella y demostrarse a sí mismo que estaba aceptando algo. Que no podía evitarlo.

—Lo sé, amor. Y ya no tienes que fingir más.

Wilbur pensó en sus palabras. En las palabras que Maggie le escribió en la carta: «A veces tienes que dejar que se te rompa el corazón para seguir vivo».

Siguieron caminando un poco más.

—Es maravilloso, ¿verdad, Wilbur?

Él se sentía feliz. Pero era una felicidad distinta a la que hasta entonces había conocido. Esta vez se sentía menos frágil, como si pudiera sobrevivir a otras cosas. Como una flor obstinada que florecería todos los años.

—¡Sí! Sí que lo es. La vida es maravillosa. Tú eres maravillosa. Venecia es maravillosa… Sheffield es maravilloso.

Maggie lo miró con cariño.

—Qué bobo. ¡Me recuerdas a Charlie cuando se colocaba con ácido!

Pero Wilbur continuó:

—Charlie Applewood es maravilloso. Y Claudette Campbell es maravillosa. Y estoy deseando que se casen. Esta vez sí que iré a la boda.

—¿Cómo? ¿Se casan?

—Ah, sí. Aunque ellos todavía no lo saben. —Se quedó callado un momento. Y siguió hablando, lo cual provocó la risa de Maggie—. Doreen Taylor es maravillosa… El vejete Victor Willows, ya sabes, el señor con el que hablaba en Endcliffe Park, también es maravilloso… La comida italiana es maravillosa… Los cuadros de mi mujer son maravillosos… Leer libros es maravilloso… —Se quedó pensando en eso último—. No voy a dejar de leer —dijo con total convicción.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Ya, ya. Pero por si acaso. Siempre tendré tiempo para leer. Y para ti. —Recordó la conversación telefónica que había presenciado la tarde de su muerte—. Ya está. Estos son los buenos tiempos. Los que estamos viviendo. No siempre serán fáciles, pero un día

echaremos la vista atrás y los veremos como tales. Por eso voy a intentar vivirlos así…, para sentir nostalgia del presente.

Maggie sonrió y sintió un cambio sutil, como si una preocupación apenas reconocida se hubiera esfumado, como si el ambiente se hubiera despejado.

El violín

Daba la medianoche cuando por fin llegaron a la amplia inmensidad de la plaza de San Marcos, con farolas que bañaban de luz dorada el cuadrado central desde todos lados y la campana de la basílica que lanzaba sus vibraciones dancísticas hacia las estrellas.

Wilbur se preguntó si habría alcanzado la cima de la emoción humana allí mismo, en ese momento, en el centro de Venecia en 1974.

—Oye, Maggie. Si alguna vez empiezo a perder a este yo, quiero que me lo digas. Al yo de ahora mismo. Y asegúrate de que no despida al pobre Charlie.

—¿Y por qué ibas a despedir a Charlie? Si es brillante. Y te quiere.

—Lo sé, lo sé. Pero el futuro hace cosas. —Pensó algo más—. Y mi madre… Sé que no siempre es una persona fácil. Pero tienes razón, debería ser más amable con ella. Deberíamos invitarla a casa todos los domingos. No de higos a brevas.

Maggie sonrió y le apretó el brazo.

—Bueno, conmigo siempre es cariñosísima. Así que me parece bien.

Y Wilbur asintió, como si acabara de caer en la cuenta.

—Sí que es cariñosa contigo. Cierto.

A poca distancia, en la puerta del Caffè Florian, un músico callejero tocaba Verdi al violín. Wilbur y Maggie se unieron por detrás del pequeño grupo nocturno que se agolpaba a su alrededor. Maggie tomó una fotografía y a continuación sonrió y se acurrucó en el hombro de Wilbur.

—¿No te da miedo? —preguntó—. Rechazar todo ese dinero…

—No —contestó Wilbur.

—Pero ¿y si te arrepientes?

—No me voy a arrepentir. Te lo prometo.

—No conoces el futuro.

Y ella tenía razón. Había conocido un futuro, por supuesto. Pero era uno entre un multiverso infinito de futuros. Ahora se dirigía hacia otro distinto. Una versión diferente del mundo. Un futuro en el que, como en todos, habría dolor y felicidad. Pero él no iba a huir de ninguna de esas cosas.

Wilbur sonrió porque tenía una respuesta para ella.

—La única manera de aprender es vivir.

—¿De dónde has sacado esa frase?

—De alguien que ni siquiera ha nacido aún.

Ella se echó a reír, más enamorada de él de lo que había estado jamás.

—Así que vivamos —dijo él, y en ese momento tuvo otro pensamiento. O tal vez fuera el mismo, que ahora se expandía. Recordó una versión suya, con más edad, que miraba agotado una previsión de crecimiento—. Ahora mismo hace calor. Y estamos en Venecia. El vino blanco y la comida que acabamos de tomar son tan maravillosos que antes de esta noche ni siquiera imaginábamos que existieran. Y ahora estamos oyendo un violín.

—Es verdad. Es casi tan estupendo como estar sentados en un banco de Endcliffe Park.

—Casi.

—Casi.

Se sacó una moneda de cien liras del bolsillo y se acercó para lanzarla a la funda del violín.

—*Grazie mille* —dijo el músico.

Sentaba bien mostrar respeto. Prestar atención al mundo que lo rodeaba. Nunca dejaría de ser ese hombre, decidió mientras la moneda caía de cara.

—Bueno, ¿qué hacemos mañana? —preguntó cuando cesó la música.

—No sé —respondió Maggie con una voz tan apacible como el benévolo cielo nocturno que flotaba sobre ellos—. ¿Y si lo decidimos

sobre la marcha?

Se agarraron de la mano y emprendieron el camino de vuelta al hotel. Y mientras andaban, Wilbur percibió la verdadera naturaleza del tiempo. De los hilos de vida que se entrelazan, pasado, presente y futuro, y que mantienen todo lo que alguna vez ha sucedido tan fresco y tan real como todo lo que alguna vez sucederá.

—Sí —dijo en voz baja, como si se tratara de la más sabia filosofía que jamás hubiera conocido. Una filosofía que podría guiarlos a lo largo de toda la vida—. Sí, lo decidiremos sobre la marcha.

Agradecimientos

Gracias por leer *El Tren de la Medianoche*.

Ha sido estupendo tenerte a bordo. ¿Me he pasado con ese «a bordo»? En cuanto empiezas a escribir sobre trenes, te das cuenta de que nuestra vida está llena de metáforas ferroviarias. A veces vamos bien encarrilados y otras descarrilamos. Llevamos un buen tren de vida, vivimos a todo tren y estamos como un tren hasta que perdemos el último tren. Perdón, me estoy desviando (¿lo ves?), pero me fascina la cantidad de veces que percibimos la vida de esta manera, como si las cosas avanzaran de forma perpetua hacia delante, con caminos rígidos de los que no podemos desviarnos. No es de extrañar que Wilbur quisiera liberarse y darse otra oportunidad.

Y, volviendo a *El Tren de la Medianoche*, este no solo ha sido un gran viaje, sino que además no he viajado solo.

Tengo mucha gente a la que dar las gracias.

En primer lugar, están todas las personas que leyeron mi otro libro de la Medianoche, *La Biblioteca de la Medianoche*. La respuesta a esa historia me hizo pensar en su concepto y en sus temas más que nunca. De manera que doy las gracias a esos lectores por mantenerlo vivo, porque sin esa novela esta no existiría.

Obviamente no es una secuela de *La Biblioteca de la Medianoche* en sentido tradicional. Pero como concepto, sí es una continuación. *La Biblioteca de la Medianoche* era una biblioteca entre la vida y la muerte. Este es un tren a través de la vida después de la muerte. Y ahora siento que ambas novelas mantienen un acalorado debate entre ellas acerca de cómo vivir mejor. En cualquier caso, su existencia es el resultado de que la gente leyera la primera.

Así que gracias si fuiste tú.

Y, por supuesto, muchas gracias a mi viejo editor y amigo Francis Bickmore y a Vicki Rutherford y Camilla Luxmoore del equipo editorial de Canongate. Francis os diría, con bastante acierto, que esta novela ha hecho un largo viaje desde el primer borrador hasta aquí. De hecho, creo que lo único que permanece desde entonces es que una parte sucede en Venecia. También debo expresar mi agradecimiento a los editores internacionales que leyeron las primeras versiones y que respondieron, todos ellos, con comentarios útiles. En concreto, a Patrick Nolan, de Penguin/Viking en Estados Unidos, a Doris Janhsen, de Droemer Knaur en Alemania, y a Iris Tupholme y Janice Zawerbny, de HarperCollins en Canadá.

Llevo publicando en Canongate Books desde hace dieciséis años y me siento agradecido por la libertad que me dan. Gracias infinitas a Jenny Fry por su gran trabajo en el libro y por saber con exactitud cómo situarlo allí afuera, en el panorama editorial. Gracias por supuesto a Jamie Byng, que ha defendido este libro en todo el mundo desde el principio. Gracias también al formidable equipo de derechos formado por Laura Otal, Jessica Neale y Phyllis Armstrong.

Gracias a Alice Shortland y Emily Cox, de campañas, y a Emma Finnigan y Christian Lewis por todo el trabajo de publicidad.

Y a mi brillante e incansable agente (y locomotora) Clare Conville, así como a Lizzie Milne y a todos los de C&W. También al gran Nick Marston y a Camilla Young, de Curtis Brown.

Gracias si fuiste una de las treinta mil personas de Instagram que ayudaron a elegir el diseño de la cubierta para Reino Unido. Creo que elegisteis bien. Y gracias, como es lógico, a Nathalie Lees, que ilustró el libro en primer lugar, a Rafi Romaya por sus habilidades en lo relativo al diseño y a Kate Oliver por su trabajo de producción.

Este es un libro que trata, en un sentido bastante estricto, sobre un librero. Así que es inevitable que quiera agradecérselo a ellos también. He tenido la suerte de conocer a muchos libreros estupendos a lo largo de los años y les debo mi carrera a aquellos que me apoyaron en mis inicios.

También tengo que darle las gracias a mi mujer, primera lectora y mejor amiga, Andrea Semple, por tantas cosas. La lista sería tan larga como un libro. Y a mis fantásticos hijos, Lucas y Pearl, que son una inspiración diaria.

Gracias a la maravillosamente creativa ciudad de Sheffield. Tuve mucha de su música en la cabeza mientras escribía esto. Por ejemplo, puede que los lectores más avispados se den cuenta de que *Something Changed* (Algo cambió) y *Coles Corner* son títulos de canciones de Pulp y Richard Hawley, respectivamente. Son canciones estupendas, en caso de que no las hayas oído nunca.

Gracias a mis padres, que a menudo me han hablado del Sheffield de su época de estudiantes, lo cual me ha ayudado mucho por razones obvias.

Gracias a Venecia por ser Venecia.

Gracias a todos los libros a los que rindo homenaje en esta novela. Este es, más incluso que *La Biblioteca de la Medianoche*, un libro sobre la lectura. Sobre la importancia de leer historias a lo largo de la vida y de ser transportado a otras vidas, a otros lugares, a otros mundos.

Y gracias a mis perros, Bruce y Betsy, por sacarme a la calle los días que estaba inmerso en la escritura.

Gracias a todos.

Título original: *The Midnight Train*

Publicado por acuerdo con Canongate Books,
Ltd, 14 High Street, Edimburgh, EH1 1TE

Edición en formato digital: agosto de 2026

Copyright © Matt Haig, 2026
© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-50-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.